

RICARDO ÁLVAREZ

Mientras me
OLVIDAS

Mientras me olVIDAS

RICARDO ÁLVAREZ

Copyright © 2023 Ricardo Álvarez
Diseño de cubierta: Mari Luz Montes

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por el autor, viola los derechos reservados y las leyes sobre la propiedad intelectual. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

*Para María, el amor de mi vida.
A tu lado es difícil escribir sobre rupturas,
porque no puedo imaginarme la vida sin ti.*

Índice

[Nota del autor](#)

[Mientras me olvidas](#)

[INSUFRIBLE](#)

[Insufrible](#)

[Celos](#)

[Lujuria](#)

[Hospital](#)

[Un mierda](#)

[Zumbido](#)

[Barbacoa](#)

[«Que o leve o demo»](#)

[Un día eterno](#)

[Serbal](#)

[Adorable](#)

[NO QUERÍA AMARTE](#)

[Empezar de nuevo](#)

[Melania](#)

[BookProject](#)

[La mesa](#)

[Publicación](#)

[Sándwich](#)

[Tortilla](#)

[Serenade](#)

[Cumpleaños](#)

[La fiesta](#)

[Hamburguesa](#)

[Todo cambió](#)

[OJALÁ ME ODIES](#)

[El serbal](#)

[En familia](#)

[Como una flor](#)

[El futuro que nos alumbra](#)

[Puñales](#)

[Discusión](#)

[«Amigos»](#)

[Juntos](#)

[El mejor día de mi vida](#)

[Peñíscola](#)

[Silencio](#)

[MIENTRAS ME OLVIDAS](#)

[Los pingüinos](#)

[Atrapado](#)

[Green Day](#)

[Reencuentro](#)

[Tus cuadernos](#)

[Hospital](#)

[Cumpleaños](#)

[Paella](#)

[Lo que nunca quise escribir](#)

[Fin](#)

[La carta](#)

Nota del autor

«¿Por qué novela comienzo a leer? ¿Leo primero *Hasta que te odié*? ¿O es mejor empezar por *Mientras me olvidas*?». Espera, no te precipites. Permíteme contarte algo.

Toda historia tiene al menos dos puntos de vista y, en esta, tendrás la oportunidad de disfrutar de los dos.

En *Hasta que te odié*, Sara cuenta cómo conoció a Tristán. Nunca imaginó que pudiera enamorarse de aquel idiota insufrible, pero, cuando se da cuenta de que lo ama, comprende que será para siempre... O eso se imagina.

En *Mientras me olvidas*, Tristán narra su versión. Sara es esa pijita un tanto repelente a la que detesta... o eso piensa hasta que la va conociendo y descubre lo inteligente y maravillosa que es. Está convencido de que su amor perdurará para siempre, aunque la vida tiene otros planes.

Ambos cuentan la historia de amor entrañable que viven y comienzan a contarnos su versión cuando están separados el uno del otro. «Vale, pero no has respondido. ¿Por qué novela comienzo?».

En realidad, la elección es tuya. ¿Mi recomendación? Lee primero *Hasta que te odié*. Sin embargo, cada novela tiene entidad por sí misma y se puede leer solo una de ellas, leer primero *Mientras me olvidas* e, incluso, ir alternando entre una y otra para conocer cada parte en cada una de las historias.

Cada una tiene su propio sentido. Sin embargo, todo adquiere un significado pleno cuando se terminan de leer las dos versiones.

Disfruta del camino.

CAPÍTULO 0

Tenía que elegir entre romperte el corazón o partirte la vida.

Mientras me olvidas

Estoy tratando de vivir mientras te olvido, pero se me da fatal no pensar en ti. Me pregunto cuánto tiempo te llevó olvidarme. Yo no he pasado ni un solo día sin sentir el vacío constante que me provoca tu ausencia. Cada vez que te veo por televisión, un nudo me atenaza el pecho. A veces imagino que voy hasta los estudios para esperarte a la puerta y abrazarnos en cuanto salgas, como si todos estos años no hubieran pasado.

—¿Hoy me estabas jurando amor eterno y ahora me estás dejando? ¿Es eso?

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y hacía esfuerzos para que no comenzaran a caer.

Has triunfado en el periodismo y la literatura; mi único logro es estar aquí, con la vista fija en el televisor para recordar que la vida pudo tener sentido.

Tuve que ser fuerte por los dos. Sabía que te ibas a venir conmigo y destruir tu futuro. No podía consentirlo. Tenía que elegir entre romperte el corazón o partirte la vida. No me hubiera perdonado ser yo el culpable de tu infelicidad.

—Lo del fin de semana ha sido un error —logré decir, esperando que no notaras que me estaba hundiendo.

—¡Dímelo! ¡Atrévete a decírmelo! —No podía hablar. Tenía miedo de romper a llorar—. Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —gritaste—. ¿Por qué no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Por un momento volvió a reinar el silencio, un silencio sepulcral que parece detener el tiempo.

¿Me arrepentí de haberte dejado? Cada día. Si volviera atrás, ¿lo haría de nuevo? Un millón de veces.

Y así se me pasa la vida, mientras me olvidas.

Parte I

INSUFRIBLE

CAPÍTULO 1

¡Cómo quisiera volver a ese momento! ¡Cómo me gustaría mirarte a los ojos para transmitirte todo el amor que iba a sentir por ti!

Insufrible

Nuestra historia comenzó el primer día del primer curso de *Periodismo*. Cuando terminamos el instituto, yo no tenía claro qué estudiar. Sabía que algo de letras. Soy de letras, qué le voy a hacer. Podía ser *Historia*, *Filología* o cualquier carrera de esas que te sirven para dar conversación siendo camarero, porque ese es el futuro laboral más probable.

Un día, cuando fui a buscar a Silvia, me ordenó que subiera a su piso y entrara en su habitación. Estaba terminando de pintar un cuadro. La luz del sol que se ocultaba tras las montañas acariciaba con suavidad su rostro color chocolate. Estaba preciosa con el mono tejano lleno de pintura y desabrochado por el hombro izquierdo. El pelo rizado se le alborotaba con gracia hacia un lado y otro. Me acerqué y me quedé mirándole los labios.

—¿Qué tengo? —preguntó mientras se pasaba el dedo por la boca para limpiarse de pintura.

—Unos labios espectaculares. —Me acerqué y la besé.

—¡Qué tonto eres! Pues a mí —respondió mientras me besaba— tus labios finos me parecen muy sensuales.

—¿Ah, sí?

—Y esos hoyuelos que se te dibujan aquí con esa sonrisita picarona que me pones.

—No te pongas tonta, que la liamos. —La abracé y besé su cuello.

—Y estos brazos, que no parecen muy fuertes pero que luego me aprietan como si su vida dependiera de ello.

Me llevó las manos a su trasero para que lo apretara con fuerza a la vez que se mordía el labio. A continuación, pasó sus dedos entre mi pelo y comenzó a darme besos por la mejilla hasta llegar a mi oreja.

—Y este pelo, tan seductor, tan desordenado siempre.

Me empujó hacia la cama. Me dejó caer en el colchón y ella se puso sobre mí.

—No me mires así, Silvia.

Le desabroché el único tirante del peto que tenía abrochado y lo dejé caer.

—Oye, está mi madre en el salón —susurró cerrando los ojos.

—¿Se va a ir? —Asintió mientras se mordía el labio de nuevo—. Entonces te dejaré tranquila. De momento.

—No me mires así, con esos ojos traidores.

—¿Ojos traidores?

—Sí, tienes esos ojos marrones que parecen inocentes, pero luego, no sé qué haces, que parece que me traspasas hasta el alma con la mirada.

Le bajé un poco el peto y metí las manos hasta lograr apretar sus nalgas desnudas. Me besó con deseo mientras comenzaba a contonearse, hasta que se separó de pronto.

—Buf, no, no. Vamos a esperar a que se vaya mi madre.

Se levantó y se puso frente al cuadro de nuevo. Me puse en pie y la abracé por detrás.

—¿Quieres que me vaya y venga más tarde, cuando termines de pintar?

—¡No, no! Me encanta que me observes mientras pinto. Y te quería comentar una cosa,

pero me desconcentras.

—¡Qué serio suena eso! —fruncí el ceño con inquietud.

—No es nada malo, hombre. He pensado que voy a inscribirme en *Periodismo*.

—Uy, qué interesante. —Me incorporé y me senté—. Ni se me había ocurrido esa posibilidad. Aunque sigo sin saber por qué no te apuntas a *Bellas Artes*.

—No sé, no me veo. Me gusta pintar y no dejaré de hacerlo, pero, ya sabes, no sé si será algo de lo que vaya a encontrar trabajo.

—Con el talento que tienes, lo único que necesitas es darte a conocer.

—¡Qué exagerado eres!

—Estoy pensando...

—¡Qué miedo me das!

—Voy a echar la preinscripción para *Periodismo* yo también; a ver si logro entrar.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ahora que me lo he planteado, no me veo en otra cosa.

—Sara va a estudiarlo también. Igual nos toca a todos en la misma clase.

—Si tenemos que ir juntos —contesté con desidia—, vamos juntos. ¡Qué le vamos a hacer!

—Si no te gusta la idea, estudia otra cosa.

—A ver, que no pasa nada. Ahora quiero hacer *Periodismo*.

—Por mí, genial. Os tendré más tiempo a mi lado, así que no puedo pedir más. —Se puso en mi regazo, me dio un beso cariñoso en la mejilla y me abrazó—. Eso sí, a ver si cambias tu actitud con ella, que parece un crío.

—No hago nada —protesté.

—Eso te crees tú —me recriminó—. Tendrías que verte desde fuera.

—Ella también hace cosas que me molestan.

—Un comentario muy maduro, sí. «Y ella más, profe». Solo te digo que, si vamos a pasar tanto tiempo juntos, te dejes de chiquilladas y pongas de tu parte para llevarnos lo mejor posible.

—Intentaré poner de mi parte.

—«Intentaré» no es la palabra.

—Vale, vale. Voy a hacer lo posible para llevarme bien con ella —dije remarcando cada palabra—. ¿Tú no lo estudiarás solo por ir con Sara, no?

—¡Vaya! Desde que yo dije que quería estudiarlo —replicó, molesta—, parece ser la vocación de toda tu vida; pero, ¡ah!, tú lo has decidido solito. Yo, no; yo lo hago por ir con mi amiguita.

—No digo eso. Si tú estás segura de que es lo que quieres, perfecto. ¡Vaya rapapolvo en un momento! —Se rio—. Y eso estando abrazados. No me imagino cómo será nuestra primera discusión.

Tú y yo nos habíamos conocido unos meses antes, y me habías parecido insufrible. Desde que empecé a salir con Silvia, no dejaba de insistir en quedar contigo, aunque yo trataba de evitarlo. Por lo que sabía de ti, me daba la sensación de que eras una pija insufrible. No tengo nada contra los pijos (muchos de mis amigos lo son), pero sí contra los insufribles.

Sin embargo, cuando llevaba ya tres meses con Silvia, tú empezaste a salir con mi mejor amigo, Jon, así que se hizo inevitable el encuentro.

—¿Estás mejor? —me preguntó Silvia mientras conducía de camino al restaurante en el que

habíamos quedado con vosotros—. Si no estás de humor, les doy alguna excusa y nos vamos a casa.

—Tranquila. Supongo que me vendrá bien salir un rato. Además, hoy el día ya está jodido. Mejor quedar con ellos hoy y no joder otro día.

—No sé por qué le tienes esa inquina a Sara, si aún no la conoces.

—Lo suficiente.

—¿Cómo? ¿De qué? ¿Por qué nunca me has dicho nada?

—No la conozco, pero sí sé de qué palo va.

—No te entiendo. ¿Os ha pasado algo?

—Con ella, no.

—¡Joder, pues no lo pagues con Sara!

—Voy a contarte algo. Estábamos celebrando la despedida de secundaria. Habíamos quedado en ir de traje, así que fui con el que tenía, el traje que me había podido comprar mi madre para la comunión de mi prima del año anterior. En otra sala, me esperaba Jon con los de su instituto... y el de Sara. El salón donde estaban ellos era enorme y, aun así, estaba abarrotado, repletita de los pijos de ese instituto, claro. Llevaba una copa para mí y otra que había pedido para Jon. Me detuve en mitad de la sala para buscarlo. En ese momento, el chico que tenía delante se gira, me quita las copas de la mano y, encima, refunfuña. Se vuelve hacia sus amigos, así que le toco la espalda y le digo que me devuelva las copas. «Ah, te he confundido con el camarero».

—Bueno —contestó Silvia—, una confusión la puede tener cualquiera.

—Sí, de hecho yo fui el primero en reírme. No obstante, a continuación, me suelta: «con esa camisa de diez euros y esos pantalones que parecen de mi abuelo es normal que te confundan con un empleado».

—¡Qué asco de tío!

—Le miré fijamente, sin creermelo lo que había dicho. Él continúa hablando: «Oye, cada uno va con lo que puede. Eso sí, soy de los que piensa que, si no puedo estar a la altura de la ocasión, mejor no asisto».

—Conociéndote... no te quedaste callado.

—Solo le dije que: uno, la gente que está trabajando vestirá con lo que le dé la gana, que va a ganarse su dinero, no a hacer pases de modelos para él. Y dos, que no pensara que la ropa es lo que define a las personas, «porque tú vas muy bien vestido y, sin embargo, eres un mierda». El tipo se abalanzó sobre mí. Su amigo le sujetó, aunque él también comenzó a insultarme y amenazarme. Jon, al ver el tumulto, se acercó y me sacó de allí.

—¿Quiénes eran esos idiotas?

—No lo sé. Lo que sí sé es que, detrás, había dos chicas, supongo que sus novias, que se estaban partiendo de risa con lo que decían. Sabes quién era una de ellas, ¿no?

—¿Sara? —Asentí—. No te creo.

—Ella no dijo nada, pero me parecieron tan insufribles aquellos impresentables como quienes les rieron las gracias.

En cuanto Silvia aparcó el coche delante del restaurante en el que habíamos quedado y os vi a lo lejos, me arrepentí de haber ido. Nos saludasteis desde la entrada y esperasteis para que entráramos los cuatro juntos.

—No recuerdo que este sitio tenga muchas opciones para veganos —le comenté a Silvia—. Les dijiste que buscaran uno con opciones, ¿no?

—Sí, sí. Hablé con Sara y dijo que ella se encargaba.

—Eso espero. Con el día que llevo, lo que menos me apetece es cenar una triste ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

—Sí, seguro que sí —susurró mientras me acariciaba el brazo—. Y no te preocupes: encargándose Sara, te digo yo que se habrá asegurado de que haya mucho donde elegir, cotejará opiniones para cerciorarse de que tengan buenos platos y hasta habrá ido al sitio para comprobar que es agradable.

—Genial.

—Además, me dijo que tenías que explicarle bien eso del veganismo, que ella lo que sabía de ello es que era una moda de gente snob.

A mí se me cambió la cara. Me subió tal nervio por todo el cuerpo que me apeteció irme en ese instante. Nunca he pedido a nadie que se hiciera vegano ni he criticado nunca a alguien porque no entendiera mis motivaciones, pero ese menosprecio que muchas personas demostraban hacia el veganismo no lo podía soportar. Y, obviamente, no me solía apetecer cenar con gente que pensara así.

—No, hombre —intentó suavizar las cosas—. Lo que quiso decir es que no entiende bien el veganismo y que la visión que se tiene, en general, es esa.

—Ya.

—Oye, no te enfades —susurró con suavidad mientras me sujetaba del brazo—. Para mí es importante que os llevéis bien.

—Lo intentaré —ladeé la cabeza. No sabía si iba a ser posible.

Llegamos hasta la entrada, donde nos esperabais. Apenas miré hacia ti, aunque fue inevitable ver lo guapa que eras. El pelo castaño claro, casi rubio, te caía con gracia sobre los hombros, con ondulaciones en la parte inferior, sobre los tirantes de tu vestido azul de falda por encima de la rodilla. Tenías casi mi estatura, así que, cuando estuvimos frente a frente, quedé a la altura de tus ojos, demasiado claros para decir que eran marrones y demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes. Pero no, apenas te miré.

Nos sonreíste con alegría. ¡Me caías mal! ¡Quería que me cayeras mal! Sin embargo, tenías esa sonrisa tan dulce que no sabía si sería capaz. Pensé que, si no fueras tan insufrible, serías adorable.

—Esta es Sara —nos presentó Silvia a la puerta del restaurante.

Me cuesta reconocerte en aquella extraña a la que estaba a punto de empezar a conocer, en aquella pijita insufrible que mi cabeza me decía que eras. ¡Cómo quisiera volver a ese momento! ¡Cómo me gustaría mirarte a los ojos para transmitirte todo el amor que iba a sentir por ti!

—¡Hola! —saludaste, sonriendo—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Ya —respondí. Intenté quitarme el enfado de encima, pero me resquemaba que tú, tan inteligente como decía mi novia que eras, despreciaras algo tan importante para mí sin conocerlo siquiera—. Yo también me alegro. —Sonó más sarcástico de lo que yo pretendía.

—Silvia me ha hablado mucho de ti.

Te acercaste para darme dos besos. Siempre recordaré el olor que me embriagó, esa fragancia que me transportaba al frescor de las tardes del final de la primavera en los que salía a recoger arándanos con mi madre. No tengo demasiados recuerdos buenos de mi infancia y aquel quedó ineludiblemente unido a ti.

Jon vino al rescate y me saludó con un gran manotazo en la espalda. La verdad es que parecíais hechos el uno para el otro. Esa imagen de pijita encajaba a la perfección con aquel tío guapo, alto, rubio, al que parecía que nunca se le movía un pelo del sitio. Era mi amigo, pero eso no quiere decir que no apreciara lo pijo que era. Juntos parecíais sacados de un anuncio de

Burberry.

Nada más entrar, la barra de madera tallada a mano con el borde recubierto de terciopelo me dio mala espina. Parecía el salón del club de caballeros más rancio del Reino Unido. Cuando trajeron la carta, la miré con detenimiento. Como sospechaba, solo había un plato que fuera específicamente apto para veganos: la ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

—No hay mucho donde elegir, no —protesté.

—Puedes pedir los boletus —señaló Silvia en la carta—. Diles que no te echen langostinos.

Cuando llegó el camarero, intenté pedirlo, pero, por lo visto, en un sitio tan pijo como el que habías escogido no permitían hacer modificaciones a los platos, así que se negó a traerlo sin langostinos. ¡A quién podía gustarle un sitio así! ¡Teníamos dieciocho años, no ochenta!

Creí que podría cenar algo más apetecible, pero ya estaba acostumbrado. Mientras el camarero tomaba comanda a cada uno de vosotros, saqué el móvil para ver cómo estaba mi madre.

Yo

¿Qué tal todo por ahí?

21:46

¿Alguna novedad?

21:46

Mamá

Todo bien, hijo.

21:46

No, nada.

21:47

Yo

Si aparece papá, avísame.

21:47

Mamá

Sí, sí.

21:47

Yo

Pero avísame de verdad.

21:47

Y en cuanto oigas la puerta.

21:47

Mamá

Vale.

21:48

Yo

Y nada de pastillas hoy, por favor.

21:48

Mamá
¡Que no!
21:48

Yo
Cualquier cosa, me avisas.
21:48
Te quiero
21:48
Un beso
21:48

—Tiene que ser complicado que no haya muchas opciones —dijiste intentando disculparte. «Sí, es complicado si escoges un sitio de mierda como este», pensé.

—No, tranquila. —Por un momento quise cambiar el tono, pero te vi fingiendo preocupación y no pude soportar más esa actitud egocéntrica de haber escogido restaurante basándote solo en tus gustos, sin tener en cuenta a los demás—. Ya estoy acostumbrado a ser el raro en todas las reuniones, a que mi padre se ría de mí en cada comida, a no tener elección en los restaurantes, a que me miren como a un bicho raro. Pero tranquila, todo esto es una pose, un esnobismo que está de moda.

—Oye, oye —contestaste—. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera?

—Tristán, tío, córtate —añadió Jon muy serio.

Clavamos la vista el uno en el otro, en silencio. ¡Cuánto debiste odiarme en aquel momento! No te he vuelto a ver esa mirada de hielo nunca. Y aun así eras irresistible. Incluso fría e insoportable, estabas preciosa.

CAPÍTULO 2

Si no te hubiera visto nunca más, hubiera dicho que eras aburrida.

Muy aburrida.

Celos

Me levanté de la silla con la intención de irme. Había aprendido a marcharme de los sitios cuando no estaba a gusto. Nunca me ha compensado pasar un mal rato por obligación. No obstante, sabía que era importante para Silvia, así que, al llegar a la barra, pedí una cerveza y me senté en un taburete. Jon vino detrás y se sentó a mi lado.

—Oye, ¿qué te pasa? Mira cómo te has puesto.

—Lo que no me parece normal es avisar para que se escoja un sitio con alguna opción y terminar comiendo una maldita lechuga.

—Cuántas veces has comido una ensalada y tan tranquilo.

—Sí, hombre, pero hemos avisado. No tiene sentido.

—Vale, lo siento. ¿Eso justifica que te pongas así? Oye —me puso la mano en el hombro—, Sara es especial. No tiene nada que ver con ninguna de las chicas con las que he estado.

—¿Seguro? —Le miré arrugando la frente.

—Me estoy enamorando, Tristán. —Eché la cabeza hacia atrás y abrí los ojos con sorpresa—. No creo que nunca me hayas oído hablar de amor.

Jon, enamorado. No salía de mi asombro. Era cierto: nunca le había oído hablar de nada que se acercara mínimamente a algo romántico. La relación más larga que le recordaba era de tres semanas. Casi había llegado al mes una vez.

—Puede que tengas razón. He tenido un mal día y estoy más susceptible de lo normal. Lo siento.

—¿Ha pasado algo? —No pude evitar emocionarme y Jon lo notó— ¿Tus padres? —Asentí—. Tenéis que hacer algo, tío. Un día va a haber una desgracia.

—Ya.

Se me inundaron los ojos con rabia. Ese día le había contado todo a Silvia. Cuando me preguntó Jon, me costó no desmoronarme. Él ya conocía la historia, pero no estaba al tanto de lo que habíamos vivido en casa durante las últimas semanas. Quise abrazarlo y contarle todo. Necesitaba compartir esa carga con él. No obstante, no era el lugar ni el momento.

—Tranquilo, tío —dijo con suavidad. Me puso la mano sobre el hombro y apretó con fuerza—. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias —contesté enjugándome las lágrimas. Tomé aire profundamente para recuperar la respiración normal—. Venga, vamos a cenar.

Extendí el brazo para indicarle a Jon que pasara delante de mí y nos dirigimos a la mesa. Tú y Silvia estabais agarradas de la mano.

—Sara, quiero pedirte perdón —me disculpé con todo el aplomo que me fue posible.

—No pasa nada. ¿Un poco de vino?

—No, gracias.

No era el momento de explicarte por qué muchos vinos no son aptos para veganos. Tampoco estaba de humor para investigar si aquel en concreto lo era, así que me serví agua.

—Sara también escribe —expuso Jon intentando romper el silencio.

—Ya —respondí. No tenía ganas de hablar, la verdad. Silvia me dio una patada por debajo de la mesa para que pusiera de mi parte—. Sí, ya me ha contado Silvia.

—¡Es una pasada cómo escribe! Me encanta.

—Bueno, Jon, tú qué vas a decir —bromeé. No tenía ningún interés en hablar de nada. Quería irme a casa o, al menos, a algún sitio para estar a solas con Silvia. No teníamos que haber ido. No quería estar allí.

—No, en serio. Yo no leo tanto como vosotros, pero nunca he leído nada que me provocara tantas emociones como lo que escribe Sara.

—¡Qué tonto eres! No me avergüences.

—¿Qué escribes? —pregunté.

—Bueno, de todo un poco. Sobre todo, novelas.

—Yo no tengo la constancia para escribir novelas, la verdad. ¿Escribes algún género en concreto?

—He escrito tres de novela negra. Es mi género preferido. Y una romántica.

—¿Cuatro novelas ya? —me sorprendí.

A esa edad alguien puede haber escrito una como mucho. Y, normalmente, muy mala. ¡Pero cuatro! Eso era algo muy serio que exigía mucho trabajo y constancia. Me entró la curiosidad por saber cómo eran, si habías intentado publicar, cómo te organizabas...

Cuando trajeron los platos, saqué mi táper de emergencias y vertí avellanas, pistachos, nueces y anacardos a la ensalada. Yo tenía mucha hambre y, por suerte, Silvia apartó para mí unas patatas y verduritas que le habían servido de guarnición. A partir de ese momento, intenté cambiar de actitud y pasar un rato agradable.

Después de cenar, fuimos a El Rincón de Marc. Me gustaba más ir sobre las ocho de la tarde, cuando tenía un ambiente más tranquilo que lo convertía en el sitio ideal donde tomar una cerveza y charlar. Además, como supiste más tarde, allí se podía pedir hamburguesa vegana.

Me pareció bien ir, de todas formas. Me apetecía distraerme. Al llegar, encontré en la puerta a todo el equipo de fútbol sala con el que había jugado el año anterior. Estuve un rato con ellos. Lo que necesitaba era eso: aquellos gritos desenfadados, los golpetazos de compañerismo en la espalda y los abrazos de exaltación de la amistad de los que estaban más borrachos. Me venía bien despreocuparme de todo y divertirme.

Al rato, habíais ido a pedir a la barra y nos quedamos cerca de la entrada. Yo lo pasaba bien, pero tú estabas allí parada, como un poste. Si no te hubiera visto nunca más, hubiera dicho que eras aburrida. Muy aburrida.

—¿Qué cerveza es esa? —me preguntaste para sacar conversación.

—¿Eh? —grité, acercándome a ti, porque no te oía con la música tan alta.

—La cerveza. Que no la conozco. ¿Está buena?

—Es la única apta para veganos que tienen, así que sí, no me queda otra que creer que está rica.

—¿Hay alguna que no sea vegana? —te sorprendiste.

—Casi ninguna lo es.

—Pero... no lo entiendo. Si la cerveza está hecha con cebada y lúpulo. ¿Por qué no es vegana?

—Puf, otro día. Me da pereza hablar de eso aquí.

En otro lugar y en otro momento no me hubiera importado contestarte. De hecho, dos años antes hubiera salido contigo afuera solo para explicártelo. Cuando empecé a conocer el veganismo, me gustaba explicarle a la gente, al menos a los que mostraban un mínimo de interés, qué significaba ser vegano y cualquier cosa relacionada con el tema. Después de un tiempo, me cansé de contar siempre lo mismo a gente a la que no le importaba.

En todo caso, no sabía si tenías realmente interés. Pensabas que el veganismo era una moda snob. Y me habías llevado a un sitio en el que no tenía ninguna opción para cenar. Eso era lo que te podía interesar en realidad el veganismo. Además, en ese momento solo quería distraerme, beber algo y hacer un poco el tonto.

Agarré a Silvia de la cintura y bailamos. Cada poco nos deteníamos para besarnos. La apretaba con fuerza contra mí. Nunca había querido tanto a nadie. Nunca había sentido esa pasión hacia alguien. Y sentía cómo ella respondía a cada caricia, a cada beso, a cada roce. Lo único que deseaba era irme con ella a su casa y explorar cada centímetro de su cuerpo.

Traté de recomponerme de la excitación. Vosotros estabais apáticos, quietos. Jon se movía un poco al ritmo de la música, pero tú estabas allí completamente estática. Vi a unos conocidos en la barra. Pensé que si iba un rato con ellos, Silvia y tú podríais hablar y así no estarías tan aburrida.

A los pocos minutos, miré hacia vosotras. Silvia me estaba mirando con esa cara de deseo que significaba que no iba a aguantar a llegar a su casa, que me iba a arrancar la ropa directamente en el aparcamiento.

Le lancé un beso. Ella simuló echarme el lazo y tirar de una cuerda invisible. Fui hacia ella imitando a un modelo sobre la pasarela. Costaba avanzar entre tanta gente. Tropecé con Melania, que me miró con picardía mientras sorbía de la pajita de su bebida. Siempre estaba con la broma de coquetear conmigo.

Muchos ven en ella únicamente a una tía buena, pero, quien se atrevía a acercarse y conocerla un poco, se daba cuenta de que era una persona que merecía mucho la pena. Era muy interesante, divertida y, lo que me parecía mejor incluso, pasaba absolutamente de lo que dijera nadie.

—Hola —dije, remarcando el saludo con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Qué tal? —preguntó, mientras se acercaba a mí—. Baila un poco conmigo, anda, que estoy sola.

—No sé bailar —bromeé—. Y no soy nada divertido. Te aburrirías conmigo.

—Pues a mí me pareces de lo más interesante que hay por aquí. —Miró a su alrededor—. No sé si eso quiere decir demasiado, la verdad.

—Oye, hoy no, porque estamos en salida de parejas, pero otro día puedes salir con nosotros.

—Prefiero esperar a que quieras quedar solo conmigo.

—Ja, ja, ja. Eres tremenda.

—Lo sé.

Me guiñó un ojo y se arrojó tanto que me pareció que mi brazo tropezó con sus pechos. Levanté la mano para evitar más roces y aproveché para decirle adiós y despedirme.

Por fin pude llegar hasta donde estabais vosotras. Agarré a Silvia por la cintura, pero me apartó.

—Lo estabas pasando muy bien —me espetó Silvia, enfadada.

—¿Pero qué dices?

No lo entendía. Cuando parecía que la noche se estaba reconduciendo, de la nada, aparecía aquel drama.

—Anda, que te hemos visto coquetear con ella. —Silvia te miró con complicidad. Estaba claro que habíais estado hablando de mí.

—Es una tía que me cae bien y me he parado a hablar con ella. Nada más.

—Ya.

—Estoy flipando. Tú lo has visto, ¿no? —te pregunté—. ¿He hecho algo?

En aquel momento, pensé que si eras tan honesta, sincera e inteligente como decía siempre Silvia, habrías visto lo que había pasado en realidad, me darías la razón y evitarías un conflicto entre Silvia y yo. No obstante, callaste dándole la razón a tu amiga y, con eso, contradijiste todo lo que Silvia contaba de ti, a la vez que corroboraste lo que yo creía.

—Alucino.

Vi mi cazadora en el montón de ropa que había en la repisa de la columna, tiré de ella y me fui sin mirar atrás.

CAPÍTULO 3

Una promesa es el comienzo de una mentira.

Lujuria

S alí de *El Rincón de Marc* muy enfadado. No entendía la actitud de Silvia, aunque, de camino a casa, descubrí que no me gustaba estar molesto con ella; no podía irme y dejar las cosas así. Estuve un rato frente a mi portal. No podía dejar a Silvia allí estando enfadados, así que decidí que tenía que volver. Por la ventana del salón de mi piso se veía luz, por lo que subí para comprobar que todo estaba bien. Sí, mi madre estaba echada en el sofá, durmiendo.

—¡Joder, mamá! —se me escapó al ver los orfidales encima de la mesa de centro.

No quería despertarla, así que lamenté haber gritado. Por suerte, no se inmutó. La tapé con una manta y salí de casa sin hacer ruido. Llegué a *El Rincón de Marc*, entré y busqué a Silvia. Me tuve que abrir paso a empujones prácticamente. Llegué hasta el fondo, donde estaba el aseo. Nada. Volví a la entrada. No daba con vosotros. En la barra encontré a mi grupo de amigos.

—¡Ey, ese Tristán! —gritó Javi mientras me abrazaba. Estaban todos muy borrachos.

—Oye, ¿has visto a Silvia?

—Te tiene pillado ¿eh?

No me hizo gracia el comentario, pero no dije nada. Quería encontrar a Silvia si aún estaba allí. Además, Javi no estaba para ningún tipo de conversación.

—¿La has visto? —repetí.

—¡Chicos, chicos! —gritó mientras levantaba el vaso de tubo—. ¿Alguien ha visto a Silvia? —Yo miré para otro lado un poco avergonzado por las voces de Javi, pero no pude evitar reírme. Todos negaron.

—Gracias. Si la veis, decidle que la estoy buscando.

Me despedí y me dirigí a la salida. Vi que Javi cuchicheaba algo con el resto, pero no le presté atención. No, hasta que comencé a oír a un grupo de borrachos corear.

—¡Tristán! Oe ¡Tristáaan! Oeeee ¡Tristán! Oeeeeeee ¡Tristán, oeoeoeoe!

Me partí de risa, claro. No obstante, funcionó. Al principio, no sabía por qué lo hacían. Pensé que estaban haciendo el payaso, sin más intención. Cuando vi a Jon venir hacia mí, deduje que habían coreado mi nombre para que Silvia pudiera saber dónde me encontraba. ¡Qué genio, Javi! Aun borracho, solo a él se le podían ocurrir este tipo de cosas.

—Estamos aquí, en esa esquina —me informó Jon.

—Gracias, tío.

—Silvia no ha parado de llorar y decir que la ha cagado. No seas duro con ella, ¿vale? Entiende que se puso celosa...

—Sí, tranquilo, Jon —le interrumpí—. Gracias. Solo quiero verla y darle un abrazo.

Jon me dio un manotazo de compañerismo en la espalda y parpadeó lentamente mientras asentía. Tú y Silvia estabais de la mano y, en cuanto me vio, se puso a llorar. Fui hacia ella y la abracé con fuerza.

—No, no llores. No quiero que estemos enfadados —le susurré. Le di un beso en la frente y me apreté contra ella.

—Lo siento —pudo decir; se le entrecortaba el llanto y no era capaz de explicarse—. Te vi

ahí con ella... ¡Y está tan buena la cabrona! Que me dio miedo.

—No tienes nada que temer. —La acaricié y le aparté el pelo para limpiarle las lágrimas—. Tú eres mi todo —susurré mientras le daba un beso en la mejilla. Me miró con esos ojos grandes negros llenos de lágrimas—. No te preocupes, gatita. ¿Nos vamos y lo solucionamos?

—¿Gatita? ¿En serio? —frunció el ceño con media sonrisa.

—No te gusta, ¿no? —Ella negó—. Ya. En cuanto lo he dicho, me he sentido un poco ridículo.

Recogimos nuestras cosas y nos fuimos. Cuando estábamos llegando al coche, Silvia me sujetó los brazos y se puso frente a mí.

—¡Espera! —me dijo—. Te has convertido en la persona más importante de mi vida. Te prometo que no volveré a comportarme así; eso sí, tú tienes que prometerme algo también.

—No me gusta prometer. Una promesa es el comienzo de una mentira.

—Yo necesito estar segura de que, si en algún momento sientes algo por otra persona, no me vas a engañar. Si llega a pasar, dímelo, déjame, haz lo que tengas que hacer; pero no me engañes.

—¿Sabes? —Le tomé la mano con dulzura—. Eso puedo prometerlo.

Se tiró hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas mientras lloraba, liberando la tensión acumulada. Me empezó a dar besos. Muchos besos. Primero eran tiernos y en la mejilla. Llegó a mi boca. A continuación, mordisqueó mis labios con suavidad. Nos besamos mientras me agarraba la cara con ambas manos. Su lengua jugueteaba, ansiosa, con la mía. Comenzó a lamer mi oreja despacio y a darme ligeros mordisquitos. Sentía su respiración agitada junto a mi oído.

—Vámonos, vámonos —dije, apartándola.

Ella se mordió el labio inferior con lascivia mientras me miraba, provocándome. Me dio las llaves para que condujera yo y entramos en su coche para ir a su casa. Cuando iba a arrancar, tomó mi mano y me la llevó por debajo de su blusa. Sentí su pecho desnudo. ¡Se había quitado el sujetador! ¿Cuándo? Mordió su labio inferior aún con más fuerza mientras movía su mano, que sujetaba la mía, para que acariciara sus senos pequeños y firmes. Para que los manoseara, más bien. Emití un resoplido de deseo.

—¡Venga, vamos para casa! —me aceleré. Arranqué y salí haciendo chirriar las ruedas.

—Se te ve alterado —me provocó.

—Un poco solo.

—Bueno... ¿un poco solo? Tus pantalones no dicen lo mismo. —Se mordió el labio suavemente de nuevo.

Percibí que ella me quería arrancar todo en ese momento. Y yo también la deseaba, así que aceleré. Antes de recorrer la primera calle, sentí su mano en mi muslo. La miré. No. Esa mirada, no. Era la mirada de «te voy a hacer de todo hasta que no puedas más».

—Mmm —gimió en forma de susurro cuando puso la mano en mi entrepierna. Yo, de puro placer, cerré un segundo los ojos.

—No, no —protesté con voz débil. Le aparté el brazo—. Es peligroso.

En cuanto agarré el volante de nuevo con las dos manos, volvió a acariciarme la entrepierna, cada vez más rápido. Me desabrochó los botones del pantalón y metió la mano por dentro. Estaba un poco fría, lo que aumentó aún más la sensibilidad de las caricias. Creí que me corría allí mismo, en ese momento. Me masturbó moviendo la mano por el poco espacio que le dejaba el pantalón en esa postura.

—¡Hostia, la poli! —grité mientras le aparté el brazo.

Ella se abotonó la blusa. Yo me abroché lo que me dio tiempo, a la vez que estiraba la

camiseta por encima del pantalón lo máximo posible intentando disimular mi erección.

Hicieron señales para que disminuyera la velocidad. Yo estaba acalorado y sofocado. Sentía que me ardía la cara. Miraron hacia dentro y me indicaron que detuviera el coche en el arcén. Aparqué donde me señaló y bajé la ventanilla.

—Buenas noches —saludó con seriedad.

—Buenas noches —respondí manteniendo la compostura. Silvia estaba tratando de ponerse seria, pero se notaba que se le podía escapar la risa en cualquier momento.

—Control de alcoholemia. Déjeme la documentación, por favor. —Rebusqué en la guantera. Estaba nervioso, así que saqué todo lo que había allí guardado—. ¿Ha bebido usted algo?

—Solo una cerveza.

Le extendí todos los papeles. Miré a Silvia, que seguía aguantando la risa. El agente revisó la documentación; me lo devolvió todo menos un papel y el carné de conducir. Se los entregó a su compañero, que fue con los papeles a la patrulla. Silvia comenzaba a reírse, aunque se tapaba la nariz y la boca. Le di un manotazo suave en el brazo. No había manera de que se pusiera seria.

—Para —le susurré mientras me empezaba a reír yo también.

—Mire —me extendió algo dentro de un plástico—, desenvuelva la boquilla y sitúela en el aparato.

A Silvia se le escapó una carcajada. El policía la miró con desaprobación. Se tapó la boca y la nariz con más fuerza. Yo saqué la boquilla y la coloqué.

—Ahora sople de manera continuada hasta que suene el aparato.

Miré a Silvia, que seguía con la boca y la nariz tapadas. Iba a explotar en cualquier momento y, mientras, yo me estaba quedando sin aire. Ese aparato no parecía pitar nunca.

—Muy bien —dijo el agente cuando sonó al fin—. Saque la boquilla del alcoholímetro —indicó el policía mirando a Silvia con sorna—. Puede continuar.

Nos pusimos en marcha; no pasaron ni cien metros cuando Silvia ya había metido su mano por dentro de mi pantalón. Menos mal que ya estábamos cerca de su casa. Cuando aparqué, me desabrochó por completo. La besaba mientras me masturbaba. Metí la mano en su pantalón. Se mordió el labio y emitió un gemidito de placer, casi un susurro. ¡Estaba muy excitada!

—Vamos, vamos —apremié mientras quitaba la llave del contacto.

Estábamos a pocos metros del portal del bloque donde vivía Silvia. Nos detuvimos a besarnos, apoyados en la pared. Ella metió la mano por mi torso mientras yo le apretaba con fuerza las nalgas con ambas manos para arrimarla a mí y frotarme contra ella.

Caminamos otros diez metros y nos detuvimos de nuevo. Al fin, llegamos al portal. Mientras esperábamos el ascensor, me metió mano ya con descaro. Ya dentro, me bajó un poco los pantalones y se agachó. Yo miraba al techo. Cuando vi que ya estábamos en el cuarto piso, la levanté. Ella se incorporó y metió su lengua en mi boca.

—Por cierto, no estará tu madre, ¿no? —preguntó.

—Espero que no.

Eso esperaba yo también, porque, en cuanto abrimos la puerta de su piso, nos fuimos desnudando hasta llegar a su cuarto. Estaba muy excitado, pero me apetecía hacerla sufrir un poco. La empujé para que cayera en la cama y jugueteé con mi boca en sus muslos.

—Tristán —murmuró con voz melosa—. No seas malo.

Me sujetó la cabeza para llevarme donde ella quería. Estaba muy excitada. Casi de inmediato gritó de placer mientras se agitaba fruto del orgasmo. Esperé unos segundos y me puse encima de ella.

—¡Fóllame! —ordenó con lascivia.

Con cada movimiento mío, se retorció de placer; con cada caricia, gemía. Silvia estaba en un estado de excitación como nunca le había notado. Tenía la sensibilidad a flor de piel; supongo que el enfado le había hecho acumular una tensión que estaba liberando. Me empujó hacia atrás para que me incorporara. Se giró e hincó las rodillas y las manos en el colchón, quedando de espaldas a mí. Yo quedé de pie junto a la cama.

Cuando la penetré por detrás emitió un gemido fuerte. Cerré los ojos y, en cuanto lo hice, me vino a la cabeza tu sonrisa. Tu puñetera sonrisa. La imagen de cuando te conocí recorrió mi mente. Imaginé cómo te daba la vuelta y te giraba allí mismo, en la entrada del restaurante, contra la pared. Silvia agarró un cojín con violencia. Yo imaginaba que te levantaba el vestido y te penetraba con fuerza, lo que provocaba que penetrara a Silvia cada vez con más ansia. Pude oler la fragancia primaveral que inspiré cuando me diste el primer beso en la mejilla. Silvia gemía como nunca. Yo solo veía tu rostro, girándose hacia mí, retorciéndose de placer, sin que se borrara de tu cara esa puñetera sonrisa deliciosa tuya.

CAPÍTULO 4

Ese mundo luminoso es como veo la vida a través de ti.

Hospital

Silvia y yo estuvimos prácticamente toda la noche despiertos. Después de hacer el amor, nos quedamos en la cama mirándonos y acariciándonos. Tras un buen rato en silencio, hablamos sobre nuestras vidas, nuestros proyectos, nuestros sueños... Nos encantaban esos momentos.

—Yo no tengo claro cuál es mi sueño —dije—. ¿Y tú? ¿Cuál es el tuyo?

—Vivir contigo —contestó, melosa.

—Vale —continué tras darle un beso—, ahora en serio.

—Mi sueño sería vivir de la pintura, está claro. Sé que es casi imposible, así que estudiaré *Derecho*, creo.

—¿*Derecho*? —me sorprendí torciendo el gesto con desagrado—. Tú. *Derecho*. La persona más creativa y con más talento que conozco va a estudiar la carrera más mohosa y aburrida que hay.

—Ja, ja, ja. Mohosa, dice.

—Mira —ordené, tras lo que me levanté de un salto para ponerme junto al cuadro que estaba pintando. No se veía nada porque estábamos a oscuras, pero lo señalé de todas formas—. ¡La persona capaz de pintar esto quiere estudiar *Derecho*! —exclamé. Ella se rio aún más—. Claro que vas a poder vivir del arte. Desde Turner, no he visto a nadie capaz de reflejar la puesta de sol con esa vaporosidad, de captar la luz tenue que se esconde tras las montañas con esa lucidez y a la vez con esa sensibilidad. —Silvia seguía echada en la cama, desnuda. Apoyó el codo en el colchón para reposar la cabeza en la mano y así verme mejor—. Si el mundo no valora tu arte y te aboca a aburrirte estudiando *Derecho*, es un mundo donde, definitivamente, no merece la pena vivir.

—¡Me encanta cuando te pones así de melodramático y hablas con ese tono pretencioso!

—¿Quieres que me calle las cosas buenas que tienes? Siempre intentaré hacerte sentir tan especial como tú me haces sentir a mí. Y no tengo que esforzarme ni un poco, porque eres la persona más especial que conozco, así que solo tengo que explicar lo que veo.

—Ven aquí, anda.

Se destapó, invitándome a ir a la cama de nuevo. Tras hacer el amor, continuamos echados un buen rato. Apenas habíamos dormido en toda la noche y estábamos agotados. Sin embargo, quería saber cómo estaba mi madre, así que me levanté.

Yo

Buenos días

09:08

¿Cómo estás?

09:08

¿Estás despierta?

09:08

—Me voy a ir —dije tras esperar y no recibir respuesta. Silvia hizo ademán de incorporarse —. No te levantes, amor. No ha calado lo de «gatita»... —se rio—, así que seguiré con los clásicos: «amor», «cariño», «vida»... ¡Qué aburrido! No va nada con nosotros.

—Y, como no va con nosotros —puso el índice señalando hacia arriba para dar énfasis a la explicación—, la gente no se lo espera, por lo que sigue siendo original; por lo que es *muy nosotros*.

—Ay, esa cabecita me vuelve loco —dije, sonriendo aún, mientras me ponía la camiseta.

Se levantó y se acercó a mí. Me quedé mirándola. Estaba desnuda todavía. Se puso de puntillas y me dio un beso en la boca.

—No quieres que marche, ¿no? —Ella negó con la cabeza—. No me mires así. No, morderte el labio, no. Me tengo que ir.

Ya había asumido la derrota en cuanto Silvia agarró mi camiseta y me empezó a arrastrar hacia la cama. Cuando pude volver a mirar la hora en el móvil eran las diez.

—Ahora sí, me voy —dije dando un salto desde la cama.

—Esta vez te dejaré ir, anda.

—¡De verdad que me encanta este cuadro!

—Lo terminaré hoy.

—¿Cómo se va a llamar? ¿Ya tiene título?

—*La luz de tus ojos*.

—Guau. Parece un paisaje, pero en realidad es lo que ves de una persona en sus ojos. ¡Qué pasada!

—Lo que veo de una persona, no.

—¿No? —pregunté, extrañado.

—Ese mundo luminoso es como veo la vida a través de ti.

—¿En serio? —Me dio un respingo de la emoción. Asintió. Me acerqué a ella, que se incorporó en la cama sin destaparse y la abracé—. ¡Te amo tanto!

—No sigas. Mira que te quito los pantalones otra vez.

—Me voy, me voy.

Terminé de vestirme y salí de la habitación. Silvia iba a levantarse también.

—No, no, quédate en la cama.

—¿Estás seguro? Mi madre tiene turno de tarde, así que es posible que esté en casa.

—Es igual —respondí. Me acerqué y le di un beso en la frente—. Intenta descansar.

—¡Dormiré hasta las tres! Estoy agotada... no sé por qué.

—Ni idea —ironicé a la vez que entorné los ojos. Me dirigí a la puerta y me despedí lanzando un beso—. Chao, gatita —bromeé. Me arrojó un cojín—. Lláname cuando despiertes. Te quiero.

—Te quiero, gatito —contestó alzando el brazo como una garra.

Al salir de la habitación, vi luz a mitad del pasillo, así que supuse que la madre de Silvia se encontraba en casa.

—Hola, Ruth —saludé al pasar por la entrada a la cocina. Estaba en la ventana tendiendo ropa y se giró, asustada, dando un saltito.

—¡Ay, qué susto me has dado, Tristán!

—Perdón, perdón. Ya me voy.

—¿No desayunas nada?

—No, gracias.

—Te preparo algo.

Posó el pantalón que tenía en la mano en el cesto de la ropa mojada y sacó una cafetera italiana del armario.

—No, en serio, Ruth. Tengo que irme, de verdad.

—Ven a comer, entonces. Yo hoy entro a las cuatro, así que comeremos sobre las dos.

—¡Vale, genial! —exclamé. Estaba encantado en aquella casa con Silvia y Ruth.

—Ay, no sé si tendré algo raro de eso tuyo —dijo con preocupación.

—No hay problema. Mira —abrí el armario—, ayer Silvia compró estos botes de garbanzos cocidos, así siempre habrá cosas por ahí para mí. Cuando venga, lo escurro bien, le añado tomate, cebolla, calabacín y algo más, y listo.

—No, no. Lo prepararé yo. Si con alguna cosa tengo dudas, le preguntaré a Silvia.

—Genial. Luego nos vemos.

Cuando estaba frente a mi piso, vi que la luz del salón seguía encendida. Estaba convencido de que mi madre se había pasado la noche en el sofá, empastillada.

Monté en el ascensor. Estaba pensando si tenía algo preparado en la nevera para evitar a Ruth más trabajo. Recordé que me había sobrado algo del guiso de repollo con patata cocida. Mientras salía del ascensor, sacaba las llaves y entraba en casa, le escribí a Silvia.

Yo

Me ha invitado tu madre a comer, así que iré a tu casa antes de las dos.

10:32

Dile que no prepare nada.

10:33

Llevaré guiso de repollo que tengo en la nevera.

10:33

¡Te quiero tanto!

10:33

—¡Mamá! —grité por el pasillo mientras guardaba el móvil de nuevo en el pantalón—. Ya te vale, toda la noche ahí en el sofá.

Entré al salón. Mi madre estaba tendida en el suelo. Parecía inconsciente. Palidecí. Le caía la baba de la boca, que se mezclaba con sangre, aunque no podía distinguir de dónde brotaba.

—¡Mamá! —grité, a la vez que me agachaba para ponerme a su lado.

Aprecié que tenía el labio roto, pero la sangre no podía ser de ahí, porque había demasiada. ¿Qué había pasado? Estaba asustado, sin saber qué hacer. Mi madre estaba en el suelo, inmóvil.

—¡No, no! —vociferé. Le limpié sangre de la ceja izquierda, donde tenía una brecha—. ¡Hijo de puta! —bramé con rabia entre dientes.

Tenía miedo: aquello no era ninguna tontería. Le tomé el pulso en la muñeca. Sí, era suave y lento, pero ahí estaba. Llevaba un vestido de algodón viejo que usaba para estar por casa, pero estaba desgarrado por varias partes. La zona de los riñones había quedado descubierta y se veía completamente amoratada.

—¡Joder! Para qué me habré quedado en casa de Silvia. ¡Mierda!

Me levanté y me llevé la mano izquierda a la frente, que noté húmeda al instante: estaba llena de sangre. Metí la derecha en el pantalón para sacar el móvil. Estaba temblando y no era capaz. Tuve que agarrarme el brazo derecho con la mano izquierda para que no se moviera tanto y, así, poder sacar el móvil.

—Sí, mire, calle *Saavedra*, treinta cinco. Rápido —expliqué, confuso—. Mi madre; está en

el suelo. Le han pegado una paliza. ¡Está en el suelo! —repetí, a gritos—. Mi padre. No, no está aquí, pero ha sido él. Seguro. Vale, vale.

Me dijeron que enviarían una ambulancia y una patrulla de policía. Me agaché. No sabía qué hacer. Al intentar girarla, noté que el vestido estaba roto también por detrás. ¡Dios, cómo tenía la espalda! El hijo de puta cubría el cinturón con alguna tela, como una camiseta, para evitar marcas evidentes, pero yo conocía bien ese enrojecimiento.

—¡Joder, joder!

No sabía qué hacer. Le puse un cojín debajo de la cabeza y le sequé un poco la sangre.

—Mamá —susurré mientras le daba palmaditas en la cara—. ¡Mamá!

—¿Tristán? —Entreabrió los ojos.

—¿Estás bien?

—Me duele —contestó con voz muy débil.

—¿Qué te duele?

—No sé.

Estaba casi sin voz. Cerró los ojos. Me temí lo peor. Con la mano temblorosa, le agarré la muñeca. Me vi impotente. Pensé que allí se acababa su historia. Aquel hijo de puta había acabado con ella. ¡Cuántas veces le había dicho a mi madre que nos fuéramos de aquella casa! Seguía habiendo pulso. Resoplé.

No sé cuánto tiempo tardó en aparecer la policía, que llegó antes que la ambulancia, pero se me hizo eterno. Un agente se agachó y atendió a mi madre, mientras el otro me tomó declaración.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—Yo llegué a casa y me la he encontrado ahí, en el suelo —expliqué mientras se me empañaban los ojos, aunque traté de mantenerme sereno para contar lo que había sucedido—. Está llena de heridas y moratones. Ese cabrón la va a matar un día.

—¿Quién?

—Mi padre. ¿Quién si no?

—¿Ya ha pasado más veces?

—Buf, así de grave, no. —Me llevé la mano a la frente. Noté la sangre de nuevo. Me estaba agobiando—. Sí se han dado más altercados, aunque luego mi madre nunca denuncia.

—¿Sabe que puede tramitar la denuncia usted mismo?

—Sí, ya la interpusé una vez. ¿Sirvió para algo? Pues para que la reventara a hostias en cuanto volvió.

—No —se oyó con voz débil. Era mi madre, quien levantó ligeramente la cabeza del suelo—. Tu padre, no.

—Señora, trate de no moverse —le ordenó el policía que la atendía.

—¡Me he caído por las escaleras! —exclamó sin apenas voz.

—¡Mamá! —grité—. Deja de encubrir a papá. ¡Mira qué te ha hecho, por Dios! Casi te mata.

—No ha hecho nada —repitió sin fuerzas.

Me eché la mano a la cara. No podía creer que, a pesar de estar en el suelo, casi inconsciente, con los labios rotos, el ojo que se empezaba a hinchar y moratones por todo el cuerpo, siguiera encubriendo a mi padre. No podía imaginar qué clase de subyugamiento la llevaba a mentir para salvaguardar a un hombre que casi la había matado.

Suponía que la policía encontraría evidente que mentía. Además, era inverosímil que hubiera caído por las escaleras con tal fuerza que quedara tan grave y después fuera capaz de

subir, cerrar la puerta y tumbarse en el salón. Nadie se podía creer eso.

—Yo voy a denunciar —comuniqué.

—De acuerdo. Deme sus datos.

Mientras prestaba declaración, llegó la ambulancia. Al bajar la camilla, por las escaleras vi que uno de los policías señalaba el suelo. Había sangre. ¿Cómo había llegado ahí? Lo de la caída no se lo creía nadie, pero... ¿aquella sangre?

En el hospital me mandaron a una sala de espera mientras atendían a mi madre. No tenía que haber estado fuera. ¡No! Estaba claro que algo así iba a pasar. ¡Joder! Me agobié de nuevo. Necesitaba salir y respirar un poco, pero no quería moverme de allí. Me invadieron las lágrimas. Normalmente, cuando estoy así prefiero estar solo y sobrellevarlo a mi manera, pero ese día quería estar con alguien. Necesitaba hablar con alguien.

Llamé a Silvia. No contestó. Estaría durmiendo después de la noche que habíamos pasado. ¡No me tenía que haber quedado en su casa! Tenía que haberme ido. ¿A qué hora se habría presentado mi padre? Teníamos que salir de ese piso. ¡Nos teníamos que ir! Salí al pasillo. No podía estar sentado.

—Silvia... por favor.

Silvia no respondía, así que llamé a Jon.

—¡Vamos, contesta! —exclamé. Me puse en pie y caminé por el pasillo—. ¡Joder!

No podía esperar allí; me estaba ahogando. Decidí ir a la cafetería. No había desayunado, aunque tampoco iba a comer nada, pero al menos tomaría un café solo.

Yo

¿Estás despierta?

12:06

Lláname cuando puedas.

12:06

Es importante.

12:07

Necesitaba hablar. La culpa me asfixiaba. Necesitaba ordenar mis ideas mientras se lo contaba a alguien; que me dijeran que no era culpa mía. Lo sabía: la culpa la tenía ese hijo de puta. Sin embargo, me venía a la cabeza la imagen de mi madre tendida en el suelo, ensangrentada y amoratada, y me sentía mal. Si yo hubiera estado... No, eso no podía volver a ocurrir. Solo quería llorar, abrazarme a alguien, confesar lo culpable que me sentía por haber dejado sola a mi madre.

Estaba terminando de escribir a Silvia cuando entraste por la puerta de la cafetería. Venías casi corriendo. Te saludé con la mano, aunque no me viste. Pensé que podía hablar contigo. No habíamos comenzado con buen pie, pero necesitaba hablar con alguien. No podía cargar con ese peso yo solo. Tenía que compartirlo.

Me levanté para que me vieras y te saludé. Parecía que seguías sin verme, pero te giraste un instante y nuestras miradas quedaron frente a frente. Solo un segundo. Al cruzarnos la vista, se me empañaron los ojos. Una angustia atroz recorría mi estómago. Quería abrazarme a alguien. Y te tenía enfrente. Necesitaba compartir todo ese sufrimiento que me asfixiaba. Y allí estabas.

CAPÍTULO 5

Mis ojos, acostumbrados a llorar en silencio, te pidieron auxilio y apartaste la vista.

Un mierda

Te tenía enfrente. Y necesitaba compartir mi carga. Continuaste corriendo como si no me hubieras visto. Me dejé caer en la silla, completamente abatido. Ciertamente que la noche anterior no nos habíamos convertido en amigos del alma; eso no justificaba que te saludara y esquivaras la mirada. Mis ojos, acostumbrados a llorar en silencio, te pidieron auxilio y apartaste la vista.

Volví de nuevo a la sala de espera y llamé a Silvia otra vez, pero nada. Caminaba nervioso de un lado a otro. ¡Ojalá hubiera pedido el número a Ruth! Me dejé caer hasta sentarme en el suelo. Doblé las piernas y puse los brazos entre mis rodillas para esconder mis lágrimas.

Mi madre no se merecía estar allí. No se merecía la vida que había llevado. Se merecía volver a tener veinte años y empezar una vida distinta. El llanto se entrecortaba y me estaba ahogando. Quería ver a Silvia, contarle todo lo que había pasado, conocer su opinión, pero, sobre todo, que me abrazara y poder llorar con ella.

Oí el pitido en la pantalla de turnos y entré a la sala de espera. Estaba parpadeando el mío, así que fui a la consulta, donde me esperaba una doctora.

—Su madre está estable —me informó—. Tiene varias costillas fracturadas y múltiples contusiones. Vamos a hacerle una resonancia para descartar daños cerebrales.

Me explicó que iban a hacerle varias pruebas, análisis... aunque, como nunca me habían interesado demasiado las cuestiones médicas, me resultaba extraña toda esa terminología.

—Hay que tener cuidado. Otra como esta y puede que no lo cuente.

—Ya. —«Gracias por señalar lo obvio», pensé—. ¿Puedo estar con ella durante las pruebas?

—No, mire, lo mejor es que vaya a casa e intente tranquilizarse. —Se quedó de pie junto a mí. Entendí que tenía que irme, así que me levanté—. Hasta que terminemos de hacer todas las pruebas pasarán más de dos horas.

Salí de la consulta. No sabía qué hacer. No quería irme del lado de mi madre, pero tampoco iba a estar allí para nada. Llamé a Silvia. No tenía que haberme quedado en su casa. Si no hubiera salido y me hubiera quedado con mi madre, no habría ocurrido nada. Mi madre seguiría tan tranquila en el sofá. Silvia seguía sin responder.

Por el camino a casa, decidí acercarme a *El Rincón de Marc*. Al llegar al local, Marc estaba detrás de la barra. Por las noches no solía estar, pero hasta el horario de cenas sí lo tenía visto organizando cosas por allí. Me acerqué al mostrador y, en cuanto me vio desde el otro extremo, vino hasta mí.

—¡Ey, Tristán! —extendió el brazo para estrecharme la mano—. Tienes que probar una hamburguesa nueva que he traído. Es la que lo rompe ahora.

—¿La de *No Meet Maura*?

—Sí. Han llegado hoy y tengo pensado probarla para la cena. Dicen que tiene un sabor muy conseguido.

—Buf, yo paso. Todas esas a base de proteína de guisante me repiten un montón. Quería hablarte de otra cosa.

—Cuéntame.

—Necesito curro. ¿Tendrás alguna vacante?

—No suelo tomar decisiones en las contrataciones... Cuando metes a trabajar a algún amigo —me señaló— siempre hay problemas. Las incorporaciones, bajas, etc.; todo eso lo tengo externalizado a una empresa de *Recursos Humanos*: es mucho más práctico.

—Necesito trabajar. Es importante, Marc; si no, no te lo pediría.

—Me pones en un compromiso... ¿Has trabajado alguna vez de camarero?

—En alguna fiesta del instituto y eso.

—O sea, no. —Negué con la cabeza—. Mira, estás abusando de nuestra amistad. Ven el fin de semana de ayudante. Es para recoger vasos y poco más, y luego ya veremos.

—Gracias, Marc, pero... ¿no podría venir en el turno de la mañana? De noche tengo que cuidar a mi madre.

—¿En serio? ¿Hasta el horario te quieres poner? Si quieres, dime lo que quieres cobrar —bromeó, creo. Cada vez le notaba más serio—. De momento, solo necesito un ayudante para las noches de viernes y sábados. Empiezas hoy.

—¿Hoy? —pregunté sorprendido, pero tal como me miró, supe que no tenía elección—. Hoy, de acuerdo.

Decidí ir a casa a ducharme y cambiarme de ropa. Ya no tenía tiempo para mucho más.

—¡Mierda, mi madre! —me dije. No me había dado cuenta de que iba a quedar sola en el hospital por la noche.

La única opción que se me ocurría era llamar a mi tía. No me apetecía nada. Se habían desentendido de nosotros hacía años, pero no se me ocurría ninguna alternativa para ir a trabajar tranquilo.

—¿Sí? —Por la entonación supuse que ya no tenía mi número guardado en la agenda y no sabía quién llamaba.

—¿Rosa? Soy Tristán.

—¡Ay, hijo, qué alegría oírte! ¡Cuánto tiempo! Ya estarás muy mayor. Ni te reconocería por la calle.

—Sí, muy mayor —respondí—. Tres años más mayor, de hecho.

—Ya, claro. Yo creo que desde la comunión de Rosita. ¿Qué tal estáis todos por ahí? ¿Mamá, bien?

—Pues no. Por eso te llamo. Mi padre le ha pegado una paliza que casi la mata.

—¡Qué exagerado! Ellos siempre han tenido sus cosillas.

—Hoy —intenté obviar el comentario— tiene que pasar la noche en el hospital y necesito que vengas para quedarte con ella, porque yo empiezo a trabajar.

—Ay, hijo, no puedo. No tengo en qué ir hasta allí.

—Mira, te envío el horario de autobuses. Tarda treinta y cinco minutos, y hay uno cada hora.

—Yo estoy muy mayor para eso. No me manejo: autobús para arriba, autobús para abajo.

—Si no, podemos ir a buscarte.

—Otro día, mejor. Tengo que preparar ropa para ir, dejar cena preparada para tu tío y tus primos... es un desbarajuste.

—¿Sabes lo que es un desbarajuste? Un desbarajuste es que ayer casi matan a tu hermana y no te preocupa lo más mínimo; un desbarajuste es que lleves sin interesarte por ella tres años,

cuando sabes lo mal que lo está pasando —me iba alterando a medida que hablaba, aunque procuré mantener un tono firme sin gritar—; un desbarajuste es que seas incapaz de hacer un favor a alguien que siempre te ha admirado, que siempre te ha tomado como modelo a seguir y que, aun con todo, te quiere con locura.

—Bueno, hijo, tampoco hace falta ponerse así. Si hay que ir, me lo explicas bien y voy. Lo que sea por mi hermanita.

Resoplé. Lo que me interesaba era que mi madre pasara la noche acompañada, así que le agradecí el gesto y colgué.

En cuanto entré en casa, mi padre salió al pasillo. Me puse muy nervioso. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo tenía la caradura de volver a casa? Siempre me había intimidado. Cada vez que había intentado ponerme en medio para defender a mi madre, había recibido algún golpe.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, sobreponiéndome al miedo—. Tienes que irte. No quiero verte más en esta casa.

—Contigo quería hablar.

—Dame las llaves. No puedes tenerlas. Ni estar aquí. Mamá ya te ha dicho que no quiere estar contigo.

Se acercó a mí. Yo, inconscientemente, retrocedí un paso.

—Mamá no ha dicho nada. Lo has dicho tú. Y esta es mi casa tanto como la suya. O más, que para algo la he pagado y os he mantenido todos estos años.

—¡Qué hijo de puta eres! —vomité con todo el asco que tenía dentro—. Te juro que como vuelvas a aparecer por aquí te reviento la cara.

—Un respeto —respondió, riéndose con ironía—, que soy tu padre.

—Dame las llaves y lárgate.

—Me ha llamado la policía. Por lo visto tu madre se ha caído por las escaleras y me has echado la culpa a mí.

—Como vuelvas a tocar a mamá, te mato.

Se acercó y me agarró por la camiseta a la altura del pecho, retorciéndomela con el puño. Intenté apartarle el brazo, pero noté la fuerza de toda una vida descargando ruedas en un almacén.

—Entérate, chaval. Como vuelvas a denunciarme, como vuelvas si quiera a nombrarme en la policía, prepárate —me amenazó mientras me miraba con odio.

Me soltó de un empujón. Yo estaba muy cabreado, pero también estaba atenazado por el miedo. Se dirigía a la puerta, aunque tenía que pasar a mi lado.

—Dame la llaves —dije casi sin voz. Ni me miró—. ¡Dame las llaves! —grité. Pasó junto a mí y me apartó con desprecio. Le sujeté por el brazo— ¡Que me des las llaves!

—No tengo llaves —respondió con sorna casi ya en la puerta.

No podía dejar que se fuera. El miedo me podía, pero tenía que aparcar el pánico que me atenazaba, aunque fuera un segundo. Estaba abriendo para irse. Tenía una espalda ancha, casi tan ancha como el quicio de la puerta. No podía marcharse con las llaves.

—¡Que me las des! —exclamé, tras lo que me abalancé sobre él por la espalda.

Se giró. Tenía una mirada de odio que jamás había visto. Ni siquiera en él. Me empujó y reulé unos metros. Vi que había cerrado el puño. Yo estaba muy nervioso. Como lograra tumbarme, no sabía lo que podía pasar. Tenía en la retina las veces que había tumbado a mi madre de un puñetazo y luego la levantaba por los pelos. Y la abofeteaba. A veces sacaba el cinturón, lo recubría para no dejar demasiadas marcas, la ponía de espaldas y le golpeaba mientras mi madre chillaba y se retorció.

Logré esquivar el puñetazo. Intenté contraatacar y le golpeé en el estómago. Pareció no inmutarse. Intenté dar más fuerte. Le acerté en toda la cara. Te juro que le di con todas mis fuerzas. Con miedo, sí, pero concentrando toda la rabia en aquel puñetazo.

Ni pestañeó. Tuvo que dolerle; de hecho, salió algo de sangre de su labio inferior, pero ni se movió del sitio. Ese segundo de desconcierto, en el que yo quedé absorto pensando en que mi padre no parecía haber sentido los golpes, sirvió para que se rehiciera. Sentí un puñetazo entre la mejilla y la oreja. Como si dos toneladas me cayeran encima. Caí al suelo. Me pitó el tímpano. Sentía arder la parte izquierda de mi cara y apenas oía nada por ese oído.

—Vas de *salvacausas* con esas pintas de pordiosero y eres un pringado.

Se acercó a donde estaba. Lo miraba asustado desde el suelo. Sentí la misma impotencia como cuando, de niño, intentando mediar para defender a mi madre, mi padre me levantaba por el aire agarrándome por el cuello. Intenté recular. Sentí una patada en las piernas.

—¡Un mierda eres! —escupió con asco. Se acercó más. Intenté ponerme en pie, pero me dio una patada en el estómago que me impidió levantarme—. Vas de alternativo con tu mierda de animalitos y tu mierda de poemas. Hasta con esa novia tienes que demostrar lo moderno que eres.

Me invadió la rabia. Intenté levantarme de nuevo, pero me dio otro puñetazo. Me golpeó, otra vez, en la parte izquierda de mi cara. El oído me retumbó. Pensé que, de aquella, quedaba sordo. Caí al suelo de nuevo. Me golpeó. Y volvió a golpear. No sé cuántas veces. Me encogí doblando las piernas, pensando que no iba a parar nunca. Creí que quedaba allí y no me iba a levantar más. Solo intentaba protegerme con los brazos. Me miró con desprecio desde lo alto.

—Dedícate a tus animalitos y a tus gilipolleces, pero, como vuelvas a hablar de mí con la policía, esto te va a parecer una broma.

Se apartó para irse. No podía moverme. Oí el sonido de un golpe fuerte. Me pude girar lo suficiente para ver que mi padre se había tropezado contra la esquina de la puerta, aunque no se detuvo. Yo me quedé en el suelo, retorciéndome. Me dolía todo. Me ahogaba. No había podido defenderme de mi padre. Se me entrecortaba la respiración. No iba a poder defender a mi madre. Mi padre tenía razón: era un mierda.

CAPÍTULO 6

¿Piensas que, después de conocerte, voy a querer estar en otro lado que no sea contigo?

Zumbido

Estuve un buen rato tumbado en el suelo, sintiéndome la peor escoria. Mi padre tenía ese poder: nos reventaba a hostias y nos sentíamos mal nosotros. Sonó el móvil. Me tapé el oído izquierdo; apenas oía por él, pero cualquier ruido me resultaba estridente. Posiblemente fuera Silvia, pero todavía no tenía fuerza para enfrentarme a mis miserias.

Fui al baño. La mejilla izquierda me ardía y estaba roja, aunque apenas tenía algún rasguño. Eran años de práctica para pegar sin dejar muchas marcas. Me toqué en la zona de los riñones. Ahí sí me dolía de las patadas y lo tenía completamente amoratado.

Recordé que mi madre estaba en el hospital. Sola. Me eché agua en la cara y me decidí a ir a verla, pero a los dos pasos me dejé caer al suelo. No era apenas capaz de caminar. Me sentí fatal. Si fuera el protagonista de una película, me levantaría, sacaría fuerzas de mi orgullo y caminaría con un ligero cojeo. No obstante, aquello no era una película. Y yo no era el protagonista ni de mi vida.

Saqué el móvil para escribir a Silvia. Tenía varias llamadas y mensajes suyos, pero no respondí.

Yo

Ven a buscarme a casa con el coche.

14:06

Por favor.

14:06

Silvia

Te estamos esperando. Mi madre tiene que ir a trabajar. ¿Dónde estás?

14:07

Yo

No hagas preguntas ahora, ¿vale?

14:07

Cuando vengas te lo explico.

14:07

Pero ven a buscarme con el coche para ir al hospital.

14:07

Silvia

¿Qué ha pasado?

14:07

Yo

Mi madre...

14:08

No terminé la frase. Quería contarle lo que había pasado, pero prefería ahorrarme los

detalles de lo que me había ocurrido a mí con mi padre. Me avergonzaba. Se supone que los hombres tenemos que ser fuertes, defender nuestros hogares y a los que amamos, y yo había sido incapaz de pararle los pies al hombre que había estado a punto de matar a mi madre. Nunca he sido de clichés ni roles, lo sabes. Jamás he querido aparentar ser un machito, pero es inevitable que el subconsciente colectivo haga mella en la manera en que uno se ve a sí mismo. Y yo me veía como una basura.

Esperé en el sofá hasta que oí el timbre. Aquel sonido se transformaba en un pitido agudo en mi oído.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó asustada.

—Entra.

Volvimos al salón y nos sentamos en el sofá.

—Mi padre ha estado aquí anoche.

Silvia me agarró la mano con fuerza y arrugó la frente.

—Cuando llegué a casa... mi madre estaba ahí, en el suelo. Creí que estaba muerta. En serio, estaba ahí tirada, sin moverse. Casi ni respiraba.

—Ven aquí.

Me abrazó poniéndome la cabeza contra su pecho.

—Tenemos que irnos —dije, aún con lágrimas en los ojos—. Están haciéndole pruebas. Quiero estar allí cuando la suban a planta. ¡¡Au!! —grité al incorporarme, llevándome las manos a las costillas.

—¿Estás bien?

Levanté la camiseta y dejé ver toda la zona amoratada.

—Pero... ¿Y eso?

—Cuando he vuelto a casa desde el hospital, mi padre estaba aquí.

—¡Tienen que vértelo! —exclamó asustada—. Hay que ir al médico.

—Vamos al hospital a ver a mi madre y luego ya veremos.

—¡La policía! Hay que ir a la policía.

—Ya he puesto una denuncia por lo de mi madre. No quiero más líos.

—Pero... —Me levantó la camiseta de nuevo—. ¡Mira cómo está!

—Son golpes nada más. En un par de días se pasará.

—No, no, ya que vamos para el hospital, aprovechemos y que te miren en *Urgencias*.

—No quiero ir al médico. Hoy empiezo a trabajar.

—¿Hoy? ¿En serio?

—Necesito dinero para sacar a mi madre de esta casa.

—¿Y tiene que ser hoy? —Me encogí de hombros.

—Oye —le dije—, no le cuentes a nadie esto, por favor.

—Sí, claro, no te preocupes —contestó. La miré con intención de continuar, pero se adelantó—. Sí, lo sé, ni siquiera a Sara.

Cuando llegamos al hospital, a mi madre ya la habían subido a planta. Entré en la habitación donde estaba ingresada. Le habían administrado calmantes y estaba aturdida.

—¿Cómo estás?

—Bien, hijo —contestó con voz débil y hablando despacio.

—Mamá, tenemos que irnos de esa casa.

—¿Cómo?

—Papá no se va, así que nos vamos a marchar nosotros.

—¿A dónde vamos a ir, hijo?

—Donde sea. Con la tía, por ejemplo.

—No, no. No quiero meterlos en ningún lío.

—Pues de alquiler.

—¿Con qué dinero?

—Voy a empezar a trabajar.

—Quiero que estudies. En septiembre empiezas la universidad.

—No seré el primero en hacer las dos cosas, mamá.

—No, no. Tienes que centrarte.

—No me pongas como excusa, mamá. Yo no voy a cargar con ese peso. En cuanto podamos, nos vamos de ahí.

—Si papá es muy bueno, pero a veces bebe y se le nubla la mente un poco.

—No le justifiques, mamá —respondí, enfadado—. ¡Vale ya!

—Y yo tengo mi culpa, porque, a veces, me pongo insufrible con las pastillas, ya lo sabes. Además, papá y yo ya estamos separados. No hace falta irnos.

—Ya, como esta semana. Cuando no va él, le llamas tú —recriminé. Giró la cabeza, avergonzada—. No voy a permitir que te mate.

—Ay, hijo, que no ha pasado nada. Me he caído. Sabes que con las pastillas estoy torpe.

—No tengo más que hablar. En cuanto ahorre lo suficiente, nos vamos.

Mi madre no contestó. Estuvimos en silencio. Me senté a su lado mientras la acariciaba. Silvia estaba en la butaca frente a la cama. Mi madre llevaba un rato durmiendo cuando llegó Rosa sobre las siete. Era más bajita de lo que recordaba, aunque, claro, yo tenía quince años la última vez que la había visto. No recordaba tampoco esos ojos saltones y ese nervio que la hacía caminar de un lado a otro colocando hasta lo que estaba colocado, a pesar de rondar ya los sesenta años. Mi madre, por las pastillas y porque era más alta, tenía los rasgos más delgados, pero se parecían mucho.

Le hice una seña a Silvia para que saliéramos de la habitación y me llevara a *El Rincón de Marc*.

—¡Eh, para ahí!

—¿En *Summer Sport*? —preguntó extrañada.

—Es un minuto.

Entré y compré un juego completo de béisbol. Silvia me miró asustada cuando volví.

—No puedo arriesgarme a que mi padre golpee a mi madre de nuevo y no poder defenderla.

—¿Y un bate es la solución? ¿Por qué no vas a la policía?

—La denuncia está puesta, aunque mi padre asegura que él no fue, y mi madre dice que se cayó por las escaleras.

—Eso no se lo cree nadie.

—Ya, pero no hay pruebas de otra cosa. Y en la escalera había sangre. No quiero imaginar cómo llegó ahí.

—No sé qué decirte. Eso sí, lo del bate me parece una locura. Sé que ahora estás alterado y nervioso.

—Y cagado, Silvia, y cagado. ¿Sabes la paliza que me dio? Estaba en el suelo, impotente, como un crío que no puede reaccionar, mientras mi padre me molía a palos. Además, imagínate que estoy en casa y, aun así, no puedo hacer nada por mi madre. No me lo perdonaría nunca.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Cuando pueda, alquilaré un piso para mi madre y para mí. Y procuraré no pasar las tardes ni las noches fuera. Quiero estar en casa cuando mi padre vaya a buscar a mi madre después de emborracharse.

—Si cambiáis de piso, no os encontrará.

—No me fío de mi madre. Siempre termina por llamarlo.

—Joder, vaya un callejón sin salida.

—Silvia —le tomé la mano—, necesito que entiendas que a partir de hoy mi única preocupación va a ser mi madre.

—Claro que lo entiendo. ¡Cómo no lo voy a entender!

—Trabajaré en lo que sea y el tiempo que sea. Por las tardes, si puedo, volveré pronto a casa. Va a ser duro. Muy duro. Y no sé el tiempo que podré dedicarnos.

—Yo no te voy a dejar solo. —Me miró con los ojos inundados—. Soy parte de tu vida y viviremos esto juntos. Estaré contigo y lo viviré contigo.

—Tienes dieciocho años. No tienes por qué vivir esto.

—¿Y tú? ¿Tienes cien o qué?

—A mí es lo que me ha tocado vivir. Pero tú no tienes por qué estar conmigo.

—Qué idiota eres, de verdad. ¿Piensas que, después de conocerte, voy a querer estar en otro lado que no sea contigo?

—Deja tus cosas en el almacén —me dijo Róber, el encargado, nada más verme—. Allí hay camisetas del local limpias. Te pones una y vuelves; os explicaré cómo se organiza el trabajo.

Cuando entré en el almacén, me encontré de frente con Melania, que se acababa de poner la camiseta de camarera.

—¡Ey, qué haces aquí! —me saludó con una sonrisa.

—Empiezo hoy a trabajar. ¿No me digas que tú también?

—¡A que es genial! —afirmó mientras asentía.

—Sí, la verdad es que me alegro de conocer a alguien. Te queda bien el pelo.

—A ver si el rojo me trae suerte.

—Oye, mira —dije mientras me subía la camiseta para mostrarle los moratones.

—¡Ostras! —Se acercó y lo tocó. Involuntariamente, di un saltito e hice un aspaviento de dolor—. ¡Perdón! Te duele mucho, supongo.

—Me he caído yendo en bici.

Me miró de reojo levantando las cejas, aunque no hizo preguntas.

—El caso es que me duele todo. Apenas puedo moverme.

—¿Y para qué has venido? Vete a casa y empieza otro día.

—No puedo. Necesito el trabajo.

—A ver, que es un curro para recoger vasos. Si no es la semana que viene, será la otra, pero no tardará en quedar libre.

—No puedo esperar. Solo te pido que, si me ves jodido, me echas una mano.

—Vale, no te preocupes. Si te veo en el suelo ya te levanto —bromeó—. En serio, tranquilo, estaré pendiente y no te quitaré el ojo de encima —dijo, saliendo del almacén, mientras me guiñaba un ojo.

De ocho a doce la cosa fue bien. Había bastante gente por las mesas, cenando, y mi trabajo

era recogerlas cuando se iban o ayudar a llevar platos si algún compañero me lo solicitaba. A las doce terminaba el servicio de cenas; era la hora tope para que los comensales se levantaran. Los camareros colocaron unos biombos para impedir el paso a la amplia zona de la izquierda, la cual se utilizaba como comedor hasta la noche y se convertía en pista de baile tras las cenas.

El encargado nos dijo que fuéramos quitando las mesas. Eran de mármol con pie de forja para cuatro comensales y las teníamos que apilar de dos en dos en un lateral. Melania y yo levantamos la primera mesa para llevarla entre los dos. ¡Cómo pesaba! Me entró un dolor insoportable por la zona lumbar.

—No, no —protestó el encargado acercándose a nosotros—. Cada uno tiene que llevar una; si no, no acabamos nunca.

Al levantarla yo solo sentí un crujido en las costillas. Yo creo que se me escapó una lágrima de dolor, pero no podía posar aquella mesa. Miré a Melania, quien prácticamente estaba arrastrando la que llevaba. Resopló volviéndose hacia mí.

En cuanto apilamos las mesas, no mejoró la cosa. Empezó a llegar gente y más gente. Cuando iba allí de cliente, no me daba cuenta de lo difícil que era trabajar en un sitio así. Tenía que pasar casi a codazos llevando una bandeja de rejilla para lavavajillas donde iba colocando los vasos. Debía llevarla levantada para poder pasar entre la gente; tener el brazo en alto constantemente me estaba matando.

Con la música tan alta, reapareció ese pitido agudo que parecía emanar de lo más profundo de mi cerebro. Parpadeé con fuerza para sacudirme aquel sonido que me taladraba, pero no podía escapar de aquel zumbido. Entre el tumulto, se me vinieron a la cabeza las imágenes de mi madre en el suelo. Rompí a sudar. Recordé a la policía señalando la sangre de la escalera. El pitido de mi oído acompañaba cada pensamiento. Me mareé y empecé a ver borroso. Me di cuenta de que no había comido nada desde la cena de la noche anterior. El zumbido persistía como una sinfonía distorsionada que tocaba solo para mí, recordándome a cada instante mi fragilidad. Cerré los ojos; me vino mi imagen en el suelo, impotente, mientras mi padre no dejaba de golpearme.

—¿Estás bien? —me preguntó Melania, que llegó casi de inmediato—. He dejado de ver tu bandeja y me he preocupado.

—Estoy mareado. Necesito comer algo.

—Voy a ir a la cocina.

—¡Melania! —la llamé cuando se iba.

—Sí, ya lo sé.

Al rato, volvió con una hamburguesa de las que me había hablado Marc.

—Muchas gracias. ¿Cómo la has conseguido?

—Todavía había gente en la cocina. Y tengo mis contactos.

Con la hamburguesa me repuse un poco, aunque me repitió durante el resto de la noche. «No vuelvo a comer una de estas en mi vida», pensé, apretándome el estómago. A las cuatro de la madrugada cerró el local y empezamos a recoger. A las cinco, ya estábamos listos para irnos.

—Los nuevos, venid un momento —nos llamó Róber—. Estoy contento con vosotros: habéis trabajado bien. —Nos dio cuarenta euros. La verdad, ni había preguntado cuánto se cobraba—. Mañana me quedo sin un camarero. ¿Quién quiere pasar detrás de la barra? —preguntó. Nos miramos encogiéndose de hombros—. De camarero en barra se cobran setenta la noche.

—Yo prefiero seguir con los vasos —respondió Melania sin pensarlo un instante. La miré, agradecido. Ella se encogió de hombros simulando no saber por qué la miraba.

—Genial —contestó Róber—. Mañana pasas a la barra, Tristán. Ven un poco antes para

enseñarte dónde está todo y cuáles son tus funciones.

Estaba contento. Y agradecido con Melania. Ya había metido la cabeza y solo era cuestión de tiempo trabajar a diario. En un sitio así, donde hay tanta gente joven, es habitual que haya mucha rotación, así que pensé que, si tenía paciencia, en pocos meses podría estar contratado de forma indefinida. Eso sí, tenía que buscar la manera de cambiar de horario. No podía dejar a mi madre sola desde la tarde hasta esas horas de la madrugada.

Fuimos al vestuario a cambiarnos de camiseta para irnos a casa. Estaba reventado. No recuerdo estar tan dolorido y cansado en mi vida.

—Muchas gracias, Melania. Por todo.

—Oye, mañana si necesitas un riñón me avisas —ironizó mientras se quitaba la camiseta sin ningún pudor.

—Sí, hoy he excedido los favores que se pueden pedir en un año a alguien. Así que, hasta el año que viene, ninguno más.

—A ti no me importa hacértelos. Si fuera otro, ya lo hubiera mandado a la mierda a la primera.

—Eres increíble —me reí.

—¡Pues ya sabes!

—Respecto a eso... te quería pedir algo.

Ya estábamos saliendo por el interior de la barra mientras nos despedíamos de los compañeros que aún estaban por el bar.

—¿No has dicho que nada de favores hasta dentro de un año? ¡Qué poco te ha durado el propósito!

—El último, de verdad. Mira, Silvia lo pasa mal con eso del coqueteo. Sé que lo haces de coña.

—¿En coña? Eres un tío muy inteligente, pero ya veo que, para determinadas cosas, eres un poco tonto. De coña nada. Eres el único tío que merece la pena de verdad por aquí. ¿Para echar un polvo? Sí, hay un montón, y que están más buenos que tú.

—Vaya, gracias. No, en serio, me gustaría que fuéramos amigos. Me encantaría, de hecho. Como tú dices, no hay mucha gente que merezca la pena. Y tú eres una pasada de tía.

—No sé... Vale, bah. Seremos amigos, pero quiero que te quede claro algo.

—Dime.

—No soy tu mami. Hoy te he visto jodido y te he ayudado, aunque no vengas todos los días con estas historias que no tengo complejo de salvadora ni nada de esto.

—De acuerdo. Anotado: no pedir ayuda salvo que me estén sacando los ojos—iba dictando yo a la vez que simulaba escribir en un cuaderno imaginario.

Salimos del bar mientras nos reíamos. Nos detuvimos en las escaleras para terminar la conversación.

—Bueno, y otra cosa: si tú y Silvia dejáis de estar juntos, recuerda que yo estoy loca por ti. Y voy a seguir estándolo —dijo, guiñándome un ojo. Yo torcí la cabeza, arrugué la frente y la miré de reojo—. Vale, vale; esta ha sido la última provocación. Amigos —extendió la mano para estrecharla conmigo.

Me despedí de Melania, quien, al ver que Silvia me esperaba en el coche, alzó el brazo para saludarla.

—Hola —dije al entrar al coche. Me acerqué para darle un beso, pero Silvia apartó la cara y se lo di en la mejilla.

—¡Tenía que estar ella aquí!

—Ha empezado hoy también a trabajar. Recuerda lo que hablamos ayer.

—Ya, pero es que me lo pone difícil. Vengo a buscarte y os veo salir sonrientes y dándoos la mano.

Después de todo el día no tenía fuerzas para esa conversación de nuevo. Guardé silencio. Silvia se acercó y me dio un beso, aunque noté que, por dentro, seguía dándole vueltas.

—Lo siento —se disculpó al tiempo que apoyaba la cabeza en mi hombro— No sé, no me fío de ella.

—De quién te tienes que fiar es de mí.

—Vale, intentaré tranquilizarme, pero tú recuerda tu promesa.

Al día siguiente volví a *El Rincón de Marc*. Trabajar de camarero detrás de la barra me divertía. Aunque soy introvertido y necesito mis momentos en el día para estar solo conmigo mismo, disfrutaba relacionándome con la gente. Me gustaba, sobre todo, porque, detrás de la barra, en aquel ambiente, las conversaciones duraban los dos minutos que tardaba en servirlos.

Mi madre permaneció ingresada en el hospital toda la semana. Me tranquilizaba que estuviera allí. De domingo a viernes me quedé yo a dormir en el hospital mientras que viernes y sábado fue mi tía quien durmió con ella. Silvia nos acompañaba hasta que terminaba la hora de visitas, y así nos organizamos hasta el viernes siguiente, en el que le dieron el alta.

—No sé si será buena idea ir a la barbacoa —dije, mientras terminábamos de recoger la ropa de mi madre para abandonar la habitación e irnos a casa.

—Oye —protestó Silvia—. Llevamos metidos en el hospital dos semanas: nos merecemos un respiro.

—No quiero dejar a mi madre en casa y marchar.

—Me dijiste que iba a estar tu tía.

—Sí, va a estar, pero...

—No quieres ir con mis amigos, vamos. Y menos si se trata de la despedida de Sara.

Sonó mi móvil cuando estábamos entrando en la habitación de mi madre.

—¿Sí?

—Oye, soy Marc. ¿Te pillo mal?

—No. Dime, dime.

—Mira, para la semana siguiente un camarero ya no viene. ¿Te interesa venir a diario?

—¡Oh, sí, claro!

—Vale, genial. Luego nos vemos y hablamos de condiciones, pero quería saber si podía contar contigo.

—Sí, sí. Por mí, genial.

—Perfecto. Hablamos después. Chao.

Finalicé la llamada y levanté a Silvia en brazos mientras le daba un beso.

—¡Voy a empezar a trabajar todos los días!

—¡¡Qué bien!!

—En cuanto cobre la primera paga, nos vamos, mamá —anuncié, entrando en la habitación.

—Dónde quieres ir.

—Da igual lo que digas. Nos vamos.

—¿Qué horario vas a tener? —me preguntó Silvia.

—No sé. Hemos quedado en hablarlo... Perdón.

El móvil volvió a sonar. Era un número muy largo.

—¿Sí?

—¿Tristán Palacios Alonso?

—Sí, sí; soy yo —contesté a aquella voz masculina, tan seria que casi parecía un robot. Me aparté un poco para escuchar con más atención.

—Llamo para informarle que tiene usted que personarse en comisaría a la mayor brevedad posible para declarar en relación con la denuncia interpuesta contra usted.

—¿Cómo? ¿Qué denuncia?

—¿No le han comunicado nada?

—Nada de qué.

—El señor Fermín Palacios Rodríguez ha interpuesto una denuncia contra usted por lesiones graves.

—¿Cómo? ¿Mi padre? Si ha sido él quien casi mata a mi madre. Y, después, me dio una paliza a mí.

—Aquí consta una denuncia contra usted, a la que se han adjuntado varias fotos y un parte médico que evidencian la realidad de los hechos. En cuanto pueda, deberá presentarse en comisaría.

—Gracias.

No sabía qué contestar. ¡Qué hijo de puta! Aunque no podía tener nada contra mí. Un poco el labio del único puñetazo que le había dado, pero eso no podía servir de prueba de nada.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Silvia, acercándose a mí.

Reapareció el pitido de nuevo, que parecía sonar al unísono con cada latido. ¡Qué habría dicho ese cabrón! Cómo le iban a creer a él. ¿Casi mata a mi madre y le creían a él?

—Me pregunta Sara a qué hora vamos a ir.

Yo no estaba en aquella habitación. El ruido interminable provocaba que el mundo exterior me pareciera distante, como si lo escuchara a través de una catarata estruendosa. Estaba con la vista fija en la pared, sin mirar a ningún lado. ¡Qué cabrón!

—¿Qué le digo? ¿A qué hora vamos?

Debía ir a comisaría, pero tenía que llevar a mi madre a casa. Debía ir y aclarar los hechos. No me iban a creer. Mi madre juraba que se había caído por las escaleras. Solo yo le había denunciado; yo que, casualmente, según ellos, le había agredido horas después.

—¿Vamos para las dos?

El pitido persistía; las palabras de Silvia apenas eran un eco agudo y muy desagradable. Denuncia por lesiones graves. ¿Qué significaba eso? ¿Me pondrían una multa? ¿Habría juicio? ¿Cárcel? ¿Por una pelea? Suponía que no, pero no tenía claro qué implicaba una denuncia por lesiones graves.

—Tristán, ¿qué le digo a Sara?

CAPÍTULO 7

Siento no recordarte a cada instante la suerte que tengo de que me quieras.

Barbacoa

Tras la llamada de la comisaría, intenté respirar y calmarme. Nada estaba saliendo bien, pero había que dar la cara y seguir adelante.

—¿Qué pasa? —me preguntó Silvia sujetándome por el brazo.

—Luego te cuento —le susurré señalando con la cabeza a mi madre. Busqué el contacto de mi tía en el teléfono y la llamé— ¿Rosa? Mira, quería pedirte que fueras lo más pronto que pudieras a casa. Me ha surgido una entrevista de trabajo y tengo que irme antes.

—No te preocupes. Ya estoy aquí.

—¡Genial!

—Ya suponía que, con tu madre en el hospital, estaría todo hecho un desastre en casa, así que he venido para limpiar antes de que viniera.

Estaba flipando. Me afanaba por tener la casa en orden, aunque sabía que mi tía es de las que siempre tienen una crítica. Sin embargo, me estaba echando una mano viniendo a cuidar de mi madre, así que tenía que morderme la lengua.

—Vale, genial.

—Yo lo hago por ayudar. Sin una mujer en casa es normal que esté todo así.

¿Así cómo? Ese comentario hizo que me hirviera la sangre, pero, fuese como fuese, ya estaba en casa, así que podía dejar a mi madre allí y quedarme tranquilo.

—Ya es más de la una —dijo Silvia mirando el reloj mientras bajábamos las escaleras—. ¿Vamos ya para casa de Sara?

—Tengo que ir a comisaría.

—¿A comisaría? —se asustó.

—Me han dicho que debo testificar. Mi padre me ha denunciado.

—¿Tu padre? ¿Denunciarte a ti?

—Sí. Parece que cada paso que doy me lleva hacia atrás. Me siento atrapado.

Silvia se detuvo en la escalera y me dio un abrazo.

—Yo estaré siempre aquí para ayudarte. No lo olvides.

Me hubiera gustado ir a su casa, como tantas veces, echarnos en su cama a ver una serie en su portátil con el único propósito de estar abrazados. Nuestra única preocupación debería ser la evaluación final; quizás preguntarnos qué nos gustaría estudiar en la universidad. En vez de eso, estaba preocupado por conseguir dinero para salir de aquella casa y por la denuncia que me había puesto el hombre que se supone que debía cuidarme y protegerme. Y, Silvia, preocupada conmigo.

—Lo siento —dije, separándola un poco de mí para mirarla a los ojos—. Sé que vas a decir que no tengo por qué, pero déjame terminar. Siento que, en esta situación, a veces se me olvida decirte lo maravillosa que eres; siento no gritar a diario lo afortunado que soy por estar contigo; siento no recordarte a cada instante la suerte que tengo de que me quieras.

—¡Qué tonto eres! —se emocionó.

Por un momento me olvidé de todo y la miré. Estaba preciosa con el vestido verde y la cazadora tejana encima. La besé, ajeno a la situación que estábamos viviendo, en un beso lento que estaba a la vez repleto de amor, de cariño y de pasión, todo en uno. Se fue separando de mí, despacio, aún con los ojos cerrados. Los abrió lentamente y sonrió.

—Mmm —suspiró—. Cuando vengas de trabajar, olvídate de descansar.

En el mostrador de la entrada de la comisaría me pidieron los datos y me ordenaron pasar hacia una habitación que estaba a la derecha, ocupada por cuatro mesas. Solo había un agente, así que me dirigí hacia él.

—Siéntese —me dijo cuando me acerqué, sin levantarse—. ¿O quiere ir a un sitio más privado? —Señaló unos despachos que tenía detrás.

—Aquí mismo —respondí mientras me sentaba.

—Como le informé por teléfono, hay una denuncia contra usted. Es de su padre, ¿no?

—Sí, pero es al revés. Él me agredió a mí.

—Aquí consta la declaración del agredido. Estaban en casa y usted se abalanzó sobre él. ¿Eso es cierto?

—Sí. Se iba con las llaves.

—No entiendo. ¿Qué llaves?

—Las de casa.

—Sigo sin entender.

—Mi madre y él se han separado. No tiene por qué tenerlas.

—¿Hay algún registro de que hayan iniciado trámites de divorcio?

—No, aún no es oficial, pero mi padre no debería estar en casa.

El agente seguía tecleando en su ordenador sin decir nada.

—Bien, prosigamos. Entonces, usted se abalanzó sobre su padre y le agredió.

—No. Él me agredió a mí.

—Entiendo. Si usted se abalanzó sobre su padre, supongo que él intentaría defenderse.

—Fue él quien intentó darme algún puñetazo. Los primeros los logré esquivar, pero después me empecé a golpear. Me tiró al suelo y comenzó a darme patadas y puñetazos.

—¿Tiene algún parte de lesiones? ¿Alguna herida?

—No. Ya ha pasado algún tiempo y ya se me han quitado los moratones —contesté levantando la camiseta para comprobar si me quedaba alguna marca.

—¿Y no presentó ninguna denuncia?

—Mire. Sé que usted hace su trabajo e intenta apretarme las tuercas para ver qué digo, pero aquí lo que ha pasado es sencillo. No interpose ninguna denuncia porque ya había puesto una contra él esa misma mañana —exclamé, algo alterado—. Ese hombre, al que usted defiende, casi mata a mi madre.

El agente dejó de escribir. Reposó los brazos en el escritorio y entrelazó los dedos de sus manos. Me miró con desgana. Intentaba calmarme, aunque la rabia y los nervios estaban pudiendo conmigo.

—Después, llegué a casa —continué— y estaba allí ese hijo de puta que ¡casi mata a mi madre! —remarqué de nuevo—. Entenderá que no podía dejarlo marchar con las llaves. No puedo permitir que entre en casa hasta que mi madre sea portada del periódico.

—Ha visto usted muchas películas —me dijo el policía—. Mi trabajo no es apretar tuercas;

es tomar declaración y recopilar pruebas.

El agente no dijo nada más. Giró la pantalla del ordenador hacia mí. Fue pasando imágenes de mi padre, en las que se le veía con toda la parte izquierda de su cara desfigurada. Tenía el ojo completamente amoratado e hinchado.

No se había chocado con la puerta al irse. ¡Se había dado un cabezazo! Con toda la sangre fría del mundo, se había autolesionado para cubrirse las espaldas en caso de que yo le denunciara. ¡Y para denunciarme él a mí!

—¡Qué cabrón! —exclamé indignado—. ¿No le creerá? ¡Es un puto maltratador!

Reclinó el asiento hacia atrás con las manos todavía entrelazadas por los dedos, girando los pulgares en círculos con aires de suficiencia.

—Mire, esto no es ninguna broma. Un delito de lesiones como este, que requiere tratamiento médico, son de seis a doce meses de cárcel. Usted no tiene antecedentes, así que seguramente se lo conmuten por una multa a razón de cinco euros de cuota diaria. Eso siempre que la parte denunciante no reclame indemnización. Yo que usted me buscaba un abogado que le asesore.

Salí de comisaría. Vi venir el mundo encima de mí. ¿De dónde iba a sacar dinero?

—¿Qué te han dicho? —se interesó Silvia, quien me esperaba a la salida.

—Necesito un abogado.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado?

—Ese cabrón. Es muy listo. Al irse sentí cómo tropezaba contra la puerta. Me imaginé que era por los nervios, o yo qué sé, pero no. El muy zorro se autolesionó para ir al hospital, registrar un parte de lesiones y denunciarme.

—¿Qué dices? ¿No le habrán creído, no?

—Él tiene pruebas de que le agredí. Yo no tengo nada.

—Vamos a la barbacoa y hablo con Sara.

—¿Piensas que estoy yo para barbacoas?

—El padre de Sara es abogado. Podemos consultárselo.

—No. Ni una palabra de esto.

—¿Confías en mí? —preguntó mirándome a los ojos—. Pues deja que yo me ocupe. Siempre me he llevado muy bien con el padre de Sara: ya me las ingeniaré para informarme sin que sepa nada.

Accedí, de mala gana. No sabía lo que me podía cobrar un abogado por una consulta, pero me temía que, los cerca de trescientos euros que había podido ahorrar, se esfumarían. Y necesitaba ese dinero.

En unos diez minutos llegamos a tu casa. Era más o menos como me la imaginaba: una bonita construcción a las afueras, independiente, de dos plantas con buhardilla, porche y jardín delantero.

Me llamó la atención el sinuoso camino de baldosas rústicas e irregulares que se extendía desde la acera hasta la puerta de la casa. Bajé la vista para apreciar cada tono de cada una de aquellas baldosas de piedra, desgastadas por el tiempo y las huellas, cada una de un color distinto, de una forma única, fruto de su propia historia de años de sol, lluvia y pisadas.

Llegamos a la puerta, que estaba arrimada sin cerrar. Llamamos al timbre. Nadie abría, así que decidimos entrar. Silvia conocía bien la casa. Atravesamos el salón que estaba a la entrada. El sofá de cuero negro situado a la derecha era enorme. Servía de separador con la zona del salón, a la vez que creaba una especie de pasillo para ir hacia la cocina o subir las escaleras de acceso al piso superior.

Cruzamos la cocina. De concepto abierto, claro. Era una casa que parecía sacada de un programa de reformas. Desde ahí ya se oían las voces de la fiesta. Tú estabas con tu familia en la cabecera de la mesa más cercana a la barbacoa, situada frente a la puerta de entrada a la casa.

Antes incluso de que nos vieras, tu padre me observó de arriba abajo y, con un desprecio absoluto, murmuró: «este es el vegano, ¿no?». Miré para otro lado y resoplé. No era el día apropiado para que nadie me dijera nada, aunque preferí actuar como si no lo hubiera escuchado.

—¿Qué tal? —preguntaste mientras te incorporabas.

—Sentimos llegar tan tarde —se disculpó Silvia.

Tus padres también se levantaron de la mesa, lo que aprovechó tu padre para mirarme con desprecio de nuevo. Estuve a punto de irme en ese mismo momento, pero Jon me acercó una *Ranses* y me dijo que te habías acordado de llevarlas para mí, y eso me animó.

—Te hemos preparado unas *No Meet Maura* —me explicaste.

—Te agradezco mucho el detalle.

En aquel momento, que alguien tuviera un gesto amable hacia mí me hizo ilusión.

—Y por las mesas hay hummus y guacamole —añadiste.

—Eres un amor —te piropeó Silvia.

—Sí, te agradezco de verdad que te hayas preocupado.

Con los nervios a flor de piel, sentir que alguien se había interesado por hacerme sentir bien me emocionó. Estaba serio por el día que llevaba, pero creía que podía ser el inicio de una relación más normal entre tú y yo.

—No quería que solo pudieras comer un poco de lechuga.

Me gustó que fueras capaz de reírte de tus propios fallos, haciendo referencia a tu metedura de pata del día en que nos conocimos. Por un momento, mientras comíamos y charlábamos, me olvidé de mi madre, de la denuncia, de mi padre... «¿Podríamos llegar a ser amigos algún día?», me pregunté.

—Me he sentado con tu hermano —te contó Jon cuando volvió del baño— para intentar entablar conversación, pero me respondía con monosílabos hasta que me echó de allí.

—¿Te echó? —te sorprendiste.

—Bueno, me dijo que prefería estar solo. Me echó, vamos.

—Mi hermano Fran —me explicaste— es muy introvertido.

Cuando fui yo al baño lo comprobé. Él estaba sentado en el sofá junto al montón de cazadoras de los invitados, solo, mirando el móvil, con la cabeza cubierta por la capucha de su sudadera.

—Hola, ¿el baño?

—Está arriba —contestó sin mirarme.

—Cuando vuelva, ¿te apetece salir con nosotros? —Me senté en el reposabrazos del sofá.

—No, estoy a gusto aquí —respondió levantando por un segundo la mirada. Sus ojos azules eran parecidos a los de tu padre. El pelo negro, aunque en el de tu padre ya aparecían bastantes canas, lo había heredado de él, y la complexión también era la misma, a pesar de que tu hermano aún no era tan alto como tu padre y estaba más delgado.

—Genial. No sé si a ti te pasa; a mí no me cuesta hablar con gente, pero siempre tengo la sensación de no encajar del todo en ningún sitio.

Él apenas movió la cabeza. Me levanté y me dirigí a la escalera.

—¡Oye! —me llamó. Giré la cabeza—. Tú eres el vegano, ¿no?

—Prefiero que me llamen Tristán, la verdad. Pero sí, soy vegano.

—Ya, perdón. ¿Puedes explicarme algo?

—Dime.

—¿Puedes explicarme por qué tomaste esa decisión?

—Puf —resoplé, girándome hacia él—. Era lo que me faltaba para caer bien a tu familia: explicarte algo y que digas que te haces vegano tras tener una charla conmigo.

—Tranqui, no les diré que he hablado contigo. Tampoco me entenderían.

—En mi caso —dije, sentándome otra vez en el reposabrazos—, todo parte de la rabia que me provoca la prepotencia que demuestra el ser humano hacia todo. Nos apoderamos de cualquier espacio sin tener en cuenta quién puede ocupar ese territorio y hacemos con los animales lo que nos apetece. Por si fuera poco, hemos ido jugando a ser dioses seleccionando a los ejemplares de los que podíamos sacar beneficio. Normalmente, nuestro beneficio suele ir en contra de los intereses de esos animales. Seleccionamos a los que daban más leche, a los que eran más dóciles, a los que producían más lana... así hasta crear razas que son casi como engendros que no pueden sobrevivir sin nosotros.

—Somos lo peor. Pero... en la ganadería de toda la vida no se trata mal a los animales, ¿no?

—Según como lo veas. ¿Consideras que matar a un ser que no quiere morir es tratarlo bien?

—¿Cómo podemos saber eso? ¿Cómo podemos saber que un animal siente y que desea vivir?

—Primero, por empatía. Mira a un cerdo hacinado y dime que sus ojos no te dicen nada. Además, tienen un sistema nervioso central como el nuestro. A los perros les damos la potestad de sentir y no negamos sus emociones. En un cerdo o una vaca no queremos verlo, porque los tratamos como recursos, no como seres con la capacidad de sentir.

—Ya. Por aquí hay casas y hay gente con gallinas y eso. Veo que no están mal, pero no lo había visto nunca así.

Tú y Jon bajasteis por las escaleras. Miraste hacia mí, extrañada, y a continuación me regalaste una sonrisa. ¡Qué bonita podía ser esa puñetera sonrisa!

—Te soy sincero. Si solo existiera la ganadería extensiva, la de toda la vida, posiblemente jamás me hubiera llegado a plantear moralmente la cuestión y no me hubiera hecho vegano. No obstante, una vez que he reflexionado sobre ello, me resulta inevitable estar en contra de cualquier forma de explotación animal. El resto de animales son seres, no productos.

—¿Me puedes pasar el enlace de algún documental?

—No —contesté. Me miró sorprendido—. No debes ver un documental sobre el trato en la industria animal hasta que no estés convencido. Me da la impresión de que eres alguien que analiza mucho las cosas, así que no tomes la decisión desde la emoción. Al ver un documental, es posible que la tristeza y la rabia te hagan dar el paso. Mi consejo es que lo des desde la razón y la empatía. Investiga. Comprueba por ti mismo todo lo que quieras: nutrición, cuestiones morales, formas en las que explotamos a los animales... Después de todo eso, si estás convencido, busca los documentales que quieras.

—Gracias, tío.

Le quité el móvil de la mano. Frunció el ceño, extrañado. Añadí mi contacto y se lo lancé de nuevo.

—Cualquier duda que tengas, consúltame.

En el jardín, Silvia estaba hablando con tu padre, así que supuse que estaba tratando de consultarle mi caso. Tu padre agarró una costilla de la barbacoa y le dio un mordisco.

—No sabes lo que te pierdes, chaval —dijo, mirando hacia mí.

—Hace dos años que soy vegano, así que me acuerdo de cómo sabe una costilla. Pero gracias.

Sentí vibrar mi móvil, así que aproveché la ocasión para retroceder un paso hacia atrás y dejar que Silvia continuara la conversación mientras yo consultaba el mensaje.

Mamá

Tu padre está en el portal.

16:48

Estoy oyendo cómo discute con Rosa.

16:48

La tranquilidad del momento se esfumó. Tenía que volver a casa. Sonó la notificación de otro mensaje. El oído comenzó a pitarme de nuevo.

Rosa

Tu padre está en casa. Va a hablar con tu madre.

16:49

No te preocupes. No la dejaré sola.

16:49

Rosa estaba allí y eso me tranquilizaba un poco, pero necesitaba ir a casa. Me acerqué a Silvia y, disimuladamente, le enseñé el móvil con el mensaje, sin que nos viera tu padre.

—Vámonos —dijo Silvia al instante—. Voy a buscar la cazadora.

—Os manejan como quieren, ¿eh? —vomitó tu padre.

El comentario me cabreó, pero no hice caso. Se le notaba bastante borracho y se intentaba hacer el gracioso delante de sus amigos, así que no le di mayor importancia. Ya me iba, así que no merecía la pena entrar en polémicas.

—Tanto feminismo, tanto feminismo; os tienen acojonados.

—¿Cómo? —Me giré hacia él. Me acercaba con el oído derecho, porque con el izquierdo apenas oía nada más que ese zumbido agudo—. ¿En serio un abogado está en contra de que se busque la igualdad?

—¿Qué igualdad? Igualdad ya la tienen. Está en la *Constitución*. Ahora lo que quieren es mandar ellas. Y tú, que vas de *salvacausas* con tus mierdas y tus animales, se ve que eres un *mandilín*; esa hará contigo lo que le dé la gana, porque hoy en día sois unos blandengues.

Yo me estaba calentando. Me recordaba tanto a cómo hablaba mi padre que era como verlo a él, pero, lo que me cabreó por completo, fue cómo pronunció «esa» refiriéndose a Silvia.

—No se confunda. Yo tengo la suficiente autoestima para pensar que me van a valorar por cómo soy: no tengo que fingir ser un modelo de autoridad.

El móvil seguía sonando. Me apreté la oreja para intentar calmarlo. Tenía que irme.

Rosa

Tu padre me ha echado.

16:54

Estoy en el rellano.

16:54

Yo

¡Llama a la policía! ¡Ya!
16:54
Llegaré en diez minutos.
16:55

—¡Qué dices, mocoso! ¿Insinúas que me quieren por miedo? —bramó tu padre mientras yo contestaba los mensajes—. ¡¿Qué sabes tú de nosotros?!

Yo
Llegaré en diez minutos.
16:55

Empezó a despotricar contra mí, aunque ya me daba lo mismo lo que pudiera decirme. Solo pensaba en mi madre. Y en ese pitido insufrible.

—¡Salte de mi casa! —gritó—. Cuando tengas lo que yo he conseguido, podrás hablar conmigo. El modernillo de los cojones...

Ya no se dirigía a mí, sino que miraba a sus amigos. Respiré para intentar calmarme, porque parecía que estaba escuchando a mi padre. Cuando Silvia salió con su cazadora en la mano, le di el móvil para que leyera los mensajes.

—Le pega mucho tener esa novia rarita que va de artista —les dijo a sus amigos—. Y de color, claro, que eso es muy alternativo. No sé qué he hecho mal, pero se ve que a mis hijos les van las amigas raras.

En ese momento no pude evitarlo. Me giré y le golpeé. Le di un puñetazo en toda la cara. No debí hacerlo. O sí, no lo sé.

Silvia estaba de vuelta, paralizada, junto a la puerta de entrada al jardín. En sus ojos vi que lo había escuchado todo. Ella tenía cariño a toda tu familia, y que tu padre hablara así de ella la hirió en lo más profundo.

Tu padre cayó hacia atrás por la potencia del puñetazo, llevándose la barbacoa con él al suelo. Temí que se hubiera quemado, aunque al instante se levantó. No le había pasado nada, así que lo único que me importaba era irme de allí. Silvia me devolvió mi móvil; me había llegado otro mensaje.

Rosa
Tengo miedo.
16:59
Oigo golpes.
16:59

Ya iba a salir por la puerta del jardín cuando viniste hacia mí y me agarraste por el brazo. Quedaste frente a frente conmigo, con la mirada llena de odio. No sabías qué había pasado, pero dabas por hecho que yo era el culpable. Tu padre nos había insultado a mí y, sobre todo, a Silvia, a tu mejor amiga. No obstante, no te preocupaste ni un poco por saber qué había ocurrido. Tenías tu sentencia.

No dije nada. Respondí a tu mirada altiva con una de indiferencia. Para mí, cualquier relación que pudiéramos tener había muerto en cuanto me sujetaste por el brazo y me declaraste culpable con esa mirada llena de desprecio.

Me solté y seguí mi camino. Tenía que irme. No me importaba nada de lo que pasara en aquella casa. Tú me sujetaste de nuevo, pero esta vez ni me dio tiempo a reaccionar. Silvia salió del ensimismamiento y te separó la mano de mi brazo con fuerza.

—¡Suéltalo! —gritó, nerviosa.

—¿No le disculparás? —recriminaste.

—¡Que lo sueltes! —chilló.

Silvia estaba fuera de sí. Tu padre, el padre de aquella a la que llamaba «hermana», la había despreciado, pero Silvia no era aquella adolescente que se hacía pequeñita cuando la insultaban. Ya no.

—Ni se te ocurra decir una palabra más —te dijo Silvia.

Le puse la mano en el hombro para indicarle que nos íbamos de allí. Oí el móvil sonar de nuevo.

Rosa

Tengo miedo.

17:02

Ven rápido.

17:02

—¡Ni una palabra! —repitió Silvia, mirándote con odio.

A mí ya no me preocupaba la discusión con tu padre, ni el desprecio, ni tu actitud. Ni siquiera el pitido incesante que me impedía oír mis propios pensamientos. Todo aquello me parecían frivolidades de adolescente comparado con lo que podría estar pasando en mi casa. Solo me preocupaba llegar allí lo antes posible. Antes de que pudiera ser tarde.

CAPÍTULO 8

Ya era un adulto. Tenía que serlo. La vida me obligaba a ello.

«Que o leve o demo»

Silvia rozó la temeridad conduciendo de camino a mi casa. Parecía mentira que aquel coche tan pequeño y antiguo corriera tanto. El trayecto de diez minutos quedó reducido a seis; solo deseaba no encontrarnos con alguna patrulla de la policía, y ya no por la multa, sino para no perder tiempo. Necesitaba llegar lo antes posible.

—¿Estás bien? —le pregunté a Silvia.

—Sí, sí; no te preocupes ahora por eso, que me distraes.

Frenó frente a mi portal y salí del coche mientras ella iba a buscar aparcamiento. Subí los peldaños de dos en dos, ansioso por comprobar cómo estaba la situación. Antes de llegar arriba logré ver a dos policías, junto con mi madre, mi padre y Rosa.

—¿Estás bien? —pregunté a mi madre, todavía jadeando por el esfuerzo. La miré de arriba abajo, pero no percibí ningún indicio de agresión.

—Sí, hijo —balbuceó, empastillada—. No ha pasado nada.

Mi padre me miró con una sonrisita cínica. Él sabía que llamaríamos a la policía, así que evitó cualquier enfrentamiento. Quizás es especular demasiado y dotar a mi padre de una inteligencia para la estrategia por encima de lo que era capaz, pero la cuestión era que, premeditadamente o no, aquella visita me daba a entender que podía presentarse en cualquier momento con total impunidad.

Mi tía estaba en el otro extremo del rellano, temblando. Me acerqué a ella y le pasé el brazo por encima del hombro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió moviendo la cabeza como a espasmos, sin atreverse a decir nada.

—Señores, intenten no molestar si no hay motivo —amonestó uno de los agentes.

A mí me hervía la sangre, aunque sabía que cualquier cosa que hiciese o dijese podría ir en mi contra y a favor de mi padre.

—Yo me voy también —dijo mi padre con prepotencia.

Bajó detrás de los policías. Silvia estaba subiendo, así que no entré en casa para esperar por ella. Mi padre se giró para mirarla sin disimulo y le sonrió con malicia. Ella agachó la cabeza y continuó subiendo. ¡Qué asco me daba aquel hombre!

En cuanto Silvia llegó arriba, le di un abrazo y entramos los cuatro a casa.

—Ay, hijo —me empezó a contar mi tía por el pasillo—, ¡qué miedo he pasado!

—¿Cómo ha sido? —pregunté.

—Vamos a sentarnos, que traigo una fatiga... Creo que no lo he pasado tan mal en mi vida.

Mi tía se sentó junto a mi madre en el sofá de rayas verticales, de tonos ocre y crema, situado frente a la puerta del salón, mientras Silvia y yo nos sentamos en sendas butacas a juego, una a cada lado del sofá, separadas por la mesa de mármol.

—Ay, hijo, no podéis vivir así.

—Ya —contesté, haciendo ver que era obvio.

—Tu padre entró sin llamar. Cuando oí la puerta, me acerqué y le saludé. Al principio

conversaba con naturalidad; incluso con simpatía. En cuanto le dije que no me parecía oportuno que hablara con tu madre, comenzó a alzarme la voz. Estaba un poco alterado, aunque no le di mayor importancia. Se sentó donde estás tú para hablar con tu madre. Le preguntó qué tal, no sé, todo muy normal. Fue cuando te envié el mensaje de que estaba aquí.

—Y después te echó de casa.

—Tu madre estaba hasta arriba de pastillas, aunque noté que se ponía más nerviosa cada vez que tu padre hablaba, hasta que se tomó otro orfidal. Tu padre se puso en pie y empezó a gritarle a tu madre. Le recriminaba que lo había estropeado todo, que vaya plan todo el día con *a merda das* pastillas, que ya la ponía él a descargar ruedas y seguro que se le acaba la tontería de la ansiedad...

Silvia me miró raro, porque no entendía algunas de sus expresiones que descubrían el origen gallego de mi familia materna.

—¿Le pegó? —le pregunté a mi tía.

—No, pegar, no. Yo estaba intentando calmar la situación. Le dije que se relajara un poco para hablar las cosas. Me agarró con fuerza por la espalda. Parecía endemoniado. Me llevó a rastras por el pasillo, me sacó al rellano y cerró la puerta.

Mi tía, que seguía temblando, se puso a llorar. Me levanté y me senté en el reposabrazos de madera junto a ella para abrazarla.

—¿Quieres una tila?

—Sí, gracias, hijo.

Me levanté para ir a la cocina. Silvia me hizo una seña mientras se incorporaba para ir ella a preparar la infusión.

—Tenéis que salir de aquí. Cualquier día hay una desgracia.

—Ya lo sé, tía. Por eso te pedí que estuvieras con ella cuando yo estaba trabajando.

—¡Yo no quiero estar aquí más! —respondió, nerviosa.

—¿Nos vas a dejar aquí solos? —recriminé a la vez que me solté de su hombro. Por un momento, temí volver a la situación inicial, sin ayuda de nadie.

—No —contestó—. ¡No! —exclamó a continuación, ofendida por el hecho de que pudiera pensar eso.

—Tu hermana te necesita —le dije, arrugando la frente.

Nos volvimos hacia mi madre, que estaba sentada junto a mi tía con la mirada perdida en el infinito.

—No se está enterando de nada —observó mi tía, que se levantó y puso un cojín junto al reposabrazos de madera en el que estaba apoyada mi madre.

—Échate, mamá.

Le puse la cabeza sobre el cojín y le subí las piernas para acomodarla en el sofá. Rosa y yo fuimos a la cocina, donde Silvia estaba terminando de preparar la infusión. A mí me puso un café solo y para ella se sirvió un café con leche de soja.

La cocina del piso era pequeña y antigua, con suelo de cerámica a rombos blancos y ocres. Mi tía se sentó en una de las sillas de los laterales de la mesa de madera, machacada por el tiempo y algún que otro golpe. Dejé la otra silla para Silvia mientras yo me senté en un taburete, el que estaba bien. El otro tenía el asiento de paja en mal estado y podía uno dejarse el culo incrustado en él.

—Tenéis que iros de aquí, Tristán.

—Lo sé. Por eso he empezado a trabajar, pero todos los alquileres exigen dos meses de fianza y tres meses por adelantado. No sé el tiempo que pasará hasta que logre ahorrar para

permitírmelo.

—¡Ay, Virgen Santa! —exclamó, santiguándose—. No, no. Hoy mismo hacemos las maletas y os meto en mi casa. No sé cómo... La habitación de Rosita —reflexionó en voz alta— tiene dos camas. Que duerma Bertín allí una temporada.

—No sé, tía, están los dos en una edad que no les gustará compartir habitación. Necesitan intimidad.

—Oye, que se apañen. Yo, cuando era niña, compartía habitación con mi hermana y dos hermanos. Y dormí con ella hasta que tenía quince años. Mira, tu madre dormirá en la habitación de Bertín. Y tú... ¿Te importa dormir en el sofá?

—No, no. Ya es un incordio estar en tu casa como para ocuparos el salón. Tengo un colchón hinchable; lo colocaré en la habitación con mi madre.

—Hecho, entonces.

Silvia me miró con algo de tristeza. Yo sabía que estaba preocupada. Esas semanas, apenas habíamos tenido ocasión para estar a solas, aunque al menos pasábamos horas en mi casa cuidando de mi madre, pero, si estábamos en casa de Rosa, no tendríamos tiempo para estar juntos.

Estiré el brazo para agarrar su mano y la miré con dulzura para que supiera que ya encontraríamos una solución; Rosa pareció leernos la mente.

—Ah, y tú eres una más de casa —le dijo a Silvia—. A Rosita le va a encantar conocerte.

Me asombró pensar en cómo mi tía había pasado en unas semanas de ser una cotilla desconocida a convertirse en casi mi salvadora. Cotilla seguía siendo, eso sí, pero sin ella no podría ni estar trabajando.

—Gracias, Rosa —respondió Silvia con una sonrisa.

—Madre mía, ¡cuando le cuente a Alberto! A ver cómo lo suavizo. Es capaz de ir a buscar a tu padre y... bueno, para qué queremos más.

—Ojalá alguien lo busque y lo ponga en su sitio —dije—. Pero que no sea el tío, porque al final los problemas serán para él.

Sonó un ruido en la puerta de casa y los tres nos sobresaltamos. Alguien estaba intentando abrirla.

—¡Ay, Dios! —exclamó Rosa.

—Tranquilos —intervino Silvia—, he echado la cadena.

—Voy a ver qué pasa.

—No, hijo, no vayas —dijo, atemorizada, mi tía.

—¡A ver! ¡Abrid aquí! —se oyó gritar a mi padre.

Me levanté de un salto, me dirigí a mi habitación directo a por el bate y fui hacia la entrada. Mi padre había abierto la puerta con la llave, pero solo se podía abrir unos centímetros hasta que hacía tope con la cadena de seguridad.

—Abrid, hostia, que me he dejado la chaqueta.

—¡Lárgate de aquí! —le grité.

Mi padre metió los dedos por la rendija que quedaba abierta. Instintivamente, sin soltar el bate, le pegué una patada a la puerta lo más fuerte que pude para aplastarle la mano.

—¡¡¡Hijo de puta!!! —gritó al sentir el dolor de haberle machacado los dedos.

—¡Lárgate!

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a llamar a la policía? ¿Para enfadarlos otra vez? No, espera, casi mejor los llamo yo para denunciaros por no dejarme entrar en mi casa.

Silvia me pasó una chaqueta de pana muy grande.

—Es de tu padre —susurró.

—¡Toma! —le grité mientras introducía un borde de la chaqueta por el hueco de la puerta.

Volvió a meter la mano por la parte inferior en la rendija que quedaba abierta, esta vez con los nudillos medio cerrados para agarrar la tela de la chaqueta. Pegué una patada a la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Fue como una pequeña victoria.

—¡¡¡Ahhh!!!

Esa vez solo pudo gritar. Al tener la mano en la parte inferior de la puerta, fui capaz de hacer más fuerza con la pierna. Además, tenía los nudillos semicerrados, así que tuvo que dolerle muchísimo. No pude evitar alegrarme.

—¡¡Cuando te pille, te reviento!! —gritó, muy enfadado—. Cualquier noche, cuando estés solo, voy a venir y echar la puerta abajo. ¡¡A ver si eres tan valiente!!

La chaqueta se había embarullado con tanto movimiento y no salía. Tiré de ella para estirarla e intenté sacar un extremo. No me di cuenta de que había puesto los dedos en el hueco de la puerta. Mi padre vio la oportunidad de devolverme el golpe y tiró de la puerta hacia él para pillarme los dedos.

—¡Au! —susurré mirando a Silvia.

No quería que mi padre me oyera para que no se enterara de que me la había devuelto. En realidad, no me había hecho mucho daño, porque mi padre no podía hacer mucha fuerza tirando de la puerta. Además, la tela de la chaqueta impidió que la puerta se cerrara por completo, por lo que el golpe fue pequeño, pero la humillación de caer en mi propia trampa fue dolorosa.

Mi padre logró llevar la chaqueta hasta su lado. Pensé que se iba, pero, de repente, sonó un golpe fortísimo. Se había abalanzado sobre la puerta. La cadena se estiró y aguantó, pero la madera crujió como si fuera a resquebrajarse. No era una puerta de seguridad; era delgada y estaba vieja y desgastada. No aguantaría mucho. Y era lo que mi padre quería mostrarme; aquella puerta no iba a protegerme cuando se decidiera a ir a por mí.

—Nos vemos cualquier noche —amenazó antes de irse.

—¡Que o leve o demo!* —maldijo Rosa—. Guardad cuatro cosas en las maletas que nos vamos de aquí.

Rosa entró en la habitación de mi madre y abrió todas las puertas y cajones.

—Tristán, mete lo que te haga falta en esta maleta. No mucho, que mi casa no es grande y bastantes trastos hay ya.

Mi tía se ocupó de la maleta de mi madre, mientras yo metía cuatro cosas en la mía. Silvia estaba guardando en un neceser los cepillos de dientes y cosas de aseo de mi madre.

A los quince minutos estábamos saliendo por la puerta. Antes de cerrar, eché un vistazo con cierta nostalgia. Sabía que no volvería a vivir en la casa de mi infancia. No es que recuerde la niñez con demasiada alegría: no éramos precisamente una familia prototipo de serie americana. Pero sentí que, al cerrar aquella puerta, estaba cerrando mi adolescencia.

Ya era un adulto. Tenía que serlo. La vida me obligaba a ello. Claro que regresaría a aquella casa a buscar algunas cosas, aunque ya no volvería a ser mi hogar. Cerré la puerta, dejando tras de mí un montón de recuerdos: alguno bueno, pero, sobre todo, demasiadas historias que jamás debería vivir ningún niño.

* *Que o leve o demo* : es una expresión gallega que literalmente significa *que lo lleve el demonio*. Es una expresión que utilizaba mucho mi abuela, quien falleció mientras escribía estos capítulos, y me pareció una bonita manera de rendirle homenaje.

CAPÍTULO 9

Mi mirada se encontró, de nuevo, con la tuya. En ese momento, durante un segundo, un instante efímero que parecía no terminar nunca, me olvidé de los conflictos que tenía contigo, del mal humor, de la tensión... y del mundo.

Un día eterno

—¿Adónde vamos? —preguntó mi madre con los ojos casi cerrados mientras bajábamos las escaleras.

—A un sitio, a descansar.

—Vale —contestó por inercia, con los ojos casi cerrados.

Apoyada en mí, bajó las escaleras sin enterarse de nada. Estaba completamente drogada. Llegamos a casa de Rosa y posamos las cosas con prisa.

—Yo tengo que irme a trabajar —dije llevando a mi madre a la habitación de Bertín.

—Vale, hijo, ¿te dejo mis llaves? —propuso Rosa—. Mañana hay que hacer una copia.

—No —intervino Silvia—. ¿Hoy duermes conmigo? Así ya te instalas mañana más tranquilo.

—Como queráis —contestó mi tía mientras yo abría la cama y ayudaba a mi madre a meterse dentro.

—Sí, mejor —afirmé saliendo de la habitación—. El colchón aún está sin hinchar y ni me he presentado a los chicos.

Terminamos de instalar a mi madre y nos fuimos a buscar el coche. Ya era tarde y llegaba tarde a trabajar.

—¡¡Qué gran idea has tenido!! —le dije a Silvia mientras me ponía el cinturón de seguridad.

—Me pareció un trastorno que llegues a las cinco o las seis de mañana y tengas que instalarte, hinchar el colchón y demás.

—Eso me da igual. Lo que me importa es que podremos estar solos, acurrucados y tranquilos.

—Bueno, tranquilos... ya se verá —dijo, juguetona, mientras arrancaba. Me acerqué a ella y la besé.

—Hoy llevo yo el coche para que no tengas que ir a buscarme, ¿vale?

—Genial, así me despreocupo hasta que llegues. A ver si pinto un poco. En estas semanas lo tengo abandonado.

—¡Vaya cara que traes! —dijo Melania cuando me vio llegar.

—Gracias, mujer. Tú también estás muy guapa.

—Lo sé —bromeó, echándose el pelo hacia atrás como en un anuncio de champú—. Pero tú traes una cara... Me recuerda a la del primer día.

—Ha sido un día intenso.

—¿Qué ha pasado?

—Puf, de todo. Comisaría, pelea, mudanza...

—¿Comisaría? —dijo con cara de sorpresa más que de susto—. ¿Pelea? ¿Tú?

—Yo soy un chico malo, ¿qué piensas!

—Sí, sí, terrible —se burló—. Mira, Tristán, conmigo no hace falta que uses el humor de tapadera. Sé que estás mal. ¿No quieres contarme por qué? Perfecto, lo entiendo. Recuerda que quedamos en ser amigos, y serlo es escuchar lo que me quieras contar, pero también es respetar que te guardes para ti lo que consideres. Lo que no puedes es fingir. Eso no se hace con los amigos.

No supe qué decir. Melania tenía esa capacidad para sorprenderme cada día y hacerme reflexionar sobre puntos de vista que ni se me habían ocurrido. Y tenía razón una vez más. Con ella no tenía que fingir: con ella me sentía yo mismo. Las bromas tenían algo de coraza, aunque también bromeaba porque me transmitía confianza y con ella me sentía yo mismo.

No tenía ánimo y, a pesar de que la música avivó el zumbido de mi oído, el trabajo me obligaba a olvidarme de las preocupaciones de un día tan angustioso. La tensión, no obstante, regresó al segundo. Se abrió la puerta mientras atendía a una chica. Instintivamente, levanté la vista para ver quién entraba y me di de bruces con tu mirada.

—Ey, que me salpicas —protestó la chica a la que atendía. La había mojado con un chorro que cayó sobre la barra en vez de en el vaso.

No entendía qué hacías allí. Después de la crispación con tu padre y contigo, ¿a qué ibas? Me pareció muy feo que me acorralaras en mi trabajo. En cualquier otro lugar, podría irme si me encontraba incómodo. Allí, tenía que permanecer frente a ti aunque no quisiera. Me giré, intentando apartar la vista, y fui hacia el otro extremo de la barra.

—No te enfades, tío —dijo Jon.

—¿A qué habéis venido? —pregunté, muy serio, enfrentándome a él. Jon no contestó.

—A cenar —respondiste tú con chulería después de un silencio.

Parecía evidente que no venías con intención de arreglar las cosas y únicamente buscabas un nuevo enfrentamiento.

—A ver, vamos a hablar —intervino Jon.

—Ya, es cierto —te repliqué—. Los viernes cierran todos los demás restaurantes de la ciudad.

Intentaba aparentar tranquilidad, aunque la tensión me agarrotaba el estómago

—Nos sentamos y aclaramos las cosas —continuó Jon, aunque no le prestamos atención.

—Podemos hacer lo siguiente —respondiste—. Para la próxima salida que hagamos, te llamamos antes y nos indicas qué locales tenemos derecho a visitar.

No soportaba esa prepotencia con la que te habías presentado en mi trabajo. ¿A qué habías ido? ¿Por qué no te marchabas?

—Lo digo por vuestro bien porque te veo más de *Casa Remigio* —intenté sonar lo más borde posible con la intención de que te fueras—. Tienen una ensalada de lechuga, tomate y cebolla exquisita.

No esperé contestación. No quería seguir allí. La tensión acumulada durante todo el día me iba a explotar en la cara, no sé si en forma de llanto o de gritos, así que me metí en la cocina.

—¡Tristán! —oí gritar a Jon.

Intenté tranquilizarme y continuar con el turno. Tenerte allí me hacía ser consciente del día de mierda que había tenido. Uno más. Tú y Jon tomabais algo con otra pareja de tu pandilla, Azu y Marcos. Os divertíais, aunque, de vez en cuando, mirabas hacia mí, no sé si para comprobar que el castigo de tenerte allí surtía efecto.

—Tengo curiosidad por la pelea —me dijo Melania mientras echaba ron en el vaso a un cliente.

—¿No tienes un vaso más ancho? —le preguntó a voces el chico, acercándose a ella por encima de la barra todo lo que pudo.

—No —respondió Melania, tajante—. ¿No te entra la nariz o qué?

—Si te dijera lo que no me entra...

—La bocaza seguro que no. —El cliente se marchó con su vaso mascullando algún juramento—. ¡Eso, la pelea! —volvió a decir mirando hacia mí—. Si quieres contar algo...

—En realidad, no fue una pelea. Le solté un puñetazo al padre de Sara.

—Ju, ju, ju —exclamó, asombrada—. Espera. ¿Sara? ¿Qué Sara? ¿Esa Sara? —preguntó, señalándote. Asentí a la vez que arrugaba la frente—. Qué bueno.

—No es para estar orgulloso.

—Un poco sí. —Torció ligeramente la cabeza con cara maliciosa, ante lo que me tuve que reír.

Giré la vista un segundo hacia vuestra mesa. Mi mirada se encontró, de nuevo, con la tuya. Estabas riéndote tú también. ¡Esa puñetera sonrisa deliciosa tuya! Estaba lejos de saber por qué, aunque, en ese momento, durante un segundo, un instante efímero que parecía no terminar nunca, me olvidé de los conflictos que tenía contigo, del mal humor, de la tensión... y del mundo.

—¡Ey! —Melania me golpeó en la espalda para sacarme del ensimismamiento—. Entiendo que no es un buen día, pero hazme caso.

—¿Qué decías?

—Preguntaba que, si después de eso, se atreve a venir por aquí.

—Ya ves. —Me encogí de hombros.

—Un ron con cola y una cerveza —pidió un chico acercándose a Melania.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mientras echaba hielo en un vaso para el ron—. Porque no te veo yo de los que dan puñetazos por deporte.

—Buf, se juntó todo. Llevaba un día horrible y él no dejaba de provocarme. Al principio, pasé de él. A medida que me insultaba me fui calentando, pero, cuando ya me iba...

—¿Qué haces cuando salgas de trabajar? —le gritó el cliente a Melania.

Ella intentó seguir mi historia sin prestarle atención.

—¿Qué haces cuando salgas? —repitió, hablando más alto, como si el problema fuese que no le hubiera oído.

—No sé qué haré —respondió girándose hacia él—. Lo que tengo claro es lo que no voy a hacer: quedar contigo.

El chico la insultó entre dientes y se fue con las consumiciones.

—Pues eso, que llevaba un mal día, me calentó la cabeza desde que llegué y, cuando me iba, menospreció a Silvia con una prepotencia inaguantable. Me giré y le solté un puñetazo tan fuerte que cayó hacia atrás con la barbacoa y todo.

—¿El héroe que rescata a su damisela?

—Si quieres pensar eso... El caso es que, cuando insinuó que yo estaba saliendo con una chica «de color» por hacerme el interesante, no pude evitarlo.

—¿En serio dijo eso?

—Ese desprecio me sacó de mis casillas.

—Qué fuerte. ¡Haberle dado otra!

—Primero me dices que si voy de héroe y ahora que tenía que haberle dado otra.

—Oye, me he equivocado. Aunque lo parezca, no soy perfecta. —Me guiñó un ojo. La miré entrecerrando los párpados a modo de recriminación—. Eh, como amiga te lo digo.

Regresé al trabajo entre las risas y las bromas de Melania, y regresé a la realidad. Te divertías con tus amigos, aunque tus miradas disimuladas me decían que no estabas cómoda con mi presencia. Yo no podía marcharme. Lo que no sabía era por qué tú no te ibas. Ni por qué te habías presentado allí.

Tenía la cabeza agachada para aclarar la loza antes de meterla al lavavajillas. Alguien se colocó enfrente de mí.

—¿Sí? —levanté la cabeza para atenderlo.

No era un cliente: eras tú. Me tembló todo. Traté de mantener la calma. No podía olvidar lo que había hecho tu padre y cómo me habías culpado sin saber qué había ocurrido.

—¿Podemos hablar? —preguntaste, con un tono muy frío.

—Nosotros no tenemos nada que hablar.

Intenté seguir a lo mío para que no se notara lo inquieto que estaba.

—Necesito saber qué ha pasado.

—Tu amiga es Silvia, no yo. Es con ella con quien tienes que aclarar las cosas.

No entendía que fueras a verme a mí en vez de contactar con ella.

—¿Y tú no puedes contarme nada? —preguntaste, enfadada. La frialdad con la que te dirigías hacia mí era lo último que necesitaba ese día.

—Insisto, nosotros no somos amigos. Yo no tengo nada que decir en esto.

—¿Y hace falta ser tan borde? —soltaste con desprecio.

Quedé paralizado. No estaba preparado para esa conversación. No ese día. Y aquel maldito oído no dejaba de emitir ese zumbido agudo que se clavaba en mi cerebro y que parecía reventarme la cabeza. Me dirigí al almacén para cambiarme e irme. No podía seguir allí.

—Ey, ¿dónde vas? —me preguntó Melania, que salía de la cocina.

No quería mentirle otra vez, así que me detuve. No sirvió de nada, porque no pude soltar palabra. Supongo que mis ojos humedecidos respondieron por mí, porque me abrazó de inmediato.

—Tengo que irme.

—¿Y la pasta? Te la van a descontar.

Aquel día parecía no terminar nunca. Había comenzado en el hospital, recogiendo a mi madre para llevarla a casa. De ahí, a comisaría para comprobar que mi padre, no contento con la paliza que me había dado, había interpuesto una denuncia contra mí. El único respiro lo tuve durante unos minutos en la barbacoa, y no terminó excesivamente bien. Después de eso, todavía viví la tensión del encuentro en mi casa con mi padre y el traslado a casa de Rosa.

—Sabes cuánto necesito el dinero —le respondí a Melania—, pero hoy no puedo más.

Aquella discusión contigo, tu mirada fría y tus recriminaciones eran una chiquillada, pero vinieron a darme la puntilla en un día que me había sobrepasado.

CAPÍTULO 10

Fue la primera vez que vi que, detrás de la luz resplandeciente de tus ojos, se escondía un pedacito sombrío de ti que estaba implorando salir.

Serbal

Necesitaba despejar, así que decidí ir al monte Serbal. Me gustaba subir al puerto y sentarme en una roca que había en una pequeña explanada presidida por un serbal precioso que se coloreaba de rojo cuando florecía. Allí, mirando las estrellas, o gritando a las montañas, me reconciliaba con la vida.

Esa noche me senté en silencio. Aún no eran las doce y no quería ir a casa de Silvia tan temprano para no preocuparla. No me pareció buena idea contarle que te habías presentado allí: bastante enfadada estaba contigo. No quería echar leña al fuego. Y, quizás, mi tono contigo no había sido el más adecuado. Vosotras teníais una amistad y, si se rompía o se mantenía, debía ser cosa vuestra, así que preferí no decir nada.

Estuve en silencio durante más de una hora, tratando de ordenar mis ideas, aunque siempre se agolpaban en mi cabeza las mismas sensaciones amargas. Al montar en el coche, encendí la radio, sintonizada en *Radio Clásica*, y comenzó a sonar una pieza. Era la primera vez que escuchaba *Experience*, de Ludovico Einaudi, aunque, ya lo sabes, pasó a ser inmediatamente mi pieza favorita.

La atmósfera emotiva y tranquila que refleja el piano al comienzo me transmitió la misma melancolía que me atenazaba el pecho. A medida que la música avanzaba y ganaba en intensidad y energía, los sentimientos se agolparon en mi interior. Lloré. Todo lo que necesitaba llorar. Hasta vaciarme.

La música me transportó en un viaje emocional que me hizo reflexionar sobre mis experiencias y emociones. Todo estaba saliendo mal, pero, en aquel momento, mientras sonaban los últimos acordes de *Experience*, tomé la determinación de no dejarme hundir.

Eran más de las tres de la madrugada cuando llegué a casa de Silvia. Abrí despacio con las llaves que me había dejado. Me descalcé y, en silencio, recorrí el pasillo. Al fondo, salía la luz intermitente de la televisión de su habitación. La tele permanecía encendida, aunque ella estaba dormida con el móvil en la mano.

Me acerqué a su rostro y le di un beso en la mejilla. Giró ligeramente la cabeza, aunque no abrió los ojos. Me quedé observándola un rato. Sin duda, Silvia era lo único que me sacudía un poco del dolor que tenía enquistado dentro y se había convertido en lo único que parecía darle sentido a aquel desastre que siempre había sido mi vida.

Me desvestí para meterme en la cama y le quité el móvil de la mano para ponerlo en la mesita de noche. Cuando iba a bloquear la pantalla, vi que estaba leyendo algo: era un poema que yo le había escrito, el poema que le había enviado después de pasar la primera noche juntos. Me senté al borde de la cama y leí el último párrafo.

Si tuviera que elegir entre tú y la felicidad
Te elegiría a ti
Con tus bosques y tus tinieblas

Con tus esperanzas y tus tormentas.
Si tuviera que elegir entre tú
Y la vida
Te elegiría a ti
Siendo tú,
tan tú
Que es imposible no amarte.

Apenas acababa de dormirme, o eso me pareció, cuando vibró el móvil. Entre que me desperté y fui consciente de que estaba entrando una llamada, ya habían colgado. Al instante me empezaron a sonar notificaciones de mensajes.

Rosa

Tu madre se ha despertado y quiere irse. Que esa no es su casa, dice.

06:43

Ya está vestida. Está muy alterada, gritando y azotando todo a su maleta.

06:43

Dice que se va y que no somos nadie para sacarla de su casa y mil cosas más.

06:44

Ven pronto, por favor.

06:44

Yo

Voy.

06:44

No la dejes marchar.

06:44

Rosa

Lo intentaré, pero ven rápido.

06:45

Silvia abrió los ojos tras despertar por el sonido de los mensajes.

—Tengo que irme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando la hora en su móvil—. Si no has dormido casi nada.

—Mi madre. Supongo que al despertar en una casa ajena se ha alterado.

—Buf, claro, ayer ni se enteró de que nos mudamos.

—Un día vamos a tener un disgusto con las pastillas.

—Me levanto y voy contigo.

—No, no hace falta. Además, si logro calmarla me echaré a ver si duermo algo...

—Lleva el coche. Yo no lo necesito.

—Gracias... gatita.

—Cada vez me disgusta menos.

—¿Ves? Estaba claro que te tenía que llamar «gatita».

—He dicho que me disgusta menos, no que me gustara.

—Al tiempo —alardeé mientras terminaba de vestirme.

—Venga, anda, lárgate —bromeó a la vez que me daba un azote.

A Silvia le sonó el móvil y me enseñó un mensaje que le habías enviado, en el que le decías que querías hablar con ella para saber qué había pasado. Arqueeé las cejas y resoplé.

—¿Qué hago? —preguntó.

—Ya sabes que, si desapareciera de nuestras vidas, no la echaría de menos ni un poco.

—Te pasas, a veces. O sea, que no te importa ni ella ni la conversación.

—No me importa ella. Pero tú, sí. Y la amistad que sientes hacia ella se merece esa conversación. Si sirve para arreglar la situación, genial. Si no, se deja claro que no hay solución y a otra cosa.

—Quedaré con ella.

—De acuerdo, ya me cuentas —me despedí acercándome a darle un beso—. Me voy.

—Vale. Y tú mándame un mensaje cuando llegues a casa y hables con tu madre, que me quedo intranquila.

—¡Yo tengo mi casa! —gritaba mi madre enfadada, a la vez que caminaba de un lado a otro por el pasillo.

—Mamá, ven, vamos a sentarnos y hablar.

—Ay, hijo, menos mal que has venido. No me dejan irme —regañó, señalando a mi tía.

—Vamos al salón.

—Llévame de aquí —suplicó. Me miró a los ojos y comenzó a llorar—. Esta no es mi casa. Yo quiero estar en mi casa.

—Aquí estaremos bien. Yo estoy contento de vivir con la tía.

—¡¡¡No!!! —gritó, al tiempo que se dejaba caer al suelo y lloraba con desesperación.

—¡Ay, madre, no sé qué le pasa! —se lamentó Rosa entrelazando sus manos a modo de plegaria y arrugando la frente con preocupación.

—Tranquila, tía, es el mono. Está tan acostumbrada a tomar de todo que, cuando está unas horas sin ninguna pastilla, se altera. Yo intento que no tome muchas, aunque el médico se las vuelve a recetar. Así estamos.

—Si se ha tomado una hace un rato. Bueno, una que yo haya visto.

—Enseguida se calmará entonces, no te preocupes.

Así fue. A los pocos minutos se tranquilizó y nos sentamos en el sofá para hablar. En cuanto convencí a mi madre para quedarnos una temporada en casa de mi tía, le escribí a Silvia para que supiera que todo estaba en orden y me eché en la cama de Bertín. Tenía que descansar un rato. No llevaba mucho tiempo durmiendo cuando me sonó el móvil.

Silvia

Ya he hablado con Sara.

11:16

Todo bien.

11:16

Se lo he contado todo y ha entendido nuestra reacción.

11:17

Yo

¡Genial!

11:17

Me alegro de que lo hayáis podido arreglar.

11:17

Silvia

Quiere hablar contigo...

11:17

Si quieres, quedamos mañana con ella y Jon. Dice que te va a pedir disculpas.

11:17

Yo

Dile que no hace falta.

11:18

Con que vosotras hayáis solucionado las cosas es más que de sobra.

11:18

Silvia

No seas así, Tristán.

11:18

No me apetecía nada tenerte enfrente de nuevo. No deseaba, tampoco, mantener una conversación tan seria. Valoraba que fueras capaz de asumir el error y pedir perdón, pero a mí me bastaba con que Silvia y tú volvierais a ser amigas. No quería malgastar mi día de descanso hablando contigo, la verdad, aunque entendí que para Silvia era importante.

Yo

Vale.

11:19

Mañana quedamos con ellos, si quieres.

11:19

Silvia

¡¡Bien!!

11:20

Te amo, ¡gatito!

11:20

Yo

Ja, ja, ja.

11:21

Yo

Tú si puedes, ¿no?

11:21

El resto del día lo pasé descansando. Cuando llegué al trabajo, Melania estaba aparcando, así que esperé para entrar con ella.

—Traes mejor cara —dijo al salir del coche.
—Hoy no me he peleado con nadie.
—¡Vaya! ¡Vas a perder esa fama de malote!
—Ya ves. Me estoy reformando.

Nos cambiamos y nos pusimos detrás de la barra. Ya no estábamos en sala ni teníamos que cargar con las mesas. Durante el servicio de cenas, preparábamos las bebidas que nos iban comandando los camareros de sala y apoyábamos en barra. Cuando el servicio de cenas finalizaba, únicamente atendíamos en barra.

—¿Quieres contarme algo de ayer? —me preguntó.
—¿Me pones dos cervezas? —le pidió un chico.
—Luego te cuento —contesté.

Necesitaba sacar afuera toda la mierda que llevaba dentro con la libertad que da hablarlo con alguien que no está implicado. Si alguien me daba confianza para hacerlo sin miedo a ser juzgado, ni a que lo fuera contando por ahí, esa era Melania, así que decidí hablar con ella al finalizar el turno.

Había terminado de colocar los vasos del lavavajillas e iba a atender a gente de nuevo. Melania abrió dos cervezas y las puso sobre la barra.

—Y si tienes un minuto me gustaría hablar contigo —dijo el chico.
Me quedé cerca para escuchar.
—¿En serio? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

El asedio a Melania era constante. Es muy fácil ligar detrás de la barra en un sitio así; incluso lo intentaban conmigo alguna vez. Nada comparado con lo que tenía que soportar Melania, claro. Ella, en función de la noche y de cómo se le acercaran, había veces que ni miraba a quien le hablaba; otras veces, entraba al trapo y jugueteaba un poco; y, otras, se dejaba conquistar por alguien con quien se terminaba yendo.

—No es para hablar conmigo —continuó el chico—. Mi amigo —señaló hacia una columna donde estaba apoyado otro chico—. Le gustas desde que ibais a primaria.

—¡Qué cuqui! —dijo Melania con ternura—. No me doy cuenta de quién es.
—No me extraña. No ha hablado contigo en su vida, pero a nosotros nos tiene aburridos.

Melania salió de la barra, se acercó a él y comenzaron a conversar. Me esforcé por ver quién era y le conocía: era Rodri, un buen tío. Y muy guapo. Era más alto que yo, moreno, con el pelo ligeramente ensortijado y algún gracioso bucle en el flequillo. Sus rasgos, aunque algo infantiles todavía, remarcaban su mirada enigmática.

Tras estar un buen rato charlando y bromeando con él, volvió al trabajo, aunque apenas pudimos cruzar tres palabras hasta que cerramos el local. Nos cambiamos entre alguna broma y salimos.

Cuando le iba a decir si tenía tiempo de tomar una cerveza para hablar y contarle todo, vi a Rodri acercarse a nosotros. Melania salió corriendo hacia él.

—¡Qué bien que me hayas esperado! —exclamó—. ¡¡Hasta mañana!! —se despidió girándose hacia mí con una sonrisa.

Rodri alzó la mano para saludarme. Yo levanté la cabeza y alcé la mano para despedirme de ellos. Me entraron algo de celos, para qué te voy a engañar. No quería nada con Melania, está claro, y amaba a Silvia por encima de todo, pero me iba a sincerar con Melania y, de repente, la veía irse con otro. ¿Para qué se va con otro cuando yo quería hablar con ella de algo tan importante? Era un pensamiento muy egoísta (y bastante infantil) y no tenía ningún sentido, pero

me dio rabia que se fuera con él.

Llegamos puntuales a la terraza donde habíamos quedado, aunque nunca recuerdo el nombre de ese bar. Vosotros ya estabais allí y, por cómo estaban vuestras consumiciones, llevabais un buen rato. Nos sentamos y comenzamos alguna conversación intrascendente. Tú, al instante, nos interrumpiste con seguridad.

—Lo siento, chicos, pero quiero ser directa y soltarlo lo antes posible. Tristán —me dijiste, mirándome a los ojos—, te pido perdón. El viernes, desde lejos, vi que golpeabas a mi padre. El instinto hizo que me enfrentara a ti para dar la cara por él. Y me equivoqué, así que quería hablar contigo y decirte que lo siento.

Te miraba con atención. Sabías que te habías equivocado y en ningún momento te intentaste justificar ni te pusiste a la defensiva. Asumías la culpa con todas las consecuencias, pero con tranquilidad y con aplomo.

Cuando terminaste de hablar, tomé aire para calmar los nervios y te conté que me había molestado tu actitud porque habías prejuzgado la situación. La tensión era evidente de todas formas.

—Por mi parte, este incidente queda aquí.

—Te lo agradezco un montón, Tristán.

Jon hizo algún comentario para comenzar una conversación más trivial, pero me sorprendiste de nuevo.

—No, espera —interrumpiste—. Quiero decir algo más. Mira, Tristán, sé que no hemos empezado con buen pie, pero por Jon y, sobre todo, por Silvia, creo que debemos aparcas lo que hemos vivido hasta hoy y esforzarnos por llevarnos mejor. Yo, desde luego, quiero estar con Jon y quiero estar con Silvia, por lo que es inevitable que nos veamos, y no podemos hacerlos sentir incómodos cada vez que nos encontremos.

Yo te miraba sin perder detalle. Admiré cómo te expresabas, con claridad y tranquilidad, y sobre todo con valentía y sin excusas.

A partir de ahí el día fue bastante ameno. Os llevé al restaurante *La Posada Vegana* para que probarais algunas cosas. Durante la comida, hablamos de muchos temas; entre ellos, de tu libro, *El rencor del almendro*, que parecía que estaban interesados en publicar.

—Me encanta el título —te dije—. Cómo enlazas sutilmente con el mito griego del almendro, aunque en tu novela es la mujer quien parte a la «guerra».

—Cuando leí la historia de Fílida por primera vez, me pareció tan poético que la flor de almendro simbolizara el amor eterno que sabía que tenía que escribir un libro sobre ello.

—¿Tú crees en eso? ¿En el amor eterno?

—Creo que hay personas que tienen tanta afinidad entre ellos que, por más que la vida se empeñe en separarlos, sabrán que solo podrán ser felices estando juntos. Como en el libro.

—¡Qué interesante! Partes de un aparente análisis frío y distante, pero lo que te motiva es adentrarte en los sentimientos.

Era la primera vez que hablábamos en serio y, tanto en la madurez de tu disculpa, como en lo interesante de tu conversación, me demostraste que no eras la chica sin ningún trasfondo que me había imaginado, sino que sabías profundizar hasta la esencia de las cosas. También fue la primera vez que vi que, detrás de la luz resplandeciente de tus ojos, se escondía un pedacito sombrío de ti que estaba implorando salir.

Te levantaste para ir al baño, momento que aprovecharon Jon y Silvia para aleccionarme.

—A ver si es verdad que a partir de ahora os lleváis bien —dijo Jon.

—Bueno, con que no discutáis, me conformo —puntualizó Silvia.

—Creo que he sido muy injusto con ella. La juzgué sin conocerla y, a partir de ahí, vinieron todos estos malentendidos.

—Ya, pues céntrate, tío. Está pasándolo mal por historias en casa y lo que menos necesita son estas movidas.

—¿Está pasándolo mal?

—Sí, la verdad es que tiene una situación complicada —dijo Silvia.

—¿Ves? A eso me refería. Hasta ayer, nunca lo hubiera imaginado.

Jon hizo un gesto con las cejas que no supe interpretar en ese momento.

—Sinceramente, pensaría que su única preocupación podría ser no gastar demasiada agua al rellenar la piscina.

Jon cerró los ojos, lo que me hizo ver que su gesto quería decir algo. Me giré y allí estabas, detrás de mí. Pude ver la ira en tu mirada. Se me heló la sangre. Me sentí fatal imaginando lo que pensarías si solo habías escuchado la última frase.

No me atreví a girar la vista hacia ti, aunque percibí cómo tu mirada de enfado se clavaba en mi espalda. Recogiste tus cosas y te fuiste.

CAPÍTULO 11

Me sentí como si me hubieras abrazado con las palabras.

Adorable

La situación en el bar había sido un simple malentendido, aunque todo se había originado cuando te había prejuzgado al principio de nuestra relación. Había pensado que eras una pijita insufrible, con poco que ofrecer y sin demasiado mundo interior. ¡Tú, sin mundo interior! ¡Tú, de quien he aprendido tantas cosas! Hoy lo pienso y no sé cómo pude ser tan estúpido.

—Tengo que disculparme con ella —le comenté a Silvia cuando Jon se levantó para hablar contigo.

—Espera. Es posible que Jon le explique lo que ha pasado.

—¡Joder! Soy un bocazas.

A los pocos segundos de pararte con Jon, avanzaste de nuevo, airada. Él se quedó paralizado en el sitio.

—No quiere hablar conmigo —dijo al volver a la mesa—. Está muy enfadada.

—Tengo que hablar con ella.

—¿Te doy su número? —preguntó Jon.

—No, tiene que ser en persona.

—Si te parece —propuso Silvia—, en un rato hablo con Sara, le explico que ha sido un malentendido y ya, después, te disculpas tú con ella.

—Voy a acercarme a su casa.

No podía esperar a que aquello se enquistara y volver a la situación inicial. Tú te habías disculpado por tu error, en persona, dando la cara. Yo debía hacer lo mismo.

—¿En serio? —se sorprendió Jon. Más bien, se asustó.

—Silvia, ¿puedes ir tú hasta mi casa por si Rosa se quiere ir? —Asintió mientras me acariciaba la mano—. ¿Me acercas tú, Jon?

—Yo he venido con Sara. No tengo coche.

—Entonces, Silvia, ¿nos acercas a casa de Sara antes de ir para la mía?

Una vez que llegamos, me bajé del coche, pero Jon se quedaba dentro.

—¿No vienes?

—No, no —respondió—. Últimamente no hago más que cagarla, así que voy a esperar a que se calme la situación antes de hablar con ella.

Recorrí el camino que llegaba hasta tu puerta. Bajé la vista para intentar calmarme y me concentré en cada baldosa de piedra. Examiné los diferentes tonos de grises y las formas únicas de cada una de ellas. Valoré todavía más lo que habías hecho tú. No es fácil ponerse frente a alguien con quien has metido la pata y disculparse de algo que no tiene justificación. Con cada paso, el suave crujido bajo mis pies creaba una melodía con la que intentaba tranquilizarme. Yo no tenía el aplomo que tú habías demostrado.

Tomé aire y toqué el timbre. Abrió Fran, quien saludó con su desidia habitual. Pregunté por ti y apareciste al segundo.

—¿Qué quieres? Estoy ocupadísima rellenando mi piscina imaginaria.

Eso dolió. Me merecía ese sarcasmo.

—Vengo a pedirte disculpas.

—Puedes ahorrártelas. Una niña estúpida como yo no sería capaz de entenderlas.

—Lo siento, de verdad. Déjame explicarte.

—Como alguien dijo, no somos amigos, así que no tenemos nada de qué hablar.

Me lo merecía, así que no tenía nada que replicar.

—Quien dijo esa chorrada fui yo, pero es que yo soy muy gilipollas a veces. ¿Podemos hablar?

—Llamarte gilipollas es un buen comienzo para entendernos, la verdad —respondiste, suavizando un poco el tono.

—Y soy bastante idiota, también —me atreví a bromear. Te esforzaste en ocultarlo, pero se te escapó la risa.

—Pasa, anda.

Entré en casa y, antes de que cerraras, vi venir a tu padre por el camino de piedra. ¿En serio? ¿Qué más ingredientes hacían falta para que todo explotara por los aires?

—¿No está mamá? —te preguntó. Al pasar a mi lado, me miró con asco. Giré la cabeza hacia otro lado; no quería más líos.

—Está durmiendo —contestaste.

—Hola. ¿Ya no saludas a tu padre? —le dijo a Fran, quien respondió con un ligero movimiento de cabeza—. Suelta el maldito móvil y habla como una persona. Además, ya te he dicho que estás castigado sin teléfono; que no esté en casa no quiere decir que puedas hacer lo que te dé la gana.

La tensión había vuelto el aire irrespirable. Tu padre intentó agarrarle el móvil, pero Fran lo sujetó con fuerza. Pensé en irme, aunque la cara de miedo de tu hermano, junto con los nervios que te hacían temblar, me convencieron para quedarme.

—¡Trae el puto teléfono! —gritó mientras tiraba de su móvil.

—¿Se te va la olla? —replicó Fran—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Que soy tu padre, eso pasa.

—Ya no vives aquí, así que no puedes entrar como si nada. Y, mucho menos, quitarme el teléfono.

Tu padre estaba adoptando un tono que me resultaba demasiado familiar. Por muchas diferencias que tuviéramos, no iba a eludir una situación como aquella. Cualquier ayuda es buena en esos momentos.

—¿Por culpa de quién no vivo aquí? ¿Me lo dices? Por culpa de la mierda de vegano este. —Ni me inmuté. Aquello no iba conmigo. Me resultaban indiferentes sus insultos—. Y ¡por tu culpa! —Se encaró con Fran—. ¡Siempre tienes que estar montando el espectáculo!

Por mucho que Fran no se echara atrás, observé el pánico en sus ojos, el mismo miedo que me atenazó días antes con mi padre. Tú temblabas. Aun así, diste un paso hacia delante. Ibas a meterte en medio. ¡Cuántos golpes me había llevado yo por enfrentarme a mi padre!

Antes de que te pusieras en peligro, decidí ponerme yo. A mí una agresión no me traería más consecuencias que unos moratones. Sin embargo, si tu padre llegara a golpear a alguno de vosotros dos, el coste emocional sería tan devastador que la familia quedaría rota para siempre. Yo lo sabía bien. Me acerqué a ellos, metiendo el brazo entre ambos, y separé a tu padre hacia atrás.

—Bueno, creo que ya ha estado bien por hoy —dije—. Otro día, más calmados, ya continuáis con esta conversación tan amena.

—¡Quítate de en medio, muerto de hambre!

—Creo que es hora de que te vayas —me atreví a decirle, procurando mantener la calma. Mostrar nervios ante gente así es lo peor que se puede hacer.

—¡Papá, vale ya! —ordenaste.

—¿Cómo? —me gritó, sin mirarte siquiera—. ¿Me estás echando de mi casa?

Los nervios me atenazaban, aunque anclé los pies al suelo. Tu padre nunca sabrá el miedo que me entró al ver su puño dispuesto a golpearme.

—No te metas donde no te llaman. Estoy hablando con mi hijo. No es asunto tuyo.

Sabía que aquello solo tendría un final, así que me fui preparando para recibir el puñetazo.

—Hoy no me vas a pillar desprevenido —aseguró.

—Lárgate. ¿No ves que estás haciendo el ridículo? —gritó Fran.

Tu padre intentaba atrapar a tu hermano. Procuraba interponerme para que eso no pasara, porque tu padre estaba a punto de hacer algo que nunca podríais perdonarle.

—¡¡Quítate, imbécil!!

Tu padre alzó el brazo derecho para golpearme. Ahí percibí que no tenía mucha práctica. Los golpes de mi padre ni los veía venir. El de tu padre lo pude ver como a cámara lenta.

Tú trataste de sujetarle el brazo por detrás y, sin pretenderlo, te golpeó con el codo en el labio. Ese impacto provocó que el golpe perdiera algo de fuerza. Ladeé la cara para acompañar el puñetazo y así mitigar parte del impacto. Esos años de experiencia recibiendo golpes habían servido para algo.

El puñetazo apenas me movió del sitio, aunque me resquemó la ceja izquierda. Me había rozado con un anillo grueso que llevaba en su anular derecho y me había abierto una pequeña brecha, de la que empezó a brotar algo de sangre.

—¡Papá! —gritaste, al tiempo que lo rodeabas con tus brazos para detenerlo.

—¡Lárgate de aquí! —me dijo.

Los nervios se transformaron en rabia. Apretaba la mandíbula para retener el ansia por responder a su agresión. Levantó el puño para amenazarme de nuevo.

—¡Lárgate si no quieres otro puñetazo!

Le miraba e intentaba tranquilizarme. Solo era cuestión de tiempo que desistiera y se fuera. Si me llevaba otro puñetazo, tendría que aguantarme. No iba a ceder a sus provocaciones.

—Eres un mierda, un muerto de hambre.

—Puedes llamarme lo que te apetezca. Golpéame de nuevo si quieres. Eso sí, ten por seguro que tendrás que golpearme ¿una vez? No, setenta, porque me tendrás enfrente siempre que le faltes al respeto, ya sea a Silvia, ya sea a tu hijo —«o ya sea a ti», pensé sin atreverme a decirlo.

—Papá. —Te pusiste entre tu padre y yo—. ¡Papá!

Tu padre dejó caer la vista y terminó por irse. En cuanto salió, corriste tras él. Corroboré de nuevo que eras muy valiente. Cuando entraste en casa, temblabas y estabas nerviosa, como era normal tras enfrentarte a tu padre.

Fran me intentaba tapar la herida con rollo de cocina. Te acercaste, intentando ocultar que llorabas de rabia e impotencia.

—Déjame ver.

—No es nada. Lo que pasa es que me ha rozado con el anillo... ¡Au! —me quejé en cuanto me tocaste la herida.

—Ven, vamos al baño de arriba para curarlo un poco.

—En serio, olvídalo, no es nada.

Tiraste de mí sin darme opción a réplica.

—Tristán —me llamó Fran mientras subíamos—. ¡Muchas gracias, tío!

Subimos al baño de la primera planta y, en cuanto te hiciste con lo necesario para la cura, me llevaste a tu cuarto.

Tu habitación, amplia y ordenada, transmitía mucha tranquilidad, aunque lo que me cautivó fue un piano eléctrico que había frente a la cama.

—¡Ostras! ¡Qué guapo! —Me senté en el taburete del piano y le di a algunas teclas. Qué bonita sensación tendría que ser presionarlas y que se escuchara música.

—¿Sabes tocar? —me preguntaste.

—No, ya me gustaría, pero nunca he tenido ningún instrumento. ¿Tú? ¿Sabes?

—Un poco. Me llevaron a piano de pequeña. Seis años de conservatorio, aunque nunca me ha gustado mucho.

Comenzaste a limpiarme la herida. En cuanto hubo un segundo de silencio, tu mano comenzó a temblar y tus ojos se enrojecieron.

—Mira. —Señalé tu mano—. Estás temblando.

Te agarré la muñeca. El rencor hacia tu padre podría llegar a angustiarte y no quería que te lo guardaras.

—Es que... Buf, mira lo que ha pasado. —Tus ojos se humedecieron, aunque intentabas contenerme—. No sé qué le sucede a mi padre. No entiendo cómo hemos llegado a esto.

Me puse en pie, te agarré ambas muñecas y te miré fijamente.

—Esto no es nada —dije, tocándome la herida—. Además, llevaba tiempo mereciendo un puñetazo; un puñetazo tuyo, no de tu padre, pero eso son detalles sin importancia. —Por esa puñetera sonrisa deliciosa tuya valía la pena todo.

—Te ha faltado llamarte imbécil o algo así, pero no está mal. Yo también he sido bastante idiota contigo. En serio, muchas gracias por ayudar en una situación tan complicada. Mi padre está fuera de sí... y... joder... con lo de mi madre... ¿No se da cuenta de que es lo último que necesita?

—¿Qué pasa con tu madre? —Me arrepentí de haber preguntado al instante. Me sentía tan cerca de ti en ese instante que no recordaba que estábamos en esa situación porque no nos aguantábamos—. No, perdón, no me lo digas. No tienes que contarle nada a este imbécil que no hace más que meter la pata contigo. Sí, porque he sido un imbécil.

—Me gusta cómo te insultas.

—Pues me sé más. Soy bastante bobo a veces, un mentecato, botarate en ocasiones, mequetrefe.

—Ja, ja, insultos de este siglo, por favor.

—No me interrumpas, que pierdo el hilo. Soy un cebollino, quizás cretino, y pazguato; ah, y un poco borde.

—Un poco, dice.

—En serio, Sara. —Te sujeté las manos. Menos mal que bajaste la vista, porque era incapaz de mantenerte la mirada—. Sé que he sido un poco idiota contigo, pero te prometo que lo de hoy ha sido un malentendido. Estaba diciéndoles a Jon y a Silvia cuánto me había equivocado contigo. —Levantaste la mirada hasta chocar con la mía. Mis ojos te pidieron que me creyeras—. Y, aunque lo de hoy haya sido un malentendido, tengo que disculparme por cómo me he comportado hasta ahora contigo. Siento haberte juzgado sin conocerte.

—Estoy cansada de estos malentendidos, la verdad.

—Quizás estemos destinados a estar en desacuerdo, y quizás también a resolver nuestros desacuerdos.

—Suenan bonito, pero no lo creo —respondiste—. Pienso que hasta ahora no nos hemos permitido ser nosotros mismos con el otro. Cuando lo hagamos, estoy convencida de que nos llevaremos bien. Bueno, siempre que te insultes un poco alguna vez.

—Hecho.

Tras unos segundos, me percaté de que continuaba sujetando tus manos.

—Bueno, me voy... eh, mi chaqueta... —Miré a un lado y otro—. Claro, abajo.

Salí de tu habitación, con la vista en el suelo y sin atreverme a girarme. En cuanto bajé el primer escalón me llamaste.

—¡Tristán! —Me giré para mirarte—. Muchas gracias. Por todo.

Me sentí como si me hubieras abrazado con las palabras. Esa sensación de plenitud que sentí en el pecho provocó que sonriera. Se escuchó cerrar una puerta. Tu madre había salido de su cuarto.

—¡Hola! —saludé, sorprendido. No sabía qué hacer—. Esto... Bueno... Adiós.

—Adiós —respondió tu madre.

Bajé las escaleras y salí de casa. Por el caminito de piedra observé cada baldosa de nuevo. Había recorrido ese camino al entrar, nervioso y acompañado por el crujido de cada pisada. Habíamos arreglado las cosas. ¿Por qué temblaba, entonces? ¿Por qué tenía que concentrarme en el crujido de mis pisadas con la necesidad de no pensar en nada más? ¿Por qué veía tu sonrisa en cada baldosa, esa estúpida sonrisa deliciosa tuya?

Parte II

NO QUERÍA AMARTE

CAPÍTULO 12

Conseguir una rutina significaba tener la suficiente estabilidad en la vida como para saber que el día siguiente iba a ser tan tranquilo como el anterior. Y eso, para mí, era un premio.

Empezar de nuevo

El día que fui hasta tu casa a disculparme y tuve el incidente con tu padre, fue la última vez que nos vimos hasta que empezaron las clases en la universidad. El verano me lo pasé entre casa de mi tía, la de Silvia y el trabajo, aunque al menos se había establecido cierta rutina. ¡Bendita rutina! Si unos meses antes alguien me hubiera hablado de rutina hubiera pensado en una vida monótona, gris, aburrida. Sin embargo, después de lo que había pasado, conseguir una rutina significaba tener la suficiente estabilidad en la vida como para saber que el día siguiente iba a ser tan tranquilo como el anterior. Y eso, para mí, era un premio.

El único contacto que tuve contigo durante el verano fue una conversación por mensaje. Silvia me había dicho que iban a publicarte una novela, *El rencor del almendro*, así que le pedí tu número de teléfono a Silvia y te escribí.

Yo

¡¡Enhorabuena!! Soy Tristán. Silvia me ha contado que van a publicar tu novela.

14:23

Va a ser un éxito. Estoy convencido.

14:23

Tiene un estilo muy directo que engancha desde el primer momento.

14:23

Sara

¡¡Gracias!!

14:24

¿Lo has leído?

14:24

Yo

Sí. Espero que no te importe: un día vi el ejemplar que le diste a Silvia y lo leí.

14:25

Sara

Aún tengo que revisarlo de nuevo.

14:25

¿Qué te ha parecido?

14:25

¿Te ha gustado?

14:25

Yo
Tiene un estilo muy directo que lo hace muy fácil de leer.
14:26

Sara
Intento utilizar un lenguaje sencillo, sin demasiados adornos.
14:26

Yo
Lo contrario que yo... que soy insufrible.
14:27

Sara
¿Preguntas o afirmas?
14:27

Yo
Afirmo, afirmo.
14:27
No tienes por qué decir nada.
14:27

Sara
Una lástima.
14:27

Yo
Me gusta también cómo te adentras en los personajes.
14:27
Los pones ante situaciones límite para ver cómo se comportan.
14:28
Son personas sencillas a las que colocas ante situaciones extremas.
14:28
Vamos, que eres de esas escritoras crueles que atormentan a sus personajes
14:28

Sara
Un poco solo.
14:29

Yo
Me he dado cuenta de que partes de unas situaciones aparentemente frías, pero
las cargas de profundidad y sentimiento.
14:29

Sara
¡Hala! Nadie me ha dicho algo así.
14:29

Yo

Ya ves, me gusta la buena literatura, aunque sea un poco idiota a veces.
14:29

Sara
Y mequetrefe, no te olvides.
14:30

Yo
Y botarate, en ocasiones.
14:30

—¿Es Silvia? —me preguntó Rosa—. Salúdala de mi parte.
—No, no es ella —respondí, nervioso, guardando el teléfono.

Ojalá aquella rutina del verano hubiera durado más tiempo. Semanas antes de empezar las clases, pasé por mi antigua casa a recoger algo de ropa y algunas cosas que me había pedido mi madre. Cuando estaba subiendo por las escaleras oí ruidos dentro del piso. Extendí la mano con la palma en dirección a Silvia para indicarle que no se moviera de ese escalón. Se oían platos y vasos estrellándose contra el suelo. Me acerqué otro poco. La puerta estaba entreabierta.

—¡Hijos de puta! —gritaba mi padre con rabia—. ¿Dónde estáis, cabrones?
Sonó un estruendo al romper algún cristal con violencia.

—¡¡Os voy a reventar la vida!!

Se oyó cómo caían repentinamente un montón de platos y copas en cascada. A los pocos segundos, hubo un silencio. Empecé a escuchar un gimoteo, al que siguió un llanto entrecortado.

—No me dejéis solo —sollozaba—. Os prometo que me portaré bien, pero no me dejéis solo.

Yo no salía de mi asombro. Mi padre nos echaba de menos. Supongo que no podía ejercer su poder con nadie más; contra nadie más. Comencé a bajar las escaleras, despacio. Cuando Silvia me miró, me llevé el dedo a la boca para que guardara silencio y seguimos bajando.

—¡Os mataré! —gritó de nuevo, entre las lágrimas—. ¡Juro que os mataré!

El domingo anterior a comenzar las clases llegué a casa de mi tía y noté que pasaba algo raro. Mi madre estaba sentada en el sofá, moviendo el cuerpo hacia atrás y hacia adelante. «Otro drama, no, por favor», pensé. Mi tía volvía de la cocina con una infusión, muy seria.

—Tenemos que hablar, hijo —me dijo Rosa en el pasillo.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me sentaba al lado de mi madre y le acariciaba la mano.

—Lo siento en el alma, pero tenéis que iros.

Quedé pálido. No me esperaba algo así.

—¿Perdona? —pregunté intentando reaccionar.

—Tu padre ha estado aquí hoy.

Me puse en pie y caminé de un lado a otro del salón, nervioso, mientras mi tía me contaba lo que había ocurrido.

—Llamó al timbre abajo. Como no le abrimos, llamó en todos los pisos hasta que alguien le abrió y subió. Tu padre decía que le dejáramos entrar, que solo quería hablar. Yo intentaba calmar a Alberto, pero tu padre comenzó a golpear la puerta mientras gritaba: «abrid, cabrones». Estaba poseído.

—¿Dónde quieres que vayamos? —pregunté. Oía su relato, pero mi mente ya analizaba las

consecuencias e intentaba buscar una solución; una solución que no existía.

—Alberto fue hacia la puerta hecho una furia. Tu padre quedó blanco cuando lo vio, aunque en seguida se envalentonó de nuevo.

—Si volvemos a casa no sé qué podrá pasar. Ya lo has visto.

—Tu padre gritaba. Yo estaba muy asustada. Intenté sujetar a Alberto, pero tu padre no dejaba de insultarnos. Alberto lo empujó y trató de cerrar la puerta.

—Nos va a matar, tía. ¡Nos va a matar!

—«Déjame pasar, imbécil», gritó mientras sujetaba la puerta para que no se cerrara. Alberto le solmenó un puñetazo en toda la cara que lo tumbó.

—Va a venir a por nosotros.

—Alberto ya me ha avisado que, como mucho en dos semanas, os tenéis que ir de aquí.

—¡Nos va a matar!

Me senté y me puse las manos en la cara. No me creía que nos echara de su casa, aunque no podía recriminarle nada: el miedo es libre. Se había implicado bastante y necesitaba su ayuda, así que no iba a discutir con ella. Mi tía se sentó a mi lado y me puso la mano en la pierna con actitud compasiva.

—Toma. —Me dio una montonera de billetes pequeños—. Es lo que voy ahorrando por mi cuenta para darme algún caprichito sin que se entere Alberto. Deben ser unos mil euros.

—Gracias, Rosa. Puede que llegue para los dos meses de fianza.

No quería discutir con ella, así que decidí irme a casa de Silvia.

—Mi tía ha dicho que tenemos que irnos de su piso —le conté cuando estábamos ya en su habitación.

—¿Qué dices? Esa señora unas veces parece una santa y otras un ogro.

—Mi padre ha estado allí y ha tenido una pelea con Alberto. Tiene miedo.

—Vale, miedo, pero ¿dónde os vais a meter? No podéis volver a casa.

—Mi tía me ha dejado mil euros para que busque un alquiler, pero necesitaría más.

—Puf, me gustaría ayudarte, pero...

—Tranquila, ya lo sé.

—Lo que sí puedo es hablar con mi madre para que os quedéis aquí una temporada. Le contaré la situación. Tu madre puede dormir aquí en mi cuarto, yo con la mía y tú en el sofá o algo así.

—No. No quiero que le cuentes nada a tu madre —contesté—. Ya tiene bastantes preocupaciones como para estar todos aquí hacinados y cargar con nuestros problemas. Encontraremos otra solución.

—Y mañana empezamos las clases. ¿El dinero de la beca? ¿No puedes utilizarlo para el alquiler?

—Hasta diciembre o enero no lo ingresan. En todo caso, lo guardaré, porque si suspendo más de dos tendré que devolverlo y, ahora mismo, lo veo complicado. No sé si podré con todo, Silvia. Tengo que hablar con Marc y Róber, a ver si me cambian para el turno de la mañana.

—Pero, entonces, no podrás ir a las clases.

—Al menos tendré la tarde para estudiar. No estaré tranquilo si dejo sola a mi madre por las noches.

—¡Joder! ¡Qué mierda! —gritó Silvia, abrazándose a mí—. Es muy injusto. Ya es difícil

aprobar...

—No queda otra.

—Podremos con esto, ya verás —dijo con dulzura.

El comienzo en la universidad es un momento emocionante; o debería serlo. Para mí, era un día más en el que tenía que pelear contra las circunstancias. Me dolía la cabeza desde que había despertado. Apenas había dormido dándole vueltas a cómo iba a alquilar un piso para irme. No encontraba solución.

Tampoco ayudaba la presión de no poder suspender más de dos para que no me quitaran la beca y tener que devolver el dinero y pagar la matrícula. No se me daban mal los estudios, pero se haría difícil compaginarlo con el trabajo, las tareas del hogar y el cuidado de mi madre.

—He quedado en pasar por casa de Sara para llevarla —me dijo Silvia en el coche—. A ver si es verdad que os comportáis.

—Ja, ja, ja. Pareces una madre regañando a sus hijos.

Me sonó el móvil.

Rosa

Tu madre pregunta cuándo vas a volver. Ya está vestida para irse.

07:36

—Si no os comportarais como niños, no os regañaría.

Yo

Acabo de irme. Intenta que se calme.

07:37

A ver si puedo tener un primer día de clase NORMAL.

07:37

Rosa

Vale, vale.

07:41

—¿Pasa algo? —preguntó Silvia al oírme resoplar.

—Lo de siempre.

Al llegar a tu casa, me senté en la parte trasera para que fueras en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal el viaje? —te pregunté.

Rosa

Tu madre está vestida junto a la puerta y cada poco intenta abrirla.

07:52

Yo

Echa la cadena para que no salga.

07:52

—Bien. He logrado desconectar de todo, pero ¡se me ha hecho eterno! Tenía unas ganas

tremendas de volver.

Rosa

Está echada en el sofá, aunque cada poco se levanta, abre la puerta y, cuando da con el tope de la cadena, se pone a gritar.

07:53

—Ya —te respondí por inercia. Solo estaba pendiente de Rosa y mi madre. ¿No podían darme un día de tregua?

Yo

Joder, Rosa, todavía no he llegado a la facultad. Dale un calmante o qué sé yo. No voy a explicar todo lo que hay que hacer en cada momento.

07:53

No sé si estaba más nervioso o enfurecido. Cuando Silvia aparcó y salimos del coche, sin embargo, vi cómo a ti te brillaban los ojos. Estabas muy ilusionada con todo aquello. Silvia y yo habíamos llegado a *Periodismo* un poco por casualidad, pero se notaba que tú estabas cumpliendo tu sueño.

Iban a abrir la puerta del aula. Intenté contagiarme de la felicidad y el entusiasmo que desprendías. No obstante, mi cabeza estaba pendiente de Rosa y de mi madre; de que pudieran cambiarme el horario en el trabajo; del dinero que necesitaría para alquilar un piso; de no suspender demasiadas asignaturas.

Silvia me apretó la mano y me miró con una sonrisa para intentar tranquilizarme, pero no podía quitarme la presión que sentía en las sienes. Cuando abrieron la puerta del aula, fue como si me estuvieran poniendo una losa en el pecho, una losa que no sabía si iba a poder quitarme de encima.

Empezaba una nueva vida, aunque, hasta ese momento, se parecía demasiado a la anterior. Estaba sentado con los brazos cruzados. Intentaba concentrarme en escuchar al profesor de *Estructura y sistema mundial de la información*, pero lo único que conseguía era que su tono monótono y tedioso fuera como la música ambiental para mi dolor de cabeza.

Rosa

¿Vas a volver pronto? Tu madre está inaguantable.

10:12

No hace más que preguntar cuándo vienes a casa para que la lleves a dar un paseo.

10:12

Yo

¿No puedes salir con ella un rato?

10:16

Rosa

Ya hemos salido, hemos vuelto, hemos jugado a la brisca, hemos visto la tele...

10:16

Guardé el móvil en el pantalón. Había tomado la determinación de no hundirme, aunque la vida parecía empeñada en lo contrario. Los ojos se me humedecieron y una lágrima descendió por mi mejilla, aunque la limpié con la manga de mi cazadora antes de que os dierais cuenta.

Al descanso de las once y media, mientras tú y Silvia fuisteis a conocer la cafetería de la facultad, yo me fui hasta la puerta de entrada para hablar por teléfono con Marc.

—Ya sé que lo único que he hecho desde que he empezado a trabajar es pedirte favores —le dije—. Si recuerdas, cuando comencé te había preguntado si podía trabajar en el turno de las mañanas. Ahora lo necesito.

—Lo miraré. Tengo que hablar con Róber. Creo que no hay ninguna vacante en el turno de mañanas, así que dependemos de que alguien se quiera cambiar. No puedo obligar a nadie.

—Te entiendo. Avísame rápido con lo que sea, porfa. Me urge.

Cuando volví al aula, estabas sentada, sola. Quería preguntarte detalles sobre el libro que ibas a publicar. En toda la mañana no había encontrado ocasión de hablar contigo ni tenía ánimo para mantener una conversación. En cuanto crucé la puerta, me sonó otra notificación.

Rosa

En serio, tienes que venir.

11:58

—¿Vendrás hasta *El Rincón de Marc* de tarde? —me preguntaste cuando me iba a sentar. Silvia y tú habíais quedado con vuestra pandilla para el reencuentro tras el verano.

Yo

No sé, intenta distraerla un par de horas

11:58

Rosa

Yo no soporto más esta situación.

11:58

—Supongo —te respondí sin atenderte apenas. Me mirabas, esperando quizás una respuesta más explícita.

Yo

¿Y qué quieres que haga?

11:58

¿Me voy?

11:59

¿El primer día?

11:59

Rosa

Ay, no sé, es tu madre.

11:59

Yo

¡Joder, y tu hermana!

11:59

Apagué el móvil. Me estaba ahogando. Tenía que irme. No iba a ir a casa, pero no podía

estar en clase como si no pasara nada. Me puse la cazadora. Me miraste. Al encontrarme con tus ojos me entraron ganas de llorar. Necesitaba salir de allí.

—Dile a Silvia que luego le mandaré un mensaje.

Pasé a tu lado mientras se me empañaban los ojos.

—¿Estás bien?

Quería contestarte, pero si me giraba iba a explotar. No aguantaba más la presión que, no se sabe quién, había depositado en mis hombros. Me asfixiaba. Ojalá me hubiera girado. Cuánto habría cambiado nuestra historia. Ojalá no me hubiera ido sin decirte nada. Ojalá me hubiera abrazado a ti y te hubiera contado todo.

CAPÍTULO 13

Si algún día me besas, asegúrate de que soy el amor de tu vida.

Melania

Al terminar las clases, me fui con Silvia a su casa. Por más que rebuscamos en todas las agencias y en portales inmobiliarios, no encontramos ningún piso de alquiler que aceptara menos de dos meses de fianza y tres meses por adelantado. Incluso alguno exigía contrato de trabajo indefinido o avales. Llamamos también a particulares. Nada. Estaba en un callejón sin salida.

—Vamos hasta *El Rincón de Marc* —me dijo Silvia—. Luego sigo buscando yo.

—No sé si estoy de humor para eso.

—Ya hemos quedado a la seis para que puedas estar un rato. Y en *El Rincón de Marc*, para que no tengas que desplazarte.

—¡Yuju! —ironicé torciendo el gesto.

—No vayas de borde, anda —me recriminó Silvia—, que no te pega nada.

—Bueno, depende a quién preguntes.

Llegamos los primeros para ir conociendo a los de vuestra pandilla según iban apareciendo. Todos parecían buena gente; incluso Juan, con quien tuve una ligera discusión.

—No entiendo el veganismo —comentó para buscar enfrentamiento.

No entré al trapo y me levanté para hablar por teléfono. Silvia me había pasado el contacto de un particular que, al parecer, pedía solo dos meses por adelantado. Y el alquiler era asequible. Estaba marcando el número cuando te vi entrar. Tu expresión parecía preocupada; me dio rabia no preguntarte. Aunque apenas habíamos cruzado una palabra ese día, no era el momento, ya que necesitaba hacer esa llamada.

Me sorprendió el chico que contestó; tenía la voz y la forma de hablar de alguien de nuestra edad.

—¿En qué zona está el apartamento? —pregunté.

—En la urbanización *Los Fresnos* —respondió—. Luego te enviaré la dirección exacta.

Te acercaste a la barra, justo detrás de mí. Por un momento, hasta pensé que estabas pendiente de mi conversación.

—¿En la urbanización *Los Fresnos*? —me extrañé. Era una zona residencial para clase media acomodada—. No sé si me han dado bien la información. ¿Cuánto es el alquiler?

—Mira, será mejor que vengas mañana; así, lo ves y hablamos sobre todos los detalles. Soy de los que piensan que no hay nada como charlar cara a cara.

Cuando volví a mirar, comenzaste a charlar con Marc y Róber. Me pusisteis nervioso. Primero, Marc me miró de reojo. Después, disimuladamente, te giraste hacia mí. Por último, Róber dirigió la vista hacia mí y, al volverme hacia él, bajó la cabeza sin decir nada.

—Vale, vale. ¿Te va bien a las cuatro? —le pregunté.

—Imposible. Tiene que ser por la mañana. Mis tardes están completamente ocupadas.

—¿A las nueve, entonces?

—No, hombre, no es necesario pegarse esos madrugones. A las doce.

Todo me resultó extraño. Alquilar un apartamento en esa urbanización de «clase media aspiracional», como diría algún intelectual, por menos de setecientos euros me parecía raro. Además, me dio la sensación de que estabais demasiado pendientes de mí; me imaginé que, de una manera u otra, mi conversación y la vuestra tenían alguna relación.

Cuando regresé a la mesa, Juan volvió a buscarme las cosquillas con sus comentarios, que no tenían ningún sentido.

—La supervivencia es así —comentó—. La ley del más fuerte ¿O no?

—Si tú lo dices —respondí, señalando que para mí la conversación había finalizado. Terminaste tu charla con Marc y Róber. De vuelta con el grupo, parecías de mejor humor.

—Explícamelo bien, porque creo que no tiene sentido.

—Si alguien está interesado en conocer el tema, ahí está *Google*.

—Vamos, que no tienes más argumentos.

—Será que soy un poco mequetrefe —respondí mientras te miraba. Era mi manera de disculparme contigo por apenas dirigirte la palabra en todo el día. Sonreíste con complicidad. ¡Esa sonrisa!—. La verdad es que hace tiempo que no pierdo energía en convencer a nadie de nada. ¿Tú piensas eso? Genial. No lo vas a cambiar por los argumentos que te dé en una conversación de bar. Ni tú me vas a convencer a mí. ¿Me piden mi opinión? No tengo problema en darla. No obstante, no malgastaré tiempo en intentar convencer a nadie de nada.

—¡Hola, chicos! —saludó Melania con alegría.

—¡Buf! ¿Ya es la hora? —Consulté la hora con desgana.

—Yo te daba permiso para quedarte con tus amigos, pero... no soy la jefa. Todavía.

Me despedí del grupo y de Silvia antes de ir a cambiarme junto a Melania.

—¿Tenías ganas de quedarte con tus amigos, verdad?

—En realidad, son amigos de Silvia. Los acabo de conocer, como quien dice. Son buena gente.

—No lo dirás por Juan —replicó—. No lo soporto.

—¿Por qué? ¿Quizás porque su estilo anodino corresponde a la perfección con su personalidad plana y carente de profundidad?

—Mira cómo le gusta rajar —se rio—. Pues él se cree un pensador fuera de lo común.

—¡Buf, tremendo! ¿Conoces el efecto *Dunning-Kruger*? —Melania asintió—. Pues en el diccionario deberían poner su cara.

—Eh, no. No sé por qué he dicho que sí. La verdad es que no tengo ni idea de quién es el Kruger ese.

—Ja, ja, ja. Eres increíble.

—Lo sé. Ya, ya, como amiga.

—Por cierto, ¿qué tal con Rodri?

—Es buen tío, pero no es nada serio, ya sabes. Nos hemos visto un par de veces.

—Es la primera vez desde que te conozco que quedas con alguien más de un día, así que algo habrá.

—Uy, ¿te pones celosón? —se mofó, dibujando en su cara un puchero infantil y rozando mi mejilla con su dedo para burlarse.

—Debo confesar que algo sí. —Abrió los ojos con asombro—. El día que te fuiste con él, tenía intención de contarte... bueno, las movidas por las que estaba mal. Te vi marchar con él...

—Si me lo hubieras dicho, ¡a la mierda Rodri!

—No me malinterpretes. Sé que fue un sentimiento muy infantil, en plan «es mi amiga, ¿por qué se va?».

—¡Ay, qué cuqui! Me encanta que puedas confesar un sentimiento que sabes que es tan...

¿humillante?

—A ver —me carcajeé—, humillante tampoco.

—Sí, sí. Humillante —recalcó—. Dime cuándo quieres contarme eso y paralizó el mundo. ¡Chicos! —salió gritando al pasillo—, ¡tenemos que cerrar! ¡Tristán tiene que contarme algo!

—Ja, ja, ja. Mira que eres tonta.

—No, de verdad. —Se detuvo delante de mí mirándome con expresión seria—. Quiero saber qué te pasa.

—Ya te contaré.

Decidisteis quedaros a cenar. Podía sentir en la nuca la mirada de Silvia cada vez que Melania y yo bromeábamos en la barra. Entendía que Silvia se sintiera insegura, así que traté de no bromear tanto detrás de la barra como de costumbre.

—Oye, ¿te pasa algo conmigo? —me recriminó Melania, frunciendo el ceño—. En un momento quieres abrirte y compartir lo más íntimo de ti y, al siguiente, parece que ni me miras a la cara.

—Estoy pensando en mis cosas.

—Ya te he dicho que no tienes por qué mentirme. Si no quieres hablar, lo dices y punto. —Se fue enfadada. La seguí hasta que pude pararla en el pasillo del almacén.

—Espera. Tienes razón. —Ella se giró—. Siempre la tienes cuando se trata de mí.

—Ya. Dices que tengo razón, pero al día siguiente tienes que disculparte de nuevo. No te equivoques. Me gustas. Me pareces alguien increíble. Eso no quiere decir que te vaya a aguantar estas tonterías.

—Lo siento. Silvia está pendiente de mí todo el tiempo y me siento incómodo. Y no quería decírtelo porque, uno, no quiero que creas que Silvia es una neurótica celosa o algo así, porque no lo es; y dos, la razón por la que está tan pendiente de mí es porque estoy cerca de ti. Si te lo decía, tú también te sentirías incómoda.

—¿Y tres? —La miré extrañado—. Siempre tiene que haber un tres.

—No suelo tener un tres, la verdad, pero si insistes... Y tres, no me gusta cambiar mi forma de ser solo para no molestar a Silvia, y me cuesta admitirlo, porque no somos de esa clase de parejas que cambian su comportamiento según con quién estén.

—Um. Tienes razón: no eres muy de tres... Un poco flojo.

Decidí comportarme como siempre con Melania. Silvia no dejaba de mirarnos cuando Melania y yo hablábamos o estábamos cerca. Me acerqué a vuestra mesa y os serví unas cervezas. Le puse las manos en los hombros de Silvia y le di un beso en la mejilla.

—Te quiero —le dije—. ¡Chicos, esta ronda corre por mi cuenta!

Melania pasó por detrás de mí con dos cajas de cerveza para rellenar las cámaras mientras yo recogía vasos del lavavajillas. El local ya estaba vacío.

—Tenemos una conversación pendiente —me dijo—. Parece que alguien se había puesto celosón por no poder contarme algo.

—Ja, ja, ja. De acuerdo, ¿tienes tiempo hoy?

—¿No madrugas mañana para ir a clase?

Encogí los hombros. Mi cara de desánimo terminó por convencer a Melania, quien metió la mano en la cámara y sacó cuatro cervezas. Se llevó el índice a la boca para pedirme silencio mientras guardaba las botellas en una bolsa. Las registró en el TPV y metió un billete de diez

euros en la caja. Me acerqué a la cámara y metí otras dos cervezas en la bolsa.

—Es una historia larga —puntualicé. Se rio y añadió más dinero a la caja.

Terminamos de recoger y nos sentamos en las escaleras de la entrada a esperar a que se fuera todo el mundo. El último que salió fue Róber, quien activó la alarma y bajó las persianas.

—Abrirán enseguida los del turno de la mañana —nos comentó—. Si queréis, podéis ir adelantando con los desayunos.

—¡Qué explotador eres! —recriminó Melania, riendo.

—Hasta mañana, chicos.

—A ver, cuéntame —me dijo mientras abría la primera cerveza.

—Buf, ¿por dónde empiezo?

—¿Por el principio?

—Ni recuerdo cuál fue el principio.

—El día que empezamos a trabajar aquí —dijo, poniéndose seria—. Venías destrozado. Por fuera y por dentro.

—Buf. —Me tapé los ojos con las manos. Sabía que iba a llorar al hablar con Melania, pero no quería empezar tan pronto—. No sabes cuánto me ayudaste. Aquel día mi padre casi mata a mi madre.

—¿En serio? —preguntó, alarmada. Puso su mano en mi muslo de manera cariñosa.

—Llevamos así desde que tengo memoria. Mi infancia ha sido eso: intentar sobrevivir entre un padre maltratador y una madre que se mantiene a base de pastillas. Desde niño he tenido que arreglármelas solo.

Ahí me detuve, porque comencé a llorar. Melania me abrazó.

—Ey, si no quieres continuar, no pasa nada.

—Sí, necesito sacarlo afuera. En días como hoy, siento una presión en el pecho que casi me impide respirar. No sabes el miedo que sentía cuando escuchaba a mi padre abrir la puerta de casa. Entraba tambaleándose, borracho. Nunca olvidaré las miradas de pánico en el rostro de mi madre.

—¡Joder, qué mierda! —dijo Melania, intentando secarse las lágrimas y dándome un beso en la frente mientras me acurrucaba en su pecho.

—No sabes lo que es tener diez años y llamar a urgencias porque tu madre está tumbada en el sofá con sobredosis de antidepresivos.

Melania entrelazó su brazo con el mío y apoyó su cabeza en mi hombro mientras me acariciaba con la otra mano.

—El día que empecé aquí, pensé que me mataba. Mientras estaba en el suelo y él me golpeaba, sentía pánico, pero, a la vez, estaba deseando que continuara, que terminara con todo.

—No, no digas eso. Ni se te ocurra pensar algo así.

—No dejaba de darme patadas. ¡Me sentía tan mal, Melania! Los golpes no dolían tanto como saber toda la mierda que arrastro. Y ni siquiera podía defenderme ni defender a mi madre. Soy un cobarde que no se ha atrevido a enfrentarse a él y que tiene miedo de no poder con todo.

—No digas tonterías. El hijo de puta es él. Tú eres un tío de puta madre. —Rompí a llorar—. Mírame. —Me tapé la cara con las manos de nuevo—. ¡Que me mires, joder! —me gritó. Me giré hacia ella, con los ojos empapados—. Deja de echarte culpas que no te corresponden.

—No voy a poder con todo, Melania. Necesito encontrar un apartamento para alquilar y no tengo un euro. No puedo suspender, pero también tengo que trabajar, cuidar de la casa y atender a mi madre.

—¿Y te atreves a reprocharte algo? Tristán, eres admirable. —Abrió otra cerveza—. Toma,

vamos a emborracharnos.

—¿Con tres cervezas?

—Ven.

Sacó un juego de llaves del bolsillo y se acercó a la puerta.

—¡No!

Ella asintió, abrió y pulsó los números para desactivar la alarma.

—¿De dónde...? Bueno, prefiero no saberlo.

—Mejor.

Encendió las luces de la barra.

—¿Vodka?

—Sabes que alcohol y tristeza no suelen ser buena combinación, ¿no?

—Pues habrá que alegrarse un poco.

Se acercó al ordenador y puso algo de música. Colocó dos vasos de chupito encima de la barra y los llenó.

—Por nosotros —brindó.

—Por nosotros.

—Otro.

Tras unos cuantos chupitos, salió de la barra y se sentó en un taburete junto a mí.

—En serio, Tristán...

—Ya está, momento exaltación de la amistad.

—No seas idiota. Sabes que no necesito alcohol para eso. Pero tú sí.

Me sirvió otro chupito.

—En serio, eres un tío genial. No conozco a nadie como tú. Y quizás no vuelva a conocerlo.

—Ya —traté de apartar la botella, pero se me cayó—. Estuvo bien de vodka por hoy.

—Cállate —me ordenó—. Estoy hablando en serio. No suelo hacerlo, así que respétame.

No soy muy dada a sentimentalismos, pero quiero decirte algo. Me alegra un montón que te hayas abierto conmigo. Me alegro porque eso quiere decir que confías en mí, pero me alegro sobre todo por ti. Necesitas a alguien con quien compartir esto y desahogarte.

—Tengo a Silvia.

—Ya.

—¿A qué te refieres con «ya»? ¿Qué insinúas?

—Bueno, hoy ese no es el tema. Lo que quiero decirte es que eres alguien muy especial. No dejes que un hijo de puta te haga pensar otra cosa. Ahora tienes una situación jodida, aunque estoy convencida de que lucharás por salir de ella.

—Tienes una opinión demasiado alta sobre mí.

—Claro, ¿cuál quieres que tenga? ¿Sabes por qué he entrado? ¿Sabes por qué he tenido la necesidad de hacer tonterías y emborracharnos?

—¿Para aprovecharte de mí? —bromeé.

—Pues no. Justo todo lo contrario. Si me hubiera quedado afuera un segundo más, si me hubieras seguido mirando con esos ojos tiernos que imploraban tener a tu lado a alguien que te entienda y te apoye, te habría besado.

—¿Cómo?

—Sí, Tristán, te habría besado. Y no habrías podido resistirte —bromeó—. Creo.

—Si no me iba a resistir, ¿por qué no lo hiciste?

—Porque, si te beso, no voy a querer dejar de hacerlo, así que, si algún día me besas, asegúrate de que soy el amor de tu vida.

CAPÍTULO 14

Nuestras mejillas se rozaron. Cerré los ojos mientras inspiraba profundamente para oler de nuevo aquella fragancia a arándanos.

BookProject

A la mañana siguiente, al descanso, me acerqué a ver el apartamento. Cuando llegué y pude ver la zona, me reafirmé en que era extraño que se alquilara un piso así en esas condiciones. Era un sitio tranquilo y apacible. Los bloques tenían fachada de ladrillo visto de un color ocre clarito. A cada uno de ellos se accedía por una portilla metálica de media altura, que era más decorativa que otra cosa, ya que se abría sin llave. La verja estaba flanqueada por dos pilares cuadrados del mismo tipo de ladrillo que la fachada. De la entrada al portal había un caminito de unos dos metros hecho con baldosas que simulaban ser piedras y, a ambos lados, unas zonas ajardinadas, con flores, arbustos y árboles.

Una vez en el camino de acceso al portal, que me recordaba al camino que llevaba de la acera hasta tu casa, se veía el interior de la manzana, un espacio muy amplio con una zona de parque infantil con columpios y toboganes, una pista de pádel y una piscina pequeña.

¿Era un sitio anodino y carente de personalidad? Sí. Sin embargo, era un lugar tan apacible y diferente a todos donde yo había vivido que me ilusionaba residir allí. Quizás fuera el cambio que necesitaba para que todo empezara a ir bien.

Miré la dirección. Calle Nogal, 36. Llamé al cuarto derecha; abrieron sin preguntar. Esa tranquilidad de abrir sin estar seguro de quién estaba en la puerta, desde luego, no se daba en mi barrio.

—¡Adelante! —se oyó gritar desde dentro cuando estaba en la puerta.

El apartamento me impresionó nada más entrar al amplio recibidor, sin apenas decoración. La sobriedad solo estaba rota por un perchero de forja negro y un zapatero blanco, que destacaba sobre el gris claro de las paredes. El suelo de tarima, también gris, continuaba hacia el salón, a la derecha, dando fluidez visual entre ambos espacios para terminar en el gran ventanal que presidía el salón.

—Jaime —se presentó cuando entré. ¡Era Jaime! ¡El tipo con el que tuve el altercado en final de curso! ¡Tu amigo!

—Tristán.

Decidí no decir nada y actué como si le acabara de conocer. No me sorprendió que él no me reconociera. Es del tipo de gente que no suele fijarse más que en sí mismo. Para él, aquel día, había sido un traje barato que hablaba.

—¿Como *Tristán e Isolda*? Es de lo poco que recuerdo del instituto —dijo, riéndose. Me sorprendió que, siendo tan joven, ya tuviera un piso para alquilar—. Eso era de *La Celestina*, ¿no?

—No. Es de un poema medieval francés. Los de *La Celestina* son Calisto y Melibea.

—Bueno, son todos parecidos —se rio, aunque aún no sé de qué.

—Me llamaron Tristán por mi abuelo materno.

—Vale, da igual. Este es el salón. Ya ves que es grande. Tienes hasta chimenea.

No me había fijado, pero, en la misma pared donde estaba la puerta, había una chimenea

frente a una mesa de comedor para seis comensales. A continuación, un mueble de madera noble envejecida presidía la pared frontal, a la izquierda, y, frente a él, se disponía un *chaise longue* gris, a juego con los tonos, también grises, de la pared. Toda la estancia rezumaba una elegancia sobria de líneas puras y colores discretos, solo rotos por la calidez de la madera oscura del mueble de salón y de la mesa de comedor.

Lo que más me impresionó, sin embargo, fue el gran ventanal, enorme, de cuatro hojas que caían desde el techo hasta el suelo dotando al salón de luminosidad y amplitud.

—El ventanal es una pasada —dijo Jaime, quien se percató de que estaba impresionado con las vistas—. Da para el interior de la manzana —añadió acercándose al ventanal—. Ya ves que deja entrar luz natural durante todo el día. Mira, allí puedes ver la piscina, de uso para toda la comunidad. Al otro lado, encontrarás la pista de pádel —me explicaba mientras señalaba las distintas zonas—. La edificación que ves en medio es un pequeño gimnasio. Hay una cinta de correr y cuatro máquinas más; no es gran cosa, pero está muy bien para días en los que no apetece moverse mucho de casa.

—¡Guau! Está genial —me salió sin más. No quería parecer un cateto que no había visto mundo, pero estaba fascinado, como un campesino que entra por primera vez en un palacio. Para mí, todo aquello solo existía en las películas.

—Soy de los que piensan que no hay nada mejor que unas costillas; pues, si te fijas, al fondo, hay una mesa de merendero y una parrilla que puedes utilizar también.

—Ya. Oye, ¿la chimenea se puede tapar para no utilizarla?

—Sí, sin problema —respondió mientras se acercaba a la pared opuesta al ventanal—. Deslizas este panel y queda completamente cubierta. Ni se sabe que está. Pero ¿por qué quieres taparla? ¿Sabes lo acogedor que es estar aquí en invierno con la chimenea encendida?

—No quiero que mi madre ande con nada de eso.

—Pues mira —deslizó a un lado y otro el panel que simulaba ser una pared de ladrillo gris —, la cubres y la descubres a tu antojo.

—Genial.

—Ven, vamos por aquí. —Salimos al recibidor y continuamos de frente.

—¡Guau!

—Es una cocina impecable.

Jaime tenía razón. Era una cocina amplia, con encimera de mármol blanco con vetas grises a derecha e izquierda, muebles de acero inoxidable, vitrocerámica y nevera de doble puerta. Al fondo, la encimera de la derecha terminaba en una pequeña barra que separaba esa zona de otra donde se situaba una mesa blanca junto a la ventana. No me creía lo que estaba viendo. El sonido de una llamada en mi móvil me sacó de mi obnubilación.

—¿Sí? Dime, Róber. Perdona un momento —le susurré a Jaime mientras salía al recibidor.

—He mirado el cuadrante y, bueno, Marc me ha pedido que lo apañara como pudiera. Mira, te puedo ofrecer el turno de seis de la mañana a una del mediodía.

—¡Eso estaría genial!

—Agradéceselo a Marc. A mí me desbarajusta todo el cuadrante.

—Se lo agradeceré. Y gracias a ti también; sé que me haces un favor. Y es un gran favor.

—Otra cosa...

—Dime.

—No solo cambias el horario, sino que vas como subencargado para el turno de la mañana. ¿Te parece bien?

—¡Claro!

—Ahora tengo que dejarte. Ya lo hablaremos cuando vengas; obviamente, esa nueva responsabilidad lleva consigo un incremento salarial.

Me despedí de Róber y volví con Jaime. No me lo podía creer.

—Oye, el alquiler habías dicho que son quinientos cincuenta euros, ¿no? —pregunté. No me creía que ese piso se alquilara por ese dinero.

—Sí. La verdad es que lo tenía pensado vender. Había un matrimonio muy interesado, aunque, no sé, creo que el marido tuvo un accidente o algo así, y no supe más. Eso me pasa por no pedir una señal, pero soy de los que piensan que el mejor acuerdo es un apretón de manos entre hombres.

—Está muy bien de precio, visto lo que se alquila por ahí.

—En realidad, no lo tengo para ganar dinero. Lo alquilo para ir sufragando un poco los gastos.

—Pues creo que me lo voy a quedar.

—Genial. Tendrías que darme un mes, que sería el alquiler del mes corriente, y un mes de fianza.

—¿Ah, sí? Me habían dicho que abonaría dos meses, pero lo correspondiente a los dos meses para alquiler.

—No, a ver, ¿cómo voy a alquilar sin pedir aunque sea un mes de fianza!

—Sí, me extrañaba. Entonces, ¿te pagaría lo correspondiente a los días que quedan de septiembre? ¿O ese mes de adelanto correspondería a octubre?

—No, hombre, el mes que pagarías sería septiembre.

—Estamos a dieciocho, ¿cómo voy a pagarte el mes entero!

Jaime torció el gesto sin decir nada. No le gustaba nada que le contradijera, pero a mí tampoco me gustaba la actitud que estaba tomando. Quedó en silencio; en su gesto vi que lo tomaba o lo dejaba.

—Entonces, hacemos lo siguiente: me trasladaré en octubre y pagaré ese mes.

—Como quieras —dijo, bastante seco, tras lo que hizo una pausa—. Lo que no puedo es reservarlo. Si mañana viene alguien que esté interesado... lo tengo que alquilar.

Había abandonado el tono afable. Me dieron ganas de mandarlo a la mierda, pero tenía que morderme la lengua. El alquiler era asequible: es lo que pagaría por cualquier cuchitril en mi barrio. Vivir en ese piso me apetecía mucho, aunque ni siquiera las características eran lo más importante; lo complicado era encontrar un alquiler en el que no se tuvieran que desembolsar cinco meses de golpe. Estaba entre la espada y la pared.

—Comprenderás que no voy a pagar quinientos cincuenta euros por doce días.

—Yo te entiendo. Ahora, tienes que entenderme tú a mí. Pido poquísimo por el alquiler. Conozco el mercado inmobiliario a la perfección. Tendré muchos interesados y no voy a perder la oportunidad. Soy de los que atrapan las oportunidades al vuelo. Tengo un amigo que, cuando le gusta una chica en la discoteca, se pasa una hora mirándola sin atreverse a hablar con ella. Cuando se decide a ir, ya se ha ido con otro. Y ese otro suelo ser yo —se carcajeó.

—Está bien. ¿Me das tu número de cuenta y te hago transferencia?

—Mira, para no andar con líos, este primer mes y la fianza me lo das en mano. Puedo hacerte un hueco hoy sobre las seis. Vienes con el dinero, firmamos el contrato, formalizamos lo del banco y te entrego las llaves.

A pesar de que el tipo era un impresentable y no me generaba ninguna confianza, salí muy contento. No me creía que fuera a vivir en un piso así. Además, iba a trabajar en el turno que quería. Hacía tiempo que no me salían las cosas así de bien.

—¡¡Qué contento vienes!! —se sorprendió Silvia al verme llegar a la última clase.
 —¡Sí! ¡Es un piso genial! De tarde firmaremos el contrato y ya tendré las llaves. Tenéis que verlo. ¡Es una pasada!
 —Oye, pues organiza una cena de bienvenida, ¿no? —bromeaste tú.
 —Sí, eso está hecho. El domingo venís tú y Jon.
 —¿No te ha dicho nada? —me preguntaste mirando a Silvia.
 —No. ¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido?
 —Lo siento —me dijo Silvia—, ni me ha dado tiempo a decírtelo.
 —¿Habéis roto? —Asentiste y agachaste la cabeza.
 —¿Qué ha pasado? No, olvídalo, no quiero ser cotilla.
 —Es largo de contar. No ha sido nada en concreto.
 —Mira, solo queda una clase. Nos la saltamos y os invito a comer —propuse.
 —¡Vale! —contestó Silvia, muy contenta.
 —No sé...
 —Venga, tía, ¡¡la primera vez que nos saltamos clases en la universidad!!
 —De acuerdo. Me parece a mí que vais a ser una mala influencia.

Os llevé a *El Rincón de Marc*, porque, así, aprovechaba y hablaba con Róber sobre el cambio de turno. Tomamos unas cervezas y algo para comer. Tú te animaste a pedir lo mismo que yo: ensalada de garbanzos con aguacate, nueces, tomates *Cherry* y vinagreta de cebollino. Recuerdo que, desde aquel día, la pedías siempre.

—Entonces, con Jon... ¿se acabó el amor? —te pregunté en cuanto nos sentamos.
 —No exactamente —contestaste con cara de sorpresa. Supongo que no imaginabas que volviera a sacar el tema.
 —Oye, si crees que no tenemos la confianza suficiente para hablar de esto, lo dices sin reparos. No quiero meterme en tus cosas.
 —No, no es eso. De hecho, me apetece contárselo a alguien. Contigo —dijo mirando a Silvia— aún no he podido hablar. El tema es que no sé muy bien qué decir: no tengo una respuesta.
 —Tú, cuenta —respondí—. Muchas veces, verbalizarlo puede ayudar a ordenar y aclarar las ideas.
 —A ver, le quiero. Y sé que me quiere.
 —Él, con locura. Tengo que llamarlo —dije mirando a Silvia para que me lo recordara más tarde. Ella asintió mientras daba un trago a su cerveza.

Tratabas de explicar que te habías sentido cada vez más alejada de Jon y que por eso habías roto con él. Eso pasó a un segundo plano cuando nos trajeron la comida. La vinagreta de nuestra ensalada olía muy bien, aunque el olor de la hamburguesa de Silvia impregnó la mesa. Hacía dos años que no probaba la carne, pero aún no estaba en el punto de que me diera asco el sabor o el olor. Silvia la devoraba con ansia.

—Tranquila, mujer, que te vas a atragantar.
 —Me dirás que estoy comiendo un cadáver, pero... —Cerró los ojos para disfrutar del bocado.

Yo me eché las manos a la cara, mientras tú te reías de la cara de placer exagerado que puso

Silvia.

—¡Joder! —dijiste al probar tu ensalada—. ¡Qué bueno! No sabía que se pudiera utilizar el garbanzo en ensalada.

—Sí, está genial. En otras recetas, el garbanzo se puede machacar un poco junto con algas para darle un toque a mar.

—No sé, pero así con esta vinagreta está riquísimo.

—Me ha comentado Silvia que para publicar tu novela tienes que comprar setenta ejemplares o algo así, ¿no?

—Sí, pero creo que voy a esperar un poco.

—¿Esperar? —preguntó Silvia extrañada—. Estabas convencida de hacerlo ya y tenías el dinero.

—Eso creía. No me acordaba de un gasto que había hecho en vacaciones.

Silvia arrugó el entrecejo, como si supiera que aquello escondía algo. Te miró extrañada, aunque no se atrevió a comentar nada más. Supongo que no quería seguir con el tema delante de mí.

—No pasa nada. En unos meses publicaré, no tengo prisa.

—Oye, puedes hacer *crowdfunding* —se me ocurrió.

Te reíste porque pensaste que estaba bromeando, así que el comentario pasó prácticamente desapercibido, pero en mi cabeza se comenzó a gestar una idea. Te noté preocupada: primero, con lo de Jon, y con eso no podía hacer nada; y, segundo, con la publicación del libro.

El tono melancólico con el que contabas que debías posponer la publicación estaba lejos de mostrar la tranquilidad que fingías. Y, en eso, sí te podía ayudar.

Después de comer y hacer una sobremesa larga, Silvia condujo hasta tu casa, donde quedasteis vosotras, y me prestó el coche para que yo fuera a firmar el contrato.

—Espero que seas feliz aquí —se despidió Jaime estrechándome la mano.

Cerré la puerta y fui al salón. ¡No lo podía creer! Ya tenía mi piso. Seguía dándole vueltas a lo del *crowdfunding*. Lo llevaba rumiando desde que lo había mencionado en la comida. Tenía que investigar sobre cómo funcionaban esas plataformas, así que me senté en el *chaise longue*, saqué el portátil de mi mochila y comencé a buscar información.

Tras dos horas investigando, levanté la vista y miré a mi alrededor. ¡Vivía allí! Me acerqué al ventanal. Estaba en mi hogar. Y todo parecía estar solucionándose. El sol se ocultaba ya debajo de las montañas que rodeaban la ciudad, dejando tras de sí una débil estela anaranjada que se extendía por el cielo, bañado por pequeñas nubes que se iban coloreando. Seguí el reflejo del sol hasta la piscina de la urbanización, donde algunos reflejos anaranjados bailaban sobre la lenta ondulación del agua. Me sentí en paz. Era como si un hada madrina hubiera aparecido de pronto en mi vida y me estuviera ayudando a resolver todos mis problemas.

Pensé que no sería de gran ayuda explicar lo que había investigado sobre *crowdfunding* en plan teórico y abstracto, así que preparé un proyecto en *BookProject*, una plataforma específica para que la gente pudiese donar dinero a autores que querían autopublicar.

—¿En serio!? ¡¡Qué pasada!!!

Tus ojos se iluminaron y una gran sonrisa se dibujó en tu rostro. Tenía el borrador listo. Solo tenías que introducir tus datos.

—Mira —te explicaba señalando la pantalla de mi portátil—, en esta parte te aparecerán las

preventas del libro por quince euros, y en esta otra el resto de donaciones, que son aportaciones que hará la gente sin esperar contraprestación.

—En serio, ¿ya está todo? No me lo creo.

—La decisión es tuya. Échale un ojo y verás que es muy sencillo de gestionar. Si no se llega a los ochocientos euros para el proyecto de aquí a febrero, a todos los donantes se les devuelve el dinero y no deberás nada a nadie. Piénsalo —dije— y, si decides seguir adelante, solo tienes que presionar en *Lanzar proyecto* y empezarán a llover billetes.

—¡¡¡Ay, qué nervios!!! —Cerraste los ojos un instante—. ¡Que empiecen a llover billetes! —gritaste mientras apretabas el botón.

En cuestión de segundos, te sonó el móvil. Lo miraste. Nos miraste. Se te llenaron los ojos de emoción.

—Preventa: Tristán, quince euros —leíste en el móvil—; preventa: Silvia, quince euros. ¿Ya habéis hecho donación?

Te miramos, sonriendo, y nos abrazaste. Me acercaste a ti con tu brazo izquierdo y nuestras mejillas se rozaron. Cerré los ojos mientras inspiraba profundamente para oler de nuevo aquella fragancia a arándanos.

¡Te había prejuzgado en tantos aspectos! Incluso en ese momento, en el que decidí ayudarte, creía que estarías tan acostumbrada a tener siempre lo que desearas que no le darías demasiada importancia. Me equivoqué de nuevo. No sé quién dijo que, a veces, no hay mejor ayuda para uno mismo que ayudar a los demás; y hacer eso por ti, con el entusiasmo que demostrabas, fue un regalo para mí.

CAPÍTULO 15

No puedes cambiar tu vida por nadie. Ni siquiera por mí.

La mesa

Sabía que mi madre no me lo pondría fácil cuando le enseñara el apartamento. En su cabeza, tenía instaurada la idea de que no iba a estar tan bien en ninguna parte como en su casa.

—Hay que subir a la cuarta planta, pero aquí tenemos ascensor —dije, tratando de remarcar los aspectos positivos.

—Yo voy por la escalera. Me da miedo meterme en un sitio tan pequeño.

—Bueno, pues vamos por la escalera.

—Ya podías haber encontrado un primero.

Me llevé la mano a la cara y traté de tomar aire. A veces me ponía de muy mal humor. El carácter de mi madre siempre había sido dulce y afable, hasta que, con las pastillas, se había vuelto inaguantable.

—Mira, vamos al salón. Verás qué luminoso.

—Bueno —contestó con desgana—. No está mal. No hay mesa de centro.

—El mes que viene, si te apetece, vamos a comprar una.

—No. Quiero la de casa.

—Ay —suspiré mientras arrugaba la frente—. Vamos a ver la cocina.

—No me gusta —protestó. Me quedé en silencio intentando ignorarla—. Y yo estos aparatos no sé usarlos.

—¿Qué es lo que no sabes utilizar, mamá? ¿El microondas? ¿En serio estás diciendo que no sabes usar el microondas?

—Todo así de aluminio como si estuviera envuelto con papel albal. No me gusta.

—Mamá. —No me respondió. Estaba ensimismada delante de la vitrocerámica—. Mamá, mírame. Aquí vamos a ser felices, ¿vale?

No sé si fue consciente por un instante o simplemente se dejó llevar por el desánimo, pero se emocionó y me abrazó mientras sollozaba. Estuvimos unos minutos abrazados de pie en la cocina.

—Solo necesito mi mesa de centro —dijo, finalmente.

—Vale, traeré tu mesa —respondí, tajante—. Eso sí, tienes que prometerme una cosa: bajo ningún concepto le digas a papá dónde estamos.

Estuvo en silencio unos segundos, los suficientes para saber que no me podía fiar de ella. Fuimos al salón y, mientras estaba sentada en el sofá, fui a la entrada, donde había dejado su bolso. Saqué su móvil y borré el contacto de mi padre, todos los mensajes, el historial de llamadas; cuanto se me ocurrió.

—He borrado su número —dije mientras le daba el teléfono. Quería que fuera consciente de que no iba a encontrar la forma de contactar con él.

—No le iba a llamar —contestó, sentada en el sofá.

El sábado era mi último día en el turno de noche. En cierto sentido, iba a echar de menos el ajetreo incesante, la música tan alta que no dejaba pensar y, sobre todo, trabajar con Melania, quien, esa noche, estuvo coqueteando con un chico alto y moreno.

—Me voy —me informó tras posar una bayeta y señalar a aquel chico.

Miré el móvil, extrañado. Faltaba una hora para el cierre, más lo que se tardara en recoger y limpiar.

—Si te pregunta algo Róber, dile que me he puesto enferma.

—Vale. Igual ni se da cuenta.

—¡Gracias! —dijo casi cantando. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. No te pongas celosón, ¿eh?

—¡Qué idiota! Eso sí, vete solicitando el cambio de turno.

—¡Te como! —Se acercó y me dio un beso en la mejilla—. Aún no trabajas sin mí y ya me echas de menos.

Todavía me estaba riendo cuando Melania me lanzó un beso desde la puerta. A la izquierda de la entrada, en el rincón que quedaba algo escondido, vi que Rodri, quien estaba con un par de amigos, observaba cómo se iba.

—¡Invita la casa! —grité, aunque era imposible que me oyera. Señalé el vaso y luego a él, quien arrugó la frente sin entender qué le trataba de decir.

—¿¡Qué!? —chilló.

—Toma. Invita la casa.

—¿Y eso?

—No es fácil verla marchar con otro, ¿no? —Rodri tomó el vaso y dio un trago muy largo.

—A ver, sé que no somos novios ni nada de eso. Hemos quedado cuatro o cinco veces. Sin compromiso. Pero a mí me duele.

—Ya. Tú sí quieres compromiso —indiqué, a lo que él asintió con resignación—. Sabes quién es Melania. «Un espíritu libre», que diría el tópico. De hecho, si te gusta tanto es por cómo es, así que, si quieres estar con ella, tienes que plantearte si estás dispuesto a lo que conlleva.

—Más que gustarme... estoy enamorado. Y ella, no.

—También te digo: desde que la conozco, la única persona con la que ha quedado más de una vez ha sido contigo. Algo especial sí hay.

—¿En serio?

—Sí. La he visto irse con algunos tíos, pero nunca ha repetido.

—No sé —murmuró mientras resoplaba—. Como tú dices, aunque llegara a enamorarse de mí, no creo que quisiera una relación seria. Al menos, no como yo la concibo.

La conversación se alargó, así que le dije que me esperara para tomar algo juntos al terminar de trabajar. Fuimos a un par de garitos y bebimos más de la cuenta. Cuando salimos del último local en el que estuvimos, empezaba a amanecer y decidimos ir para casa. Con el cambio de turno y cuidando de mi madre, tardaría en tener la oportunidad de disfrutar de otra noche, así que la aproveché al máximo.

—¿Sabes qué? —me preguntó—. Lo voy a intentar. Voy a cambiar de acti... —La lengua ya le patinaba después de unos cuantos cubalibres de más—, de acti... ¡Mierda! —Nuestras carcajadas resonaron en la calle, que estaba desierta— ¡Actitudzzz!

—¿De qué me hablas? —Yo tampoco estaba muy lúcido.

—¿De qué va a ser? Voy a dejarle su essssspacio.

—Vale —respondí poniendo cara de admiración y pasándole el brazo por el hombro—. Yo no aguantaría, ya te lo digo.

—Tú no tendrías que aguantarlo. —Arrugué la frente a modo de interrogación—. No quiere compromisos, pero contigo se casaría mañana.

Me reí con la frase y la manera cómica con la que la dijo. Lo cierto es que, cuando estuve sobrio, me sorprendió que Rodri lo asumiera con tanta naturalidad y sin ningún tipo de rencor; ni hacia mí, ni hacia Melania.

—Solo espero —respondí. Me detuve y alcé la mano con el índice extendido para dar más énfasis a mi explicación—, solo espero —repetí—... Mírame. —Le agarré por ambas mejillas y le giré la cara hacia mí. Tenía los ojos vidriosos y medio cerrados—. Solo espero —repetí por tercera vez en el tono más solemne del que fui capaz— que no sufras.

—Gracias.

—Chss, déjame terminar —le interrumpí mientras le tapaba la boca—. De corazón —dije llevándome la mano al pecho—, espero que la decisión no sea fruto del alcohol. Porque estás un poco borracho, lo sabes.

—Eres un buen tío, Tristán. Aquí tienes a un colega para lo que necesites.

A la semana siguiente comencé con la nueva rutina. Me costó madrugar los primeros días. Siempre había sido un ave nocturna, así que me costó acostumbrarme a levantarme a las cinco de la madrugada.

No tenía ningún interés en volver a mi antigua casa, aunque mi madre no callaba con la dichosa mesa de centro. Lo demoré más de un mes, pero mi madre era una metralleta que me recordaba a cada segundo que no había ido a por la maldita mesa.

Al abrir la puerta, me vino un olor desagradable a humedad. En el pasillo ya se veían un montón de cristales esparcidos por el suelo del espejo que debería estar colgado encima del zapatero. En la salita, el destrozo era mayor aún. Las puertas de cristal del armario estaban completamente rotas y había restos por todo el suelo.

—La mesa está bien, hombre —lamenté.

Miré a mi alrededor. El desagradable olor a humedad inundaba aquel caos de copas rotas, restos de platos por el suelo, la televisión rajada e inservible... Parecía mentira que aquello fuera a lo que un día había llamado hogar.

El bate de béisbol estaba en el centro de la salita y, aunque estaba algo estallado de los golpes que se debieron dar con él, decidí llevarlo. Lo metí en la mochila junto a libretas y hojas sueltas de cosas que había escrito y tenía en mi habitación.

Bajé primero la mochila. Abrí el buzón; entre la montonera de publicidad y cartas del banco, había un aviso de carta certificada. Tenía que ir a la oficina de correos para saber qué era, porque no suelen reportar ninguna sorpresa agradable; podría ser una notificación del juzgado referente a la denuncia de mi padre.

Lo coloqué todo en el asiento del copiloto, encima de la carpeta que me había dado Silvia con los apuntes. Subí de nuevo a la cuarta planta. En cuanto levanté la mesa, me arrepentí de haberle dicho a Silvia que no necesitaba ayuda. ¡Cómo pesaba! No era muy grande. Tendría un metro de largo, cincuenta centímetros de alto y unos cuarenta centímetros de ancho, pero tenía dos placas macizas de mármol blanco con vetas grises. Lo cargué en el hombro boca abajo.

Cuando estaba llegando al rellano de la tercera planta, oí cómo chirriaba la puerta del portal

al abrirse. Me entró un escalofrío. Lo más normal es que fuera algún vecino. De todas formas, bajé lo más rápido que pude hasta el rellano y posé la mesa. Sentí unos pasos bruscos que subían. Descendí unos cuantos escalones y me asomé por el reposamanos.

Pensé en subir hasta el quinto para que, en el caso de que fuera mi padre, no me viera. Las películas muestran que no es buena idea huir hacia arriba. ¿Entonces? Tampoco podía esconderme en mi piso, porque vería la mesa en el rellano.

Bajé un poco más. No sabía si levantar la mesa y correr hasta el quinto para que no me viera. No, no me iba a dar tiempo a subir cargando con ella. Bajé dos escalones más. Vi la figura de un hombre fuerte. Estaba subiendo. Me temblaba todo.

No me daba tiempo a subir ni a esconderme. Si era él, bajaría corriendo y lo empujaría. El corazón me latía rápido y con fuerza. No quería enfrentamientos. Me sudaban las manos. La boca, sin embargo, la tenía seca.

—¡Joder! —gritó Camilo al verme—. Qué susto me has dado, chaval.

—Perdón —me disculpé. Era el vecino del tercero B—. Quería ver quién venía para... ver si me ayudaba a bajar esto —se me ocurrió.

—¡Casi me da un infarto!

—Entonces... ¿Me ayudas a bajarla?

—¿Os mudáis definitivamente? —preguntó mientras levantaba la mesa por un lado para ayudarme—. Ya le había dicho a Reme que vendrías a buscar las cosas.

—Sí, nos vamos. Una temporada al menos.

—¿A dónde os mudáis? —No respondí—. Por avisaros si hay cartas o preguntan por vosotros.

—No te preocupes. Si hay alguna novedad, déjame una nota en el buzón y ya la leeré.

—Bueno, bueno, como quieras.

Eché hacia adelante los asientos traseros para meter la mesa y entré en el coche. Inserté la llave en el contacto y la giré para arrancar. Hizo un ruido raro; como cuando un fumador intenta toser, pero tiene agarrada la flema en el pecho. Lo intenté varias veces. Nada. Saqué la llave y esperé unos segundos y lo intenté de nuevo. No sirvió.

Yo

El coche no arranca.

18:19

He probado varias veces, pero no va.

18:19

Silvia

¡No fastidies!

18:20

Buf, espero que sea la batería o alguna chorrada así.

18:20

Los papeles del seguro están en la guantera.

18:20

Llama y, si no lo logran arrancar, que lo lleven al taller de Sebas.

18:21

El teleoperador del seguro me dijo que tardarían unos veinte minutos. Abrí la carpeta de Silvia para consultar la materia que habían avanzado ese día. Saqué los papeles que estaban

guardados una funda gris que no conocía: instrucciones para la inscripción en el programa *Erasmus*; los requisitos académicos y económicos para la concesión de la beca; información sobre universidades colaboradoras en Italia: Florencia aparecía rodeada, con un uno garabateado encima; Roma, con un dos; y Milán, con un tres.

¿Silvia se quería ir de *Erasmus* a Italia? No había dicho nada. Le gustaba la facultad y posiblemente le interesaran algunas asignaturas, pero Silvia no quería ser periodista. Era artista. Siempre sería artista. En Florencia quizás se replanteara en qué debía enfocarse y, así, no malgastaría cuatro años estudiando algo de lo que no quería trabajar.

Ella no iba a echar la inscripción. Por mi culpa. Ni se planteaba dejarme solo. Faltaban dos días para que finalizara el plazo, así que no lo pensé más. Mientras esperaba a la grúa, saqué el portátil de la mochila para rellenar la inscripción. Aunque la aceptaran, siempre podía rechazar la beca.

El gruista del seguro intentó arrancar el coche varias veces. Los aspavientos que hacía no eran buena señal, así que, finalmente, llamó a un taxi para que me llevara a casa. Silvia me esperaba en mi apartamento para ayudarme a subir la puta mesa. ¡Qué asco le tenía ya! Mi madre estaba viendo la tele y ni se inmutó mientras la metimos en el salón y la colocamos frente al sofá.

—Ahí tienes, mamá.

Mi madre me miró, tocó la mesa y continuó viendo la tele sin decir nada.

—Gracias por lo menos, ¿no? —le recriminé. No obtuve respuesta.

—¿Te ha dicho algo el de la grúa? —me preguntó Silvia.

—No, aunque intentó arrancar varias veces y no hacía más que resoplar. Pinta mal.

—Espero que no sea nada.

—A ver qué dicen. Por cierto... Ven.

Fuimos a mi habitación y nos sentamos en mi cama. Abrí la carpeta y le enseñé los papeles del *Erasmus*. Palideció y se puso nerviosa. Durante unos segundos no se atrevió a decir nada. A continuación, le mostré el comprobante en pdf que había descargado después de realizar la inscripción.

—¿Por qué has decidido echar la solicitud? —recriminó, muy seca, cambiando el semblante de culpabilidad por el de enfado.

—Porque te conozco. No la hubieras echado.

—¡No tienes derecho a decirme si tengo que ir de *Erasmus* o no! ¡¡No puedes decidir por mí!!

—Cuando se sepa si te han aceptado, decidirás si deseas ir o no, pero no puedes cerrarte esa oportunidad por mi culpa. Enfádate conmigo si quieres, pero no me lo perdonaría.

—No quiero ir. —Frunció el entrecejo y cruzó los brazos girándose para darme la espalda.

—¿Por qué?

No me miraba ni respondía. Seguía con los brazos cruzados y el entrecejo apretado.

—Dime, ¿por qué no quieres ir a Italia?

—Porque no me apetece.

—Mírame —dije poniéndome delante de ella.

—No quiero —contestó girando la cabeza hacia el otro lado.

—Mírame y dime que no quieres estar cuatro meses en Florencia.

—No.

—Dime que si yo no existiera no irías a Florencia.

—¡Pero existes, joder! —exclamó, incorporándose—. No te voy a dejar solo. No quiero dejarte solo.

—Silvia —dije agarrándola por los antebrazos y mirándola a los ojos—. No puedes supeditar tu vida a cómo se sienta nadie. No puedes cambiar tu vida por nadie. Ni siquiera por mí.

CAPÍTULO 16

Hoy, cuando recuerdo cómo clavamos la mirada el uno en el otro, siento un estremecimiento que me recorre desde los pies hasta la última neurona de mi cerebro.

Publicación

El domingo quedamos para comer con vuestros amigos. Bueno, ya los consideraba amigos míos también, porque nos veíamos casi todas las semanas. Yo no podía permitirme comer en un restaurante con tanta frecuencia, así que me escudaba en el veganismo para pedir una ensalada y poco más. Ese día estábamos todos excepto Sabrina y Rebeca.

—Oye, y la lana, por ejemplo, ¿qué mal hace la lana? —preguntó Juan.

—No seas coñazo, tío —le respondí mientras me reía. Ya había cierta confianza para mandarlo a la mierda sin que le pareciera mal del todo.

—Nunca tienes respuestas, ¿ves? Si tengo razón, admítelo y ya está.

—Tienes razón, Juan, tienes razón —respondí con tono cansino.

—Sí, Juan —añadiste tú—. Todos sabemos que tienes razón.

—Siempre tienes razón —añadió Marcos.

—Ya —replicó—. Como no tenéis argumentos, os metéis conmigo. Esto es *bullying*, que lo sepáis.

—Bueno, chicos, ya me han aprobado la beca para el intercambio —anunció Azu después de un silencio. Miré a Silvia. ¿Ya habían salido las resoluciones? Agachó la cabeza, en silencio.

—¡Qué bien! —aplaudiste tú—. ¿A dónde vas?

—A Florencia.

—¿Tú sabes algo, Silvia? —le preguntaste.

—Han aceptado la preinscripción —respondió apenas sin voz.

—¡Qué guay! —dijo Azu—. ¿Para dónde?

—Para Florencia también.

—¡¡Vamos juntas!! —gritó, emocionada.

—No es definitivo. Aún falta el examen de idiomas —trató de justificar.

Yo escuchaba. No decía nada. Sabía que Silvia no quería hablar de ello allí ni tener que dar explicaciones delante de sus amigos.

—¡Qué problema tienes tú! —intervino Marcos—. Tienes el B2 de inglés y te defiendes en italiano.

—De todas formas, no sé si podré ir.

—¡No fastidies! ¡Ahora ya sé que vamos juntas! No puedes hacerme eso.

—Además —dijo Marcos—, es una experiencia fantástica. Yo estuve el año pasado en Budapest y es lo mejor que me ha pasado. —Miró a Azu y le dio un abrazo—. Después de ti, claro. Ella le devolvió una mueca de enfado.

—Bien tonta serías de no aprovechar una oportunidad así —dijo Juan.

Silvia no aguantó más, se levantó y salió corriendo.

—¿Qué he dicho yo ahora? —preguntó Juan con cara de susto.

Fui tras ella; había girado a la izquierda, hacia el parque.

—¡Espera, Silvia!

No se giró. Llegué a agarrarla por el brazo. Ella se detuvo, pero continuó mirando al frente.

—Silvia, si no quieres ir, no vayas. No insistiré más. Lo siento.

—Es que sí quiero ir, Tristán —dijo mientras se volvía hacia mí—. Sé que nunca tendré otra oportunidad como esta. Quizás dentro de muchos años, cuando ya trabaje, podré ir de viaje unos días. ¡Pasarán años! Y no será como esto; no será empaparse de la ciudad durante cuatro meses, tener tiempo para conocer cada iglesia y perderme por cada callejuela.

—Pues vete, amor.

—¡¡¡No puedo!!! —gritó entre sollozos—. No puedo irme sabiendo que tú te quedas aquí, solo con tu madre, luchando por salir adelante, trabajando y sin casi tiempo para estudiar. No puedo abandonarte así.

—No me abandonas. Vas a vivir una experiencia increíble durante cuatro meses. Después, disfrutaré de lo mejor persona que serás cuando vuelvas.

—Tú peleando contra todo, como siempre. Desde la madrugada en el trabajo, luego atendiendo a tu madre, llevando la casa, y luchando por intentar aprobar alguna para que no te quiten la beca. Y yo, allí, en Italia, disfrutando de la vida y sin preocupaciones. No quiero dejarte solo. ¿Es tan difícil de entender?

—Claro que te entiendo. Y tú tienes que entender que no puedo ser la razón por la que no vayas a Italia.

A Silvia aún le costaría unos cuantos días tomar la decisión definitiva, aunque, finalmente, optó por ir a Florencia. Las semanas siguientes fueron bastante agradables. Habíamos tomado como rutina quedarnos un rato en la cafetería tras salir de clase. Me pasabais los apuntes, mirábamos lo que había pendiente, avanzábamos en algún trabajo o ejercicio y hablábamos de todo un poco.

Cuando se acercaba la fecha del viaje, Silvia empezó a desanimarse. Decía que estaba contenta, pero su estado de ánimo reflejaba otra cosa, como si ya sintiera la nostalgia de haberse ido. El día antes de marcharse pasamos el día juntos para despedirnos y se quedó a dormir en mi casa.

—No quiero ir —dijo con voz melosa mientras se acurrucaba en la cama con la cabeza sobre mi pecho—. Pensé que no quería ir para no dejarte solo, pero no es eso.

—¿Entonces?

—No quiero irme porque estaré sola en cualquier parte en la que no esté contigo. No importa dónde esté ni con quién.

—Habla todos los días por teléfono, nos mandaremos mil mensajes, haremos videollamadas... Será casi como estar juntos.

—No es lo mismo —puntualizó, incorporándose para mirarme a los ojos—. Mañana voy a subir al avión y voy a vivir mi experiencia. Será difícil, eso sí, estar alejada de ti. Eres mi red de seguridad. Cuando me propongo cualquier cosa, me atrevo a intentarlo porque sé que si las cosas salen mal amortiguarás el golpe.

—Y aquí seguiré. Puedes caer sobre mí cuando quieras —contesté, a la vez que la echaba encima de mí.

A la mañana siguiente, Azu y Marcos vendrían en coche para buscarte y llevarte al aeropuerto, así que fuimos hasta tu casa a por las maletas.

—Te quiero mucho. Pásalo en grande y exprime cada momento —me despedí.

—¡¡Muchas gracias, gatito!! ¡¡Te quiero!!

—Te amo, gatita.

Entró en el coche y levanté la mano para despedirme. Cuando el coche arrancó y comenzó la marcha, le lancé un beso. Estiró la mano para parlo simbólicamente. Sonreí mientras se iba y, aunque, al principio la sonrisa salió de manera natural, después me costó mantenerla. No estaba preparado para el momento de despedir a Silvia.

Metí las manos en los bolsillos de mi anorak. Estaban siendo unos días de febrero muy fríos. Las conversaciones giraban tanto entorno a cómo Silvia me iba a echar de menos que ni se imaginaba lo que la iba a echar yo de menos a ella. Contemplé cómo se alejaba. Me sentí vacío, como si hubieran arrancado un trozo de mí. Podría ser ventajista y decir que fue un mal presagio que tuve, pero, sinceramente, jamás imaginé que aquel viaje nos fuera a cambiar tanto la vida. A todos.

Había pedido unas horas en el trabajo para despedir a Silvia, así que aproveché para solicitar cita en el juzgado y me dirigí a declarar ante el juez.

—Mire, voy a serle sincero —me dijo, después de un rato de conversación—. De esta no se va a librar, porque las pruebas son contundentes. El demandante propone una multa de cien euros por daños y perjuicios y zanjar el tema.

—No sé. Usted qué opina.

—Es su decisión.

—Si no acepto... ¿Qué pasaría?

—Podría ir a juicio. Seguramente, tenga que pagar una multa más elevada y, ya embarcados en juicio, el abogado de la acusación es posible que le recomiende al demandante aumentar la pena solicitada, incluyendo el agravante por convivencia.

No quería enturbiar mi vida otra vez ni que mi padre volviera a formar parte de ella, así que acepté la multa y terminé con aquella historia.

Fui andando hasta el trabajo con las manos en los bolsillos del anorak. Me gustaba caminar por la ciudad, sobre todo en días fríos como aquel. En esos meses apenas había tenido tiempo para hacerlo. A veces miraba por el amplio ventanal del salón y me sentía como un canario enjaulado. Me gustaba mi jaula. Pero era una jaula.

Yo

¿Qué tal?

12:20

¿Cómo vas? ¿Podrás publicar?

12:20

Para ti también era un día importante. Se cumplía el plazo en *BookProject* y llevabas varios días preocupada, porque te faltaban más de 200 euros para llegar al objetivo.

Sara

Creo que tendré que esperar a otra ocasión.

12:23

Al salir del trabajo, caminé con paso lento hasta casa. Quería disfrutar de la ligera brisa que me helaba la cara y la suave lluvia que empezaba a caer. Nunca me ha gustado el frío, lo sabes, pero caminar en días gélidos me resultaba reparador.

Me gustaba ver a la gente caminar con paso agitado y turbulento. Me resultaba irónico pensar que mucha de aquella gente se daba tanta prisa para llegar a algún sitio en el que no quería estar: a un trabajo que odiaba, a una casa que no soportaba, junto a un marido al que detestaba... No, no era mi mejor día.

Subí a casa. Mi madre estaba sentada en el sofá frente a la televisión. Muchas veces ni era consciente de que había llegado, así que, con la esperanza de no entablar conversación, entré en casa y fui directo a mi habitación.

—¡Hola! —gritó. Resoplé.

—Hola, mamá —saludé, con resignación, de vuelta en el salón.

—¿Hoy no viene Silvia?

—No, mamá. Se ha ido a Florencia, ya te lo hemos dicho.

—Ah. ¿Y cuándo vuelve?

—En junio —respondí mientras me sentaba a su lado.

—Ah. ¿En qué mes estamos ahora?

—En febrero, mamá.

—Eso es mucho. La echarás de menos.

—Sí, claro.

Empezó a agitarse y moverse adelante y atrás.

—Lo siento mucho, hijo —dijo mientras comenzaba a llorar.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué dices que lo sientes, mamá?

—Siento mucho no haber sido una buena madre.

—No digas eso —le susurré a la vez que le apartaba el pelo de la cara.

—Siento haberte hecho desgraciado. No debí aguantar. No debí quedarme. No tenía dónde ir, Tristán —seguía llorando, cada vez más. No dejaba de mecerse adelante y atrás—. No tenía a dónde ir.

—Mamá, eso ya es cosa del pasado —respondí mientras la abrazaba—. Ahora estamos bien. Verás cómo, en unos meses, te encontrarás mejor y hasta dejarás las pastillas.

Silvia

¡¡¡Ya estamos en la residencia!!!

16:02

¡¡Qué nerviosss!!

16:02

Estamos superilusionadas.

16:02

Muchas gracias por convencerme para que viniera.

16:02

¡¡Te quiero!!

16:02

Yo

¡Pásalo bien!

16:03

Ya hablamos de noche y me cuentas todo.
16:03

Silvia necesitaba su espacio para acomodarse, aunque, la verdad, tampoco estaba de humor para hablar con ella. Al rato me sonaron más notificaciones de mensajes. Pensé que era ella de nuevo.

Sara
¡Lo he conseguido!
16:19
¡Voy a poder publicar!
16:19
¡Muchas gracias!
16:19

Yo
¡Me alegra haberte ayudado!
16:20

Sara
¿Quieres tomar una cerveza para celebrarlo?
16:20

Yo
No puedo.
16:21
Tengo que estar con mi madre.
16:21
Mañana después de clase tomamos algo.
16:21

Me alegré por ti. Todo lo que podía alegrarme ese día. No estaba de humor. Y mi madre tampoco. Bueno, ya estaba completamente ida de otra vez.

Sara
Vale.
16:22

En aquel «vale» percibí el desánimo de tener una noticia digna de ser celebrada y no tener con quién, porque tus mejores amigas estaban fuera.

Yo
Me puedo escapar un rato.
16:27

Sara
No, tranquilo. Mañana hablamos.
16:27

Yo
Te veo en *El Rincón de Marc*
16:27

En quince minutos.

16:27

Ya estoy saliendo.

16:28

Mientras caminaba hacia el bar, le escribí a Marcos.

Yo

¡¡¡Sara ha cumplido el objetivo y va a poder publicar!!!

16:31

He quedado con ella ahora en *El Rincón* para tomar algo.

16:32

Ven hasta aquí para celebrarlo.

16:32

Y avisa al resto, porfa.

16:32

Marcos

¡¡Genial!!

16:35

Salgo de casa en unos quince minutos.

16:35

Le escribí también a Róber para que fuera preparando unas patatas, hummus y unas ensaladas de aguacate de las que tanto te gustaban.

Cuando llegué, ya estabas sentada en un taburete, de espaldas a la entrada. Encima de la mesa había dos *Ranses*. En cuanto me viste, te levantaste y me agarraste del brazo. Yo creo que te dio miedo abrazarme.

—¡Ya está, Tristán! —dijiste mientras me zarandeabas, nerviosa—. ¡Voy a poder publicar!

—Ya veo, ya —contesté echándome para atrás fingiendo tener miedo—. A ver si sobrevivo para leerlo.

—Ya. Perdón, perdón —te disculpaste mientras me soltabas y me estirabas la manga del anorak que me habías dejado arrugada—. Me tranquilizo.

Te había llegado una donación anónima de doscientos quince euros, que era lo que te faltaba. Me hizo gracia, porque llegaste a pensar que había sido yo quien te había donado el dinero. Me alagaba que lo creyeras. De hecho, si hubiera podido, quizás lo hubiera hecho, aunque lo cierto era que no tenía un euro.

—Por cierto —me dijiste—, estamos jugando en desigualdad de condiciones.

—¿Cómo?

—Tú has leído mi novela, pero yo no he leído ningún poema tuyo.

—No sé... Me da algo de vergüenza.

—¿En serio?

—Muy poca gente ha leído nada de lo que he escrito.

—Pues toca exponerse, así que no te hagas el interesante y tráeme algún poema; tengo mucha curiosidad. ¡Eh! ¡Mira estos!

—¡Enhorabuena! —gritó Vero.

—¡¡Esa escritora!! —exclamó Raúl—. Como vas a ser una escritora famosa ya quieres dejarnos de lado.

Tras ellos, llegaron Marcos y Juan y, poco después, Rebeca y Sabrina. Me reñiste con la mirada, intuyendo que los había avisado yo. Brindamos todos. Me encantaba verte feliz con tus amigos.

Se acercó Fede y dejó en la mesa la comida que había encargado.

—Perdón —le dijiste—, no hemos pedido nada.

—Invitación del caballero —respondió mirando hacia mí.

—¿Cuánto ha sido? —preguntaste sacando la cartera.

—¿Qué ha dicho el camarero? «Invitación». Y los camareros siempre tienen razón. Sobre todo, los de este local.

—Venga, bah, es la celebración por mi novela; dime cuánto es, no hagas el tonto.

—Sabes que soy un poco idiota.

—Y un tanto botarate. Creo que tengo que añadir «cabezota» a la lista. Gracias —susurraste dándote por vencida.

Estabas con tus amigos celebrando que ibas a publicar tu primera novela, así que ya podía irme. Estábamos brindando y comenzaba la diversión, pero no me sentía bien dejando a mi madre sola en casa.

—Tengo que irme, chicos.

—¿No estás a gusto con nosotros? —bromeó Vero. Tú agachaste la cabeza.

—Estoy genial. —Te miré—. De hecho, no sabes lo bien que me ha venido estar aquí.

Levantaste la cabeza y me miraste, sonriendo, mientras colocabas tras la oreja el mechón del cabello que se te había desprendido de la coleta.

Todos se despidieron de mí. Marcos incluso me recordó que teníamos que quedar para comer el domingo, lo cual me hizo ilusión, porque me sentí ya parte del grupo. Salí y bajé los cuatro escalones de la entrada.

—¡Tristán! —me llamaste.

Dicen que, cada vez que recordamos algo, le modificamos algún detalle y, cuando lo volvemos a recordar, nuestra mente ya no busca información en lo que pasó, sino en la última modificación que tenemos de ese recuerdo, al que vamos modificando detalles y más detalles.

Puede que sea lo que me sucede cuando rememoro ese momento. Es posible que no sintiera nada, que te mirara extrañado, que no entendiera para qué salías. No obstante, hoy, cuando recuerdo cómo clavamos la mirada el uno en el otro, siento un estremecimiento que me recorre desde los pies hasta la última neurona de mi cerebro.

—Quería darte las gracias —dijiste mientras bajabas las escaleras.

—No tienes por qué darlas. Me encanta formar parte, aunque sea en lo mínimo, de la publicación del primer libro de quien será una autora de éxito.

—Gracias —dijiste mientras sonreías—, pero no me refiero a eso ahora. Necesitaba a un amigo con quien compartir la noticia. Y necesitaba celebrarlo, sentirme importante por un día.

¡Me abrazaste! No tenías miedo a mostrar agradecimiento cuando alguien se había portado bien contigo, igual que no lo tuviste al pedir perdón cuando habías metido la pata. Créeme, no es fácil encontrar personas que sean capaces de mostrarse así ante los demás.

Te separaste para volver adentro. ¡Qué vacío me he sentido siempre cuando te separas de mis brazos! Quizás intuía lo que sucedería durante esas semanas, no lo sé. ¡Lo cierto es que me sentí tan vivo a tu lado! «Al final el día no ha sido tan malo», pensé mientras me alejaba del bar, con las manos en los bolsillos de mi anorak y la sonrisa en la boca.

CAPÍTULO 17

No había pasado nada raro. Éramos dos amigos que habían pasado un buen rato.

Sándwich

Aunque Silvia ya no estaba, mantuvimos la costumbre de quedarnos en la cafetería tras terminar las clases. Para mí, era el mejor momento del día. Sin aquellas charlas, mi rutina hubiera sido ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Me pasabas los apuntes, te preguntaba dudas y hablábamos sobre lo que surgiera.

Las asignaturas del segundo cuatrimestre me parecían asequibles. alguna era más peñazo que otra, pero, echándole horas, no me daban miedo... excepto *Economía aplicada al periodismo*.

Siempre había sido de letras, así que ver más de dos números juntos me mareaba. En cuanto llevábamos unas clases, comprobé que necesitaba ayuda. La asignatura tenía partes de estadísticas y gráficos, además de conceptos de economía; sería incapaz de aprobarla por mí mismo.

No fue fácil dar con alguien que diera clases de esa materia específica. Muchos impartían *Economía*, pero solo encontré a una chica que, además, conociera el temario específico de la materia, así que la llamé por teléfono.

—No tengo hueco —me dijo—. Puedo reservarte plaza para septiembre. Oye, tú prepárala. Si hay suerte, me avisas y cancelamos la plaza. ¿Que no? Pues ya tienes la reserva para el año que viene.

—El problema es que no puedo suspender esta convocatoria.

—¿Tema becas?

—Ya he suspendido dos. Y los profesores particulares que he encontrado son gente de *Economía*, pero conocen poco sobre la materia específica para *Periodismo*.

—Ya.

—¿Podrías hacerme un hueco?

—Lo tengo todo ocupado, en serio. Me gusta dar clases de uno en uno y, este año, ya he tenido que hacer grupos juntando a varios en una misma hora. Estoy hasta arriba.

—¡Vaya! —lamenté.

Colgué, aunque no pasaron ni cinco minutos cuando me llamó de vuelta.

—Mira, me estoy metiendo en más de lo que debería... ¿Qué te parece si te hago un hueco tres días a la semana de tres a cuatro?

—¿De tres a cuatro? —pensé—. No sé si me dará tiempo a llegar...

—Yo estoy suprimiendo mi hora de la comida. Más no puedo hacer.

—Vale, vale. Me arreglo como sea.

La casa de la chica que daba la clase particular estaba en el extremo opuesto a la facultad por lo que, sin coche, tenía que ir directo desde el trabajo. No me daba tiempo a pasar por la universidad.

—He encontrado a una chica que da clases particulares —te dije—. El problema es que solo tiene hueco a las tres y está en la otra punta, junto al parque *San Javier*; o voy directo desde el

trabajo, o no llego.

—¿No vas a poder venir ni a la última hora? —preguntaste.

—Imposible. Y te quería pedir un favor. Un favor más, quiero decir. Tenemos que ver la manera en que podemos organizarnos para que me pases los apuntes, porque no quiero ir acumulando lo de varios días.

—Se me ocurre algo.

—Miedo me da.

—¡Calla, déjame hablar! —me reñiste a la vez que me dabas un manotazo en el brazo—. Yo estoy trayendo el coche a la facultad; entonces, podemos hacer lo siguiente: sigues viniendo a última hora, como siempre, y después te llevo yo a particular.

—Es excesivo. No puedo pedirte que hagas eso.

—No me lo has pedido. Se me ocurre otra cosa, además.

—Ahora sí que tiemblo.

—Que no. A ver qué te parece. Normalmente, después de clase, solemos estar como una hora en la cafetería. En vez de perderla aquí, te llevo, espero a que salgas y te acerco a casa. Aprovecharé para repasar los apuntes o buscar información para algún trabajo.

—No puedo...

—¿Cuándo empezamos? —No me diste opción a que me negara.

El miércoles comencé las clases particulares. Me daba apuro que perdieras el tiempo por llevarme de la universidad a particular, así que se me ocurrió llevarte algo de comer para que, al menos, pudieras aprovechar el tiempo y que no tuvieras que comer a las cuatro y media al llegar a casa.

—¿Puedo robarte un poco de espacio? —pregunté entrando a la cocina antes de finalizar el turno.

—¡Ey, mi niño! —exclamó Ana María al descubrir que era yo.

La cocinera me tenía mucho cariño y siempre estábamos de broma. Era una cubana que llevaba más de treinta años fuera de su tierra. Andaría cerca de los sesenta años y ya tenía que poner gafas para leer las comandas. Aun así, era una mujer muy guapa.

—Siento molestar —me disculpé.

—Ay, cariño mío —dijo con un marcado acento cubano—, tú no molestarías aunque quisieras. Si yo te hubiera conocido en mis años, no hubieras salido vivito, ¿oíste? —dijo, soltando una sonora risotada.

—Me parece a mí que me traerías loquito y sería yo quien anduviera tirándote ficha.

—Mucha soja tenías que comer tú para llevar el aguante a esta mulatona, mi amor. —Eché una carcajada mientras se contorneaba. Era imposible no reírse con ella—. Ahora, cuando tú quieras te presento a mi nieta. No tiene el garbo que tiene su abuela —dijo mientras se movía con chulería—, pero es muy guapa mi Tania. ¿Qué necesitas, mi amor?

—Voy a preparar unos sándwiches para comer por el camino.

—Ay, no. Para qué estoy yo aquí, entonces. Yo te hago lo que quieras. —A Sofía, su ayudante, una chica de mi edad, se le escapó una sonrisilla pícara. Ana María le dio en las nalgas con el rodillo que llevaba en la mano—. Ay, pero mira que eres malpensada, niña. Siempre de vueltas con lo mismo.

—Traigo aquí los ingredientes —dije a la vez que levantaba la mochila—. Lo preparo yo en

un momento.

—Eso está genial entonces. Lo hacemos juntos y así aprendo algo más de esas cosas raras tuyas.

Cuando terminé de preparar el sándwich, fui a la barra a despedirme de los compañeros.

—Oye... —le dije a Róber a la vez que agarraba uno de los sacos de cacahuetes de cinco kilos que se compraban para poner tapitas de aperitivo con las consumiciones. —. ¿Me vendes uno?

—¿Para qué quieres tanto?

—Siempre me gusta llevar frutos secos conmigo.

—¿Y vas a cargar con esa bolsa?

—No, hombre. Estarán en casa y meteré en una bolsita unos pocos que dejaré en la mochila.

—Llévala. Y toma —sacó dos *Ranses* de la cámara—. Hay que contrarrestar la sequedad de los cacahuetes con algo.

—Cierto.

Saqué un billete de la cartera, pero Róber negó con la cabeza y me hizo un gesto con la mano para que me fuera.

—¡Gracias!

Llegué a última hora con la clase empezada, como siempre. Por desgracia, tres días coincidía que era *Semiótica de la comunicación*, y notaba cómo la profesora me estaba pillando manía.

—¡Hola! —susurré cuando me senté a tu lado—. Mira, que si no quieres llevarme no hace falta. Ya me arreglaré, en serio.

—Creo que hoy la máquina de teletransporte está estropeada. Mañana, cuando la reparen, ya la utilizas si quieres. Hoy te llevo yo.

Samuel se rio y se giró hacia atrás. La profesora de *Semiótica de la comunicación de masas* se quedó mirando hacia nosotros y tú agachaste la cabeza, avergonzada.

En el coche, de camino al piso donde iba a clase particular, me explicaste el trabajo que había mandado el profesor de *Historia de la comunicación social*.

—¿En serio, otro trabajo? ¿No tiene vida? —te dije—. No debe tener mayor placer que corregir.

—Me imagino a sus amigos pidiéndole que vaya a tomar algo y él respondiendo: «No, no, es sábado por la noche» —imitaste al profesor poniendo una voz exageradamente grave—. «Prefiero quedarme en casa corrigiendo trabajos sobre el papel de la imprenta en la *Reforma* y la *Contrarreforma*».

—¡No me digas que de eso trata el trabajo!

—Ajá.

—Eso sí, la voz clavadita te ha salido.

—¡A que sí! Si no llegas a tener los ojos abiertos, seguramente habrías dudado de si venías en coche conmigo o con él.

—De hecho —respondí, después de reírme—, te estaba mirando y aun así dudaba. Escucha, yo tengo tiempo para investigar, así que voy a buscar información. Cuando tenga una base, te lo paso y, así, te ahorro esa fase.

—Vale. Yo voy preparando lo de *Semiótica* —respondiste.

—¿*Semiótica*? ¿Ha mandado algo?

—Sí, lo explicó antes de que llegaras. Hay que hacer una exposición oral. Yo he elegido *la semiótica de la mentira*.

—¿Qué es eso? ¿Y yo, qué he elegido?

—Tú, conmigo. Es por parejas. La semiótica de la mentira es una teoría que se enfoca en cómo se construyen y transmiten las mentiras a través de los signos y las relaciones de significado en la comunicación.

—Ah. Ya me ha quedado claro.

—Es una teoría importante para entender cómo las mentiras se utilizan para manipular la opinión pública y cómo los medios de comunicación y las redes sociales contribuyen a la difusión de las mentiras.

—Eh... sí, me parece bien que seas tú quien busque información sobre eso.

Cuando aparcaste en el parque *San Javier*, abrí la mochila y saqué el sándwich que te había preparado.

—¡Gracias! ¿Qué es?

—Pruébalo y luego te cuento.

—¿Te has traído algo para ti?

—Sí. Me he preparado uno para cuando salga.

—Pues lo comemos ahí cuando vuelvas —dijiste mientras señalabas las mesas de merendero que había en el parque.

Paula, la profesora, una chica morena de unos treinta años, me estaba explicando unos conceptos básicos de economía cuando me vibró el móvil unas cuantas veces. En un momento en el que ella salió de la habitación, aproveché para mirar el teléfono.

Fran

Hola, ¿cómo vas?

15:12

Quería pedirte algún consejo.

15:12

¿Cómo comienzo con el veganismo?

15:12

Sobre todo, en el tema de la alimentación.

15:12

Porque estoy decidido.

15:13

Esta semana doy el paso y ya no voy a consumir más productos de origen animal.

15:13

¡Vaya tela! Fran había empezado a hablarme por mensaje para preguntarme sobre documentales que veía acerca del veganismo; después, sobre recomendaciones musicales de los noventa; y, ya en ese momento, me hablaba de todo: de sus clases, de vosotros, de Ángela... Claro que le iba a ayudar, pero me ponía en un compromiso al saberlo antes que tú.

Cuando volví al coche, estabas escribiendo en el portátil mientras sonaba la música a todo volumen.

—Está frío —dije cuando vi que te ponías el abrigo—. Si quieres, comemos en el coche.

—No, vamos a las mesas. Llevo toda la mañana en clase y de tarde estaré encerrada en

casa, así que me vendrá bien un poco de aire.

—Vale, como quieras. A quién no le viene bien una pulmonía.

—No seas friolero, anda.

Nos sentamos en una de las mesas del parque para comer. Abrí la mochila, saqué mi sándwich y las dos cervezas. Después, la bolsa grande de cacahuètes.

—¿En serio llevas cerveza en esa mochila? Me está empezando a dar miedo cuando la abres.

—Tengo que estar preparado.

—¿Para qué? ¿Para una debacle nuclear?

—Es como la de Dora, la exploradora —dije—. ¿Era esa la que tenía una mochila infinita?

—No. ¿Qué dices? Lo único que se me ocurre es el bolsillo mágico de Doraemon.

—¿En serio? Qué vintage eres.

—No has visto *Friends* —comentaste—, no has visto *Doraemon*... Dime que no has visto los *Simpsons* y aquí acaba nuestra amistad.

—No, mujer. Hay que ser muy psicópata para no haber visto los *Simpsons* —te reíste mientras abrías el sándwich para investigar de qué era—. Chtts, no se mira. Pruébalo antes.

—Vale, vale. ¡¡Joder!! —exclamaste cuando diste el primer mordisco—. ¡¡Qué coño es esto que está tan jodidamente bueno!!

—Pues, por lo que se ve, algo que te hace decir muchas palabrotas.

—No, en serio. A ver —dijiste mientras abría el sándwich—. Lleva lechuga, tomate...

—Sí.

—Esta crema de abajo... —la probaste— es como mantequilla de aguacate.

—Ajá.

—Esta salsa... No, el resto no sé qué es.

—Pues es un sándwich de crema de aguacate con calabacín rebozado y mayonesa de anacardos.

—¿Eh? ¿Mayonesa de anacardos? Ya me explicarás cómo es eso. ¿Y calabacín rebozado? ¿Sin huevo?

—Sí. Para reemplazar el huevo en rebozados se puede utilizar, entre otras cosas, harina de garbanzos.

—¿Qué dices?

—Como lo oyes. Se pueden hacer hasta tortillas de patata.

—No te creo.

—Mañana hay particular otra vez. Haré una para que la pruebes.

—No sé si traerme un bocadillo... por si quedo con hambre, no es que desconfíe.

—Por cierto...

—¿Um? —preguntaste con la boca llena, tratando de tragar a prisa— ¿Por cierto, qué?

—No sé si puedo decírtelo.

—Pues ahora TIENES que decirlo.

—Mira —te dije mientras te enseñaba la parte de la conversación en la que Fran me informaba que había tomado la decisión.

—¡Van a flipar en mi familia! Bueno, yo estoy flipando ya.

Miré la hora. Eran las cinco y media, así que te pedí que me llevaras a casa. No tenía ninguna gana de irme.

—Mañana, tortilla —dije mientras me bajaba del coche.

—Lleva más cacahuetes, por si acaso.

Habíamos estado poco más de una hora juntos, pero sentí que habíamos exprimido cada segundo al máximo. Disfruté con cada comentario, con cada broma, con cada gesto. No había pasado nada raro. Éramos dos amigos que habían pasado un buen rato. Entonces, ¿por qué me sentía culpable?

CAPÍTULO 18

Degustaba todos los pequeños momentos en que me sentía vivo. Y, en todos ellos, coincidía que estabas tú.

Tortilla

Éramos dos amigos que habían pasado un buen rato. Sin más. No obstante, me sentí tan a gusto contigo que me sentí hasta mal. Tuve la necesidad de escribir a Silvia en cuanto llegué a casa.

Yo

La clase particular me ha gustado.

18:02

Creo que voy a aprender bastante.

18:02

Como Sara me iba a esperar, le he llevado un sándwich.

18:02

No era la hora a la que solíamos escribirnos, así que quería aprovechar para contarle mi día del tirón, pero al momento apareció *En línea*. Me senté en el escritorio de mi habitación con la intención de escribir algo.

Silvia

¡Hola!

18:03

Ya estoy.

18:03

Sí, ya me ha dicho Sara que le ha encantado el sándwich.

18:03

A mí me gustaría... si no llevara calabacín.

18:03

Yo

Ja, ja, ja.

18:03

Hemos comido en una mesa del parque *San Javier*.

18:04

Silvia

Nunca he estado por esta zona.

18:04

Yo

No es nada especial, pero tiene cuatro o cinco mesas de madera con bancos.

18:04

Silvia

¿No estaba frío?

18:04

Porque tú enseguida te metes debajo de las mantas.

18:04

Yo

Algo sí, pero para un rato se podía aguantar.

18:04

Silvia

La clase particular no es un peñazo, entonces.

18:04

Yo

Lo justo. La profe, la verdad, es bastante maja y lo hace más ameno que el señor *angustias*.

18:05

Silvia

Ja, ja, ja. El señor *angustias*, qué bueno.

18:05

Menos mal que me he ido y no doy clases con él.

18:05

Por cierto... ¡Mañana voy a la galería *Uffizi*!!

18:05

Yo

¡Qué bien!

18:05

Pero no sé si os dará tiempo a verlo entero.

18:06

Silvia

No, no. Vamos por la mañana ya para echar el día allí.

18:06

Yo

Así, fumándose la clase.

18:06

Silvia

¡Es por una buena causa!

18:06

Yo

¿Qué causa? Sorpréndeme.

18:06

Silvia

Es por mi arte. Necesito nutrir mi alma de inspiración.

18:06

Yo

Anda, qué teatrera, ja, ja, ja.

18:06

Voy a bañar a mi madre y ponerme con la cena.

18:06

Silvia

Ciao, mio caro!

18:07

Yo

Ma cosa dici, bambina.

18:07

Silvia

Ti voglio.

18:07

Yo

¡¡Te quiero!! Diviértete.

18:07

Con la nostalgia de tener a Silvia a más de mil quinientos kilómetros de distancia, traté de concentrarme, saqué el papel y comencé a escribir.

Cuando no veo tu sonrisa

Me imagino tiritar a la mañana...

—A la mañana... —pensé.

Nada. No se me ocurría cómo continuar. Ya no había espacio en la hoja para más ideas fallidas, así que repasé los versos inconexos para ver si alguno merecía ser rescatado. No. Arrugué el papel, hice una bola y la lancé a la papelera. En el móvil saltó la previsualización de un último mensaje.

Silvia

Chao, gatito.

18:09

Sonreí. Siempre hacía lo mismo: nos despedíamos y, para no darme la opción de que la llamara gatita yo a ella, esperaba a que me desconectara y me enviaba ese mensaje. Claro que podía conectarme de nuevo y contestarle, pero siempre lo dejábamos así, con el «Chao, gatito» como fin de la conversación.

había quedado en prepararte tortilla, y me hacía ilusión que la probaras, aunque quien estaba encantada era Ana María.

—¿Y ahora qué hago?

—Hay que echar a freír las patatas.

—Ay, pero eso hace cuánto que está ya preparado —contestó señalando una gaveta.

—Vale, pues, entonces, en un bol grande, echa tres cucharadas de harina de garbanzo y dos vasos hasta arriba de agua.

—Yo no sé qué saldrá de esto —dijo, arrugando la frente.

—Tranquila, confía en mí. —Torció la boca—. Que sí, ya verás. Remueve con una varilla y vete agregando agua hasta que quede algo líquido.

—¿Quién es la chica? —preguntó mientras comenzaba a batir.
 —¿Cómo?
 —Nadie se toma tantas molestias si no hay una chica.
 —Es para comer después de particular.
 —Tú solo —dijo a la vez que me miraba por encima de las gafas.
 —Bueno, no; con Sara, que me lleva.
 —¡Ay, saltó la liebre! —gritó dándose una palmada en su muslo que resonó con fuerza. Sofía, que estaba metiendo platos al lavavajillas, soltó una carcajada.
 —No, mujer. Sara es la amiga de Silvia. Me acerca a particular. Para devolverle el favor, le llevo la comida.
 —Claaaro. Todo este lío de pochar patata, echar harina de no sé qué, mezclar y todo eso, por un favor. Ay, mi amor, por un favor le llevarías un bocadillo.
 —Echa un chorrito de limón a la mezcla y una pizca de sal. Bueno, me apetece que pruebe la tortilla.
 —Ya está —gritó de nuevo—. Al niño le apetece que pruebe SU tortilla. ¿Y por qué al niño le apetece cocinar para que Sara lo pruebe?
 —Déjate de historias y mézclalo todo con las patatas, anda.
 —Vale —levantó las manos—, no digo nada.
 —Cuando se termine de hacer, échala aquí —le dije al tiempo que sacaba un táper redondo de mi mochila. Ella me observaba mientras sonreía—. Es para que se mantenga caliente.
 —¡Mira! —intervino Sofía, señalando mi mochila—. ¡Lleva hasta cervezas en una bolsa entre hielo!
 —Ay, mi amor. Estás perdidito ya.

La profe de *Semiótica* me miró con el gesto torcido cuando entré. La saludé con un ligero movimiento de cabeza que servía de saludo y de disculpa.

—Ayer salió tu nombre en mi casa —me susurraste en cuanto me senté. Me llevé la mano a la cara.

—No sé si quiero saberlo.

—Al final, bien.

—¿Al final? Cuéntame solo esa parte, entonces.

—¡¡Perdón ahí atrás!! —gritó la profesora dirigiéndose a nosotros—. Siento interrumpirles. Igual con mi explicación sobre la teoría de la mentira, teoría que, por cierto, creo que es el tema que nos expondrán a todos en dos semanas, les estoy molestando. Si es así, háganmelo saber. En cualquier momento, puedo guardar silencio para que sigan debatiendo sobre sus asuntos importantes.

—Lo siento —me disculpé poniéndome en pie—. Culpa mía. Como he llegado tarde, le estaba preguntando qué me había perdido.

—Nada más importante que la semiótica, ¿dónde va a parar! —dijiste con la cabeza agachada, garabateando en los apuntes mientras yo estaba dando mi disculpa.

Toda la clase estalló en una carcajada. Tú levantaste la cabeza, con una expresión que denotaba que querías que te tragara la tierra.

—Salgan del aula, por favor.

Recogimos nuestras cosas y nos dirigimos a la puerta. No podía parar de reír. La profesora

estaba roja de ira y tú, pálida.

—¡Qué mal! —te lamentaste—. Pensé que no me oiría nadie.

—¡¡No!!! ¡Ha sido buenísimo! «Nada más importante que la semiótica». Tenías que haber visto su cara. Mira, no hay mal que por bien no venga. ¡Así podemos comer la tortilla caliente! —dije mientras abría mi mochila—. Está recién hecha.

—¡Oh, sí, tu mochila mágica! —te burlaste, aunque una sonrisa apareció en tu cara.

Nos sentamos en un banco de la explanada de la entrada. Saqué unos tenedores que traía del restaurante y unas servilletas de papel.

—¿Hoy no hay cerveza? —me provocaste, mirándome de reojo.

—¿Por quién me tomas? ¿Por un principiante?

Abrí la mochila y saqué las cuatro *Ranses* que había metido en una bolsa de plástico entre piedras de hielo.

—¡¡No!! —gritaste sorprendida. Te abalanzaste sobre mí y me diste un abrazo—. ¡Esto ya es otro nivel!

—Oye, que, si a la señorita le disgusta beber de la botella, mañana traemos unas copas de balón.

—No, no. Así, genial —contestaste, y diste un trago enorme—. ¡¡Joder!! ¡¡Qué buena!! Está helada, como a mí me gusta.

—Ya veo que lo de las palabrotas no solo es para la comida. Se extiende también a la ingesta de líquidos. Ahora, lo importante —dije mientras partía un trozo de tortilla y lo pinchaba con tu tenedor.

—La verdad es que tiene buena pinta.

—Prueba.

—¡¡Joder!! ¡¡Está riquísima!!

—En serio, lo de decir palabrotas cuando pruebas algo... ¿es porque potencia el sabor o...?

—Oye, qué culpa tengo yo de que cocines tan rico. ¿En serio no lleva huevo?

—No. Lo que no sabía era si echarle cebolla o no, así que no me he arriesgado.

—¡¡Oh, sí, con cebolla estaría brutal!!!

—Para la siguiente.

—¿Cuándo? ¿Mañana dices?

—Ja, ja, ja. No, mañana no hay particular.

—Dame el teléfono de esa chica que te da clases, que tengo que decirle que vas muy retrasado con la asignatura y tienes que recuperar. ¡La hostia, qué rica está!

—Lo siento. Hay que esperar al lunes. ¿Te gusta, entonces?

—Mm —respondiste mientras masticabas y entornabas los ojos.

—Me alegro. A ver, ahora cuéntame qué rajasteis ayer de mí en tu casa.

—Nada, fue por lo del veganismo de mi hermano.

—Soltó la bomba, ¿no?

—A bocajarro y sin anestesia.

—Mira que le aconsejé que fuera prudente.

—Ya.

—¿Cómo que ya? ¿Te lo ha contado Fran?

—Eh... No. A ver, ayer, cuando me enseñaste sus mensajes... se veía lo que respondías.

—¡Qué cotilla!

—Lo siento —te disculpaste mientras sonreías mostrando los dientes, esa sonrisa adorable a la que nunca pude negarle nada—. Oye, se me ocurre algo. Ahora es en serio. Mañana no

tenemos particular. ¿Y si vienes hasta mi casa y nos enseñas a cocinar alguna cosa de estas a Fran y a mí? Si no, ya lo veo comiendo lechuga todo el día.

—No sé... en tu casa...

—¡Porfaaa! —suplicaste mientras ponías ojitos de niña tierna y parpadeabas. Y esa sonrisa otra vez.

—Vaaaale —sucumbí—. Al salir de clase vamos para tu casa.

—¡Qué bien! —celebraste abrazándome de nuevo—. Verás qué ilusión le va a hacer a Fran. Ni sonreirá, pero le hará ilusión.

Después de comer, me acercaste a clase particular. En cuanto entré, me sonó el móvil.

—Joder —se me escapó—. Perdón, es que parece que solo suena cuando estoy en clase.

Paula me miró sin decir nada y siguió a lo suyo. Saqué el teléfono disimuladamente y miré el mensaje.

Silvia

¡Solo venía a decirte que te quiero!

15:23

Sonreí. Se me vinieron unos versos a la cabeza después de ver su mensaje. Miré a Paula, enfrascada en su ordenador. Se suponía que yo estaba haciendo un gráfico sobre la frontera de posibilidades de producción. Fui al final de la libreta y comencé a escribir.

*Cuando no puedo ver tus ojos
Veo...*

—Veo... ¿tu presencia? —pensé—. No, eso no.

Veo tu ausencia entre las nubes.

—¡No, no! —Me quedé pensando un rato. No tenía nada. Lo taché y seguí con mi fabuloso gráfico de FPP.

El viernes, cuando llegué, saludé a la profesora con el habitual movimiento de cabeza.

—¿Has hablado con ella? —te pregunté en voz baja en cuanto me senté.

—Luego te cuento —susurraste—. Recuerda que has quedado en venir a mi casa. No quieras escaquearte.

Samuel se giró hacia nosotros, sorprendido.

—Si quieres, estás invitado tú también —le espetaste ante su mirada indiscreta—. Va a enseñarnos a cocinar algunas recetas veganas a mí y a mi hermano.

—No, no —levantó los brazos como indicando que fuéramos donde quisiéramos y que a él no le importaba—. Ya me contaréis el lunes si está todo rico. Chao.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué me he perdido?

—¿Con Samuel, te refieres?

—Ajá.

—No sé. Al descanso me ha preguntado si quería tomar un café con él y he ido. Me cae bien.

—Sí. A mí ese grupo me parece buena gente.

—Por cierto, no sé si lo sabes, el miércoles es la fiesta de los de cuarto, que recaudan fondos para el viaje de fin de curso y hacen calçotada. Bueno, y parrillada.

—Sí, he visto los carteles.

—En vez de ir a clase, iremos a la fiesta, así que, cuando llegues, estaremos por la zona donde pongan la carpa.

—¿Iremos?

—Sí, con Samuel y el resto. Después del descanso quedaremos ya en la fiesta. Estaré un poco incómoda hasta que vengas, pero, bueno, hay que relacionarse.

—Vale. O sea, cuando llegue el miércoles os encontraré a todos borrachos.

—Espero que no. Si no, oye, me robas las llaves y me traes a casa. No podrás salir antes ese día, ¿no?

—No creo.

—Es que, no sé, no tengo mucha confianza con ellos y me sentiré un poco sola.

Al llegar a tu casa, Fran ya nos esperaba con el mandil en la cocina. Posé la mochila y saqué los ingredientes que llevaba.

—A ver, Fran, saca un plato hondo.

—¿Qué echo?

—Un par de cucharadas de harina de garbanzo.

—Vale.

—¿Yo que voy haciendo? —preguntaste.

—Saca unas patatas de mi mochila.

—No sé si atreverme a meter la mano ahí.

En cuanto lo hiciste, te agarré el brazo mientras daba un grito con voz muy ronca. Diste un paso hacia atrás del susto. Fran y yo nos echamos a reír.

—¡Qué tonto! —me dijiste—. ¿Y tú de qué te ríes? —recriminaste a Fran.

—Ha sido muy gracioso ver tu cara de pánico.

—Ñi, ñi, ñi.

—Vete pelando las patatas —te ordené.

—¡Genial! Vosotros lo divertido: a cocinar. Y yo, castigada.

—Fran, echa agua en el plato hasta cubrir un poco la harina de garbanzo y remueve.

—¿Con un tenedor?

—Toma —respondí, sacando unas varillas pequeñas de la mochila.

—¿Así?

—Sí. Vete controlando. Si queda muy espeso, echa un poco más de agua. Y, si lo notas muy líquido, más harina. Tiene que quedar una consistencia como de huevo batido.

—¿A ver? —preguntaste acercándote a mirar—. Eso no tiene consistencia de huevo.

—¡Quita! —respondió Fran.

—Ahora echamos unas gotitas de limón.

—Estas patatas son pocas —dijiste—. Vaya tortilla pequeña que vamos a hacer. Sacaré más.

—¿Siempre protesta tanto? —le pregunté a Fran, fingiendo que no nos oías.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Como no la escucho...

—¡Oye! —exclamaste mientras le azotabas con el rodillo.

Él metió la mano en la masa de harina y agua y te la restregó por la cara.

—¡¡Qué asco!! —protestaste, y arrugaste la nariz mientras te intentabas limpiar.

—Estás preciosa así —dijo Fran, riéndose.

Metiste la mano hasta el fondo del plato y se lo lanzaste. Él fue hacia ti e intentó restregártelo. Le agarraste por el cuello y forcejeasteis. Era en broma, pero el que cediera iba a terminar pringado por completo.

—Haya paz —intervine, intentando separaros.

Te soltaste de Fran y lo siguiente que vi fueron tus manos llenas de la pasta de harina y agua contra mi cara. Me lo restregaste hasta que me dejaste completamente cubierto. Levanté el plato con lo poco que quedaba para intentar tirártelo.

—¡No, no, no! —suplicaste, mientras me sujetabas por los antebrazos.

Me sentí un joven haciendo cosas de jóvenes. Había tantas veces en las que me veía como un anciano, mirando la vida desde el ventanal del salón de mi piso, que degustaba todos los pequeños momentos en que me sentía vivo. Y, en todos ellos, coincidía que estabas tú.

Me mirabas con ojos tiernos para que no te echara la pasta por encima. Me quedé mirándote. Tú sonreíste. Dejaste de hacer fuerza, aunque seguías agarrándome. Esa puñetera deliciosa sonrisa tuya.

CAPÍTULO 19

En tus manos vi la luz.

Serenade

Ahí estabas, frente a mí, agarrándome por los antebrazos, sonriendo y mirándome. Tras un par de segundos volví a la realidad. Aproveché que habías dejado de hacer fuerza, levanté el plato y te lo coloqué de sombrero. La mezcla de harina de garbanzo y agua te fue resbalando desde el pelo hasta la cara. Abriste los ojos y la boca con asombro, con los brazos en jarras. Llevaste la mano a la frente y te limpiaste un buen pegote.

—¿Qué hacéis? —se oyó a tu madre, muy seria, detrás de nosotros.

Quedé helado. Con las voces que dábamos no habíamos escuchado la puerta. Aún tenía el plato goteando en la mano mientras la masa bajaba por tu pelo. No quería girarme. No quería mirar a tu madre. Tú estabas aguantando la risa. Finalmente, me di la vuelta. Detrás de ella pude ver la silueta de tu padre.

—¿Qué es esta locura? —riñó tu madre—. ¡Mirad cómo lo estáis poniendo todo!

—No te preocupes, mamá. Después lo limpiamos todo. —Tu madre me miró, interrogante—. Ha venido a enseñarnos a preparar algunas recetas.

—Ya veo.

El tono irónico era el mismo que utilizabas tú. De hecho, no me había fijado hasta entonces en el par de veces en que la había visto, pero os parecíais muchísimo. Sus ojos, demasiado claros para decir que eran marrones, eran iguales que los tuyos. El pelo castaño también se parecía, aunque el de tu madre quizás era un poco más oscuro.

Me dio la impresión de que yo ya no pintaba nada allí, así que decidí que tenía que irme.

—Tristán —dijo tu padre. «Ya está. Ahora empieza el lío», pensé—, aprovechando que estás aquí, ¿podemos hablar?

Asentí, aunque temía lo que pudiera ocurrir. Tu madre me trajo una toalla para que me limpiara un poco y fui al salón con tu padre.

—Quería pedirte perdón. Traslada mis disculpas a Silvia, aunque, cuando vuelva, ya hablaré con ella personalmente. He pasado una mala racha. Sé que no es excusa, pero me dio por beber más de la cuenta y, ya sabes, la bebida saca lo peor de nosotros.

—Te agradezco la disculpa.

—Sé que has estado aconsejando a Fran y quería darte las gracias. Quiero enmendar las cosas con él. Siempre me ha costado llegar a él y lo he hecho fatal. Con esto... bueno, del veganismo... espero poder apoyarlo. Me informaré para indicarle lo que es mejor.

—Si me permite el consejo...

—Tutéame, por favor.

—Si me permites el consejo, yo haría dos cosas: uno, Fran sabe lo que hace, así que debes aprender a escucharlo; y dos, tienes que respetar sus decisiones. Incluso cuando se equivoque. Dándole órdenes o diciéndole lo que tiene que hacer, aunque sea con buena intención, solo conseguirás alejarlo más.

—Muchas gracias, Tristán —me agradeció, estrechándome la mano—. Voy a despedirme.

Siempre recordaré tu cara de pánico cuando volvimos a la cocina. No sabías lo que había

pasado, y me miraste, interrogante. Asentí ligeramente y respiraste, aliviada. Tu padre se despidió de vosotros y yo aproveché para decir que me iba también.

—De eso nada —ordenó tu madre—. El desastre ya lo habéis montado, así que ahora, para compensar, tienes que enseñarnos algo. Ten —dijo, acercándose un delantal—. ¿Con qué estabais?

—Tortilla —contesté poniéndome el mandil. Ya había asumido que intentarirme era una batalla perdida.

—Ah, eso es fácil. Ya sé hacer tortilla.

—Vegana, mamá —dijiste. Ella arrugó la frente.

—Sin huevo —puntalicé.

—Sin huevo. Ja, ja, ja —se rio, creyendo que lo decía de broma. Al darse cuenta de que tú y Fran la mirabais con desaprobación, dejó de reírse—. ¿En serio? Vale. Sin huevo. —Me encantó ver en su cara la misma expresión que ponías tú cuando te extrañabas por algo.

—Sí, ahora te explico. Fran, abre la soja texturizada y ponla en remojo. Después, echa un poco de salsa de soja para que se vaya empapando de sabor.

—Ya, ya. Yo pelo patatas —protestaste.

Fran, tu madre y yo estábamos en la encimera preparando la tortilla, una boloñesa con la soja texturizada y palitos de mar. Tu madre era un encanto. Tú estabas sentada en un taburete frente a la isleta.

Me imaginé que así se podía sentir uno en una fría mañana de un domingo de invierno, en el que no apetece salir, y se reúne la familia en la cocina para compartir momentos, conversaciones y bromas mientras se prepara la comida. Miré hacia atrás para verte. Me inundó la calidez en el pecho. Me sonreíste.

—¿Cómo van esas patatas? —disimulé. Me puse nervioso; por un momento pensé que se transparentaba lo que estaba pensando.

—¿Van a venir los vecinos a cenar? —ironizó tu madre.

—¿Qué? —preguntaste, arrugando la frente.

—No sé, hay patatas para siete tortillas. —Igualita que tú.

—Me he puesto a pelar... y no me he dado cuenta.

—A saber en qué estabas pensando.

Miré hacia atrás mientras me reía con las bromas de tu madre, pero, sobre todo, con la sonrisa de quien está disfrutando de verdad. Cruzamos la mirada. Sí, notabas lo que sentía, estaba claro. En aquella casa, con vosotros, me sentí tan relajado y en paz como no me sentía desde que tenía siete años y aún ignoraba lo que me depararía la vida.

Cuando ya estaba todo prácticamente hecho, tu madre y Fran salieron a la terraza para preparar la mesa. Solo faltaba terminar de hacer la tortilla.

—Vale, Sara. Ven a echar las patatas.

—Ay, Dios. ¿Yo? ¿Por qué?

—Saca una sartén lo suficientemente grande para una tortilla con los cien kilos de patatas que has preparado.

—Ñi, ñi, ñi. Muy gracioso. Pero ¿estás seguro? A mí se me da fatal la cocina.

—Ya, ya. Eso lo dices para que te siga llevando yo cosas de comer y tú no preparar nada nunca.

—Que no, en serio. Hago una paella muy rica. El resto, un desastre. Pero, vale, me comprometo a preparar algo.

—No digas algo de lo que te vayas a arrepentir.

—Vale, el miércoles llevo yo la comida.

—¿El miércoles no era la fiesta en la facultad?

—¡Es verdad!

—Ya me querías hacer el lío.

—¡El jueves! ¡El jueves la preparo yo!

—Llevaré cacahuetes...

—¡Te voy a sorprender!

—Eso seguro. A ver, saca las patatas de la freidora a ese bol y unta la sartén con un poco de aceite.

—¿Echo todo a la sartén?

—Dale. ¡Quién dijo miedo!

—Yo. Yo digo miedo.

—Pues... En un minuto viene lo complicado. Tienes que darle la vuelta.

—¿Yo? ¿En serio?

—Busca un plato grande y échale un poco de aceite para que así, después, se despegue mejor.

—Vale. Lo pongo aquí, ¿no? —Pusiste el plato boca abajo encima de la sartén.

—Ahora, agarra la sartén y ponte aquí, en la encimera. Espera, déjame limpiarla bien. Me encanta tu madre. Es tremenda.

—Sí, tremendísima.

—¿Ves? Es que tenéis la misma expresión. Te tuvo muy joven, ¿no?

—Sí, bueno, tiene cuarenta y cuatro ahora, así que con veintiséis me tuvo. ¿Por qué tengo que ponerme en la encimera?

—Por si hay un desastre y se cae.

—Esa confianza me deja muy tranquila.

—Venga, a la de tres. Uno, dos y

—¡¡Tres!!! —gritamos los dos. La mitad de la tortilla cayó en el plato y la otra por la encimera.

—¡¡Joder, joder!! Es que pesaba mucho. —Yo no podía parar de reír—. Mira qué desastre. No te rías. Acabo de estropear el trabajo de toda la tarde.

—Rápido, échalo antes de que cuaje el resto.

Echamos en la sartén lo que se pudo aprovechar.

—Vale, vale. ¿Esto quedará bien?

—En un minuto lo veremos.

—¡Ay, qué nervios!

—Esta vez lo saco yo —afirmé.

—No, no —respondiste entrecerrando los ojos—. Ya es algo personal.

Pusiste el plato sobre la sartén, le diste la vuelta y la destapaste.

—¡¡¡Bien!!! —gritaste.

—¡Somos unos artistas!

—¿Ya está todo? —preguntó tu madre—. ¡Oye, tiene buena pinta!

—Prueba un poco.

Partí un trozo con un tenedor y se lo llevó a la boca.

—¡Joder! —exclamó. Se me escapó una carcajada—. Uy, perdón.

—No, no, si ahora entiendo muchas cosas.

Estaba todo preparado y la mesa puesta en la terraza, pero yo tenía que irme.

—¿No te quedas a merendar con nosotros? —preguntó tu madre.

—Me encantaría —respondí, mirándote, no puedo.

—Te llevo —propusiste.

—No hace falta, voy dando un paseo.

—Ya, un paseo. Anda, vamos a por tu anorak a mi habitación y te acerco.

—Tristán —dijo tu madre mientras se acercaba a darme dos besos de despedida—.

¡Muchas gracias! Otro día nos enseñas alguna receta más. Y te quedas a comer.

—Sí, claro. Sin problema. Fran —extendí la mano, que rápidamente me estrechó—, cualquier cosa, ya sabes.

Subimos a tu habitación y me senté frente al piano. Tú abriste el armario mientras rebuscabas una cazadora que ponerte.

—Qué bonito. Pero ¿no suena? —pregunté a la vez que tocaba alguna tecla.

—Está apagado.

—¿Sabes tocar alguna pieza?

—Bufo, no me atrevo ya. Hace mucho que no practico.

—Venga, porfa —rogué, poniendo un puchero—. Ahora soy yo el que suplica.

—En serio, estoy muy oxidada.

—Mmm —puse voz melosa y ojitos.

—Está bien, pesado, espera. —Colocaste una partitura en el atril del piano—. A ver si recuerdo esta...

Comenzaste a tocar lentamente unos acordes suaves en las notas graves. A continuación, con la mano derecha, empezaste a interpretar la melodía.

—¿Cuál es? —pregunté.

—*Serenade*, de Schubert. Es una canción, en realidad —explicabas con la música de fondo—. La letra es un poema que habla de un hombre que se sienta bajo un árbol, solo en mitad de la noche. El hombre escucha esta serenata en la distancia.

La música seguía siendo suave y delicada, pero se volvió melancólica. Estaba embobado mirando cómo deslizabas los dedos por las teclas, con gracilidad y elegancia. Tus manos permanecían en la sombra, porque tu cuerpo tapaba la luz que emanaba de la lámpara, aunque, de vez en cuando, salían de la oscuridad y quedaban iluminadas.

«En tus manos vi la luz», se me vino a la cabeza.

La melodía subió la intensidad. Tú cerraste los ojos para sentir la música. Me entró un escalofrío. Volvió a descender el volumen, y la música reflejó aún más una atmósfera de soledad y tristeza.

«Las tinieblas en tus ojos».

—La luz de la luna —continuaste explicando— penetra entre las copas de los árboles mientras el hombre implora por su amada y se deja llevar por la melancolía.

«En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos».

Al verte interpretar aquella música melancólica se me ocurrió esa estrofa, con los versos acordes al ritmo de la música.

La intensidad subió de nuevo hasta que se fue apagando. Decías que no querías tocar, pero, al finalizar, cuando te giraste hacia mí, tenías un brillo especial en la mirada.

En el coche, mientras me llevabas, intentaba retener aquellos versos, los primeros que me apetecía escribir en meses. Quería atrapar todos los detalles de cuando interpretabas la canción.

Subí, me senté en mi escritorio, busqué «*Serenade*, Schubert» en *YouTube* y me puse a escribir. Saqué un papel, porque la poesía se escribe en papel. O en barro. O en piedra. En algo tangible.

Normalmente, no utilizo rimas ni estructuras rígidas, pero, para seguir el ritmo de la canción, mi cabeza fue dictando versos octosílabos con rima asonante en los pares. Un romance, vamos, la más típica de las estructuras.

No pensaba en ti al escribirlo, me dije; era una idealización poética de la situación. Había atrapado cada detalle de tu interpretación, y el boli se desplazaba por el papel casi sin esfuerzo. Cuando terminé, leí el poema con la música de fondo.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.
En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos.

En tus manos vi la luz,
En tu boca acordes sordos,
En tus manos vi la dicha
De mil corazones locos.

Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,
Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.

En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,
En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.

Lo leí de nuevo. Me encantaba. Lo doblé con cuidado y lo rompí por la mitad. Nunca debí escribir aquello.

CAPÍTULO 20

Nos miramos a los ojos durante unos segundos; quizás no fuera más que uno, pero el tiempo se había ralentizado.

Cumpleaños

El día anterior había roto el bloqueo que me había impedido escribir ni un verso en meses, así que, cuando llegué de trabajar, preparé un café, puse a *Nirvana* (*Nirvana* nunca me fallaba) y saqué papel y boli. Después de media hora, aún no se me había ocurrido nada.

Cambié el registro. Puse la lista de baladas, busqué fotos de Silvia en el móvil y repasé nuestro chat para recordar conversaciones y revivir momentos emotivos que me sumergieran en la nostalgia. Nada.

Terminó la lista de reproducción y empezó a sonar *Serenade*. Los versos de la noche anterior llegaban sin más. Daba igual que los hubiera roto: no podía olvidarlos.

Marcos, por un lado, y Vero y Raúl, por otro, habían dicho que no podían quedar al día siguiente, así que no habría comida. Lo que nadie sabía es que el domingo era mi cumpleaños. No me importaba demasiado. A veces, mi madre me compraba una tarta y hasta algún juguete, pero nunca se había celebrado.

Estaba aburrido y tenía sueño. Levantarme toda la semana a las cinco de la mañana pasaba factura, así que los sábados no era persona. De todas formas, decidí esperar a las doce de la noche para recibir la felicitación de Silvia. Estaba convencido de que me llamaría a las 00:00, o me enviaría algo especial. A las doce y media decidí echarme a dormir.

No me molesté con Silvia. Seguramente, estaría de fiesta; era lo normal. Pero sí me sentí mal: si yo no era tan importante para ella, que me quería, para quién iba a serlo.

El domingo me desperté pronto. La costumbre. Tenía un mensaje de Silvia. Era un audio de las dos y treinta y dos.

—¡¡¡Felicidades gatito!!! —gritaba. Se notaba que estaba muy borracha y se oía música muy alta por detrás—. Quería llamarte a las doce, pero esss soy en una discoteca y no sabía ni la hora. Voy pedo, ja, ja, ja. Y te echo de menos. —Su voz se volvió melancólica de repente—. Mucho. Lo estoy pasando genial, pero cada día sin ti se me hace eterno. Bueno, que no quiero ponerme triste.

—¡¡¡Felicidades, Tristán!!! —se oyó a Azu por detrás.

—¡¡Te quieroooo!! —dijo Silvia.

—¡¡¡Te queremos!!! —gritaron Silvia y Azu al unísono.

Aquel cumpleaños no iba a ser distinto de cualquier otro. Sería un día más. Si Silvia no estuviera en Florencia, seguro que se encargaría de hacerlo especial. Es posible que planeara despertarme con un desayuno y me regalaría un cuadro que habría pintado sobre nuestro amor. Sin embargo, lo único que me preocupaba era que ese domingo, fuera o no mi cumpleaños, no te iba a ver. Aunque aún no era capaz de reconocerte nada a mí mismo, la inquietud que sentía solo podía significar que te echaba de menos.

Me levanté y, mientras me afanaba con todo el quehacer de mis domingos (lavadora, baños, habitaciones...) iba respondiendo algunas felicitaciones.

Jon

¡Felicidades!

10:40

Sé que no he sido muy buen amigo últimamente, pero sabes que aquí estoy para lo que sea.

10:40

Un abrazo.

10:40

Yo

Gracias, tío.

10:42

Cuando quieras tomamos una cerveza.

10:42

Me sorprendió gratamente que me felicitara. Estaba respondiéndole cuando me saltó una notificación tuya.

Sara

¡¡¡Felicidades!!!

10:42

Vete preparándote. A las 12:00 paso a buscarte.

10:42

¡¡No te hagas el dormido, que sé que a tu edad se duerme poco!!

10:43

Yo

Ja, ja, ja.

10:43

¡¡Muchas gracias!!

10:43

¿A dónde vamos?

10:43

Sara

A comer con algunos amigos.

10:44

Se me dibujó una sonrisa. No puedo negar que me gustó aquella sorpresa. Abrí *YouTube* y busqué *Experience*. Ya el aire misterioso de los primeros acordes me solía subir el ánimo, pero, en cuanto las notas empiezan a fluir y el ritmo se vuelve frenético, para mí es como un chute de dopamina. En los poco más de seis minutos que dura la pieza, ya estaba duchado y vestido, dispuesto a lo que fuera; incluso a ser feliz.

—¿Rosa? —saludé a mi tía por teléfono.

—Felicidades, cariño.

—Gracias, tía. Te quería pedir un favor.

—Hoy, lo que quieras, cumpleaños.

—Mira, no sé a qué hora llegaré hoy a casa. ¿Puedes quedarte con mi madre?

—Ay, tendré que discutir con Alberto. No te preocupes, le convenceré. Hoy vamos a comer fuera, pero la iremos a buscar. Eso sí, sobre las ocho tienes que estar en casa; mañana hay cole y tengo que preparar todo lo de los críos y la ropa de Alberto para el trabajo.

—Vale, tía, muchas gracias.

A las doce, cuando llegaste, ya estaba esperando en la calle.

—¡Vaya sorpresa! —dije al subirme en tu coche.

—¡Estoy enfadada! —respondiste, enfurruñándote.

—¿Por qué?

—No habías dicho nada. Si no me llega a saltar la notificación de *Facebook*, no me hubiera enterado de que era tu cumpleaños.

—Ah, es verdad. Sigo teniendo *Facebook*.

—Eso sí, no sé quién podrá venir avisando con tan poco tiempo.

—Es lo de menos —dije. «Ojalá no venga nadie», pensé.

Fuimos a la misma terraza donde me habías pedido disculpas por el incidente con tu padre. Me parecía que habían pasado siglos desde aquello.

—Esto de quedar en una terraza a dos grados... ¿Es un castigo por no haberte avisado?

—¡Ah, mira qué solecito!

—¡¡Felicidades!!! —gritó Melania a lo lejos. Echó a correr hacia mí con los brazos extendidos, así que me levanté para recibirla.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté, sorprendido por verla y porque me felicitara; yo no le había dicho nada. Ella te señaló con la mirada.

—Son invitados a tu cumple —me dijiste.

¡Qué sorpresa tenerla en mi cumpleaños! Me gustó más aún que tuvieras el detalle de pensar que me haría ilusión y la avisaras, cuando apenas la conocías.

—De hecho, creo que sois los únicos que vais a llegar para la comida —añadiste, mirando hacia ellos.

—¡Felicidades, Tristán! —me saludó Rodri mientras chocábamos la mano—. Sara, muchas gracias por invitarnos —te agradeció, a la vez que te daba dos besos.

—No, gracias a vosotros por venir.

—Oye —dije—, luego comeremos en algún sitio en el interior, ¿no?

—Ay, no seas friolero —contestó Melania—. Mira qué bien se está al sol.

—Yo estoy con Tristán —salió Rodri en mi ayuda—. No entiendo esto de las terrazas en invierno.

—Ja, ja, ja. Vaya dos agonías —dijiste tú—. Vaaale. Si el cumpleaños quiere comer dentro, comeremos dentro. He reservado en *La Posada Vegana*.

—¿Dónde está eso? —preguntó Rodri.

—Es un restaurante al que nos llevó Tristán hace tiempo. Estaba todo muy rico.

—No sé si han cambiado a la gente de cocina, pero han bajado mucho la calidad —protesté cuando estábamos comiendo.

—Después de probar lo que me has preparado tú... esto me parece insípido —dijiste.

—¿Y esta textura? —protestó Rodri con cara de asco estirando un trozo de Seitán.

—¿Le has cocinado? —me preguntó Melania.

—Sí, ella me lleva a particular y, a cambio, yo le llevo comida.

—En serio. ¿Le has cocinado? —recriminó, bromeando—. Llevo yo... ¿qué? ¿Seis meses? Llevo más de seis meses para que me dé a probar algo de lo que cocina y nada.

—Tienes que disculparlo —intentaste hablar en mi favor mientras nos reíamos con el tono de exagerado despecho que ponía Melania en su acusación—. Mi hermano se ha hecho vegano y por eso nos vino a enseñar alguna receta.

—Ah —exclamó abriendo los ojos. Yo me llevé la mano a la cara, previendo la que me caería encima—. Que les enseñes recetas también. Flipo. Acabas de perder a una amiga, que lo sepas.

—Ja, ja, ja —me reí, aún con la cara oculta tras mis manos.

—¡Pues no veas! Pienso en el sándwich de calabacín rebozado que me llevó y... ¡joder, que bueno! —seguiste la broma, hurgando en su herida.

—Mátame —dijo Melania extendiendo el brazo y descubriendo la muñeca.

—No te queda nada que aguantar a partir de ahora, Tristán —se rio Rodri—. Te lo va a recordar todos los días. Lo sabes, ¿no?

—Tendrás queja tú de mí —dijo Melania dándole un beso en la boca.

—Bueno... —contestó Rodri—, si yo hablara....

—¿Sí? —preguntó ella con voz melosa—. Cuenta, cuenta. —No le dejó decir nada y le dio un beso introduciendo la lengua en su boca—. Ya veo. Lo que yo creía.

—¡¡Id a un hotel!! —les grité.

Tras la comida, pedimos unos chupitos de orujo de café y brindamos.

—Muchas gracias, Sara. —Levantaste el vaso de chupito para brindar—. Y a vosotros, gracias por venir.

—No me lo perdería por nada —dijo Melania.

—De hecho —explicó Rodri—, teníamos comida con mi hermano y su mujer, pero, nada más enterarse, ha llamado para cancelarlo. Ha llamado ella. A mi hermano. ¡Me ha robado el móvil del bolsillo y ha llamado a mi hermano! —Nos reímos a carcajada limpia.

—¡Calla! —le riñó Melania—. ¿No ves que se le sube el ego?

—Muchas gracias, en serio —le dije a Melania, acariciándole la mano.

—Y gracias a Sara por acordarse de nosotros —respondió ella, mirándote—. Estaba muy equivocada contigo. Me parecías una niña pija bastante presumida. En cambio, mira, eres una tía de puta madre. Me has caído genial.

—Me suele pasar. Lo de caer de puta madre, no; lo otro. —Tu sentido del humor....

—Ya. El día que te conocí ibas bastante pijita, aunque no te he vuelto a ver así.

—¡No me hables de ese día, eh! Tristán estaba insufrible —le dijiste a Melania, señalándome.

—¿Y tú? —repliqué. Después me dirigí a ellos—. ¿Sabes a dónde nos llevó?

—¿A dónde? —preguntó Rodri.

—A *Casa Remigio*.

—¿En serio? —se sorprendió Rodri.

—Si huele a naftalina desde el aparcamiento —dijo Melania, arrugando la cara con una mueca de asco.

—Que no lo escogí yo, idiota —me reñiste mientras me empujabas.

Después de la comida, poco a poco fueron llegando algunos del grupo. Cuando ya estábamos todos eran más de las seis.

—No puedes irte —me susurraste en cuanto me viste mirar la hora—. Yo lo siento, pero es tu cumple y te tienes que quedar más tiempo.

—Hoy sí puedo estar un rato más.

Sonreíste e hiciste una señal hacia la barra. Apagaron las luces y el camarero se fue acercando con una tarta y unas velas con el diecinueve encendidas.

—¡¡Cumpleaños feeeeliiz!!! —cantaban todos a coro—. ¡¡Cumpleaaaños feeliz!! Te deseeaaaamooooos tooodos... cum—ple—a—ños feeeeliiiiiz!!!!

Todos aplaudían y silbaban. Venían a abrazarme y felicitar-me. Tú estabas a mi lado y, cuando ya se apartaron todos, me diste un abrazo.

—Muchas gracias —te susurré mientras volvía a oler ese aroma intenso a arándanos—. Me encanta que me hayas preparado todo esto.

En ese momento me sonó el teléfono. Era Silvia. Me aparté un poco para contestar, pero había mucho bullicio en cualquier parte que me pusiera.

—¡¡Felicidades, gatito!!!

—¡¡Gracias!!

—¿No estás en casa? Estaba esperando a llamarte cuando estuvieras tranquilo.

—No. Sara ha avisado a estos y hemos venido a comer.

—Sí, eso lo sé. He hablado con ella. Me ha dicho que estáis todos los del grupo excepto Sabrina y Rebeca. Y, además, Melania, ¿no?

—Sí. Ha sido una sorpresa enorme que Sara se acordara de ella y la invitara. De hecho, han sido los únicos capaces de cancelar sus planes para venir a comer.

—Ya —dijo, muy seca—. ¡Me alegro de que lo estés pasando bien! —exclamó, intentando retomar el tono amable.

—Sí. Ha sido una sorpresa genial.

—Me gustaría haber estado ahí. Te enviaré una foto de un cuadro que he hecho sobre nosotros. A ver si te gusta. Ya sabes que en foto pierde.

—¡Gracias! Te quiero.

—Te quiero. Hablamos luego.

Colgué, y al momento tenía una notificación de un mensaje.

Silvia

Chao, gatito.

18:26

Miré la previsualización del mensaje y guardé el móvil.

—¿Todo bien? —me preguntaste, aunque no entendí por qué. Asentí.

Invité a todos a una última ronda y llegó la hora de irme.

—Te llevo.

—Tranquila, le acerco yo a su casa —intervino Marcos.

—Tú has bebido —contestaste—, así que puedes quedarte otro rato. ¡Qué prisa tienes!

—No, solo he tomado mosto. No te preocupes, a mí me queda de camino.

—Marcos —dijiste muy seria—. Quédate con los demás y yo vuelvo después.

Entendió que ya no debía insistir. Salimos del restaurante hacia tu coche.

—¿En serio vas a volver? —te pregunté.

—¡Ni de coña! ¿A estas horas?

Quedé en silencio esperando una explicación. Había sido muy obvio que querías llevarme a casa, pero no decías nada.

—Si vas a descuartizarme en un callejón oscuro, prefiero que me lo digas ya —bromeé.

—Todo a su debido tiempo —contestaste, intentando poner tu voz más terrorífica.

En unos quince minutos llegamos a mi casa. Detuviste el coche frente a mi portal.

—Quería que fuera un día especial para ti. No me he enterado de que era tu cumpleaños hasta última hora, así que no he tenido tiempo de preparar gran cosa ni de comprar ningún regalo, pero sí tengo algo para ti; por eso quería traerte yo.

Vi un brillo ilusionado en tus ojos y me empezó a latir el corazón cada vez más fuerte.

—Ven —dijiste, a la vez que te bajabas del coche. Ante mi reticencia, me agarraste la mano y tiraste de mí.

—No tendrás la motosierra ahí atrás.

—Mira —abriste el maletero.

—¿Qué es esto? —pregunté, atónito—. ¿Me has traído un teclado?

—Recordé que tenía uno en el trastero —explicabas mientras le quitabas la funda—. Tiene el soporte y unos auriculares para que puedas tocar de noche. Lo que no hay es taburete, pero te servirá cualquier silla; eso sí, prueba con una que no tenga reposabrazos.

—¡¡Qué pasada!! —exclamé mientras deslizaba los dedos por encima de las teclas. Era precioso.

—Este es de cinco octavas, pero te puede servir para empezar.

—No sé qué significa eso de cinco octavas, así que supongo que sí.

—Una octava es el intervalo de ocho grados entre dos notas —me explicaste. Te miré sin saber de qué me hablabas—. Para entendernos, la distancia entre un *do* y el siguiente. —Con el pulgar de la mano derecha tocaste lo que, entendí, era un *do*. Estiraste la mano y con el índice tocaste otro *do*. A mí me parecía imposible que una mano pudiera estirarse tanto—. Puede ser entre un *re* y otro *re*, un *mi* y el siguiente, etc.

—Ah, vale —contesté.

Te escuchaba, pero solo podía ver tus ojos ilusionados. Estaba flipando con todo lo que te habías molestado por hacerme sentir bien ese día. Solo tenía ojos para ver esa mirada de niña ilusionada ante un regalo, pero no estabas contenta por algo que te hubieran regalado a ti; estabas feliz por hacerme sentir especial a mí. Y, créeme, me habías hecho sentir como si fuera la persona más especial del mundo.

—El que tengo en casa es un piano digital, que, como los acústicos, tiene ochenta y ocho teclas —continuaste explicando—; es decir, algo más de siete octavas. Es raro que, hasta niveles muy avanzados, te puedas encontrar algo que no se pueda tocar en cinco octavas.

—No puedo aceptarlo —recapacité, volviendo a la realidad—. Esto cuesta una pasta.

—Yo lo tengo en el trastero. No toco ninguno desde hace tiempo, pero, si me entra el gusanillo, tengo el piano.

—No, no. Imposible.

—Mira. Considéralo un préstamo. Cuando logres interpretar *Experience*, me lo devuelves. Eso sí, tienes que interpretarlo correctamente; tengo que dar yo el visto bueno.

—Gracias —«por el mejor cumpleaños de mi vida», pensé—. ¡Ha sido un día genial!

—Lo he hecho encantada.

—Sara. —Te tomé de las manos. Las tenías heladas y estabas tiritando—. En serio —me miraste a los ojos y luego bajaste la vista a mi boca durante un instante—, muchas gracias.

Levantaste la vista y nos miramos a los ojos durante unos segundos; quizás no fuera más que uno, pero el tiempo se había ralentizado. Hacía frío. No nos soltábamos las manos. Temblábamos.

—Bueno, me voy —dijiste, nerviosa. Te separaste de mí y entraste al coche—. Empieza pronto a practicar, que quiero escucharte interpretar a Einaudi lo antes posible.

Tu coche se alejaba en el silencio de la noche. Ya no estaba emocionado por la posibilidad de aprender a tocar el piano, sino ansioso por aprender y poder interpretar la música de Einaudi delante de ti para agradecerte todo lo que hacías por mí. Mis mejillas heladas y el vaho que desprendía mi boca me alertaban del frío, pero en mi pecho se había instalado una calidez que había llegado para quedarse.

CAPÍTULO 21

Unidos por un único dedo, tuve la sensación de que no podrían separarnos jamás de ese abrazo tan sutil.

La fiesta

En cuanto llegué a casa, saqué el teclado de su funda y busqué dónde ponerlo. Me habías dado el mejor cumpleaños de mi vida. Pensé en llevarlo a mi habitación, aunque después opté por ponerlo frente al gran ventanal del salón. Me encantaba imaginarme tocando mientras entraba el sol; o lo nostálgico que sería interpretar una pieza melancólica a la vez que se oyera caer la lluvia con las gotas resbalando por los cristales.

—¿Qué es eso?

—Un teclado, mamá. Voy a aprender a tocar el piano —contesté, ilusionado.

—Bueno, lo que faltaba. —No sé si pretendía decirlo en broma, pero que una madre te responda así ante un reto que te ilusiona, por muy mal que esté, es algo que duele—. ¿Y te vas a poner ahí?

—Sí, mamá. Tranquila, usaré auriculares.

Emitió un gruñido de disconformidad y giró la vista hacia el televisor. Busqué algún *videotutorial* de iniciación al piano. ¡Qué complejo! No entendía nada. Excepto las notas musicales, desconocía todo. No sabía qué era un acorde, y mucho menos una escala o una tonalidad.

Era tarde, así que dejé el teclado y fui a la habitación. Guardé algunos folios que tenía por encima del escritorio y me quedé observando un poema. Me habías pedido leer alguno, aunque eran algo tan personal que me daba vergüenza. Sin embargo, nuestra confianza crecía cada día, y me hacía ilusión que leyeras algo de lo que escribía.

Rebusqué entre mis folios y seleccioné unos cuantos poemas. Los metí en una funda de plástico, que coloqué sobre el escritorio. Quizás debería ser honesto e incluir el poema que me habías inspirado. No te diría para quién lo había escrito.

Sin duda, había sido el mejor cumpleaños de mi vida, pero habías marchado nerviosa e incómoda. Sentí que había abusado de la confianza que creía que teníamos. No debí agarrarte las manos. No debí mirarte a los ojos durante tanto tiempo.

No, mejor que no te entregara aquel poema. Para mí era tan obvio que hablaba de ti que imaginé que sospecharías. Y, en cuanto lo había escrito, lo había hecho añicos. Mejor así.

En mi mente solo eras una amiga. No obstante, el sentimiento de culpa me debería haber alertado de que, quizás, había algo que me quería ocultar a mí mismo.

—Oye, lo pasé genial ayer —me dijo Melania cuando nos vimos en el trabajo—. En cuanto Sara me envió el mensaje avisándonos de que era tu cumpleaños, cancelamos los planes.

—Pobre Rodri.

—Él estuvo de acuerdo. Y su hermano es como un amigo, vamos. No es como si hubiéramos quedado con los padres. Que con más razón lo hubiera cancelado.

—Ja, ja, ja. Me encanta veros así a ti y a Rodri. Hacéis una pareja genial.

—No somos novios ni nada, eh.

—Ya, ya vi.

—¿Y tú qué? —contraatacó.

—Yo, ¿qué?

—Sara.

—Qué —contesté, muy seco.

—Nada. Es una tía genial... —respondió. Y las palabras sonaban bien, pero dejaban un poso de incertidumbre.

—¿Pero?

—Nada, en serio. Es una tía genial.

—¿Cómo era esa frase? —Me acaricié la barbilla simulando pensar—. Ah, era... «si no quieres contarme algo, dímelo, pero no me sueltes rollos».

—La tenías guardadita, ¿eh?

—Ya ves.

—Es que... me da un poco vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿!Tú!?

—Pues... que he sentido celos —dijo, agachando la cabeza.

—¿Celos?

—Sí, celos, Tristán. Esos mismos que sentiste tú cuando me viste marchar con Rodri.

—¡Zas! Ya me la has devuelto.

—Un poco —respondió, riéndose—. El caso es que me conoces, y no soy precisamente de esas movidas. Los celos son lo peor. Sin embargo, viéndote con Sara me ha subido un algo por el estómago...

—Tranquila, mujer, que siempre serás mi mejor amiga.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Con lo empático que eres, lo tonto que parece para ciertas cosas.

—¡Vaya! Gracias. Creo que eso ya me lo has dicho alguna vez: te repites.

—A lo que me refiero es que no es esa clase de celos de «ay, que me quitan a mi amigo».

—¿Entonces?

—¿Sabes cuando ves a dos personas y percibes que es imposible que no estén juntas?

—¡Vaya historias te montas!

—Al veros, me dio la sensación de que es como si llevarais siendo pareja toda la vida. Silvia es tu novia y solo el futuro dirá, pero, viéndote con Sara, he comprendido que tú y yo nunca estaremos juntos.

—No sé qué cosas tan raras te pasan por la cabeza. Sara es una amiga.

—Yo, lo que he visto.

Si ya mi cabeza tenía pocos pensamientos a los que darles vueltas, Melania añadió algunos más. Mi cerebro parecía una centrifugadora.

Había acordado con Róber que saldría a las tres de trabajar lunes y martes, y él me permitiría salir antes el miércoles para llegar a tiempo a la fiesta y, así, evitar que estuvieras sola. Sin embargo, en ese punto, me planteaba si querías que fuera. En todo caso, esos días quería

mantener cierta distancia para que no te sintieras incómoda.

Fuese o no lo más conveniente, el turno ya lo había cambiado, así que te escribí para avisarte de que no podría ir el lunes. No sentí la naturalidad con la que siempre hablábamos y pensé demasiado qué decir. Estaba tenso y no encontraba las palabras.

Yo

Hoy tengo que salir un poco más tarde del curro.

12:14

Iré directo a particular.

12:14

Hoy no te molesto.

12:14

Me parecían unos mensajes muy sosos. No quería mostrar demasiada amabilidad ni cariño para no incomodarte, pero me pareció que sonaba hasta borde, así que intenté suavizarlo con un emoticono.

Yo

;P

12:14

En cuanto lo envié, me sentí ridículo. ¿En serio? ¿Un emoticono? En la vida había utilizado uno. Habías visto el mensaje y, tras unos segundos, te habías desconectado. Pasaron unos minutos hasta que respondiste.

Sara

Vale.

12:17

Mañana nos vemos.

12:18

«¡Seré idiota!», me dije. No debí llevarte sándwich; ni, mucho menos, cerveza; no debí comer contigo; no debí tomarme tantas confianzas en tu casa; no debí agarrarte de las manos... Tú eras una amiga siendo amable y yo te había hecho sentir incómoda. Aquella respuesta tan fría me lo dejaba claro. Habías respondido tan tajante a mi mensaje que no me atreví ni a pedirte que me enviaras los apuntes.

Al día siguiente iba a faltar a clase de nuevo. Lo vi como una oportunidad para dejarte espacio y tomar distancia.

Yo

Hoy tampoco voy a poder ir.

10:56

Lo siento.

10:56

Sara

Vale.

10:58

Fue tu única respuesta. En el resto del día no nos escribimos, así que no sabía si presentarme en la fiesta al día siguiente. Me daba miedo llegar y que me recibieras con un «hola» tan distante como tus «vale» de los mensajes.

Sin embargo, sentí que tenía que ir. Tú me habías pedido que fuera. Quizás en esos días, para ti, todo hubiese cambiado. Pero también cabía la posibilidad de que todo fueran imaginaciones mías y, en ese caso, te dejaría estar allí sola. Me habías pedido que fuera, y tú nunca pedías nada.

Llegué a la facultad. La esplanada entre edificios estaba habilitada para el concierto, con un escenario bastante grande para una fiesta como aquella. Me acerqué al entoldado donde habían colocado largas mesas de madera con bancos y una barra metálica.

Te busqué entre las mesas. No te localizaba entre tanta gente. De pronto, a lo lejos, te vi, de espaldas, junto a la barra. Se me aceleró el corazón. ¿Y si no querías saber nada de mí?

Samuel pedía alguna consumición y tú estabas detrás de él. Me detuve a unos tres metros, indeciso. Te giraste. Se te dibujó una sonrisa enorme y todo el miedo que había sentido durante aquellos dos días desapareció en un segundo. Me alegré de haber ido. Mucho. Y no me importó que te dieras cuenta.

—¡Has venido pronto! —dijiste con voz suave acercándote a mí.

—Sí, he podido salir antes.

—¿Una cerveza? —me ofreciste, señalando el mostrador que habían montado para la fiesta. Levanté mi mochila y la hice tintinear.

—Hoy no he traído comida, así que... más sitio para las *Ranses*.

—Um, tu mochila mágica. Tendrás un palé de cervezas ahí dentro.

—No. Solo ocho, así que tira eso —dije mientras sacaba las cervezas que llevaba entre hielo.

—¡Vaya *crack*, Tristán! —exclamó David.

—¿Queréis una?

—Ay, pues yo sí, te lo agradezco —respondió Cris—. Esto parece pis recalentado.

—Ja, ja, ja. Ten —le ofrecí, abriendo una botella. Abrí otra para David y te acerqué una—. Está muy animado esto.

—Los grupos empiezan a tocar a la una —contestaste.

—O sea, que no vamos a particular hoy.

—No sé... como quieras. Por mí, bebo solo esta cerveza y te llevo.

—Bueno, ya veremos —respondí.

—Oye —me dijiste, con voz suave, tras lo que te acercaste a mí y alzaste la botella para brindar—. Muchas gracias por venir. —David y Cristina estaban cerca, así que me hablabas en susurros para que no te oyeran—. No sabes la ilusión que me ha hecho que vinieras pronto.

—Me alegro de haber venido —sonreí mientras chocamos con delicadeza los botellines.

—¿Te soy sincera? Dudé de si vendrías.

—¿Te soy sincero? Dudé de si venir.

—Vaya par de idiotas —dijiste mientras sonreíamos. ¡Esa sonrisa!

—Y mequetrefes —añadí.

—¡A ver, parejas! —gritó Samuel—. Os presento a Róber. ¡Ha venido a verme!

Se acercó a él y le besó. ¿En serio era la pareja de Samuel? Yo no sabía dónde meterme.

—¡¡Hombre, Tristán!! —dijo Róber—. ¿Este era el examen tan importante por el que tenías que salir pronto?

—¿Os conocéis? —preguntó Samuel.

—Es mi jefe —contesté.

—Uy, qué fuerte. Pero no le riñas, que estamos de fiesta.

—No, no. A mí me vino genial —respondió Róber—. Se tragó los turnos de comidas de lunes y martes por salir un poco antes hoy, así que mira a ver si me compensa. Haberme dicho que querías venir a la fiesta, hombre; no hacía falta currar horas de más.

—¿Quieres una? —le pregunté a Róber.

—¿*Ranses*? No, no. Tengo una selección tostada en el coche.

—Estará caliente —dijo David.

—Espera.

Al rato él y Samuel regresaron cargando con una nevera de playa enorme repleta de cervezas entre hielo.

—Ahora sí que se jodió lo de ir a particular —te dije.

—Ju, ju, ju. Me gusta tu novio —exclamó David, dirigiéndose a Samuel.

—¿Novios? —respondió—. No digas eso, a ver si se asusta.

—Samu —dijo Róber—, yo también he mentido a mi jefe para estar aquí, en una fiesta de universidad, y poder verte. ¿Crees que me asusta la palabra «novio»?

—Me encanta que me llame Samu. ¡Pero a vosotros ni se os ocurra! Soy Samuel.

—¡Habrá que ir a por algo de comida! —intervino David.

—Sí, me muero por unas costillas —comentó Cris, tras lo que se volvió hacia ti—. Ven conmigo, porfa.

—¿Os ayudo? —preguntó David.

—No, no. Luego, cuando nos entreguen las bandejas con la comida, os avisamos.

Fuisteis hasta la barra mientras yo quedé sentado con David; Samu y Róber estaban en su mundo, hablando con gente de mesa en mesa.

—Oye, espero tener con Cris algún día lo que tenéis vosotros —me espetó David.

—¿A qué te refieres? Sara es una amiga.

—Ja, ja, ja —se rio. No entendió que yo no me riera—. Ah, que lo dices en serio.

—Sí. Mi novia es Silvia.

—Ah, perdón. Pues supongo que has pedido el día, y hecho horas de más lunes y martes, porque eres un amante de las costillas, ¿no?

—Bueno...

—¿No te gustan?

—En realidad... no como carne.

—Ya. ¿Enamorado de los *calçots*, entonces?

—Los comeré, pero... no me gustan, en realidad.

—Ajá —dijo, irónicamente, tomando un trago de cerveza.

—En serio, es solo una amiga.

—Ya, pues tu... «amiga» era un alma en pena hasta que has llegado. Y mírala ahora.

En ese momento te giraste con esa puñetera sonrisa tuya, más deliciosa que nunca. Levanté la *Ranses* para saludarte. Tú levantaste la tuya sin dejar de sonreír.

Después de comer, nos acercamos al escenario. Participaron varias bandas, aunque la que esperaba con ganas era una banda tributo a los noventa. Tocarón un montón de canciones que me gustaban; incluso las que no escucharía nunca, aquel día me encantaron.

—¿Cerveza? —me preguntaste. Abrí dos mientras empezaba a sonar la mítica canción de *Celtas Cortos*.

*Veinte de abril del noventa
Hola, Chata, ¿cómo estás?*

Cuando llegó el estribillo, los seis cantamos a gritos, a la vez que saltábamos y nos empujábamos.

*Hoy no que—da ca—si na—die de los de antees
Y los que haaay
han cambiado
Han cambiadoo.ooo.
Sííí.*

Aplaudimos a rabiar cuando terminaron. Tras esa, empezó a sonar una canción inconfundible. El vocalista entró con la letra y tú comenzaste a cantar, suavito, en un susurro.

**See the stone set in your eyes
See the thorn twist in your side
I'll wait for you**
*Mira la piedra en tus ojos
Mira la espina retorcida a tu lado
Yo espero por ti.*

Róber y Samuel se abrazaron. David y Cris tuvieron que disimular la gana que tenían de agarrarse. Yo te miré de reojo y aparté la vista. Noté cómo me miraste, disimuladamente, sin parar de cantar.

Me giré hacia ti y bajaste la mirada. Demasiadas personas parecían tener la respuesta a una pregunta que nunca habría querido plantearme. Y tú cantabas esa canción que parecía hecha ese mismo día y para mí.

**You give it all, but I want more
And I'm waiting for you**
*Tú lo das todo, pero yo quiero más
Y yo te estoy esperando*

Me dio un respingo. «Es el frío», me dije. Intenté respirar, aunque un nudo de mariposas viajaba desde mi estómago hasta mi pecho para decirle a mi corazón lo que yo no me atrevía.

Escuchaba cómo cantabas. ¡Estábamos tan cerca! Casi inconscientemente, comencé a cantar también yo, en voz baja, para que no me oyeras. Me moví a la izquierda. ¿O tú a la

derecha? Nuestras manos se tocaron. Contuve la respiración. Al tocarte dudé de todo.
La canción ganaba en intensidad hasta el estribillo final.

With or without you
With or without you, ah
Contigo o sin ti
Contigo o sin ti

Los dos mantuvimos las manos rozándose, tan levemente que podían separarse en cualquier momento. Nadie lo había buscado. No nos acariciábamos. Me lo repetía una y otra vez para llegar a creérmelo. Solo deseaba mirarte, pero me daba miedo girarme y ver tus ojos. No. Ninguno de los dos se alejó del otro.

With or withooooooooout you
Contigo o sin ti

Involuntariamente, nuestras manos chocaron y nuestros índices se agarraron. Cerré los ojos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Sentí miedo. Y esperanza. Y confusión. Todo estaba tan claro que nada parecía tener sentido. Por un momento, en medio de aquel bullicio, solo oía nuestras respiraciones entrecortadas.

Unidos por un único dedo, entre los rayos de luz de los flashes de los móviles que tintineaban en el cielo, ya casi oscurecido del todo, tuve la sensación de que no podrían separarnos jamás de ese abrazo tan sutil. Te apreté un poco el índice. Me lo estrujaste contra ti. Solo deseaba mirarte.

Terminó la canción. Todos aplaudían, pero nosotros no nos movimos. No queríamos soltarnos. Nunca. Abrí los ojos: miraba alrededor para atrapar el momento y recordarlo para siempre. David y Cris se volvieron hacia nosotros y nuestros dedos se separaron lentamente.

Y allí, mientras aplaudíamos, podría haberlo adivinado; allí, mientras aguantábamos las ganas de mirarnos a los ojos, podría haberme dado cuenta; allí, cuando sentí el calor de haberte abrazado tan levemente, debería haberlo sabido. Me giré. Levantaste el rostro. Nuestra mirada cargada de emociones se volvió tan real que parecía tangible. Todo lo demás había desaparecido. En el silencio de aquel momento, le pedí permiso a tus ojos para amarte en secreto durante toda la vida.

CAPÍTULO 22

Quería quedarme a tu lado toda la noche. Y que la noche durara toda la vida.

Hamburguesa

Después de aquel momento tan especial, tratamos de hacer como si no hubiera pasado nada. Cantamos, bailamos y nos divertimos, pero en cada mirada, en cada sonrisa, en cada ligero roce, la sensación mágica de haberte abrazado me inundaba el pecho de algo que no sabía definir. La complicidad que compartimos me hizo sentir como si hubiera encontrado una parte esencial de mí que ni siquiera sabía que estaba buscando.

—Quería darte algo —te dije cuando aparcaste frente a mi portal.

—¿Qué es?

—He dudado si dártelo o no... De hecho, aún estoy dudando si subir a buscarlo.

—No, no, no. Nada de dudas. —Me empujaste hacia la puerta—. Venga, fuera. Te espero aquí.

Subí y me quedé mirando la funda con los poemas. Eran algo muy íntimo. ¿De verdad sería oportuno dejar que lo leyeras? Confiaba en ti y, después de las emociones de ese día, lo que me hubiera gustado de verdad hubiera sido subir contigo a mi cuarto y leerte cada uno de mis poemas, abrazarte después de cada página y contarte todo de mí para que entendieras de dónde nacía el dolor que reflejaban. Y, sobre todo, deseaba leerte el poema que me habías inspirado, confesarte que lo había escrito para ti y gritarte que te escribiría otros cien mil, porque cada vez que cerraba los ojos no veía más que tu sonrisa; esa puñetera sonrisa deliciosa tuya; esa sonrisa que podía pedirme lo que quisiera.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.

Rescribí el poema en dos minutos, lo metí entre el resto de hojas y bajé. No sabrías que me había inspirado en ti, pero quería que tuvieras aquellos versos que se me habían grabado a fuego.

—Ten —dije, de vuelta en el coche, entregándote la funda.

—¿Son poemas tuyos? —preguntaste a la vez que sacabas algunas hojas—. ¡Son poemas tuyos!

Te lanzaste hacia mí y me abrazaste. No sabes la emoción que sentí con tu reacción al recibir mis poemas

—Creí que no te acordarías de que te había pedido leerlos —me dijiste casi al oído.

—No los mires ahora. Me da vergüenza.

—¡Me encanta! Me alegro mucho de que hayas decidido dejarme leerlos.

—Ya me contarás qué te parecen.

—Escribes en folios, a mano, pero la *vintage* soy yo.

—La poesía ha de escribirse en papel, en barro, en piedra. Los sentimientos son algo tan etéreo que, para que no huyan, hay que esculpirlos sobre un soporte real en que dejen huella.

—¡Joder! —exclamaste a la vez que me mostrabas tu piel de gallina.

—Lo de las palabrotas no es solo para la comida, por lo que veo. La poesía también le afecta. Ah, hablando de comida, recuerda que habías quedado en prepararla tú para mañana.

—¡Es verdad! Vale, vale. Dije que te sorprendería y te sorprenderé.

Salí del coche. No quería irme nunca de allí. Quería quedarme a tu lado toda la noche. Y que la noche durara toda la vida.

—¡Tristán! —me llamaste cuando estaba llegando al portal.

Volví hasta allí y bajaste la ventanilla del copiloto. Abriste la guantera y sacaste una carpeta que me entregaste.

—¿Y esto?

—Algo que me dará vergüenza a mí que leas. Es una escena que he escrito estos días de *El llanto del sauce*.

Me entró mucha curiosidad por saber qué había en aquella carpeta y por qué podía darte vergüenza que alguien lo leyera. Eran unos pocos folios escritos a mano con el título *Como en Navidad*.

En una fría tarde navideña, las pistas de hielo al aire libre se habían convertido en un mágico rincón de la ciudad. Edurne ya no era aquella niña insegura, sino una joven de veintiún años con una figura que emanaba una encantadora seguridad. Su historia con el patinaje artístico se remontaba a años atrás, cuando aún era una niña. Sin embargo, aquellos recuerdos estaban teñidos de una especie de incomodidad, una sensación de ser observada y juzgada que nunca había logrado sacudirse del todo.

Era evidente que Edurne eras tú. Siempre habías guardado a buen recaudo tus miedos y tus inseguridades para que nadie sospechara que, tras esa alegría de vivir, también se escondían unos temores que nunca verían la luz. Ojalá pudieras llegar a compartírtelos conmigo para ayudarte a luchar contra ellos.

Aunque su amor por el patinaje artístico había sido tenue en el pasado, todo cambió esa tarde que compartió con Xulián. La pista de hielo parecía envuelta en una atmósfera mágica, y Edurne decidió que era el momento de redescubrir el placer de deslizarse sobre el hielo, lejos de las luces de los reflectores y las miradas críticas.

Su mirada se encontró con la de Xulián. Él estaba apoyado en la barandilla; sus ojos, clavados en ella con una intensidad que la hizo sentir como si fuera el único ser en el mundo. La sensación de ser observada ya no la llenaba de ansiedad, sino que le proporcionaba una extraña dosis de confianza. Sus mejillas se colorearon, pero, en lugar de esconderse, su sonrisa se amplió.

Edurne continuó patinando, sintiendo la melodía como un latido en su pecho. Cada movimiento era una celebración de la persona en la que se convirtió en ese instante. Y Xulián seguía allí, admirando cada momento como si el tiempo se

hubiera detenido solo para ellos dos. Edurne no se sentía juzgada, solo sentía una conexión profunda con el hielo bajo sus pies y con el chico que la observaba con aquellos ojos repletos de admiración. Edurne sentía cómo sus inseguridades se desvanecían, como si estuviera liberando una parte de sí misma que había estado oculta.

Ojalá mi mirada pudiera parecerse a la de Xulián y vieras la admiración que sentía hacia ti. Ojalá te hubieras visto con mis ojos, porque todas tus inseguridades se hubieran desvanecido al instante.

Xulián la observaba con esa mirada de admiración. Su estatura imponente acentuaba su presencia en cualquier entorno, y su cabello rubio, como los rayos dorados del sol, añadía un toque de luminosidad a su imagen. Sus ojos claros, llenos de matices y profundidad, eran como ventanas al universo de emociones que habitaban en su interior. Su mandíbula marcada y su ceño, ligeramente fruncido en reposo, le daban un aire de seriedad que se mezclaba de manera intrigante con su aura empática que hacían de él un compañero perfecto en el viaje de autodescubrimiento de Edurne.

Esa descripción fue como si me clavarán alfileres, uno detrás de otro. Ninguna frase dolía lo suficiente, pero todas juntas me destrozaban. En lo más profundo, estaba imaginándome que yo era Xulián, que hablabas de mí cuando te referías a aquella persona que te hacía la vida más fácil y te permitía ser tú misma sin condiciones. Aquel hombre alto, rubio y fuerte era todo lo opuesto a mí, y eso me mató.

Las estrellas comenzaron a parpadear en el cielo oscuro, y la pista de hielo parecía un escenario mágico en el que solo existían ellos dos. En ese momento, Edurne se dio cuenta de que nunca antes había sido tan feliz sobre unos patines. No importaba si sus giros eran perfectos o si su figura se alejaba de los estándares tradicionales de belleza. Lo que importaba era la sensación de libertad, de estar en armonía consigo misma y con el universo que la rodeaba.

No quería reflexionar sobre si estaba sintiendo algo por ti, pero aquella escena estaba acabando conmigo. Me encantaría estar a tu lado, ayudarte a que sintieras esa armonía contigo misma y que vieras en mi mirada el reflejo mágico de lo que eras. Sin embargo, era otra persona quien te hacía sentir especial y por quien resplandecías. Por la descripción, podía ser que siguieras enamorada de Jon. ¿Por eso te daba vergüenza que lo leyera?

Y así, mientras el hielo seguía crujiente bajo sus patines y la melodía llegaba a su clímax, Edurne continuó danzando en una celebración de su propia autenticidad. En medio de risas y miradas compartidas, descubrió que la pista de hielo podía ser mucho más que un escenario de ansiedad. Podía ser un espacio de descubrimiento, de amor propio y, tal vez, incluso de un amor secreto que finalmente encontraba su momento para brillar.

Ni me atrevía a pensar en ti como un amor secreto, pero imaginarte enamorada de otro

dolía. Mucho.

Me gustaba cocinar para ti; más cuando eso significaba que íbamos a comer juntos, claro. Nada me parecía suficiente para todo lo que hacías por mí. Sin embargo, te aventuraste y decidiste preparar tú la comida del jueves.

Fuiste corriendo hasta nuestra mesa, sacaste las cosas y te sentaste sobre el respaldo del banco, poniendo los pies en el asiento.

—Eso es para sentarse, no para poner los pies —te reñí, bromeando.

—Ay, lo siento, señor de ochenta años —te burlaste, y te sentaste bien.

—¿Recuerdas que, antes de comer, suelo ir a clase particular? —comenté, aunque, en realidad, estaba encantado. Si se te había olvidado que tenía clase es que estabas tan ilusionada por comer conmigo como yo lo estaba por comer contigo.

—¡Es verdad!

—Supongo que por un día que falte no pasará nada.

—No, no pasará, aunque, en realidad, ayer tampoco fuiste.

—Cierto. Debería ir.

—Ay, no. Lo siento, he sacado la comida. Ya no puedes marchar.

En cuanto vi que habías preparado hamburguesas de soja, me temí lo peor. Hay que pillarle el punto para que se integren y se compacten bien todos los ingredientes.

—Anda, prueba —dijiste, ilusionada.

En cuanto la saqué del papel de aluminio e intenté llevármela a la boca, empezaron a caer pegotes de hamburguesa sobre la mesa. Tampoco confiaba mucho en el sabor. Y tú viste mi cara de asco; lo que no imaginabas era cuánto intenté disimular para no hacerte sentir mal. Ni la textura era aceptable: no habías escurrido bien la soja y, al primer mordisco, noté que salía agua. Estaba pegajoso y chicloso.

—Vaya desastre —lamentaste.

—Lo has hecho mal a propósito, ¿no? —bromeé restándole importancia—. Para no tener que hacer la comida nunca más.

—Que no. ¡Con el esfuerzo que he puesto! Pues mira, para lo que sí va a servir es para esto —dijiste, tras lo que me tiraste un pegote lleno de ketchup que me impactó en la mejilla.

Quitó el pan de la parte de arriba de mi hamburguesa, salté por encima de la mesa y te la restregué por la cara. Abriste la boca por completo, asombrada. Intentaste lanzarme lo que quedaba de tu hamburguesa, pero te agarré por los antebrazos. Te caíste sobre el césped; por la inercia, te agarraste a mi brazo, llevándome al suelo contigo. Intenté levantarme, pero resbalé y caí sobre ti.

Estábamos en el suelo, riéndonos a carcajadas. Poco a poco, las risas fueron cesando y nos fuimos poniendo serios. Noté tu respiración acelerada mientras me mirabas a los ojos. No quería bajar la vista, pero de tus ojos bajé por tu nariz, tan suave, tan dulce, hasta llegar a tus labios, finos y delicados. Te iba a besar, creí que te iba a besar. ¿Querías tú también?

Me puse nervioso, porque tenías que estar sintiendo el palpito desordenado de mi corazón.

Solo habíamos caído. Nada más. Cómo sonreías con la boca entrecerrada. Me miraste a los ojos. No, no podía hacerlo. Quería besarte. «Pero apártame, te lo suplico». Tus ojos me miraron pidiendo tregua. Ojalá te echaras a un lado, ojalá no dejaras que mis labios se acercaran más a tus labios.

Emitiste un suspiro tan profundo que hasta me levantó el pecho mientras, casi de manera imperceptible, te mordiste inconscientemente el labio inferior.

«No, no voy a besarte», porque entonces mis labios te tendrían que mordisquear con delicadeza el lóbulo de tu oreja, acariciándote el cuello con dulzura. «No, no voy a besarte», porque, si lo hacía, tendría que susurrarte al oído todo lo que no me atrevía a decirme ni a mí mismo. «No, no voy a besarte», porque, entonces, tendría que agarrarte por la cintura para sentarme en el banco y ponerte encima de mí; tu melena caería sobre mis hombros y nuestros rostros quedarían encerrados en esa maraña, recordándonos que no existía más mundo que nuestro mundo.

Cerré los ojos y me acerqué más a ti. «No, no voy a besarte porque, si lo hago, tendré que besarte cada día».

CAPÍTULO 23

Tu boca semicerrada esbozaba una sonrisa, esa estúpida sonrisa adorable tuya que deseaba borrarte con mis labios.

Todo cambió

Estábamos en el suelo, frente a frente. Nuestras bocas casi parecían acariciarse. Cerré los ojos y mis labios rozaron los tuyos. Entonces me empujaste ligeramente y te incorporaste. En ese momento no sé si me sentí más decepcionado o más aliviado.

—¡Verás! —bromeaste para rehacerte de la situación, y me tiraste un trozo de hamburguesa. Me levanté, aturdido, como si me costara volver a la realidad.

—Espera, ven acá —te dije, intentando reponerme. Fui a la mochila y saqué una toalla para que te limpiaras.

—¡Au! —te quejaste.

—¿Te he hecho daño?

—No, no. Es esto —respondiste tras pelearte con tu melena y sacar la goma con la que te la atabas—. La coleta se me va deshaciendo y, cuando me doy cuenta, se me enreda entre el pelo.

Te lo ataste de nuevo e intentaste quitarte los restos de hamburguesa. No veías por dónde estabas manchada y, más que limpiarte, te restregabas la suciedad de un lado a otro. Te quité la toalla y comencé a limpiarte la mejilla, que se puso colorada al mínimo contacto. Respirabas profundamente mientras bajabas la vista.

—He leído los poemas —me susurraste.

—¡Qué rápido!

Me miraste a los ojos. Bajé la vista, nervioso. No sé qué fue peor, porque no podía apartar la mirada de tus labios. Pasé la toalla por ellos para limpiarte. Me observabas. Tu boca semicerrada esbozaba una sonrisa, esa estúpida sonrisa adorable tuya que deseaba borrarte con mis labios.

—Me han encantado.

—Gracias.

—Sobre todo, cómo racionalizas el sentimiento.

Me miraste con timidez. La emoción de estar tan cerca de ti se unió a la ilusión de comprobar que ya habías leído los poemas que te había dado. Te sonreí. ¿Habrías leído tu poema? Aparté la toalla para pasar el dedo junto a la comisura de tus labios. Te respigaste y cerraste los ojos.

—Espero que sepas —dijiste, susurrando— que estoy aquí para lo que necesites. No te preguntaré nada, pero desearía que tuvieras la confianza para contarme todo lo que has vivido.

—No se me ocurre mejor persona con quien tener esa confianza.

Me sentí más unido a ti que nunca. Me había mostrado ante ti y me habías entendido. Te acercaste a mí. Cerraste los ojos y te sentí demasiado cerca; tanto, que me dio miedo.

—Está empezando a llover —dije, apartándome, y resguardándote bajo la toalla—. Tenemos que irnos.

—Ah, sí —contestaste, nerviosa—. Han pronosticado mucha lluvia hasta el lunes.

Me llevaste a casa y, al igual que el día anterior, bromeamos como si no hubiera ocurrido

nada. Y nada había sucedido, de hecho.

—Mañana es viernes —dije. «No hay particular y no quiero pasar el día sin vernos apenas», pensé—. ¿Qué te parece si quedamos para preparar el trabajo de *Semiótica*?

—¡Oh, sí! —respondiste—. Es decir, que sí, que puedo quedar.

—Vale. ¿Dónde?

—¿Quieres venir a mi casa? Podemos hacer el trabajo en mi habitación. O, bueno, en el salón, si prefieres.

—Vale, pero tú —bromeé intentando sacudirme las emociones de encima, porque lo único que me apetecía era agarrarte la mano, abrazarte y no separarme de ti ni un instante—, por mucha gana que tengas de ponerte a cocinar, que las tendrás, refrena tus impulsos y no te muevas del sofá.

—Oye... —le comenté a Melania tímidamente mientras nos cambiábamos el viernes al finalizar el turno—. Lo que dijiste el otro día... ¿lo pensabas de verdad?

No quería contar nada; mientras no lo dijera no existía. No obstante, por contradictorio que parezca, tenía la necesidad de hablar de ello, porque no podía quitarme de la cabeza el aluvión de sentimientos contradictorios que se habían sucedido durante aquellos días.

—¿El qué? Digo tantas cosas interesantes siempre que no sé a cuál te refieres.

—Lo de Sara.

—¿Que me parece una tía genial? Sí, es verdad. —Me quedé en silencio y ya no insistí—. Ah, ya. Tú y ella.

—Olvidalo —respondí mientras salíamos por el pasillo, arrepentido de haber sacado el tema.

—Tomad —nos dijo Róber, lanzándonos un paraguas promocional del bar desde la barra—, que llueve a mares.

—Tengo el coche aquí, en el aparcamiento —contestó Melania.

—Aunque sea para ir hasta el coche. No sabes cómo cae.

—Gracias. —Alzó la mano como despedida.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Melania retomando el tema.

—No, nada... Bueno... no sé...

—Eh, no me dejes así.

En cuanto nos acercamos a la puerta, oímos cómo caía una lluvia intensa que apenas nos permitía escucharnos el uno al otro

—No sé muy bien qué decir... No hay nada, pero...

—Ay, ay. ¿Dónde vamos a tomar algo? ¡Quiero saber más! ¡Necesito!

Al abrir la puerta quedé petrificado. Estabas frente a mí, a los pies de los escalones de entrada, empapada, con los brazos cruzados, tiritando y con el rostro desencajado.

Cruzamos la mirada y pude leer la desesperación en tus ojos. Llovía a mares y tú estabas allí en frente, chorreando, sin moverte. Estabas rota, y verte así me resquebrajó por dentro. No podía imaginar qué te había ocurrido, pero no soportaba saber que sufrías.

Al verme, lloraste con más fuerza, como a espasmos, hasta que pude sentir cómo te desmoronabas. Corrí hacia ti y llegué a tiempo para sujetarte antes de que te hicieras daño, aunque no pude evitar que llegaras a sentarte en el suelo.

Me quité el anorak y te rodeé con él, frotándote los brazos para que entraras en calor. Te

miré a los ojos y me abrazaste. Te juro que nunca nadie me había abrazado así, con esa fuerza, con ese ansia.

Ese día empecé a tener claro que por tu sonrisa haría todo lo que me pidieras, sí, pero que por tus lágrimas haría todo lo que necesitaras.

—Mi madre, Tristán —balbuceaste.

Estabas sentada en el suelo, cubierta con mi anorak, empapada. Te abracé todo lo fuerte que pude y, al sentir mi abrazo, volviste a llorar sin consuelo. ¿Cómo? ¿Qué había pasado?

—Melania —me giré y vi que volvía de su coche con una toalla—, llévanos a mi casa.

—¿No prefieres que entremos al bar para que se seque un poco y entre en calor?

Negué con la cabeza. Necesitabas entrar en calor, sí, pero necesitabas estar en un sitio donde pudieras esconderte del mundo y llorar, gritar o lo que quisieras. Te levanté; fuiste apoyada en mí hasta el coche, mientras yo te abrazaba por el hombro, intentando sujetar el anorak para que no se te cayera.

Melania conducía; tú y yo nos sentamos atrás. Te apoyaste en mi pecho mientras llorabas y negabas constantemente con la cabeza.

—Ahora me cuentas todo.

Te di un beso en la frente y te limpié la cara como pude. Tú asentiste levemente.

Solo podía abrazarte. No había otra cosa que se pudiera hacer hasta que no estuviéramos solos y te pudieras desahogar.

—¡El coche! —exclamaste mientras te incorporabas—. Tengo que ir a por mi coche. Venía con él y me dieron un golpe. Lo dejé allí tirado. Tengo que ir a por él.

—Luego. De momento, vamos a casa.

Asumiste que tenía razón y volviste a apoyar tu cabeza en mi pecho. Levantaste un poco la vista, con los ojos empapados, sin voz apenas, y me rompiste el alma.

—Mi madre... vuelve a tener cáncer, Tristán —pudiste decir—. Esta vez...

Comenzaste a sollozar. Me intentaste explicar algo más, pero cada vez que abrías la boca aparecía un gemido. Aquellos días habíamos creado una conexión tan profunda que parecía que dábamos por hecho que el otro lo conocía todo sobre uno, y lo cierto era que apenas sabíamos nada de nuestras vidas.

Supuse que esa situación era a la que se habían referido Silvia y Jon cuando me contaban que estabas pasando por momentos difíciles.

—Respira. Ya me contarás.

El resto del camino estuvimos en silencio. Tu cabeza no paraba de moverse en mi pecho porque no dejabas de llorar. Yo te apretaba la cabeza contra mí mientras te acariciaba la mejilla. Estabas temblando.

Llegamos a mi portal. Te tapé con el anorak para que no te mojaras más y me despedí de Melania con la mano.

—Llámame y me cuentas —pude leer en sus labios, aunque no pronunció una palabra.

Corrimos hacia el portal. Entramos en casa y fuimos a mi habitación. Mi madre estaba sentada viendo la tele y ni nos saludó.

—Dúchate, así templarás un poco —te dije extendiendo dos toallas hacia ti—. Voy a buscar algo de ropa.

—No —respondiste—. No quiero ducharme ahora.

—Al menos, cámbiate.

Convencerte para que te ducharas iba a ser una batalla perdida, así que te di un pantalón de chándal negro, una camiseta blanca y una sudadera gris. Fui contigo al baño, te di dos toallas y

coloqué la ropa en la silla que tenía siempre allí para ayudar a mi madre a bañarse.

—Toma. —Me diste tu móvil. Dos lágrimas recorrieron tus mejillas—. Lee desde aquí. Yo no creo que sea capaz de contártelo.

Me dirigí a mi habitación, pero, antes de ponerme a leer nada, saqué una manta eléctrica y preparé una infusión para cuando regresaras de cambiarte. Me senté en mi cama y comencé a leer una conversación con tu padre.

Papá

Estoy en el médico con mamá.

11:24

Cuando volvamos a casa, por favor, dejadle un poco de espacio y no le preguntéis demasiado. Ya te contaré, pero está muy nerviosa.

11:24

Le han dado *tranquimazin* y está en un box de urgencias.

11:24

Yo
Voy para allá.
11:28

Papá

No, ahora está dormida. Quizás luego la suban a planta.

11:28

Yo
¿A planta?
11:28
¿Qué ha pasado, papá?
11:28

Te imaginaba leyendo esto, mientras en mi cabeza resonaba lo poco que me habías contado, y se me partía el corazón. No pude contener las lágrimas.

Papá

Luego hablamos, Sara.

11:28

Yo
No, no.
11:28
No puedes dejarme así.
11:28

Papá

Hay malas noticias.

11:28

Yo
¿Malas noticias?
11:28
¿Cómo que malas noticias?

11:28

Papá

En la revisión.

11:28

Yo

¿Tenía revisión?

11:28

¿Por qué no me ha dicho nada?

11:28

Siempre va conmigo.

11:28

¿Han encontrado algo raro?

11:28

Papá

Ha reaparecido.

11:28

Yo

¡Joder!

11:28

¿Cómo que ha reaparecido?

11:28

¿Qué quiere decir eso?

11:28

¿El tumor?

11:28

¿Y se interviene y listo, como la vez anterior?

11:28

Tuve que apartar el móvil unos segundos y respirar. Tus mensajes se agolpaban sin dejar contestar una cosa para preguntar otra. Era capaz de sentir lo ansiosa que estabas.

Suspiré antes de continuar.

Papá

Prefiero que lo hablemos luego, hija. Solo quería avisarte para que no le preguntes a mamá. Le ha dado un ataque de ansiedad y no sé el tiempo que estaremos aquí.

11:28

Yo

¡¡Papá!!

11:28

Cuéntame qué pasa.

11:28

Se me está acelerando el corazón a mí.

11:28

¡Dímelo!

11:28

Gritabas por dentro, unos gritos sordos y desgarradores que podía oír a través de los mensajes y que me estaban rompiendo el corazón.

Papa

Es más complicado que la otra vez.

11:28

Yo

¿Más complicado?

11:28

¡Cómo de complicado!

11:28

¿Perderá el pecho?

11:28

Papá

Luego lo hablamos, hija.

11:28

Yo

¿¡Perderá el pecho!?

11:28

—¡Joder! —exclamé levantándome de la cama y limpiándome las lágrimas con las dos manos—. ¡Qué mierda!

Papá

Lo más probable es que sí, que lo tengan que extirpar.

11:28

Yo

Vale, perderá el pecho.

11:28

¿Y luego?

11:28

¿Se extirpa y ya está?

11:28

Papá

Esperemos que sí.

11:28

Habrá que hacer algo de quimio después.

11:28

Yo

¿Esperemos?

11:28

¡¡¡Papá, dime la verdad!!!

11:28

Papá

Hay metástasis. Ha afectado a otros órganos. Mamá está mal. Ella ya lo intuía, por eso prefirió no decirte nada y que no lo pasaras con ella como la otra vez. Quiso que fuera yo.

11:28

Me llevé la mano a la boca. No podía creer que aquello fuera real. Pude sentir tu rabia, tu ira, tu impotencia. Pude ver tus lágrimas, tus ganas de desaparecer, tu odio al mundo.

Me imaginé también a tu padre llorando, solo en la sala de espera, derrumbándose mientras te trataba de explicar lo que parecía no tener explicación.

Papá

El médico dice que se extiende muy rápido. Parece ser que es peor cuando te da tan joven, porque las células son fuertes y resistentes. Lo siento, hija. No quería decírtelo así. Lo importante ahora es mamá. Por favor, no preguntéis nada cuando llegue. Solo abrazadla.

11:28

El mensaje seguía, pero tú no habías contestado más y yo ya había leído suficiente. Supuse que ahí fue cuando, rota y con ganas de hundirte, viniste a buscarme. Me consumían el dolor y la rabia, así que no quería imaginarme por lo que estabas pasando tú.

Oí la puerta del baño. Respiré profundamente e intenté enjugar las lágrimas. No podía ponerme en tu lugar. Nadie puede salvo que haya vivido lo mismo. Me levanté para esperarte junto a la puerta de la habitación.

—Ven —te dije, extendiendo los brazos.

Te abracé con fuerza. Tú te abalanzaste sobre mí, llorando desconsoladamente.

—Estás tiritando. Y helada —dije mientras te frotaba la espalda para darte calor. Te aparté, te sujeté por los antebrazos y te miré a los ojos—. No voy a decirte que estés tranquila, que no pasa nada, porque no lo sé.

Asentiste e intentaste contener el llanto.

—Va a ser una temporada muy jodida —continué—. Y, muchas veces, tendrás que hacerte la fuerte delante de tu madre para apoyarla. Lo único que puedo hacer es ofrecerte mi casa para cuando necesites un sitio donde permitirte ser débil y mi hombro para cuando quieras apoyarte en él.

Te volviste a lanzar a mis brazos. Estuvimos un rato así, de pie, mientras echabas fuera parte del dolor con el que cargabas.

—Bebe esto —te ofrecí la infusión que había preparado.

Nos sentamos en la cama y te puse la manta eléctrica por encima de los muslos. Agarraste la taza con fuerzas y apretaste tus manos contra ella para calentarlas.

—Es que no lo entiendo —dijiste entre el llanto—. ¡Joder! ¡Mi madre! Siempre la ves con esa alegría, esa gana de vivir. ¡Y que es muy joven, joder! No es justo.

Asentí. Aquello no tenía nada que ver con la justicia. Ojalá fuera así. Lo único que podía hacer era permitir que desahogaras esa impotencia enorme que te hervía la sangre.

—Voy a por una toalla. Aún tienes el pelo empapado.

Cuando regresé, estabas echada en mi cama, acurrucada, mirando hacia la pared. Escuchaba cómo llorabas, casi sin fuerzas. Saqué una manta del armario y te tapé con ella. Me eché a tu lado, frotándote el brazo para darte calor y cariño al mismo tiempo. En cuanto te acaricié, te

giraste.

—Ojalá se pare el tiempo —dijiste poniendo la cabeza sobre mi pecho—. No quiero vivir lo que me va a tocar vivir. Solo quiero estar aquí, en mi refugio.

Pasamos unos diez minutos en silencio. Tú llorabas. Yo te acariciaba.

—¡Fran! —exclamaste de pronto—. Tengo que hablar con él. ¡Y el coche!

—Espera —dije buscando mi móvil—. ¿Cuál es la matrícula de tu coche?

—No me acuerdo. Qué desastre. —Por primera vez, sonreíste ligeramente. Te incorporaste un poco. Mi sudadera te quedaba grande y te sobresalían las mangas. Estabas adorable—. Ey, creo que tengo una foto mía con el coche.

La buscaste en tu móvil para anotar la matrícula.

—¿Policía? Sí, un coche que ha tenido un accidente. La chica se puso nerviosa y se fue. Vale. Está en el depósito municipal —te dije cuando colgué—. Voy a pedir un taxi y nos acercamos. Y, después, vamos hasta tu casa y hablas con Fran. Si quieres, te acompaño mientras se lo cuentas.

Marqué el número para pedir el taxi. Me quitaste el teléfono.

—Espera. —Volviste a poner la cabeza sobre mi pecho—. Déjame ser débil otro rato.

Te acaricié el cabello mientras oía tus latidos acelerados. Poco a poco, tu respiración pasó a ser lenta y profunda. Te habías dormido. Tenías que estar agotada de la presión, el dolor, el frío, el cansancio... Al estar bajo la manta, entraste en calor y toda esa presión se liberó.

Te aparté un poco el pelo que te cubría la cara para verte mejor. Era un rostro tan dulce y lleno de vida que reflejaban a la perfección cómo eras. Te acaricié la mejilla. Se puso colorada, como cuando te pasé la toalla para limpiarte la hamburguesa. Sonreí. Tu rostro calmado, la respiración serena y profunda, tu brazo sobre mi barriga; sabía que eran cosas que no iba a olvidar jamás. Respiré profundamente. Nos aguardaban meses muy duros y nada volvería a ser igual.

En la cama contigo, con tu cabeza sobre mi pecho, primero llorando, durmiendo después, vivimos unos minutos de tanto dolor y, a la vez, de tanta ternura, que se me hace un nudo en la garganta siempre que lo recuerdo. Ojalá pudiera volver a aquel día, a tenerte entre mis brazos, a ser tu refugio, a que tú seas el mío. Y no separarnos nunca.

Parte III

OJALÁ ME ODIES

CAPÍTULO 24

La realidad que nos esperaba a partir de ese momento no iba a dejar espacio para ese «nosotros» que deberíamos haber sido.

El serbal

Cuando no estaba contigo, no hacía más que pensar en ti. Y cuando estábamos juntos no pensaba más que en agarrarte la mano o abrazarte. Incluso alguna vez soñaba hasta con besarte. Aquello no podría haberse mantenido mucho tiempo y cada vez parecía más inevitable que estuviéramos juntos. No obstante, todo había cambiado. La realidad que nos esperaba a partir de ese momento no iba a dejar espacio para ese «nosotros» que deberíamos haber sido.

Ese viernes, después de estar en mi casa, te acompañé hasta la tuya hasta que llegaron tus padres. Vi que tenía varias llamadas de Silvia, pero decidí esperar a llegar a mi apartamento para hablar con ella.

—¡Hola! ¡No me has cogido el teléfono! —dijo Silvia al otro lado del auricular.

—Perdona. He estado en casa de Sara hasta ahora. Ha ocurrido algo...

—¿Qué ha pasado?

—Supongo que hablará ella contigo...

—¿No me lo vas a contar? Me estás asustando.

—Su madre.

—¡Ay, Dios!

—Es más grave que la vez anterior.

—Voy a llamarla.

—Mejor espera a que te diga ella algo. Ahora estará hablando con su padre, o puede que su madre haya despertado.

—¡Y yo aquí en Florencia! ¡Joder! No tenía que haber venido.

—No, no digas eso. Nadie podía saber que ocurriría algo así.

—¿El padre está en casa?

—Sí, han vuelto. Van a darse otra oportunidad.

—¡Qué fuerte! No me ha dicho nada.

—Te voy a dejar. Es tarde y aún tengo que bañar a mi madre y preparar la cena.

—Vale. Mañana hablamos. Cualquier novedad, me avisas.

—Hasta mañana.

—¿Y a ti te pasa algo? Estás... raro.

—Será el cansancio. Ha sido un día intenso.

—Ya, imagino. Me cuentas mañana cómo te enteraste y todos los detalles. Ya que no estoy yo, cuida de Sara, porfa. ¡¡¡Te quiero!!!

—Te quiero. Hasta mañana.

Posé el móvil en el zapatero del recibidor y fui a preparar el baño para mi madre. Sonó la recepción de un mensaje. Sería el «chao, gatito» de Silvia. Me sonaron algunos más, así que fui a mirar. Además del mensaje de Silvia, había uno tuyo. Al marcharme de tu casa, te había enviado un mensaje para que supieras que estaría ahí para lo que necesitaras.

Sara

¡¡¡Gracias!!!
19:37
Hasta mañana.
19:37

Yo
Hasta mañana
19:37

Me gustó que dieras por hecho que nos veríamos al día siguiente. No podía imaginar la situación que tendrías en casa ni lo que podría pasar por tu cabeza. Lo único que tenía claro es que te apoyaría en lo que estuviera en mi mano y estaría disponible para lo que necesitaras.

Después de cenar, preparé algo de comida. No tendríais humor para cocinar. Lo guardé en táperes y lo coloqué sobre la encimera para llevároslo cuando saliera de trabajar. Era muy tarde y había sido un día muy intenso, así que me fui a acostar. Me eché y me cubrí con la manta con la que te había tapado, deseando con todas mis fuerzas que todo te fuera bien.

—¡Hola! —saludaste con media sonrisa cuando fui a tu casa el sábado.

—¿Qué tal tu madre?

—Está durmiendo. Se despertó a mitad de la noche y se desveló, pero ahora descansa.

—Hola —me saludó tu padre viniendo a estrecharme la mano.

—¿Cómo estás?

—Ahí vamos —respondió encogiéndose de hombros y apretando los labios con resignación.

Me dirigí a la cocina y abrí la mochila.

—¿Qué traes ahí hoy?

—Algo de comida. No os apetecerá mucho, pero aquí queda.

—¿A ver? —dijiste mirando en los táperes.

—¿Has comido algo? —te pregunté. Saqué una sartén y la puse al fuego.

—No, la verdad es que, desde ayer al desayuno, nada —contestaste mientras te sentabas en la isleta—, pero no tengo hambre.

Eché garbanzos en la sartén. Agregué un chorro de aceite de oliva y los salteé. Cuando estuvo caliente, agregué espinacas y, a continuación, pimentón dulce y picante, lo puse en un plato y te lo acerqué.

—¡Qué bien huele!

—En el otro táper hay lentejas estofadas. Creo que son suficientes para los cuatro. Ten —dije echando otra ración de garbanzos—. Llévaselo a tu padre.

—¡Papá! —gritaste.

—¡Qué haces, loca!

—¡Huele bien! —dijo tu padre entrando en la cocina.

—Tristán nos ha traído esto. Prueba.

—Gracias.

—Avisad a Fran también.

—Lleva encerrado en su cuarto desde ayer.

—He subido a hablar con él —comentó tu padre—, pero apenas respondía a lo que le

explicaba. Está como en shock.

—¡Vaya! Supongo que necesita tiempo para digerirlo.

—Oye, esto está muy rico. No me engañaban cuando decían lo bien que cocinabas —piropeó tu padre—. Yo, comiendo espinacas... No me lo creo.

Te levantaste y, sin decir nada, sacaste un plato, echaste una ración y me la pusiste delante. Volviste a sentarte y comimos los tres. Después de recoger la cocina juntos, decidí que tenía que irme y dejaros vuestro espacio.

—El lunes no sé si iré a clase —te despediste de mí en la puerta.

—Ya, normal. Le pediré los apuntes a Samuel y a estos. Cuando los tenga, te los pasaré.

—No les cuentes nada de momento. Ya veré si hablo con ellos.

—¿Y con Silvia? ¿Has hablado con ella?

—Me ha escrito, pero aún no le he contestado.

—Si necesitas cualquier cosa, me avisas.

Me dolía despedirme. Mucho. Separarme de ti cuando estabas contenta me entristecía porque sabía lo que te echaría de menos, pero no estar contigo viéndote destrozada me resquemaba.

Me pasé la tarde buscando tutoriales sobre piano. Tenía pensado quedarme el domingo en casa, practicando. Estaba ansioso por seguir aprendiendo. Eso sí, después de estar la tarde del sábado con el teclado, me dolían las muñecas, así que busqué vídeos que hablaban sobre la postura. Me estaba preparando cuando sonó el móvil. No tenía pensado hacerle caso, pero vi tu nombre en las notificaciones.

Sara

Fran sigue sin salir de su habitación.

14:27

No quiere hablar con nadie.

14:28

¿Te importaría venir tú y hablar con él?

14:28

Me vestí con lo primero que encontré y fui hasta tu casa. Cuando llegué, se oía a Nirvana a todo volumen en la habitación de Fran. Se me dibujó media sonrisa al pensar que sería lo que yo escucharía en una situación así.

Tu madre estaba en la cocina, así que me acerqué a saludarla.

—Esther.

Tu madre se levantó y vino hacia mí para darme un abrazo.

—Muy ricas las lentejas —comentó tratando de poner una sonrisa—. Ya me pasarás la receta, porque es la primera vez que comen lentejas estofadas.

—¿«Que comen», dices? —la reprendiste, en broma—. Tú las comes todos los días, ¿no?

—Bueno, que comemos. No soy de verduras yo tampoco.

—¡Ven! —me dijiste tirándome del brazo para llevarme al salón—. Estamos preocupados por Fran. No sabemos ni si ha comido algo desde el viernes.

—Vale, intentaré hablar con él.

En realidad, no sabía qué podía decirle yo que no le hubierais dicho tú o tu padre. De todas formas, subí y llamé a la puerta de su habitación. No obtuve respuesta, así que insistí.

—¡Abre! —dije con firmeza—. ¡Soy Tristán!

Detrás de la puerta, pude oír cómo se levantaba de la cama, encendía la luz y giraba el picaporte. En cuanto entré, se dejó caer en la cama de nuevo. El ambiente denso me confirmó que no había salido de la habitación en varios días. ¿Me sentaba a su lado para explicarle lo que ya sabía? ¿Le comentaba lo duro que iba a ser todo y que tenía que apoyar a su madre?

—¡Ven!

Se me ocurrió algo de pronto. Lo levanté sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Dónde? —preguntó, abrumado.

Bajé agarrándolo con fuerza del brazo. Nos viste descender por la escalera y me miraste, extrañada. A tus padres preferí ni verlos. Tampoco estaba muy seguro de lo que estaba haciendo.

—Déjame las llaves de tu coche —te ordené.

—¿Qué? —reaccionaste con cara de sorpresa. Te miré de lado para que no hicieras más preguntas—. Vale, vale —aceptaste dándome un juego de llaves del cuenco que estaba en el mueble de la entrada.

—¿Dónde vamos? —me preguntó Fran, asustado, cuando lo llevé fuera de la casa.

—A un sitio.

Entramos al coche y comencé a subir la colina hacia el monte Serbal mientras sonaban los primeros acordes de *Experience*.

—Mira, aquí se acelera la música —le dije a la vez que subía el volumen.

—El *tempo*.

—¿El qué? —le pregunté, apretando el acelerador.

—¡El *tempo*! —gritó—. En música se dice el *tempo*. ¿Puedes ir más despacio? —me pidió Fran, alzando la voz para que lo escuchara.

Salía de cada curva acelerando escandalosamente para frenar en seco en la siguiente. Cada vez había menos distancia entre una y otra. Llegamos a la cima y comenzamos la bajada, donde las curvas se cerraban cada vez más. Por la derecha, por el lado de Fran, un simple quitamiedos nos separaba de un precipicio de doscientos metros hacia la nada.

—¡Frena! —rogó, agarrándose en el salpicadero.

Aceleré aún más, y empecé a recortar las curvas invadiendo el carril contrario. Cuando había visibilidad, claro.

—¡¡Tristán!! ¡¡Estás loco!!!

Bajé las marchas para que el motor rugiera más de la cuenta en cada acelerón. Y en cada frenazo hacía chirriar las ruedas.

—¡¡¡Para, tío!!! —suplicó, asustado, casi llorando—. ¡¡Para, por favor!!

Conocía bien la zona. A pocos kilómetros de iniciar el descenso, se encontraba la explanada presidida por el serbal, que daba nombre a la montaña, donde iba cuando quería desconectar de todo.

Cuando llegué a esa especie de mirador, frené de golpe y eché el freno de mano. Salí del coche y, sin siquiera detenerme a cerrar la puerta, saqué a Fran, lo agarré por el brazo y lo acerqué al precipicio.

—¡Grita! —le dije. Me miró, asustado—. El pánico que sentías en la carretera. Sácalo.

—Ahh —gritó muy tímidamente.

—¡Fran! Ese miedo que acabas de sentir es una mierda al lado del pánico que te agarrotará cuando hables con tu madre. Vas a mirarla a los ojos y notarás que está en peligro. —Se quedó

paralizado—. ¡Grita!

—No puedo —contestó.

Comenzó a llorar. Le zarandeeé para que reaccionara.

—¡No puedo, joder! —sollozó con impotencia.

Lo agarré por la cintura y lo acerqué al precipicio.

—¡¡Tu madre tiene cáncer, Fran!! Tu madre no se lo merece. Hay un montón de hijos de puta sanos por el mundo y tu madre va a tener una lucha a vida o muerte con esta puta enfermedad.

—Ahhh —empezó a gritar mirando al precipicio.

—¡Es muy injusto que tu madre pase por esto! ¡Es una mierda para todos! Ninguno os merecéis sufrir algo así.

—¡¡¡Ahhhhh!!! —gritó más fuerte—. ¡¡¡Jodeeeeer!!! —El grito resonó por las montañas, propagándose con el eco.

—Sácalo, Fran. ¡¡Sácalo todo!!

—¡¡¡¡¡Aaahhhhhhhhh!!!!!!

Su rostro se volvió rojo de la furia; estaba desencajado. Gritó hasta que no tuvo nada más dentro. Le abracé por detrás mientras se desmoronaba.

—Ya está —dije mientras él se dejaba caer. Yo lo sujetaba y le senté en la roca junto al serbal.

—No lo entiendo, Tristán. —Me miró, roto de dolor—. ¿Qué mierda es esta? Ya lo ha pasado una vez, ¿no? Ahora les toca a otros.

—No te puedo dar una respuesta. Si esto fuera cuestión de justicia, ninguno de vosotros tendría que pasar por esta situación.

Estuvimos un rato sentados, hablando. Cuando se tranquilizó un poco, saqué la mochila del coche y me senté de nuevo. Abrí una cerveza para él y otra para mí.

—Ten, quiero que tomes tu primera cerveza conmigo.

—Ja —le salió sin pensar—. Perdón, pero si te hace ilusión pensar que es la primera...

—Ja, ja, tienes razón.

—Por cierto, ¿siempre llevas cervezas en la mochila?

—Últimamente me gusta estar prevenido.

—¿Prevenido?

—Mira, Fran —dije, cambiando de tema—. Por cosas de la vida, yo no he podido disfrutar de mi madre. Está viva y estoy con ella a diario, pero está mal desde hace mucho tiempo. Tú la tienes. Siempre la has tenido.

—Es la mejor —respondió, y dio un trago enorme.

—Ya veo que no es tu primera cerveza, ya. Lo que quiero decir es que disfrutes todo el tiempo que tengas con ella. Nadie sabe cómo acabará esto. Tienes que exprimir cada segundo a su lado, decirle cuánto la quieres, demostrarle lo agradecido que estás de que sea tu madre. No te arrepientas de no haberlo hecho.

—Es que es muy duro, Tristán.

—Lo sé. —Bebí un trago—. Bueno, lo imagino solo. Y también tienes derecho a llorar. Solo, con tu hermana, con tu padre; incluso con ella. Tu madre agradecerá que llores a su lado. Lo único que te pido es que no te encierres en ti mismo. Disfruta con ella; sufre con ella si tienes que hacerlo.

—¿Tienes más? —preguntó mientras apuraba el último sorbo de su botellín.

En mi mochila aún guardaba dos, pero no quería beberlas allí porque tenía que conducir, así

que decidí bajar a *El Rincón de Marc*.

—Todavía no he hablado con Ángela —me comentó a la tercera cerveza. Se notaba que no era la primera cerveza que bebía, pero tampoco estaba muy acostumbrado.

—¿Por qué?

—No sé. Me da miedo que piense que soy un *agonías* que solo habla de cosas chungas.

—¿No es tu amiga?

—Sé que es una gilipollez, pero no me he atrevido.

—¿Sabes? He tenido esa sensación que no te atreves a expresar. Se llama «miedo a parecer débil». Ahora, pregúntale a Ángela si prefiere a un amigo que muestre su tristeza o a alguien que, a base de fingir que todo está bien, se convierta en una persona infranqueable.

—Ya. Voy a escribirle.

Sacó el móvil y comenzó a teclear.

—¿Estás loco? Trae acá —dije quitándoselo de las manos.

—Ey.

—Mañana me lo agradecerás.

—Que no estoy borracho.

—Claro. Voy a hacer como que te creo. De todos modos, si has podido esperar hasta hoy, podrás esperar a mañana.

Después de unas cuantas cervezas más, me escribiste para saber dónde estábamos, así que decidí acompañar a Fran a casa. Había bebido demasiado, tanto que ni me importaba llevarlo con vosotros en esas condiciones. Eso sí, no estaba para conducir, así que regresamos andando.

—¿Dónde habéis estado? —preguntaste al abrir la puerta.

—Hemos ido al monte Serbal.

—¿En serio? ¿Habéis bajado el puerto así? —recriminaste, muy seria.

—No, no —respondí, intentando mantener los ojos abiertos—. Eso sí, mañana tienes que ir a buscar el coche a *El Rincón de Marc*. O bueno, hoy, como quieras.

—¿Has emborrachado a mi hermano?

—Alguna vez tenía que ser su primera borrachera. Mejor conmigo que solo, ¿no?

—¿Su primera borrachera? Si casi no he tenido yo la mía.

—Otro día.

—Otro día, ¿qué?

—Otro día solucionamos eso. Hoy no estoy en condiciones.

Tu tono era de regañina, pero en tu rostro veía que deseabas reírte viéndonos así. Alcé la mano con las llaves del coche para depositarlas en el cuenco, pero, no sé por qué, cayeron al suelo.

—Uy, lo siento.

—¿En serio? —me reñiste sin poder disimular la risa.

—Hasta mañana.

Me despedí y, a continuación, me acerqué a ti y te di un sonoro beso en la mejilla. ¿De verdad? ¿Un beso en la mejilla? Me sigue dando vergüenza cuando lo recuerdo. ¿A qué había venido eso?

CAPÍTULO 25

Esa sensación de plenitud recorrió mi cuerpo con tal fuerza que era como si nunca nadie me hubiera abrazado antes.

En familia

Estaba llegando al trabajo y empezaron a sonar notificaciones de mensajes una detrás de otra. Con el dolor de cabeza que tenía por culpa del exceso de cervezas del día anterior, cada pitido me taladraba el cerebro.

Sara

Buenos

5:50

días.

5:50

Te

5:50

escribo

5:50

palabra

5:50

por

5:50

palabra

5:50

para

5:51

que

5:51

suenen

5:51

mil

5:51

notificaciones.

5:51

¿Cómo va esa resaca?

5:51

Ahora en serio, solo quería recordarte que no iré a clase.

5:51

Buena mañana.

5:52

Me pareció *graciosísimo*... Eso sí, no puedo negar que me hizo ilusión que te acordaras de

mí tan temprano.

Al día siguiente, había que exponer el trabajo de *Semiótica*, aunque eso había dejado de tener importancia. De hecho, casi todo dejó de tenerla. El martes, antes de comenzar la clase, hablé con la profesora para que me permitiera realizar la exposición yo solo.

—Qué casualidad que seáis vosotros los que dais problemas.

—Lo hemos hecho los dos, en serio —le dije—, pero Sara no podrá venir en toda la semana.

—Es un trabajo cuyo objetivo es afianzar la cooperación entre varios profesionales durante la investigación para que se tome conciencia de lo fundamental que resulta el entendimiento entre los miembros de un equipo para el correcto desarrollo de la tarea, aunque no siempre valoren la importancia de los hechos bajo los mismos criterios.

Pudo decir todo eso sin apenas tomar aire.

—No sé... Podemos exponer la semana que viene.

—No. Hoy es el día. Le doy una oportunidad a usted solo, pero, ya le digo, el objetivo final no se cumplirá y la nota se resentirá.

No me quedaron muchas ganas de continuar, la verdad. Yo tampoco lo llevaba demasiado preparado, así que hice lo que pude, dando por hecho que suspendería.

Pedí una semana de vacaciones desde el jueves, el día de la operación de tu madre. No sabía cómo podía ayudar ni si queríais que estuviera en el hospital, pero necesitaba estar disponible todo el tiempo para lo que hiciera falta. Y, si lo que hacía falta era que no ayudara, pues me quedaría en casa.

El jueves fui al hospital, aunque no te dije nada. Estaba en el pasillo que daba a la sala de espera de los quirófanos, dudando entre entrar, avisarte con un mensaje o marchar. Aún estaba indeciso cuando saliste y me viste.

—Solo venía a saber si había novedades —dije, sin pensar—. Y a ver cómo estabas.

—Sigue en quirófano. ¿No trabajas?

—No, hoy no.

—¿Es festivo y yo no sabía nada?

—En algún sitio del mundo lo es.

—¿Clase? Tampoco.

—Día libre: es el día mundial de los manatíes.

—Ya. El mundialmente celebrado día de los manatíes. ¡Cómo se me habrá olvidado! Te invito a un café, anda.

Fuimos a la cafetería y, después, me pediste que esperara con vosotros. Cuando finalizó la intervención, me quedé acompañando a Fran mientras tu padre y tú hablabais con el cirujano. Regresasteis, aunque ya ibais a subir a planta a esperar por tu madre, así que me despedí.

—Te acompaño afuera —me dijiste.

En la sala junto a la entrada, te sentaste en uno de los asientos de la hilera más cercana a la salida y echaste la cabeza hacia atrás, entre cansada y agobiada. Me hiciste gesto para que me sentara a tu lado.

—Le han quitado los dos pechos, Tristán.

—¡Joder!

—Y, si le han extirpado los dos, significa que está muy extendido. Le han quitado hasta un

trozo de pulmón.

—Lo siento.

—No sé si puedo aguantar esto —dijiste con un hilo de voz débil, chiquitito—. De verdad. Lo intento, pero me supera.

—Esto supera a cualquiera, Sara —respondí, a la vez que te agarraba la mano—. Nadie está preparado para vivir esta mierda.

La gente entraba y salía; la actividad era frenética. Sin embargo, sentados en aquella sala de espera, el tiempo y el espacio no existían para nosotros. Entrelazamos nuestras manos y apoyaste tu cabeza sobre mi pecho; estuvimos así más de quince minutos. Aunque tus ojos estaban empañados, no tenías energía ni para llorar.

Durante la semana siguiente a la operación de tu madre intenté apoyar en todo lo que pude. Solía preparar algo de comida y os lo llevaba. A veces, me encontraba con tu padre y hablábamos un rato. Otras, Fran me pedía que subiera a la habitación con él: escuchábamos algo de música, me preguntaba mil cosas sobre el veganismo, me comentaba cómo se sentía...

Y, otras, me recostaba en la butaca, frente a ti. Te sentabas en el sofá sobre tus piernas cruzadas y algunas veces veíamos *Friends*: te habías empeñado en que tenía que verla, aunque a mí no me gustaba demasiado. Otras, hablabas sin parar. A veces, me contabas cosas sobre tu madre. ¡Cómo te brillaban los ojos cuando hablabas de ella! Contabas cómo jugabas con Fran o cómo os peleabais durante vuestras vacaciones en Peñíscola para ver a quién subía vuestro padre en hombros. Otras veces quedabas en silencio, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Me sentaba a tu lado y te sujetaba la mano, acariciándote mientras llorabas sin decir nada.

El sábado, después de trabajar, me acerqué hasta tu casa para saber cómo estabais. Me llevaste a tu cuarto y me enseñaste las imágenes que te habían enviado de la primera versión de la portada de *El rencor del almendro* y el primer borrador corregido.

—Por cierto, Fran quiere presentarte a Ángela. Dice que si vamos a comer mañana a algún sitio. Él no se atreve a decírtelo, ya ves.

—Me encantaría. Había quedado con Melania y Rodri, pero puedo cancelarlo.

—No, genial. Avísalos de que nos apuntamos y, si no tienen problema, vamos todos. Necesito desconectar un rato.

Melania y Rodri pasaron a buscarme y fuimos a la terraza de otras veces. Me gustaría recordar el nombre, pero creo que nunca lo supe. Os vi venir a lo lejos. Llevabas el pelo atado en una coleta de la que se descolgaban algunos mechones por los laterales de la frente. Tu sudadera gris *oversize* me recordaba a cuando habías puesto una mía en mi casa que te quedaba enorme. Con cualquier cosa estabas preciosa, aunque siempre me ha gustado esa belleza natural y desenfadada. Y tu sonrisa. Desde esa distancia, más que verla, la intuí, pero se me aceleró el pulso.

Junto a vosotros venía la que supuse que era Ángela: una chica bajita, delgada, con el pelo azul recogido en dos moños. Cuando se acercó un poco más, vi que tenía los labios pintados en el mismo tono que el pelo. Me llamaron la atención los playeros negros de suela enorme, de los que colgaba una cadena por el exterior, que hacía ruido al golpear con los embellecedores de los

ojetes de metal donde se engarzaban los cordones.

—Hoy, si quieres, vamos adentro —me dijiste antes de sentarnos.

—No, no. Con dos grados estábamos genial fuera, así que imagínate con diez —respondí.

—¡Ey, tú debes ser Tristán! Soy Ángela. ¡Qué bien conocerte! En esa casa no se habla más que de ti. ¿En serio queréis quedar fuera?

Era una chica llena de energía. Demasiada para mi gusto, incluso. Hablaba sin parar y saltaba de un tema a otro sin sentido. Eso sí, me pareció una chica muy del estilo de Fran, con las ideas muy claras para su edad. Además, a Fran le pasaba un poco como a mí. Éramos tranquilos, y necesitábamos a nuestro lado a alguien con chispa que nos agitase la vida de vez en cuando.

Al final, nos convencisteis para comer en la terraza. Mientras esperábamos por la comida, Rodri propuso un juego.

—Cada uno tiene que decir lo que más le gusta de sí mismo.

—¿No es un poco infantil ese juego? —preguntó Ángela. Melania se rio.

—Una chica de quince años considera que tus juegos son infantiles, Rodri.

—Cierto... —Rodri bajó la cabeza y puso un puchero.

—Ay, lo siento. —Ángela se levantó y le dio un beso a Rodri—. Venga, bah, puede ser divertido. Eso sí, hay que decir también lo que menos nos gusta de nosotros mismos.

—Pues me gusta mi perseverancia... —dijiste cuando llegó tu turno.

—Buuu —te abucheamos.

—Vale, vale. Mi pelo. Au, ayúdame —me pediste, tras tirar de la goma que se te había enredado con la melena.

—Un día vas a tener un disgusto con el coletero. Los carga el diablo.

—Tendré cuidado, gracias —respondiste a mi broma con una gran sonrisa mientras movías la cabeza para asentar la melena. Estabas preciosa, y esa sonrisa me mataba—. Pues sí, siempre me ha gustado, tanto así suelto como con coleta.

No me sorprendió que dijeras que te encantaba tu pelo, porque me encantaba cómo tu melena de color castaño claro, casi rubio, te caía con gracia sobre los hombros dibujando pequeñas ondulaciones.

También podrías haber dicho que te gustaba tu nariz, redondita y dulce, o esas mejillas suaves que se ponían coloradas al mínimo contacto. O tus ojos, demasiado claros para decir que fueran marrones, aunque demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes.

Sin embargo, si me hubieran preguntado a mí hubiera dicho tus labios, esos labios que se torcían de manera encantadora para fingir desaprobación cuando te hacía una broma y que, con la misma facilidad, dibujaban una sonrisa puñeteramente perfecta cuando te miraba.

—A mí también me encanta tu pelo —dijo Melania—. ¿Usas algún champú en concreto?

—No lo cuido con nada en especial, la verdad. Será por todo el plátano que nos obligaba a comer mi madre.

—Ya —intervino Fran—. ¿Te acuerdas? Por las tardes, después de clase, siempre íbamos al parque que había junto al cole y nos llevaba un bocadillo y un plátano.

Comenzasteis a recordar momentos de la niñez, cuando vuestras madres y vuestros padres iban a buscaros al colegio, os llevaban al parque y os daban la merienda. En esas conversaciones suelo mantenerme callado porque no puedo aportar nada.

En este caso, Rodri se dio cuenta de que me había puesto un poco nostálgico. Bueno, tú también, supongo, y Fran y Melania, aunque vosotros intuís por qué. Al principio intenté eludir la pregunta, pero no la dejasteis pasar. No suelo hablar de mí; mucho menos cuando hay mucha gente. Sin embargo, en aquel grupo me sentía tranquilo y en confianza. Y el comentario de

Ángela terminó de convencerme.

—Ey, Tristán, estamos entre amigos. Aquí se puede contar todo. Yo os considero amigos, vamos.

—Años con los compañeros de clase y dices que no son ni conocidos —comentó Fran—. Dos minutos aquí y ya son tus amigos.

—Qué quieres. La gente auténtica se cala a la primera. Y sé que eres auténtico, Tristán. Además, no tienes miedo a hablar de tus sentimientos. ¿Por qué te has puesto triste? Todos lo hemos notado. Me gustaría que tuvieras la confianza para contarlo.

—Es que mi infancia ha sido tan distinta a la vuestra... Habláis de cosas normales, de unos padres que os iban a buscar al cole y os llevaban al parque, de unos padres que os ponen una hora y esperan por vosotros para cenar, de unos padres que os ayudarán, cada uno en lo que pueda, cuando os queráis independizar. Y es lo normal. Sin embargo, en esas conversaciones no puedo participar, porque nuestras realidades han sido muy distintas.

Al notarme emocionado, me agarraste la mano. A medida que se cerraba alrededor de la mía, sentí que mis preocupaciones quedaban atrapadas en ese gesto. Ya no cargaba con ese peso yo solo. Nuestras manos entrelazadas formaron una unión silenciosa, un lazo de confianza y comprensión donde era aceptado con todas mis vulnerabilidades. Esa sensación de plenitud recorrió mi cuerpo con tal fuerza que era como si nunca nadie me hubiera abrazado antes.

—Ojalá me hubieran obligado a comer plátano para merendar, porque significaría que alguien me habría ido a buscar al cole para llevarme al parque. Ojalá me hubieran obligado a estar a las diez en casa, porque eso significaría que alguien estaría pendiente de a qué hora llegaba.

Cuando terminé, Ángela se levantó, se colocó detrás de mí y me abrazó.

—Nosotros seremos tu familia —me dijo Fran, poniendo su mano en mi hombro.

—Pues sí, con vosotros es con quienes me siento más tranquilo y en confianza para hablar de lo que sea. Ahora mismo, sois lo más parecido a una familia.

—Bueno, y Silvia, ¿no? —dijo Rodri—. Te falta Silvia.

Me quedé helado. Por unos segundos ni reaccioné.

—Sí, claro. Y Silvia —respondí soltándome de tu mano.

«Te falta Silvia», resonó en mi cabeza. Y no, no me faltaba. La quería, la seguía queriendo... Pero lo vi claro. Fue el momento en que comprendí que quien me hacía falta en mi vida eras tú, no ella.

La conversación continuó y lo pasamos muy bien. Fue una tarde genial. Yo te miraba. No podía dejar de hacerlo. En ese momento no cambió nada entre nosotros, pero lo cambió todo para mí, porque ese día me permití amarte.

CAPÍTULO 26

Amarte, aunque fuera en secreto, me llenaba y me hacía feliz de una manera en la que nunca lo había sido.

Como una flor

Me quedé mirando el móvil, sentado en mi cama. Delante de mí tenía un mensaje de Silvia, y no sabía qué hacer. Estaba rompiendo la promesa que le había hecho.

Silvia

¡Hola, gatito!

19:46

¿Ya estás en casa?

19:46

¿Te puedo llamar?

19:46

Releí el mensaje cien veces, no sé si con la intención de que en una de ellas se me ocurriera la solución a aquella encrucijada. Podía maquillarlo como quisiera, pero la realidad era que sentía cosas por ti y ya no me quedó más remedio que ponerle nombre. ¡Te amaba! Y, lo peor en ese caso, es que no quería dejar de hacerlo. Amarte, aunque fuera en secreto, me llenaba y me hacía feliz de una manera en la que nunca lo había sido.

Sin embargo, no iba a dejar que mis sentimientos afectaran a nuestra relación de amistad y confianza. Me necesitabas como amigo, y no te iba a fallar.

Lo peor era lo que tenía enfrente. No sabía cómo gestionar mi relación con Silvia. Y allí estaba su mensaje, esperando una respuesta que no era capaz de dar.

Tenía que romper con ella. Se me partía el corazón solo de pensarlo. No se lo merecía. ¿Sabes esos momentos en que uno se da asco a sí mismo? Así me sentí, como si estuviera sucio por dentro. Más allá de la promesa rota, lo importante era que le estaba mintiendo a una persona a la que quería.

No podía dejarla por teléfono, ni estando a más de mil quinientos kilómetros de distancia. Si había sido capaz de romper la promesa tenía que ser capaz de esperar, ponerme frente a ella y contarle la verdad.

No obstante, faltaban casi dos meses para que regresara. Y el mensaje estaba ahí, en el móvil.

Yo

Sí, ya estoy en casa.

19:51

Estoy cansado, mejor hablamos mañ

No pude terminar el mensaje y me sonó su llamada.

—¡Hola, gatito! ¿Qué tal? Yo acabo de llegar de Pisa.

—¡Qué bien! —dije tratando de aparentar normalidad.

—¡Vaya pasada! Bueno, muchos turistas, ya sabes —me contó. Hablaba muy rápido, llena de energía. Yo, en cambio, me iba desinflando con cada palabra que decía—. Pero la zona es preciosa. Toda la Toscana lo es, la verdad. ¡Qué locura! Estamos disfrutando como niñas.

—¡Hola, Tristán! —se oyó a Azu de fondo.

—Hola, Azu —forcé una sonrisa, aunque me sentí ridículo porque estaba claro que no podían verme.

—Hemos estado en Lucca también. ¡Es una ciudad preciosa! Llena de iglesias renacentistas, murallas, la *Piazza Napoleone*... Estoy muy contenta. Es una experiencia mágica estar aquí. Ojalá pudiera compartirlo contigo. Quizás podamos venir de vacaciones alguna vez. ¡O a vivir una temporada! ¡Sería genial vivir aquí un par de años! ¿Tú qué tal? ¿Ha estado bien la comida?

—Sí, ha sido divertido.

—¿Te pasa algo?

—Nada, estoy cansado.

—Vale, te dejo descansar. Es que estoy pletórica ahora mismo. Me rebosa la energía. Hasta mañana. ¡¡Te quiero!!

—Te quiero.

Me sentí mal. Muy mal. No había mentido; ni siquiera el «te quiero» era mentira, aunque no contar la verdad en algo así es peor que el mayor de los engaños. ¿Cómo iba a aguantar más de un mes así?

Los días fueron pasando y cada vez sentía más la necesidad de contarle la verdad a Silvia. Cada día me costaba más hablar con ella con naturalidad, y ella iba notándome cada vez más frío y distante. Eso solo podía ir a peor.

Mientras tanto, tú estabas aprendiendo a convivir con la situación. Incluso fuiste algún día por clase. Tu padre, esta vez sí, entendió qué se esperaba de él y eso te dio cierta tranquilidad para retomar, en parte, tu rutina. Tu madre empezó la quimio y, unas dos semanas después, me enviaste un mensaje.

Sara

¿Está abierto el refugio?

18:32

No habías vuelto a mi casa desde aquel viernes, así que supuse que tenías que estar destrozada para pedirme venir a mi apartamento. Te abrí la puerta; traías un pañuelo morado en la cabeza. Te lo quitaste: estabas completamente rapada. No tenías ni un pelo. ¡Habías hecho eso por tu madre! Tuve claro que te habías rapado para acompañar a tu madre, aunque en tus ojos vi que te estabas conteniendo y que ibas a explotar. No quería que lloraras; no ese día. Un gesto tan bonito no podía hacerte sufrir.

—Ese nuevo corte de pelo te rejuvenece. Estás tan joven que apenas te reconozco.

—¿En serio? ¿Es eso lo que me tienes que decir? —respondiste, con una ligera sonrisa.

—Me gusta —dije, pasándote la mano por la calva—. Con la ventaja de que ya no perderás más gomitas entre tu pelo. La coleta te quedará regular, eso sí, pero el coletero no lo vas a perder.

Te reíste y pasaste al recibidor.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? Venía con la intención de llorar durante una hora al menos. Nos hemos quedado sin plan.

—Vaya. Sonaba divertido.

—Lo de estar calva me ha recordado a un capítulo de *Friends*. ¿Quieres que vaya a buscar la colección en DVD?

—Puedes traerlo. Y, si quieres, trae también unos VHS. Pero no tengo donde reproducir ni uno ni otro.

—Creo que la están reponiendo en *Netflix* o en HBO.

—No tengo ninguna plataforma.

—Eh... vale, puedo loguearme con mi cuenta.

—Mi madre está en la habitación, así que vamos al salón. En el televisor lo veremos mejor que en mi portátil.

Estabas de pie, junto a la horrible mesa de centro, buscando el mando a distancia para introducir tu clave. Te miré, embobado. ¡Qué gesto habías tenido hacia tu madre! Eras una persona admirable. Imaginaba lo que podía afectarte haberte cortado el pelo, pero sabía también que no lo habías dudado ni un momento. Me sentí orgulloso de tenerte en mi vida.

—Ey —te dije. Estabas de espaldas a mí y te giraste. Te destapé la cabeza—. No escondas tu gesto detrás de un pañuelo; al menos, no conmigo.

Pensé en abrazarte, pero ya era consciente de que te quería; me sentí mal sopesando si aquello era una especie de engaño a Silvia. Por otra parte, me pregunté a mí mismo si mi «yo» de meses antes lo hubiera hecho. Comprendí que sí, y no quería que cambiara nada entre nosotros.

—Eres muy grande —te dije, dándote un beso en la frente mientras te abrazaba.

Vimos *Friends* el resto de la tarde. Nunca me gustó demasiado, lo sabes, aunque sí me emocionó un episodio en el que Ross y Rachel, dos de los protagonistas, se habían separado. Sonaba *With or without you*. Era nuestra canción. Tú no lo sabías, claro, pero era nuestra canción.

Te miré. Te había emocionado el capítulo y te brillaban los ojos. «¡Qué preciosa eres!», pensé, observándote con disimulo. Daba igual que te hubieras rapado; no se me ocurría nada que pudieras hacerte para dejar de parecerme preciosa, porque iluminabas cualquier sitio en el que estuvieras.

Sí, te quería. Cada vez que dejaba escapar mis ojos hacia ti me lo confirmaba. Y te admiraba. ¡Cómo no hacerlo! Estabas siempre ahí para todos, dispuesta a sacar una sonrisa a quien la necesitara. Eras inteligente, brillante, con esa chispa que solo tienen los locos o los genios.

Sí, te quería. Era tan obvio que apartaba la vista cuando me mirabas, porque me imaginaba que se me transparentaba. Te quería, pero era consciente de que estabas para vivir otras cosas que no tenían nada que ver conmigo.

Sara

Cuando salgas de trabajar, ¿vienes por aquí?

11:32

¡¡Tengo una sorpresa!!
11:32

Días después, me escribiste mientras estaba en el trabajo. Me guardé el móvil porque apareció Róber, y se suponía que en horas de trabajo debía quedar en la taquilla. Dejé de preocuparme cuando vi que él traía el suyo en la mano.

—Mira, Tristán —dijo, enseñándome la foto de un coche. Era un deportivo, pero ya sabes que nunca he entendido de esas cosas.

—¡Es una pasada!

—Me lo entregan en unas semanas.

—¿Lo has comprado? Qué bien.

—Sí, cuesta un dineral, pero si no lo hago con veintiséis y viviendo con mis padres, ¿cuándo lo voy a hacer?

—Cierto. ¿Y el que tienes ahora? Porque está nuevo, ¿no?

—Nuevo, dice. Tiene casi veinte años. Me da pena, porque está bien y en la casa me dan mil doscientos euros por él nada más.

—¿No puedes venderlo por tu cuenta?

—Podría sacar un poco más de dinero, pero es mucho incordio para el beneficio que voy a obtener. Oye, tú no tienes coche, ¿no? ¿Por qué no me lo compras tú?

—Ojalá pudiera, pero no tengo pasta.

—Mira, te lo dejo por los mil doscientos euros que me daría la casa. Y me lo pagas poco a poco. Unos... cien euros al mes. ¿Qué te parece? En un año lo tienes liquidado.

—Me haría falta, la verdad.

—Sí, tío. Me hace ilusión seguir viéndolo. Te juro que no me ha dado un problema. Le he tenido que cambiar la batería un par de veces; poco más.

—¿De verdad que no te importa que te lo pague a plazos?

—No, joder. Me alegra que te pueda servir. Prefiero eso a que se lo lleven los del concesionario, le den una capa de pintura y lo vendan por tres mil euros.

—¡Venga, vale!

—Genial. En cuanto me llegue el coche nuevo, te llevas el mío.

No me lo podía creer. ¡Había comprado un coche! Sí, de veinte años, y con doscientos mil kilómetros. Pero ¡había comprado un coche! Al salir, me acerqué a él: *Seat León 1.9 TDi SPORTS LIMITED*, leí.

¿Qué sorpresa tendrías? Tu padre me abrió la puerta. Había entendido que la sorpresa era positiva, pero la cara de tu padre parecía advertirme de que no era así.

—Hola, Tristán. Está en su habitación.

Su tono me alarmó aún más. Subí las escaleras. La puerta de tu habitación estaba entreabierta, así que te vi agachada frente a unas cajas de lo que parecían unos libros. No entendía nada. Entré y te giraste hacia mí.

—Mira qué mierda —dijiste, sacando un libro de la caja—. Esperaba emocionarme al ver mi novela con mi nombre en la portada y, en cambio, lo primero que veo es un puto árbol. ¡Un puto árbol, Tristán! —exclamaste acercándome el libro a la cara—. ¿Dónde está la protagonista que sale de detrás del almendro?

—Esa se parece más a la primera que te habían enviado. ¿Has hablado con ellos? Igual es un error.

—No pueden hacer nada, dicen. Ellos ya me habían enviado la prueba de impresión, dicen. Cada vez te notaba más alterada. Nunca te había visto así de furiosa.

—¿La tienes por ahí para comparar?

—No, no la tengo. Ya he buscado por todas partes. No se parecía en nada a esta mierda, Tristán.

—Tienen que haberse equivocado. De todas formas, aunque la portada es importante, lo fundamental es lo de dentro y verás cómo, en cuanto la gente comience a leerle, se venderá solo.

—El interior —dijiste con ironía—. Este interior.

Sujetaste un libro y, al pasar las páginas un poco rápido, se desprendieron dos hojas.

—¿Este interior? —dijiste pasando las hojas cada vez con más violencia—. ¿¡Este puto interior que se desarma con soplar!?

—A ver, nadie va a tratarlo así, aunque es cierto que se desprende fácilmente. Tendrán que imprimirlo otra vez.

—Dicen que no. Es el papel que he contratado y es así de débil. Que quizá tendría que haber pagado más y el papel sería mejor.

—Joder, vaya mal —dije, sentándome en tu cama.

—¿Cómo voy a entregar esto a nadie, Tristán? La gente ha pagado por un libro y ¿le voy a dar esto?

—Los comprobaremos uno a uno. Los que estén bien, se los das a los que han hecho la precompra.

—Mira. —Arrancaste unas cuantas hojas—. ¡Mira qué basura! —gritaste azotándolo contra la pared—. A ver este —dijiste sacando otro de la caja.

Pasabas las hojas con fuerza, aunque no tendría que ser suficiente como para que se desprendieran.

—¡Más basura!

Lo lanzaste. Sacabas libros y los tirabas, uno detrás de otro, gritando.

—¡Y este! ¡Una basura! ¡Y este! ¡Y este!

Estabas completamente fuera de ti. Te sujeté por detrás, inmovilizándote los brazos.

—Ya, ya vale.

—¡Noooo! —gritaste pataleando en el aire—. ¡¡Suéltame!! —seguías chillando mientras intentabas mover los brazos.

Empezaste a llorar, gritando todavía. La furia se fue transformando en desesperación. Perdiste la fuerza y te dejaste caer. Te solté poco a poco hasta que te sentaste sobre la caja de libros.

—Se muere, Tristán. Mi madre se muere —dijiste mirando al infinito.

—No digas eso. Aún queda tratamiento por hacer.

—Veo cómo se apaga cada día.

Me senté en el suelo, a tu lado. Seguías con la mirada perdida.

—¿Sabes qué nos habían dicho?

—No —susurré.

—El médico habló con mi padre y conmigo después de la operación. Dijo que sería un milagro que pasara de los seis meses. —Se me heló la sangre al escucharlo—. Nos aferramos a la mínima posibilidad que había para que se produjera un milagro. Y quizás no deberíamos haberlo hecho.

—Hay que intentarlo, ¿no?

—No lo sé. Estos meses, con el desgaste de la quimio, no los está viviendo. Y quizá para nada, porque, hoy por hoy, no creo que vaya a llegar a los seis meses.

—Hay que esperar.

—La veo apagarse, Tristán. Como una puta flor que no se riega.

Te arrojaste a mis brazos, sollozando.

—¡Se muere! —Te abracé lo más fuerte que pude—. ¡Mi madre se muere, Tristán!

CAPÍTULO 27

No creo en el destino, pero si hay dos personas que estén destinadas a estar juntos sois vosotros dos.

El futuro que nos alumbra

Habías estado muy cerca de un ataque de ansiedad. No soportabas ver así a tu madre. Cuando lograste tranquilizarte, más de una hora después, te dejé descansando sobre tu cama y me fui.

—¡Tristán! —oí que me llamaban al salir de tu cuarto. Era tu madre desde su habitación.

—Hola —saludé, y entré con timidez. Me acerqué a la cama y me agaché para darle un beso. Esperaba que no hubiera oído lo que habíamos hablado tú y yo—. ¿Cómo te encuentras?

Se encogió de hombros y ladeó la cabeza. Sus ojos reflejaban una mezcla de cansancio y tristeza difícil de describir, pero que me hizo entender perfectamente a qué te referías cuando me habías dicho que se apagaba.

—¿Qué tal está Sara?

—Disgustada con su libro —respondí. No quería contarle a qué se debía tu rabia.

—¡Vaya! Tanto esperar para eso. —Me tranquilizó ver que no se había enterado de nuestra conversación. O fingió no enterarse, no lo sé.

—Ey —me sorprendí al ver *La historia del señor Sommer*, de Patrick Süskind, abierto en su mesita—. «El pasado es una sombra que nos persigue y el futuro es un sueño que nos alumbra».

—¿Qué?

—Es una cita del libro —dije, levantándolo y enseñándole la portada.

—Ah, aún no he llegado a esa parte. O la he pasado y no me he dado cuenta. No me concentro muy bien. Tengo entendido que es tu escritor favorito, ¿no?

—Oh, sí; de narrativa, sí. Me encanta cómo logra captar...

—Los detalles sensoriales —terminó mi frase—. «Es capaz de dibujar los olores», creo que dijo alguien.

¿Se refería a lo que yo había hablado contigo en alguna ocasión? ¿Tú se lo habías contado? ¿Hablabas de mí con ella?

—¿Y cuál es el sueño que alumbra tu futuro?

—¿Cómo?

—La frase que me has citado del libro: «el futuro es un sueño que nos alumbra» —repitió con un tono de voz débil—. ¿Cuál es tu sueño?

—No lo sé. Lo primero que necesito es encontrar la tranquilidad necesaria para detenerme, reflexionar sobre qué espero de la vida y empezar a buscarlo.

—Ojalá lo encuentres. ¿Y sabes qué espero yo?

—¿El qué?

—Espero que ojalá ese futuro incluya a Sara —dijo tu madre. Creo que me puse pálido. ¿Tan transparente era?

—Estoy convencido de que seremos amigos durante mucho tiempo —contesté.

—No, no me refiero a eso —dijo sin fuerza. Parecía que se ahogaba—. Es igual —concluyó con desgana.

—Descansa —me despedí. Le di un beso y me dirigí a la puerta.

—Espera. A estas alturas no voy a callar lo que pienso —me giré y volví a su lado—. Pienso que estáis hechos el uno para el otro. Si no llegáis a saberlo, si no intentáis estar juntos, seríais muy estúpidos.

—Pero yo...

—Sí, sé que estás con Silvia. Y ahora... bueno, no es el momento. Pero prométeme una cosa: prométeme que esperarás por ella.

—No me hagas prometer nada. Solo he hecho una promesa y la he roto.

—No creo en el destino, pero si hay dos personas que estén destinadas a estar juntas sois vosotros dos —afirmó en un tono muy suave—. Dime que lo intentarás al menos —continuó casi sin fuerza—. Dime que, en algún momento...

—Lo intentaré —la interrumpí.

Aquella conversación me afectó. En primer lugar, comprendí a qué te referías: tu madre se estaba consumiendo. Solo se podía esperar un milagro. Y, en segundo lugar, me dejó tocado lo que dijo sobre nosotros. Tu madre tenía razón. Te amaba, y el momento no era el indicado, así que te iba a esperar. No iba a tener prisa por empezar contigo. Tendríamos toda la vida para estar juntos.

—Hoy de tarde me entregan el coche —dijo Róber mirando el móvil detrás de la barra mientras yo estaba recogiendo las tazas de una mesa—. Si quieres, nos vemos después y hacemos la entrega oficial de llaves.

—No, tranquilo, no tengo prisa. Mañana.

Me sonó un mensaje y saqué el móvil del mandil de camarero.

Sara

¿Puedes venir?

09:22

Me dio un vuelco el corazón. ¿Tú, escribiéndome a esas horas? Algo grave tenía que suceder. Me quité el mandil, lo posé en la barra y guardé el móvil en el pantalón.

—Róber, tengo que irme.

—¿Algún examen de esos importantes? Samuel no me ha dicho nada —ironizó, aunque le cambió el semblante al ver mi cara de preocupación—. Vale, vale.

—Dame las llaves del coche —dije, poniéndome frente a él.

—¿Qué?

—¡Las llaves del coche, por favor! Me lo ibas a dar de tarde. Adelántalo.

—¿Y cómo vuelvo...? —iba a preguntar él—. Ten. —Me las lanzó y salí corriendo hacia el aparcamiento.

Cuando llegué a tu casa, no me dio tiempo a llamar al timbre. Abriste la puerta. Tenías el mismo semblante desencajado que aquel otro viernes. Estabas, de nuevo, hundida, envuelta en lágrimas, angustiada.

—¡Tristán!! —exclamaste entre sollozos.

Te abalanzaste sobre mí y te echaste en mis brazos. Fran estaba detrás de ti, llorando, en

silencio. Lo acerqué a nosotros para incluirlo en el abrazo.

—Van a sedar a mamá —lograste decir en el coche.

Ni me atrevía a imaginar qué se sentía al escuchar que, quizás, no vieras más a tu madre, ni qué podía pasar por tu cabeza al ponerte cara a cara con ella sabiendo que, probablemente, fuera la última vez que hablaríais.

De camino, llorabas sin decir nada, mirando por la ventanilla. Oírte llorar y no poder hacer nada me revolvía el estómago. No hay dolor más grande que contemplar tus lágrimas.

Yo quedé en la sala de espera. Estuvisteis más de tres horas en la habitación. No sabía muy bien qué hacía allí, pero no quería irme. Al salir, te derrumbaste y te abrazaste a tu padre. Fran os abrazó también. Entendí que ya había terminado todo. Estaba tan débil que no aguantó más de tres horas desde que la habían sedado: tu madre se había ido.

Me dolía por tu madre, tan joven y llena de vida. Me dolía por Fran, que perdía a su pilar en un momento tan importante como la adolescencia. Incluso por tu padre, que mantenía la compostura para apoyaros. Pero, sobre todo, me rompía el alma verte sufrir de aquella manera. Tu madre lo era todo para ti.

Y yo no podía ser tu refugio. Deseaba abrazarte, consolarte, estar contigo, pero no iba a romper el momento familiar de compartir el dolor. Empezasteis a caminar en dirección opuesta a la sala de espera. Supongo que tendríais que hablar con el médico, organizar papeles, contratar el tanatorio... Te giraste y me miraste. Me levanté. No sabía si querías que fuera hasta ti. Permanecí inmóvil. Era una situación delicada y temía incomodaros.

No te movías. Solo me mirabas. No podía quedarme allí sin hacer nada. Caminé en tu dirección y, en cuanto di el primer paso, viniste corriendo hacia mí y nos fundimos en un abrazo.

—Vete a casa —me dijiste después de un minuto, limpiándote las lágrimas—. Te avisaré cuando sepamos algo.

Te vi irte con tu familia. Miraste hacia atrás por última vez. Se me rompía el alma dejarte ir así; se me rompía el alma quedarme allí, alejado de ti.

Me senté en la sala de espera. Quería tomar aire. Aquel abrazo casi furtivo me dejó sin aliento. Al mundo, teníamos que mostrarnos como dos amigos. No sabría ponerle nombre a los que éramos, pero, desde luego, la palabra «amigos» se nos quedaba muy pequeña. Me dolía saber que necesitabas más apoyo y me dolía no compartir contigo todo tu dolor.

Yo

La madre de Sara ha muerto.

14:26

Escribía en el móvil mientras me limpiaba las lágrimas. Silvia me respondió a los pocos minutos para saber qué había pasado, pero guardé el teléfono. No tenía ganas de hablar con nadie.

Ese día ya no habría tanatorio, así que no te vi más. Te escribí para decirte que si necesitabas algo me llamas, pero entendía que estabas con tu familia. Solo podía pensar en cómo te encontrarías. Lo peor es que sabía la respuesta y no estaba contigo. Además, las palabras de tu madre resonaban en mi cabeza. «Espera por ella». «Sí, toda la vida», le respondía a tu madre mentalmente.

La realidad, no obstante, era que Silvia llegaría al día siguiente por la mañana y no sabía cómo afrontarlo. Aún le faltaba más de una semana para terminar el Erasmus, pero sacó los billetes para el primer vuelo. No podía contarle nada de lo que sentía en medio de esa situación.

¡Cómo decirle que estaba enamorado de su amiga, de esa amiga por la que estaba sufriendo!

Al día siguiente me presenté a primera hora en el tanatorio. Fran me abrazó nada más verme. Ángela ya estaba con él. Le di el pésame a tu padre y después me acerqué a ti, que llorabas frente a la cristalera que te separaba del féretro, con el pañuelo rosa en la cabeza que solía llevar tu madre. Parecía irreal que Esther estuviera allí dentro, sin vida. Te pasé el brazo por el hombro y lloraste contra mi pecho.

—Lo siento —susurré.

—Se ha ido —respondiste, completamente ensimismada—. Mamá se ha ido.

Poco a poco, la sala se fue llenando. Llegaban compañeros de trabajo de tu madre, amigos, familiares. Salí de la sala. Cuando aparecieron Vero y Raúl, me quedé con ellos. Ángela no se separaba de Fran, pero yo no podía estar a tu lado todo lo que quisiera, así que te miraba desde la distancia, entre toda aquella gente, siempre pendiente de ti.

Me quedé fuera de la sala, junto a la entrada, para poder verte. Estabas entre una marea de gente que os daba el pésame. Odio esos sitios. ¿No es bastante con el dolor de la pérdida que hay que saludar a todo el mundo, aguantar las frases hechas y mantenerse en pie para ser educado?

Cruzamos la mirada un segundo y me suplicaste con los ojos que fuera a sacarte de allí un rato. Me hubiera encantado limpiarte las lágrimas y hacer que tu dolor desapareciera. Tenía que conformarme con intentar llegar hasta ti y abrazarte con toda la ternura de la que fuera capaz. Crucé la puerta para buscarte. Deseaba estar contigo.

—¡Gatito! —oí detrás de mí, como si un cuchillo me hubiera atravesado el costado.

CAPÍTULO 28

Si supieras cómo sonaba mi nombre en tus labios no lo hubieras pronunciado nunca.

Puñales

Te juro que fue como si me hubieran clavado un puñal. Sentí una angustia de pronto que me apeteció escapar de allí. En cambio, tuve que darme la vuelta y ver la cara sonriente de Silvia mientras se echaba en mis brazos. Cuando se abrazó a mi cuello, sabía que me iba a besar y giré ligeramente la cabeza, con lo que el beso se estrelló en la mejilla. Quedó ridículo, aunque Silvia creyó que no quise besarla por la situación y el lugar donde estábamos.

—¡Te he echado de menos! —me susurró. Mi única respuesta fue un abrazo. Aun así, me sentí la persona más falsa del mundo.

Marcos había ido a buscarla a ella y a Azu al aeropuerto. Entraron los tres para verte y darte el pésame. Fui con ellos.

—Vamos a tomar un café —propusiste—. Necesito salir un rato de aquí.

Nos sentamos en la cafetería del tanatorio. Silvia te agarró de la mano y no se separó de ti. Les contaste a todos cómo se había desarrollado todo hasta el desenlace. Bueno, todo no. Cuando contaste cómo te enteraste de la noticia, le pusiste fin al relato en el momento en que leíste los mensajes de tu padre; no podías contar cómo habías venido a buscarme después, ni cómo te habías dormido abrazada a mí. Cuando contaste que Fran no se lo había tomado bien, tuviste que omitir por qué a partir del domingo tomó otra actitud. Cuando hablaste del corte de pelo de tu madre y cómo habías decidido raparte con ella, no podías confesar que buscaste refugio a mi lado.

En cada anécdota, yo había desaparecido, como si me hubieras borrado en todas las fotos con *Photoshop*. Todos hablaban. Yo no podía. Me mirabas de reojo de vez en cuando y agachabas la cabeza.

Sentía una presión en las sienes que empezó a preocuparme. No estaba hecho para fingir; no estoy hecho para fingir. Y aquella situación me superaba. Era incapaz de verte triste sin compartir tu dolor, sin intentar arrojarte; no podía poner buena cara cuando Silvia me miraba; se me hacía un nudo en el estómago cada vez que cruzábamos la vista con culpabilidad por todo lo que habíamos vivido.

—Voy al servicio —dije, a punto de derrumbarme.

Corrí hacia afuera. Necesitaba respirar. Salí y me dirigí hacia el coche.

—¡Tristán! —me llamaron.

No quería mirar. Sentía cómo me caían las lágrimas por las mejillas. Nadie debía verme así. No tenía derecho a sufrir tanto por la muerte de la madre de una amiga. No tenía derecho a sufrir tanto por una amiga.

—¡Tristán! —me llamaron de nuevo.

Reconocí la voz de Melania y me sentí aliviado. Fui hacia ella, la abracé y me apreté con toda su fuerza.

—Ven.

Me tomó de la mano y me llevó hasta la parte de atrás del tanatorio, apartados de todos.

—La quieres. —No preguntó: afirmó.

—Con toda el alma.

—No puedes verla así. —Negué con la cabeza—. Y, menos aún, verla así y no poder compartir su dolor porque tienes que fingir que eres un amigo más. —Asentí—. Y Silvia ya está aquí —continuó; se me escapó la risa.

—Me siento como una basura, Melania. Me está superando la situación.

—A ver, dame esos dos motivos.

—¿Dos motivos?

—Sí, siempre explicas las cosas y te pones así, serio. «Uno» —puso una voz exageradamente grave para imitarme—, «bla, bla, bla»; «y dos, bla, bla, bla».

—Pues uno —dije después de reírme—, me hunde la vida ver sufrir a Sara. Y dos, no puedo mirar a Silvia a la cara.

—Ay, mi Tristán —me abrazó contra ella y lloré hasta desahogarme.

—Y tres —dije al rato, separándome un poco de ella.

—¿Tres?

—¡Eres insufrible!

—Recuerdo que un día me comentaste que no eras muy del tres. Y no, sigues sin serlo.

Cuando entramos, ya os habíais ido de la cafetería. Silvia estaba junto a la puerta de los aseos y me vio entrar con Melania.

—Te estaba esperando. ¿Estás bien?

—No. Necesitaba salir y llorar un poco, la verdad. Y no quería hacerlo delante de todos.

—Hola. —Melania se acercó a Silvia y le dio dos besos.

—Podías haberme avisado para que fuera contigo.

Melania se apartó y se dirigió a la sala para dejarnos un poco de intimidad.

—Es Sara quien necesita apoyo hoy —contesté—. Por suerte, además, he encontrado a Melania.

—Ya, siempre Melania.

No estaba en condiciones para esa conversación con Silvia. Ni para esa, ni para ninguna, así que comencé a caminar hacia la sala.

—Estás muy raro, Tristán —me dijo, preocupada.

—Son malos días —me limité a contestar; por dentro me resquemaba no sincerarme con ella.

Cuando cerró el tanatorio, Silvia quiso ir contigo a casa para acompañarte un rato. En cierto modo, fue un alivio, porque no quería quedar a solas con Silvia. No podía contarle la verdad en medio de esa situación y tampoco podía fingir y darle los besos y abrazos que ella esperaba.

—Después me puedo pasar por tu casa —propuso Silvia, acercándose a mí.

—No, me voy a acostar en cuanto llegue. Estoy muy cansado.

Al día siguiente, cuando entrábamos a la capilla del tanatorio para un pequeño responso, me sonó el móvil. Los que estaban a mi alrededor se quedaron mirándome.

*Clínica dental Salerno le recuerda que su próxima cita es el lunes a las 18:20.
Para cancelar la cita, presione el botón. Gracias.*

¿En serio, dentista? Guardé el móvil. Tenía que acordarme de anularlo.

—Gracias, chicos —dijiste, desenchajada, tras terminar el funeral—. Han venido mis tíos de

Florida. Mañana de noche nos vamos con ellos. Hemos decidido pasar allí el verano.

Otro puñal se clavó en mi espalda. Un puñal incandescente, porque, además de doler, resquemaba.

—La casa sin mamá se nos cae encima. Necesitamos poner distancia.

No sabía qué esperar tras esos días; ni me lo había planteado. Lo único que tenía claro es que confesaría todo a Silvia. Con el tiempo, hablaría contigo. No sé cuándo; no había pensado cuánto dejaría pasar hasta confesarte todo. Lo único que tenía claro es que te contaría la verdad. No obstante, dos meses separados me pareció un abismo.

La gente se fue marchando. Solo faltaba la incineración, así que se quedaron únicamente los más íntimos, y Silvia permaneció a tu lado.

—¿Mañana venís hasta mi casa de tarde? —nos dijiste a mí y a Silvia—. No quiero estar sola.

—Yo tengo dentista —se me ocurrió. No aguantaba otro día contigo y ella juntas—. La cita es a las seis y veinte, así que, si queréis, quedad vosotras.

—Podemos quedar pronto los tres —dijo Silvia— y después te acompaño.

—Quedamos en *El Rincón de Marc* y desde allí ya vais al dentista. No quiero estar sola —volviste a decir.

—Aplazaré la cita, entonces.

—No, en serio, no hace falta.

Nos vimos a las cuatro en *El Rincón de Marc*. Era un día gris y caía una lluvia fina, pero constante. Como los días anteriores, las conversaciones eran incómodas. Salvo una. De pronto, no sé muy bien por qué, después de un silencio, comenzaste la única conversación en la que fuimos sinceros durante todo el fin de semana.

—Tristán —si supieras cómo sonaba mi nombre en tus labios no lo hubieras pronunciado nunca—, muchas gracias por tu apoyo durante todo este tiempo —dijiste, y pusiste tu mano sobre la mía. Me miraste, con esos ojos hinchados de haber llorado todo el fin de semana—. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí... por nosotros, por toda la familia.

—Solo he hecho lo que sentía.

—Mi madre te adoraba. ¡Hablaba de ti con una ternura!

—Era una mujer espectacular. ¡Me recordaba tanto a ti!

—Siempre has estado ahí para nosotros. Y eso no lo voy a olvidar nunca. Pase lo que pase.

Era como si volviéramos a estar solos tú y yo, de la mano, mirándonos a los ojos. El resto del bar, la gente, todo parecía difuminarse.

De repente, sentí la mano helada de Silvia encima de la nuestra y volví a la realidad.

—Me voy —dije, poniéndome en pie—. No hace falta que me acompañes —le comenté a Silvia.

—Sí, sí, voy contigo. Ven tú también —te propuso a ti—, así me haces compañía mientras él está dentro, y, después, te acompañamos a casa para despedirnos.

—Vale —respondiste antes de que yo intentara negarme—. No quiero estar en casa sola estas horas.

Maldita la gana que tenía yo de hacerme una limpieza bucal en ese momento. Cuando me llamaron para que entrara en el gabinete, os dejé en la sala de espera. Tú tenías la cabeza apoyada en el hombro de Silvia y os dabais la mano.

Me vi tumbado, cegado por la lámpara del dentista, cuando lo único que me apetecía era estar a oscuras en mi cama.

—Abra la boca —me decía el higienista dental.

Sentí el torno de limpiezas mientras miraba fijamente las luces, que iban dibujando mil colores cuando impactaban con la humedad que iba inundando mis ojos. Afuera me esperaban la mujer a la que amaba, que se iba a miles de kilómetros y a la que no vería en meses, y la mujer a la que había amado y a la que le iba a romper el corazón.

—¿Ponemos anestesia? —me preguntó al notar que me lloraban los ojos.

—No —contesté.

Me quitó el irrigador de la boca y me apretó la encía en la parte superior derecha.

—Esta zona está algo inflamada. Es solo una limpieza, pero te va a doler. Podemos echar un poco de anestesia en gel.

—Aguantaré.

No quería hacerme el fuerte. Necesitaba que el nudo en el estómago se diluyera en forma de dolor físico. No entendía por qué tenía que irte. Sentí el punzón entre los dientes y di un respingo. Dolía. Sí, dolía, pero deseaba que apretara con más fuerza. Esa punzada aguda me hacía pensar menos en la angustia que me atenazaba por dentro.

—Au —protesté inconscientemente ante otra punzada.

El higienista apartó un momento el punzón. Y Silvia. Tenía que sincerarme. No podía pasar de ese día.

—¿Estás bien? —preguntó el higienista—. ¿Anestesia?

Solo pude negar con la cabeza y limpiarme la lágrima que me recorría la mejilla. «¡No, aprieta, clava hasta que sangre!». Recordé cuando estuvimos a punto de besarnos en el parque, casi labios contra labios. ¡Tenía que haberlo hecho! Tenía que haberte besado y que pasara lo que tuviera que pasar.

El punzón hurgaba en mi encía. Tenía que haberte besado. Habíamos estado tan cerca... El dolor físico no era suficiente. Empecé a llorar; llorar de verdad. Me tuve que sentar en el sillón, con las manos en la cara.

—¿Estás bien? —seguía preguntando el higienista mientras me ponía la mano en la espalda, asustado.

Quería tranquilizarme, pero cada vez que intentaba respirar se me contraía el estómago.

—Mejor lo dejamos para otro día —propuso.

No quería seguir allí, pero afuera estabais vosotras. Las dos. Negué con la cabeza, me recosté en el sillón y abrí la boca.

Pude serenarme lo suficiente para terminar con la limpieza e irme. En el coche, de camino a tu casa, te miraba disimuladamente por el retrovisor. No quería que te fueras. Cada vez que lo pensaba, volvía a comprimirme la angustia en el estómago.

Por el caminito de cien metros desde la carretera hasta la puerta de tu casa me quedé atrás. Caminaba despacio, tratando de ocultar mis ojos vidriosos. Miré las baldosas. ¡Cuántas veces ese camino me había llevado a tu casa! Cada tono de gris me contaba la historia de un día distinto y, al mismo tiempo, cada paso que me acercaba a la puerta me alejaba más de ti. Inspiré profundamente tratando de capturar el aroma a tierra húmeda tras la ligera lluvia, el susurro de las hojas con el viento y, sobre todo, la sensación de estar cerca de ti.

—Voy a quedarme con Sara hasta que se marchen —me dijo Silvia cuando llegamos a la puerta.

Asentí. Se acercó y le di un beso en la mejilla.

—Adiós, Tristán —me dijiste casi sin voz.

¿En serio era eso todo lo que nos íbamos a decir? ¿En serio acababa ahí nuestra historia?

Noté que las lágrimas empezaban a brotar. Cerré los ojos un segundo para oír cómo entrabais y cerrabais la puerta. Antes de que los abriera, sentí cómo te echaste en mis brazos. Inhalé profundamente el olor a arándanos mientras nuestras mejillas se rozaban.

—No sé qué hubiera hecho sin ti —me susurraste.

Y entonces bajaste tu mano derecha; con tu índice buscaste mi índice y lo apretaste con fuerza. Respondí apretándolo contra mí. Te miré a los ojos. Me miraste. «Te voy a esperar», pensé. «Siempre», grité en mi mente, con tanta fuerza que imaginé que me oías.

CAPÍTULO 29

Si quieres, te cuento que nunca quise besarte, o que el roce que terminó con nuestros índices agarrados fue casual y fortuito.

Discusión

Después de nuestra despedida, regresé a mi apartamento y me senté al teclado, frente al ventanal. No llovía, aunque aún resbalaba alguna gota por el cristal. No tenía tiempo de recrearme en la melancolía que podría provocarme tu ausencia. Estaba preocupado porque tenía que confesarle a Silvia lo que sentía por ti. Habíamos quedado en que me avisaría cuando os fuerais y pasaría a recogerla.

—¡Por fin solos!

Silvia se tiró a mi cuello en cuanto entró al coche. La aparté con delicadeza, pero para ella debí ser la persona más cruel del mundo al rechazarle ese abrazo que llevaba días deseando darme.

—Tengo que contarte algo.

No me atreví a mirarla, aunque percibí su miedo.

—Te prometí que si sentía algo por alguien te lo diría.

Guardamos silencio unos segundos, de esos silencios que parecen poner la vida en cámara lenta.

—¿Me estás diciendo lo que creo que estás diciendo? Sabía yo que algo había. ¿Estás con Melania?

—No.

—¿Con quién, entonces?

—Con nadie.

Silvia me miró, pero no dijo nada. Agaché la cabeza. Me sentía tan mal por haberla mentido que me costaba hablar.

—Tristán, cuéntame qué pasa.

—Estoy enamorado de otra.

—¿Cómo que estás enamorado de otra? ¿De quién?

—¿Acaso importa?

—Claro que importa. Vaya que si importa. Has roto la promesa que me habías hecho. Creo que tengo derecho a saberlo. Es lo mínimo.

Otra vez silencio. No me atrevía a decirlo. No quería imaginar qué daño podía hacerle.

—Sara.

—¿Sara?

—Estoy enamorado de Sara.

—¿Estás de coña? Estás de coña. Tienes que estar de coña. ¿Me estás diciendo que me he peleado con vosotros para que os soportarais y ahora estás enamorado de ella? ¿De verdad me estás diciendo eso?

—Lo siento mucho. No quería que pasara.

—Te eché en sus brazos. «¡Qué bien que sois amigos!», te animaba. Seré imbécil.

—Nadie podía saber que sucedería algo así.

—¿Y ella? ¿Qué ha dicho?

—Ella no lo sabe.

—¿Me dejas por alguien que no sabes si te ama? —Asentí—. No puedo creerlo. ¡Qué tonta he sido!

—Silvia, lo siento mucho. No quería hacerte daño —traté de disculparme mientras ponía mi mano sobre su brazo.

—¡No me toques! —chilló con voz muy aguda y con los ojos completamente abiertos por la ira—. No me toques. Tú, precisamente tú. Siempre pensé que eras distinto. Especial. ¡Y eres un mierda!

Salió del coche, enfurecida. Intenté ir tras ella, aunque sabía que cualquier cosa que dijera sería inútil.

—Silvia, no te vayas así. Te acerco a casa y hablamos más tranquilos.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó. Su tono ya no era de enfado, sino de tristeza—. ¿Vas a dejar de quererla?

Guardé silencio. Seguí caminando.

Desde el día en que te fuiste tenía claro que iba a esperarte. No sabía cómo reaccionarías cuando te confesara lo que sentía por ti, pero debía hacerlo. Callármelo durante dos meses ya me parecía demasiado tiempo.

Durante el verano apenas hablamos. Nunca hemos sido de mandarnos mensajes. Mi principal pasatiempo era el teclado. Incluso me apunté a clases e iba dos días a la semana. Hacía los ejercicios que me pautaba el profesor, pero, por mi cuenta, me peleaba con la partitura de *Experience*. El profesor me reñía, porque adquiriría vicios que luego costaba eliminar. No le hice caso.

Todavía no estaba preparado para interpretar una pieza de esa dificultad. De hecho, aún me costaba deslizar las manos y tocar notas diferentes con cada una de ellas e, incluso, era incapaz de estirar la mano lo suficiente para presionar todas las teclas que se suponía que tenía que tocar al mismo tiempo.

Silvia, pasados unos días, me pidió que le explicara cómo había llegado a esa situación y quedamos para hablar. Le resumí cómo, día a día, me había ido enamorando de ti. Ella escuchaba, con tristeza, en silencio.

—¿Piensas decirle algo? —me preguntó, finalmente.

—Sí. Tengo que hacerlo.

—¿Tienes? —preguntó con ironía.

—No espero que lo entiendas, Silvia. Solo espero que, con el tiempo, podamos normalizar nuestra relación, porque eres muy especial y quiero que estés en mi vida.

—Yo también lo espero. Eso sí, si llegáis a estar juntos, no creo que pueda soportar estar con vosotros.

Había guardado los días de vacaciones para el comienzo del curso y, el día que comenzaban las clases, fui a buscar a Silvia para ir juntos. El aula era otra, pero todas se parecían. Al entrar, tropecé con un chico.

—Perdón.

—*Stai attento.* —Aún no lo conocía. Era Piero.

Me giré para mirarlo y seguí hasta la fila de atrás sin decir nada.

—Una tentación come tú merece un *peccato* come yo.

Oí que le decía a Carolina, una de las chicas que se sentaba en la primera fila. Ella se rio. Yo puse los ojos en blanco.

—No sé cómo alguien se puede dejar embaucar por un tipo así —le dije a Silvia.

—¿Así, cómo?

—No hay más que verlo.

—¿Tú, juzgando por las apariencias?

—Y por los actos. Observándolo diez segundos, ya se sabe de qué pie cojea. Por cierto, no me gusta que alises el pelo.

—Creo que no eres quién para decirme lo que te gusta de mí y lo que no.

—Sabes a qué me refiero. Entiendo que te sientas mal, pero debes sentirte mal conmigo, no contigo misma. Eres la misma persona extraordinaria; no tienes que esconderte detrás de un pelo liso.

—¡Déjame en paz! —exclamó, enfadada.

Tú llegabas al día siguiente. Tenía muchas ganas de verte. Había preparado unos sándwiches y llevaba unas *Ranses* en la mochila. Pensaba decirte que te quería contar algo, llevarte al parque *San Javier* y confesarte todo.

Silvia y yo ya estábamos sentados en la fila de atrás cuando llegaste. ¡Qué guapa estabas! Ya habían pasado seis meses desde que te habías rapado y te había crecido bastante el pelo y se te había aclarado por el sol. Por los lados lo habías mantenido corto. El resto, te lo habías peinado con raya a la izquierda dibujando una pequeña onda hacia arriba que caía con elegancia en la parte derecha de la frente.

—¡Joder! ¡Qué bueno está! —fue lo primero que dijiste cuando te sentaste y viste entrar a Piero.

Me hirvió la sangre. Creo que solo se lo decías a Silvia, pero te oí. No supe qué eran los celos de verdad hasta aquel día.

—Buf, vaya prepotente —dije.

—Dices eso porque te molesta lo bueno que está.

—Anda, Sara, qué sé yo.

No sé qué historia comenzaste a contar. Yo estaba rabiado y, a cada cosa que decías, te replicaba, muy borde. Había ido con la ilusión de hablar contigo y, de repente, te encontraba derriéndote por aquel impresentable. Me puse tan insufrible que te levantaste y fuiste unas filas más adelante. Eso sí, Piero, en cuanto te vio, no perdió ocasión y se sentó a tu lado.

—Que no se te note tanto —me susurró Silvia.

Decidí dar por finalizadas las vacaciones. Con veros a última hora ya iba a acumular el suficiente resquemor para el resto del día.

Cuando abría el local a las seis de la mañana, se juntaban los que iban a desayunar de camino al trabajo con los que venían de fiesta y paraban a comer algo antes de regresar a casa. El jueves, en

cuanto abrí, entró Piero, de la mano con una chica, riéndose los dos, borrachos. Pasó por delante de la barra, pero, como ni saludó, no me vio. Melania salía a atenderlos a la mesa.

—Espera, voy yo —la detuve.

—Rodri y yo hemos roto —me soltó Melania de repente.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Llevamos semanas hablando y ayer rompimos definitivamente. Él quiere un compromiso y yo no.

—¡Ay!

Abracé a Melania; debió ser la primera vez que la vi triste. De hecho, lo soltó así sin tiempo para hablar de ello y no incidir en el tema. Tras unos segundos, fui a atender a Piero.

—Buenos días —saludé.

—Un café *latte* —dijo sin mirarme, centrado en mordisquear el cuello de la chica.

—Un café con leche —pidió ella.

—¿Algo más? —pregunté.

—No, nada —contestó girándose hacia mí. Quedó blanco en cuanto me reconoció. Me mantuve frente a él, serio, mirándolo, sin moverme.

—¿Tú? —le pregunté a ella. Piero agachó la cabeza—. ¿Quieres algo más?

—Sí, algo dulce. Una caña de chocolate, por favor.

El viernes, al finalizar las clases, Silvia me pidió que la llevara a casa.

—Quería hablar contigo —me dijo en cuanto entramos en el coche.

—Dime.

—Como ves, he vuelto a mis rizos. Tenías razón. Tengo que empezar a quererme a mí misma y no esperar a que alguien me quiera para entender lo que valgo. Sé que me has querido, y mucho; y siempre has conseguido que me sintiera especial. Ahora tengo que sentirme especial por mí misma.

—¡Cómo me alegra oírte decir eso! —respondí al tiempo que le daba un abrazo.

—Ahora la otra parte. Eso implica que voy a abandonar *Periodismo*. Lo primero, porque soy artista; sé que me lo has dicho un montón de veces, y es probable que no lo hubiera llegado a ver sin tu apoyo, pero necesitaba entenderlo por mí misma.

—Claro, por supuesto.

—Y también... porque no puedo estar cerca de ti. Sobre todo, cuando está Sara. Ver cómo la miras, unas veces con admiración, otras con el resquemor de verla con Piero... me hace daño. Tengo que alejarme de ti, al menos un tiempo.

—Me duele que te vayas —dije acariciándole la mano—, pero te entiendo.

—Y, ojo, te quiero. ¡Cómo iba a olvidarte en tan poco tiempo! Sin embargo, sé que no podría volver a estar contigo, aunque quisieras. Me has hecho mucho daño.

—Siento tanto haberte hecho sufrir.

—Sé que me querías; y que me quieres, aunque sea de otra manera. De todas formas, no es por eso por lo que no estaría contigo, sino porque necesito sentirme bien estando sola.

—Espero que seas feliz —dije mientras la abrazaba—. Suena a frase hecha, aunque es completamente cierto: ojalá consigas todo lo que te pongas.

Me alegraba que buscara su camino en el arte, pero aquella conversación me dejó tocado.

No es fácil oír que has hecho daño a alguien a quien quieres de sus propios labios.

De tarde, Melania celebraba su cumpleaños. No estaba de humor, aunque no podía faltar. Había quedado en ir a *El rincón de Marc* y ayudarla con la preparación de las mesas, guirnaldas, globos, así que fui al bar tras dejar a Silvia en casa. Cuando la decoración estuvo lista, fui hasta mi apartamento para ducharme y sacar el mal cuerpo que me había provocado la conversación con Silvia.

Al regresar, ya estaba comenzando a llegar la gente. Sabía que Melania te había invitado, así que me planteaba si decirte algo sobre Piero o no. Nuestra relación, incluso de amistad, se había enfriado, pero qué ardor de estómago me entró cuando te vi entrar con él.

Melania y yo estábamos en la primera mesa para ir saludando a la gente a la entrada. Te acercaste a Melania con Piero al lado y la felicistaste. Tú y yo cruzamos un «hola» distraído y os fuisteis a una mesa del fondo.

Tonteabais, y eso me dolía, aunque al menos noté que, cada vez que se acercaba demasiado, tú lo apartabas. No quería mirar hacia allí, pero se me escapaba la vista.

Tu pelo castaño claro, casi rubio, caía con gracia hacia un lado, como distraído, intencionadamente despeinado. Vestías un pantalón vaquero azul claro con botas camel de media caña y sin tacón, combinado con una blusa de tirantes blanca, que, en la zona del pecho era estrecha y tenía un tejido de redecilla, y el resto, que se iba ensanchando, era liso. No tenía nada especial, pero era tan tú que te vi preciosa.

—Brindemos —dijo Melania con unos chupitos de tequila en la mano.

—Por ti. ¡¡Felicidades!! —Alzamos los vasos y lo bebimos de un trago.

—¡¡Gracias!! Eres un ángel —dijo mientras me abrazaba—. ¿Lo sabes?

Su voz se volvió melosa. Sus labios rozaron mi cuello, aunque solo deslizaba la boca, como si fuera un roce casual. Se colocó frente a mí. Me miró, provocativa, con sus profundos ojos oscuros, y me acarició la mejilla. Vi que se acercaba demasiado. Me puse nervioso. No quería verme en esa situación. Melania era mi amiga y tú estabas allí. No quería que pensaras lo que no era. Ni tener que rechazarla.

—Iba a besarte —dijo en el mismo tono dulce, apartándose un poco de mí cuando estaba a punto de llegar a mi boca—, pero no lo voy a hacer. ¿Sabes por qué?

—¿Cómo era eso? «Si me besas, asegúrate de que soy la mujer de tu vida».

—Eso solo era válido para ti. Yo sí que podía, aunque solo fuera con la intención de tener sexo.

—Entonces, sorpréndeme, ¿por qué no me has besado?

—Porque dirías: «Hola, soy Tristán —puso el mismo tono de voz grave y burlona que en el tanatorio—. Uno, no te voy a besar ni a estar contigo porque amo a Sara».

—Pss, habla suave —le susurré.

—«Mis principios —siguió burlándose de mí— no me permiten estar con una mujer estando enamorado de otra, aunque sea solo por sexo. Jo, jo, jo».

—¿Y esa risa a lo Papá Noel?

—No sé, me ha salido así. Bueno, y seguirías diciendo: «Y dos, Rodri es mi amigo. Nunca le haría eso. Jo, jo, jo».

—Estás muy mal —dije mientras me reía.

—¿Me equivoco?

—Loca del todo.

—Vale, pero ¿me equivoco?

Se me escapó la vista hacia vosotros y os vi acaramelados. Esperaba no ver cómo os

besabais. ¿Por qué estabas con aquel idiota?

—Lo que yo no entiendo es que hayáis roto Rodri y tú —le dije a Melania.

—Ya te lo he dicho. Él quiere compromisos que yo no.

—¿En serio? ¿Cuánto lleváis quedando?

—No sé...

—Más de un año.

—¿Tanto?

—¿Con cuántos tíos has estado desde que empezaste a quedar con Rodri?

—Con nadie.

—Bueno, yo al menos recuerdo a uno —la corregí.

—No. Aquella noche en la que marché con un tío, no llegué ni a su coche, pero me dio vergüenza entrar en el bar de nuevo y reconocerlo.

—Vamos a ver: entonces te gusta.

—Sí, claro.

—Y lo pasas bien con él.

—Genial, sí.

—Y no has estado con nadie más desde que quedáis.

—No.

—Y el sexo es fantástico.

—Oye, ¿eso es lo que hago yo?

—¿Sabes lo que creo? Uno, que pensaste en besarme para ver si así se te olvidaba que echas de menos a Rodri. Y dos, que no has podido besarme porque le quieres.

—Sí que resulta insufrible, sí.

—Discúlpame un segundo.

Vi cómo te arrimabas a Piero y ya no lo soporté más. Fui hasta vosotros y me coloqué delante de ti. Se me aceleró el pulso. Piero se levantó y me miró con desprecio, aunque no miré hacia él.

—¿Podemos hablar un momento? —te dije.

—¿Qué quieres hablar tú, *figlio di troia*? —me increpó Piero. Lo ignoré y seguí con la vista fija en ti.

—Sí —respondiste después de unos segundos de silencio—. Vuelvo ahora —le dijiste a Piero.

Salí del local. Tú venías detrás. Bajamos los escalones.

—¿Qué haces con ese? —te pregunté, aunque sonó más a reproche de lo que yo había imaginado. No me había percatado hasta ese momento de lo furioso que estaba.

—¿Cómo? —preguntaste, incrédula, con cara de sorpresa.

—Con ese idiota.

—¿Perdona? ¿Te tengo que dar explicaciones a ti de con quién estoy?

—Va a estar con quien se ponga a tiro. Y no me lo han contado. Lo he visto yo. Ayer llegó a las seis de la mañana de la mano con una chica. No creo que vinieran de hacer running.

—¿Y a ti qué te importa? ¿A qué viene este interés repentino por con quién estoy?

—Porque... eres mi amiga.

—¿Soy tu amiga? ¿Es eso, Tristán? ¿O son los celos los que hablan?

—¿Estaba celoso? Sí, la rabia me consumía. Sin embargo, creía que me conocías lo suficiente como para saber que eso no me haría mentir sobre nadie.

—Di, ¿es cierto lo que cuentas? ¿O hablan los celos por ti?

No sabía qué contestar. Me dolía que me hablaras así. Me dolía que nos habláramos así.

—Contesta, Tristán —insististe.

—¿Qué quieres que te diga, Sara? —contesté, con rabia—. ¿Quieres que te diga que no siento nada? Vale, entonces no te diré que cada vez que cocino nos veo a nosotros recogiendo media tortilla de la encimera. Si quieres, te cuento que nunca quise besarte, o que el roce que terminó con nuestros índices agarrados fue casual y fortuito. Si quieres, te digo que no esperé por ti durante todo el verano deseando que llegaras para confesarte lo que sentía. Si quieres, te digo todo eso.

—¿Y por eso, porque sientes algo por mí, metes mierda contra Piero?

—No, joder, Sara. Te digo que es un canalla porque es cierto. Y te pido perdón por lo que siento, si es lo que deseas, pero ¡te quiero, joder! ¡Te quiero más que a nada! —No me creía que te estuviera diciendo que te quería; a voces, furioso—. Y todo el mundo me dice que estamos hechos el uno para el otro: David y Cris, Melania, Samuel, hasta tu... —me callé antes de terminar. Sabía que no tenía que haber dicho eso. No podía mencionar a tu madre en esa conversación. ¡Joder!

—¿Hasta quién, Tristán?

—Nada.

—Dilo. ¿Hasta quién? —gritaste con rabia y me empujaste—. ¡Dilo! —Me empujaste de nuevo—. ¡¡Dilo!! —Te quedaste en silencio mirándome con rencor—. ¿En serio vas a utilizar su recuerdo en esto?

—No quería decir eso.

—¡Vete a la mierda!

Te fuiste, furiosa, y entraste al bar. Me senté en las escaleras. ¡Qué mal! Te había dicho que te quería. ¿En serio te había dicho que te quería? ¿Y a voces? Por si fuera poco, había nombrado a tu madre. En una situación así. ¿En qué estaba pensando?

Me había imaginado mil formas de confesarte lo que sentía, pero ninguna incluía los gritos y la rabia.

Pasaron dos minutos y saliste del bar de nuevo, sola. Me entró un escalofrío. No sabía con qué intención habías vuelto y me puse muy nervioso. Bajaste los escalones hasta donde yo estaba sentado. Me puse en pie.

—¿Me quieres? —preguntaste con voz dulce.

Me comenzaron a sudar las manos y el corazón se aceleraba. Afirmé con la cabeza y me agarraste el índice. Nos miramos, en silencio, y acercaste tus labios a mi boca. El beso que había soñado darte tantas veces.

CAPÍTULO 30

Ese «buf» podría ser el resumen perfecto de lo que sentí durante ese día. Un «buf» constante que me recorría el pecho.

«Amigos»

Nuestros labios casi se rozaban. ¡Cuántas veces había soñado con aquello! Pero no así. Di un paso hacia atrás y me aparté de ti.

—¿Estás segura de que es lo que quieres y de que no lo haces por despecho hacia Piero?

—¿Quién es Piero? —bromeaste.

—Vale, vale. Si es cierto que es lo que deseas, no te importará esperar.

—¿A qué quieres esperar?

—A estar seguros. Cuando la situación se tranquilice, ya hablaremos.

—Llevas esperándome más de dos meses, así que podré esperarte... ¿un par de horas? —

Negué—. ¿Un día? Bueno, lo que sea, pero me voy a cobrar una deuda.

—¿Una deuda?

—Dijiste que me acompañarías en mi primera borrachera.

—¿Cómo dices?

—Vámonos de fiesta. Juntos. Tú y yo.

—¿Quieres emborracharme para aprovecharte de mí?

—Decídate rápido. Piero estará extrañado y no tardará en salir a buscarme.

La puerta del bar se abrió. Miramos hacia ella. Nos miramos.

—¡Vámonos! —grité, agarrándote de la mano y tirando de ti.

Corrimos hasta mi coche, de la mano, riéndonos. No hizo falta más que un momento para volver a ser los que habíamos sido, a sentirnos libres para ser nosotros mismos. No nos habíamos besado, pero sería cuestión de tiempo. No sabía cuánto iba a poder resistirme y, sinceramente, ya estaba arrepentido de haber empezado con esa chorrada de no besarte.

—¿En serio me has hecho la cobra? —me preguntaste en el coche.

—¿Has intentado besarme después de estar con Piero? —contraataqué yo.

—No me lo creo. Solo tú eres capaz de decir que me quieres y apartarte cuando intento besarte. ¿No te atreverás a hacérmelo más veces?

—No; siempre que no intentes besarme de nuevo.

Estaba arrepentido, pero no me iba a echar atrás, así que continué con el juego.

—¡Para ahí! —exclamaste.

—¿En serio? Eso tiene pinta de ser un antro...

—No hay tiempo que perder. Tengo que emborracharte ya.

Era un pub de las afueras, a la entrada de un polígono industrial, una estructura de hormigón con un aparcamiento bastante amplio donde había unos cuantos camiones, furgonetas y bastantes motos. Por dentro no era tan horrible como aparentaba desde afuera. Bueno, sí, era horrible, pero lo recuerdo con tanto cariño que hasta pienso que estaba bien.

Saludamos al portero y entramos. Había mucha gente, aunque era tan amplio que no daba la sensación de estar abarrotado. Nos acercamos a la barra que estaba a la derecha, una barra metálica bastante cutre. A la izquierda había una pequeña zona con unas ocho mesas redondas y

pequeñas, que terminaba en una zona ancha que hacía las veces de una pista de baile. Al fondo, una barandilla de madera separaba la mesa de billar del resto del local.

Me aparté mientras pedías y aproveché para llamar a mi tía.

—Sebas ha tenido un accidente —le mentí—. Nada grave, pero no puede venir a trabajar. Y Martina está de baja, así que están pilladísimos y tengo que quedarme al turno de la noche. ¿Puedes ir a dormir con mi madre?

—Ay, en qué líos me metes. De acuerdo, pero por la mañana me voy. Tengo mucho que hacer en casa.

—Vale, tía, muchas gracias. Lo que no quiero es que pase la noche sola.

—Cerveza y tequila —dijiste, cargada con los botellines y los vasos de chupito.

—Quieres empezar rápido, ¿no? No pienses que porque me emborraches voy a caer.

—Ah, ¿no? —me dijiste con voz sugerente, acercándote a mí.

—Bueno, no puedo asegurarlo... pero pondré todo de mi parte.

—¡Te he echado tanto de menos! —dijiste, mirándome, emocionada.

—Por ahí, no, ¿eh? A las provocaciones puedo intentar resistirme. A esos ojos tiernos, no lo creo.

—Como me dijo alguien: si quieres no digo nada.

—Sí, mejor no lo digas.

—Vale, entonces no diré que abrazarte este índice me transportó a otro lugar —dijiste al tiempo que me lo agarrabas y levantabas nuestras manos—. Si no quieres, entonces no diré que intenté olvidarte cada uno de los días en los que estuve separada de ti. Y sí, a mí también me lo decía todo el mundo. Incluso mi madre.

Te sujeté las manos con fuerza. Te costaba aún mencionarla.

—¿Qué te dijo mi madre sobre mí? —me preguntaste.

—Me dijo que no conocía a nadie tan destinado a estar juntos como a nosotros. Y que te esperara. No estabas en ese momento para algo así.

—Y me has esperado. Después, regreso de Florida y me pongo a hacer el tonto con Piero. Lo siento.

—Me corroía verte con él. No sé si con otro menos idiota me hubiera pasado lo mismo. No me podía creer que estuvieras con alguien así.

—Necesitaba olvidarte, Tristán. Aunque eso significara estar con un idiota. Pero la imbécil fui yo, porque no pude ni besarlo. Y tú —cambiaste el tono melancólico por uno más juguetón—, que a ti sí quiero besarte, me haces la cobra.

—La sensibilidad está a flor de piel, con Piero, el recuerdo de tu madre, mi enfado, mi... nefasta confesión. Necesito saber que, lo que vayas a hacer, lo harás porque lo sientes de verdad, no por la confusión de un momento emotivo.

—Vale, acepto. Entonces, ¿ahora qué se supone que somos? —miraste hacia nuestras manos, todavía unidas.

—¿Amigos?

—Ya. ¿Sabes qué, «amigo»? —Te acercaste a mi oído para susurrarme—. Te quiero más de lo que he querido a nadie, más de lo que jamás podré querer a nadie.

Ahí sí. No pude aguantar las ganas de besarte, pero, antes de darme tiempo a reaccionar, te separaste de mí.

—Voy al baño —dijiste mientras te alejabas. Creo que sabías jugar a eso mejor que yo.

Me reí a la vez que suspiraba y te observaba. A los pocos metros te giraste, me sonreíste y me sacaste la lengua.

—Buf —exclamé mientras me frotaba la cara. Ese «buf» podría ser el resumen perfecto de lo que sentí durante ese día. Un «buf» constante que me recorría el pecho, un «buf» que me hacía sentirme pleno, un «buf» que me decía que ya no nos separarían jamás.

Cuando volviste, me arrastraste hasta la pista y comenzaste a mover los brazos y dar pequeños saltitos a modo de baile. No me moví. Observaba cómo te divertías al ritmo de la música sin preocuparte de lo que pensarán los demás. Me sentí afortunado de estar allí contigo, compartiendo ese momento especial, consciente de que nos esperaba un futuro juntos repleto de momentos inolvidables.

Deseaba acercarme a ti, girarte y besarte, aunque deseaba seguir observando cómo te divertías y contemplar esa sonrisa. Tu felicidad era como un rayo de luz que iluminaba mi mundo. Me miraste y comencé a bailar yo también, dando saltos exagerados y moviendo los brazos arriba y abajo junto a ti. No sabíamos la canción, pero empezamos a cantar el estribillo. Nos mirábamos, saltábamos y nos reíamos. Saber que formaba parte de ese momento de felicidad para ti me inundaba de satisfacción y plenitud.

Trajiste más cerveza, y más tequila, y otras cervezas más. Al poco ya te costaba mantenerte en pie. Salimos al aparcamiento. Era noche cerrada.

—Mira, un motel cutre, como en las pelis —dijiste señalando hacia el edificio frente al pub—. No quiero ir a casa en estas condiciones. Ni separarme de ti. ¿Qué te parece si estos dos «amigos» duermen ahí?

—Ja, ja. ¿Estás loca? Parece el hogar perfecto para las cucarachas.

—Porfa. No he intentado besarte más —te trastabillaste y te apoyaste en mí para no caer—. Me lo he ganado.

—No seas chantajista.

—Prometo no intentar nada en toda la noche —dijiste poniendo un puchero—. Y, además, tú no estás para conducir.

—¿Esto va a ser siempre así? ¿Me vas a pedir algo y luego me vas a convencer con esa mezcla de buenos argumentos y ternura?

Asentiste, apretando los dientes para dar a entender que me fuera acostumbrando.

En cuanto entramos a la habitación del motel, te tumbaste en la cama y no tardaste ni dos minutos en quedarte dormida. Fue lo mejor, porque, si no, me temo que te hubieras pasado el resto de la noche vomitando.

Me planteé tumbarme en el suelo sobre algunas mantas, pero tú estabas profundamente dormida y yo muy cansado, así que me eché en la cama. En cuanto me sentiste a tu lado, pusiste la cabeza sobre mi pecho. No podía dejar de mirarte, aún sin creerme que me hubieras dicho «te quiero», así que tardé en dormirme.

Por la mañana quise abrir los ojos, aunque me costó porque apenas había dormido. Noté que me mirabas en silencio. Me gustó esa sensación de sentir cómo estabas pendiente de mí, observándome. Sonreí sin que me vieras y cerré los ojos de nuevo.

—Despierta —me susurraste.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Estabas encima de mí y me sujetabas por las muñecas. Me empezaste a dar besitos dulces por el cuello. Iba a protestar, pero llevaste tu dedo a mi boca.

—Psss. No digas nada. Es lo que quiero. Estoy convencida —dijiste, con tal seguridad que no objeté nada—. Y tú también quieres —susurraste, juguetona, al notar que me había excitado.

Me mirabas con ternura mientras movías tu cintura con suavidad. «Te quiero», quise decir. En vez de eso, cerré los ojos, inspiré profundamente para notar tu perfume de arándanos, que aún

persistía, y me mordí el labio con fuerza.

Abrí los ojos de nuevo; tu nariz rozaba con mi nariz. Sentía tu respiración acelerada en mis labios. Comenzaste a darme besitos tiernos y sensuales alrededor de mi boca y te acercaste a mi oído.

—Te quiero —me susurraste.

No aguanté más. Te sujeté la cara frente a mí y nos fundimos en un beso lleno de rabia y de deseo, un beso cargado con la emoción de todo lo que habíamos vivido sin poder estar juntos, un beso repleto de la tensión acumulada aquellos días.

Me moví hasta sentir que estaba dentro de ti. Gemiste, apartando un poco los labios de los míos. No quería que te separaras. Ni un milímetro. Te sujeté por la nuca para acercar con fuerza tu cara de nuevo hacia mí y volver a unir nuestros labios. Me sujetaste las mejillas para que no dejara de besarte. Te moviste con más fuerza, casi con violencia. Tus jadeos se ahogaban en mis labios hasta que explotamos.

—Te quiero, Tristán —dijiste de nuevo mientras separabas los labios solo el tiempo necesario para decirlo.

Al escucharte, apreté otra vez tu boca contra la mía. Ya no podía más, pero necesitaba sentirte. Te levanté, sujetándote por las nalgas, y me puse en pie, con tus piernas cruzadas envolviendo mi cintura, sin que nuestros labios se pudieran despegar. Te llevé hasta sujetarte contra la pared mientras nos besábamos frenéticamente, como si acabáramos de descubrir que existían el amor y el deseo.

Nos dejamos caer en la cama, agotados y sudorosos. Cuando recobramos el aliento, me miraste con una gran sonrisa.

—Entonces, ¿hay que seguir diciendo que somos amigos? —me preguntaste.

Me reí un segundo. Después, te sujeté suavemente la cara para mirarte a los ojos y me puse encima de ti.

—Sara —susurré—. Te quiero.

CAPÍTULO 31

¿Cuántas veces me podía enamorar de ti en un solo día?

Juntos

En aquel motel disfrutamos de cada centímetro de nuestros cuerpos hasta desquitarnos, por tantas veces que nos habíamos mirado sin poder tocarnos.

—Tengo algo de hambre, no sé por qué... —comentaste. Debía ser casi mediodía.

—Quizás la deshidratación por el alcohol, más el desgaste físico, tenga algo que ver.

—Ni idea de qué me hablas.

Te levantaste de un salto y fuiste hasta la ducha. Y yo contigo, claro.

Después, fuimos a la terraza de siempre, de la que nunca recuerdo el nombre.

—¿Quieres pedir hamburguesas? —te pregunté.

—No sé. ¿Y esto será apto? —dijiste señalando en la carta.

—¿Gyozas? Son como empanadillas japonesas, pero no sé si llevarán huevo o algo raro.

—Yo tampoco.

—Voy a preguntar —respondí.

—No, no. Pensarán que somos unos catetos que no saben lo que son unas... gyozas —dijiste tras fijarte de nuevo en el nombre—. Hazte el interesante y sigue mirando la carta para que no vengan a tomar nota, como que seguimos indecisos.

Sacaste el móvil escondiéndolo debajo de la mesa para buscar en *Google* qué eran las *gyozas*.

—Ja, ja, ja. Estás fatal.

Finalmente, no nos arriesgamos y pedimos las hamburguesas.

—Bueno... quizás llega para un «jelines, no está mal». ¡Nada que ver con las tuyas! Por cierto, cuando montes tu restaurante, ¿cómo lo vas a llamar?

—*Green Day*, está claro.

—¡¡Qué bueno!! ¿No se le ha ocurrido ese nombre a nadie?

—Supongo que alguno habrá, pero yo no lo conozco.

—Vale, pues hecho. *Green Day*. ¡Me apunto!

—¿Vas a montar el restaurante conmigo? —dije, dándote un beso en la mejilla.

—¿Quieres que montemos el restaurante juntos? —preguntaste con voz tierna.

—Ajá —respondí mientras te daba besitos por el cuello—. Pero tú serás periodista y escritora.

—Seré socia del restaurante, aunque solo sea para acostarme con el jefe. Oye, tú también serás periodista, ¿no? —dijiste, poniéndote seria—. No me dejarás sola en clase.

—No lo dejaré, pero sé que ahí no está mi futuro. En cambio, a ti te brillan los ojos cada vez que hablas de periodismo. Se te ve feliz hasta en *Economía*.

—Sí, me apasiona. *Economía* no, me refiero al *Periodismo*, obviamente. Tengo que recuperar algunas que suspendí cuando... ya sabes —dijiste un poco triste. Te acaricié la mejilla—. Pero sí, me encanta estar en *Periodismo*.

—Y escribir. ¿Cómo vas con eso?

—En estos meses no he podido concentrarme, aunque lo retomaré.

—Ya. Me lo imagino.

—En lo que estoy centrada es en volver a publicar *El rencor del almendro*. Me he informado y no me tomarán más el pelo. Estoy convencida de publicarlo; esta vez por mi cuenta. He establecido una estrategia de *mailing*.

—¡Qué bien! Yo de marketing y redes sociales no sé nada, pero, en lo que te pueda ayudar, te ayudaré. Como darte muchos mimos mientras escribes —te dije, mordisqueándote la oreja.

—Sí, sí, seguro que es la mejor manera de concentrarse —respondiste al tiempo que cerrabas los ojos—. Gracias, serás un ayudante genial. ¡Hemos perdido tanto tiempo de estar juntos!

—No lo hemos perdido. Después de esperarte, sé que eres la persona con la que quiero estar, y tengo clarísimo que lo nuestro será para siempre.

—Yo también estoy convencida de que será para siempre. ¿Sabes por qué? Porque no estoy capacitada para querer más de lo que te quiero ahora mismo. Recuerdo el primer sándwich que me llevaste. ¡Joder, qué bueno! Fue un día genial.

—Vamos —dije, levantándome.

—¿A dónde?

—Al parque.

—Sabes que tendremos muchos días para hacer cosas juntos, ¿no? No hace falta hacerlo todo hoy.

En el trayecto en coche hasta el parque notaba cómo me mirabas, sonriendo todo el rato, feliz. Tu mirada cariñosa y tu sonrisa me hacían sentir seguro, amado y emocionado por lo que nos depararía el futuro.

Cuando aparqué, me acerqué al maletero para sacar unas cervezas.

—Si la mochila me da miedo, prefiero no mirar ese maletero.

—Y tú, ¿has traído unos pegotes de esos que haces y que te atreves a llamar hamburguesa? —te pregunté cuando salíamos del coche.

—¡Oye!

Me intentaste dar un manotazo en el brazo, pero escapé. Me perseguiste y yo corrí en dirección a nuestra mesa. Te lanzaste contra mí y te subiste a mi espalda, rodeándome el cuello con tus brazos. No me esperaba que te tiraras contra mí con esa fuerza, así que me desestabilicé y caímos los dos.

—¿Recuerdas cuando caímos aquella vez? —preguntaste cuando dejaste de reírte. Me puse encima de ti.

—Recuerdo que estábamos así. Y nos miramos.

—Notaba tu respiración junto a la mía —dijiste acariciándome por encima de la nuca, moviendo tus dedos con suavidad.

—Estabas nerviosa —susurré frotándome contra ti.

—Y bajaste la vista de mis ojos hasta mis labios —respondiste mientras te movías con sensualidad.

—Sonreías.

—Yo sentía cómo se te aceleraba el pulso —dijiste, en un suspiro.

—Te iba a besar, creí que te iba a besar —confesé acercándome a tus labios.

—No iba a poder resistirme —reconociste tú.

—Y entonces te levantaste —dije. Y esa vez fue yo quien se puso en pie.

—¡Oye! —me reñiste—. Acabas de portarte muy mal. Esta te la guardo.

—Estamos en un parque público. Hay que mantener las formas.

Te ayudé a levantarte y te atrapé entre mis brazos. Me senté y tú te echaste en el banco, utilizando mi pierna como almohada.

—Cuántos besos hemos dejado de darnos —te dije.

—Y todo por no ser claros.

—Era complicado.

—No, no tiene por qué serlo —comentaste mientras te incorporabas—. Mira, te propongo que, cada vez que uno no sea del todo sincero con el otro, o no se atreva a decir algo, el que no sea claro tiene que pagarle una *Ranses* al otro.

—Trato hecho.

Pasamos un buen rato en el parque. Después, propusiste ir a cenar a un local donde daban algunas tapas y tenían sesiones de micrófono abierto. Quien quisiera, podía apuntarse en la lista y salir a actuar. Sonaba divertido.

El local daba sensación de intimidad, con unas cuantas mesas redondas, no muy grandes, y un pequeño escenario, en el que había instrumentos, micrófono y hasta un perchero con disfraces, y que se separaba de las mesas por un único escalón.

—¿Rosa? Hola, ¿qué tal?

—Hoy también tienes que quedarte, ni me digas más.

—Sí, tengo que trabajar esta noche otra vez. Lo siento.

—Ya estoy en tu casa, hijo. Me lo suponía.

—Gracias. ¡Eres un amor!

No había gran cosa que fuera apta, así que pedimos unas patatas, ensalada y setas al ajillo. Cuando me di cuenta, ya teníamos los dedos entrelazados.

—¿Te das cuenta —pregunté— de que cada vez que hablamos no tardamos más de dos minutos en agarrarnos los índices?

—¡Es cierto! —respondiste—. Sonará cursi, pero supongo que es porque, desde que nos cruzamos los dedos por primera vez, mi dedo es el ancla que hace que no me mueva de tu lado.

—¡Qué metáfora más bonita! Un poco ñoña, pero bonita.

—Te la regalo. Ya sabes, la puedes utilizar para escribir el primer poema pensando en mí.

—¿El primero?

—¿Ya me has escrito algún poema? —preguntaste, ilusionada. Yo asentí—. ¡Léeme alguno!

—Aquí no tengo.

—¿Y no recuerdas ninguno?

—Chtss, que empiece.

Primero cantó un chico, que no lo hizo mal del todo. Después subió un hombre de unos treinta años, alto y fuerte. Rebuscó entre los disfraces y se puso una chaqueta brillante gris. Empezó un monólogo y, al poco, comenzó a interactuar con el público.

—Hay tres chicas aquí —dijo señalando a la mesa que estaba en primera fila, delante de la nuestra—, que, por lo visto, no tienen mejor plan un sábado por la noche que venir a un micro abierto. —Todos nos reímos—. A escucharnos. —Levantó las manos e hizo mueca de incredulidad.

La verdad es que era un tipo muy gracioso, tanto en el ingenio que demostraba en las improvisaciones como en la manera de expresarse y gesticular.

—¿A qué os dedicáis? —les preguntó.

—Estudiantes —contestó una de ellas.

—¿Qué carrera hacéis?

—*Magisterio* —dijo otra.

—Ah, vale, pensé que habías dicho que erais estudiantes.

Se oyeron risas y alguna carcajada. Las chicas con las que hablaba se reían, nerviosas. Una de ellas se tapaba la cara con el pelo.

—Habré entendido mal. Eso sí, ahora entiendo a qué habéis venido aquí: a adquirir experiencia profesional haciendo malabares o algún bailecito.

Nos miramos y te pasé el brazo por encima de tus hombros. No me creía todavía que pudiéramos estar allí, compartiendo esos momentos. Nos dimos un besito y apoyaste tu cabeza sobre mi hombro.

—¡Oh, qué bonito es el amor! —dijo extendiendo el brazo hacia nosotros. Asentimos—. ¿Cuánto hace que estáis juntos?

—Un día —contesté.

—No, aún ni eso —rectificaste tú.

—Ah, vale, por eso se os ve tan felices...

La gente se rio y aplaudió. Él asentía, esperando a que el público terminara de aplaudir. Se notaba que tenía tablas sobre el escenario.

—Oye, simple curiosidad —se interesó acercando la oreja en nuestra dirección y arrugando la frente—. ¿Quién dio el primer paso?

Nos miramos. En realidad, no sabíamos qué contestar.

—No lo saben —exclamó poniendo cara de asombro.

Se encogió de hombros. La gente estalló en una nueva risa.

—Él me riñó y me dijo que me quería —le respondiste.

—Ah, lo normal para empezar...

—Y ella me mandó a la mierda e intentó besarme —repliqué yo.

El local estalló en una risa que se prolongó bastante.

—Os auguro un buen futuro, sí, señor —dijo mientras arrugaba la boca—. Hay parejas que esperan incluso hasta después del matrimonio para hacer esas cosas.

Hizo una reverencia y se bajó del escenario entre los aplausos de la gente. Se acercó hasta nosotros juntando las manos para pedirnos perdón. Tú te acercaste, le dijiste que había estado genial y le diste un abrazo.

El camarero insistía en que alguien se animara a subir al escenario, porque no estaba apuntado nadie más. Había un teclado. Uf, me entraron sudores. Se me pasó por la cabeza darte la sorpresa de interpretar *Experience*, pero aún estaba muy verde.

—Cualquier cosa. Un baile, cantar, hasta manualidades —dijo el chico del micrófono mirando a las chicas de *Magisterio*.

Te miré. Quería darte aquella sorpresa y demostrarte lo importante que había sido para mí aquel gesto. Me sequé el sudor de las manos y me levanté.

—Yo —dije casi sin voz por los nervios.

Me miraste con cara de sorpresa. Me armé de valor y subí al escenario. Comencé a interpretar *Experience* muy nervioso. Respiré profundamente y, poco a poco, me fui relajando. Me equivocaba en algunas notas y muchas veces no me acordaba de levantar el pie del pedal, con lo que se ensuciaban algunos acordes. Pero nada me importaba. Seguía adelante. Incluso cerré los ojos un momento para sentir la emoción de la música y saber que me escuchabas.

Estaba tan concentrado que apenas pude mirarte mientras interpretaba el tema. Cuando terminé, estabas en pie, aplaudiendo, con los ojos vidriosos. Iba a volver a la mesa, pero me habías pedido que te leyera un poema. Era cierto que no tenía ninguno allí, aunque no quería

ocultarte nada.

—Sara, te debo una *Ranses*. ¿Alguien puede llevarle una *Ranses*? —pregunté mirando a la barra. Un camarero te acercó un botellín—. No he sido del todo sincero contigo. El primer poema te lo escribí tras quedar fascinado viéndote interpretar *Serenade*. Aún ni me planteaba que podía llegar a quererte, pero mi corazón ya lo sabía. Rompí el papel, porque me sentía culpable de haberlo escrito, aunque quedó grabado a fuego en mi mente, así que, un tiempo después, lo pasé de nuevo a papel y es posible que hasta ya lo hayas leído.

Comencé a tocar. Nunca había ensayado interpretando al piano y recitando al mismo tiempo. A medida que las primeras notas llenaban el lugar, me concentré en la música y en aquel poema que no había podido quitarme de la cabeza desde que lo había escrito.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.
En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos.

Se me hizo complicado añadir más cosas de las que estar pendiente. No obstante, estaba logrando recitar el poema tal como lo declamaba en mi cabeza siempre que escuchaba la canción. A pesar de los nervios, mi corazón latía con fuerza por la emoción de tenerte enfrente y recitarte tu poema.

En tus manos vi la luz,
En tu boca acordes sordos,
En tus manos vi la dicha
De mil corazones locos.

Lo mejor era que, al haber silencios entre estrofas, me daba tiempo a contemplarte. Tenías los brazos apoyados en la mesa, dejando reposar la cabeza sobre ellos. Me mirabas con los ojos chispeantes, repletos de emoción y admiración. ¿Cuántas veces me podía enamorar de ti en un solo día?

Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,
Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.

Cruzamos la vista. Tu sonrisa de admiración parecía susurrarme «te quiero» y tus ojos conmovidos me decían «para siempre».

En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,

En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.

Cuando terminé, te pusiste en pie. Fui hasta ti y me abrazaste con fuerza. Todos aplaudían y vitoreaban.

—¡¡Que se besen!! ¡¡Que se besen!!

Me acercaste a ti y me diste el beso más tierno que recuerdo.

—Me ha encantado que tocaras el piano. ¡Y el poema! Me has emocionado —dijiste abrazándome—. Te quiero tanto, Tristán.

—Yo tam...

—Déjame acabar —me interrumpiste—. No es decir por decir. Te quiero de verdad. Es más que quererte. ¡Te amo! No, es que no se me ocurre cómo decirlo, porque todas las palabras se quedan cortas para decirte la sensación de plenitud que recorre mi cuerpo ahora mismo. No sé cómo hacerte entender lo tremendamente feliz que me hace estar a tu lado y saber que estamos juntos. Me estremezco al pensar que, a partir de ahora, nos apoyaremos en todo, más aún; nos divertiremos juntos, más todavía; y viviremos momentos únicos como los que estamos viviendo. No sé cómo expresarlo. Solo puedo decir que te amo, te adoro y te admiro.

CAPÍTULO 32

Contigo apoyada en mi pecho, comprendí que todos los años de sufrimiento no hacían sombra a un solo día juntos.

El mejor día de mi vida

Estaba siendo un día mágico. No se me ocurría un solo detalle que pudiera ser distinto para que fuera mejor. Bueno, la comida, habrías dicho tú. Estar juntos ya era suficiente para hacerme feliz, y saber que compartiríamos nuestras vidas a partir de entonces me hacía sentir pleno.

Al salir del local de micrófono abierto me propusiste ir de nuevo al antro en el que habíamos estado la noche anterior. Lo habíamos pasado tan bien allí que no me pude negar. Pedimos unas cervezas y nos sentamos en los taburetes de la barra. Al segundo, ya teníamos nuestros índices entrelazados mientras te miraba como un bobo.

—No me mires así —me dijiste.

—Así, ¿cómo?

—Así, haciéndome sentir la persona más especial del mundo.

—¿No lo eres? Tendré que seguir investigando, entonces. —Me levanté y miré hacia un lado y otro.

—Ni se te ocurra buscar más —respondiste mientras me sentabas en el taburete y me besabas.

—No empieces, que si no tendremos que ir al motel ya.

—No suena mal.

—Pensar que, cuando te conocí, me pareciste insufrible —te dije entre beso y beso.

—¡Estabas muy borde!

—Me caías mal antes de conocerte.

—Pues, ya ves, te equivocabas.

—¿Quién dice que me equivocaba? ¿Por qué supones que ahora me caes bien?

—¿Ah, sí? —contestaste con voz melosa a la vez que mordisqueabas mi cuello con tus labios—. ¿Sigues sin aguantarme?

—Nada, nada.

—¡Que no me tientes! ¡Venga, al motel!

—De eso nada —dije—. El que gane al billar, elige dónde vamos después.

—Como quieras. ¿Tienes pensado elegir algún sitio que no sea al motel?

—¿Tú sabes jugar a esto? —traté de burlarme.

—Algo —le diste fuerte para abrir y las bolas salieron disparadas. Dos de ellas entraron, cada una, en una tronera de cada esquina.

—Vale, ya veo.

—No imaginabas que una medio pija como yo te pudiera ganar a esto, ¿no?

—Bueno, en realidad has visto que lo mío es tocar el piano. A partir de mañana seré concertista.

—Quizás... tienes que pulir un par de detalles. Poca cosa.

Seguías tirando, sin fallar nunca. Empecé a acariciarte para intentar desconcentrarte. Metí las manos por el interior de tu blusa y fui subiendo hasta tocarte por encima del sujetador.

—Sé lo que estás intentando. Y no voy a caer.

Me puse detrás de ti, arrimándome todo lo que pude. Trataba de desconcentrarte, aunque creo que me estaba excitando yo más que tú. Solo tenías una bola sobre el tapete. Metí las manos en los bolsillos delanteros de tu pantalón para acariciarte. Las saqué y pasé por encima de la cremallera hasta llegar a la entrepierna.

Ya no me importaba el billar. Solo quería que metieras esa bola para besarte. No pensaba más que en ir al motel y desnudarnos para sentir tu piel rozando la mía. Golpeaste la bola con fuerza sonando con estruendo al meterse en la tronera. Te giraste y, sin posar siquiera el taco de billar, comenzaste a besarme, con ansia. Me fuiste llevando hacia atrás hasta que tropecé con alguien. Le había tirado algo de su copa a una chica.

—¿Qué pasa, estás loco? —me gritó. El chico que estaba con ella se levantó del taburete y se encaró conmigo.

—Perdón. No os había visto.

—¿Perdón? Mira cómo tengo el pantalón.

El chico seguía de pie, intimidándome. La verdad es que lo conseguía, porque me sacaba una cabeza y tenía una espalda como un armario empotrado.

—Lo siento. Te pago otra copa.

—Pues claro que la vas a pagar. Mira, me has dejado sin nada.

En ese momento, levantó su vaso y me arrojó lo que le quedaba a la cara. Quedé empapado. Me pasé las manos por los ojos para secarlos. No te veía porque estabas detrás de mí, pero, en cuanto abrí los ojos, vi que te lanzabas sobre la chica. Le diste un puñetazo en la cara mientras le gritabas, enfurecida. La chica chilló e intentó revolverse.

Yo quise mediar, pero no me dio tiempo a moverme cuando sentí como si un martillo me golpease. El chico me dio un puñetazo con cada mano que casi me tumban al suelo. Se notaba que estaba acostumbrado a las peleas. Yo no iba a salir bien parado de aquello. Tú, sin embargo, seguías golpeando a la chica, que no podía hacer nada ante el ímpetu con el que habías atacado. El chico te agarró por detrás para apartarte de su novia y te lanzó al suelo.

—Ahhh —grité mientras levantaba un taburete y le golpeaba en la espalda tan fuerte como fui capaz.

Se giró hacia mí. Ni se había inmutado. Su espalda era como dos mías. Te vi en el suelo y no lo pude evitar. Me enfurecí y le di un puñetazo. Nada. Lancé otro, y otro, y otro. Él intentaba esquivarlos, pero verte en el suelo después de que te hubiera tirado me sacó fuera de mis casillas, y le di puñetazo tras puñetazo hasta que me sujetaste por detrás.

El chico se apartó, y asumí que la pelea había terminado. Llegó el empleado de seguridad del establecimiento y se interesó por ellos. A nosotros, sin mediar palabra, nos agarró por la camiseta y nos arrastró a la puerta.

Al salir, nos reímos, aunque me dolía la cara de los puñetazos que me había propinado aquel animal.

—¡Idiotas! —gritamos.

Salió el de seguridad y echamos a correr hasta el coche. Nos costó encontrarlo. Estaba oscuro, y, a un lado, había aparcado un furgón; al otro, un camión. Cuando logramos dar con él, nos apoyamos en el capó.

—Estás loquísima —dije mientras te besaba.

—Por ti —respondiste—. A ver si pensaba esa imbécil que te podía insultar.

—Me encanta que me defiendas.

—¿Sabes qué, Tristán? Es el mejor día de mi vida.

—Pues todavía puede mejorar —respondí apoyándote contra el coche.

Podría echarle la culpa a las horas, al alcohol, a la adrenalina por la pelea, pero lo cierto es que nada de eso influyó en el deseo que nos consumía en ese momento. Tu lengua se movía dentro de mi boca. Metí la mano dentro de tu pantalón y te froté con fuerza.

Me desabrochaste el tejanos y tu mano gélida me provocó un escalofrío repleto de placer. Me quitaste la camiseta y me acariciaste el torso.

—Um —suspiré. Respondiste con otro suspiro mientras te mordías el labio.

Había comenzado a chispear tan levemente que no me había enterado, pero no resultaba para nada incómodo. Al contrario, las gotas de lluvia fina que caían en mi espalda eran como chispazos que intensificaban el deseo.

Te quité la camiseta y te abracé hacia mí. Sentí tus pechos en mi pecho. Te mordisqueé el cuello, con fuerza, y bajé hasta desabrocharte el pantalón. Te senté en el capó del coche. Quería jugar contigo mordisqueando por la zona del ombligo, pero me sujetaste la cabeza y la llevaste a tu entrepierna, dejando claro dónde querías que me entretuviera. Empezaste a gemir, casi gritar, mientras te retorcías y me tirabas del pelo.

Me puse en pie. Cerraste los ojos y me besaste. Pasaste tus piernas alrededor de mi cintura hasta que sentí que estaba dentro de ti. Gemí suavemente, como en un suspiro. Me apretaste las nalgas para que te penetrara con fuerza y, con cada movimiento, te retorcías, hasta que te recostaste hacia atrás apoyando la espalda en el capó, sin dejar de contornearte.

El camión que estaba a la derecha del coche hizo sonar su claxon provocando un estruendo enorme en medio del silencio de la noche. Llevamos un susto de muerte. En la ventanilla había un hombre agitando los brazos, alterado. Parecía que acababa de despertarse y nos estaba riñendo.

—¿Había alguien ahí? —pregunté recogiendo ropa del suelo.

—Me muero de vergüenza.

Te cubrías con las manos como podías. Buscamos la ropa y entramos en el coche, aún desnudos.

—¡Me muero! —repetías—. Arranca, arranca, ya nos vestiremos.

Aceleré y salí del aparcamiento lo más rápido que pude. Nada más entrar en la carretera, nos miramos, en el coche, desnudos, y nos echamos a reír.

—Para, anda, vamos a vestirnos. Solo faltaba encontrarnos con la policía.

Nos detuvimos en un área de descanso para vestirnos tranquilamente sin que nadie nos viera.

—Espera —susurraste cuando estaba poniéndome la camiseta. Te sentaste encima de mí, con las piernas abiertas—. Vamos a terminar lo que habíamos empezado.

Estaba siendo un día mágico. Era el día más feliz de tu vida, habías dicho. Para mí, aquel día compensaba tantos años en los que me había preguntado si la vida merecía la pena. ¡Sí! Por fin lo tenía claro. Contigo apoyada en mi pecho, comprendí que todos los años de sufrimiento no hacían sombra a un solo día juntos.

—Has ganado al billar, así que te toca decidir qué hacer —te dije. Me miraste con picardía—. No, no, dame un respiro.

—No sé. Quiero conocer algo sobre ti. Llévame a algún sitio que sea especial.

Te di un beso y no dije nada. Busqué *Experience* en el reproductor del coche y empecé

rumbo al monte Serbal.

—Por tu culpa no hago más que escuchar a Einaudi todo el rato —dijiste a la vez que subías el volumen.

Me miraste con una sonrisa. Quería que me miraras así siempre. Te miré, repleto de ilusión. Quería mirarte siempre así.

Llegamos al mirador y nos sentamos junto al árbol. Era noche cerrada. La lluvia había remitido y se podía ver el cielo.

—O sea, aquí traes a tus chicas a mirar las estrellas, ¿no?

—¿Qué chicas? La verdad es que con Silvia nunca coincidió que viniera. Y antes de Silvia solo hubo una.

—¿Quién? ¿Quién es?

—Uy, ¿celosa?

—No, es por bromear. No me importa no haber sido la primera; me esforzaré en ser la última.

Me levanté y miré hacia el cielo.

—Es un sitio precioso —dijiste—, pero ¿por qué es especial para ti?

—¿Sabes cuando estás cansado de la vida?

—No digas eso —me reprendiste con dulzura.

—En esos días vengo aquí y me desahogo. A veces grito hasta quedar sin fuerza y, así, no tengo hueco ni para la rabia. Otras, simplemente me siento a observar la inmensidad del cielo.

—¿Qué es eso que a veces te hace cansarte de la vida?

—No es día para cosas tristes.

—Yo lo quiero saber todo de ti, Tristán. Siento que, con lo de mi madre, hemos estado tan centrados en mí que me queda mucho por conocer sobre ti, y ¡lo quiero saber todo!

—Y te contaré todo, pero no hoy.

Estuvimos un buen rato sentados en la roca. Me acerqué al coche para volver con dos mantas. Con una, nos cubrimos las piernas; la otra la pasamos por encima de nuestros hombros.

—Oye, eres una experta en mitología relacionada con los árboles, ¿conoces algún mito griego relacionado con este?

—¿Con el serbal? Pues mira, de la mitología griega no sé ninguno.

—¿Te he pillado?

—Lo que te puedo contar es que para los celtas tendría mucho sentido que vinieras aquí a descargar tu ira y a deshacerte de tus malas sensaciones. Creían que sus frutos eran la comida de los dioses y que sus ramas ahuyentaban a los espíritus malignos.

—¡Qué bueno!

—Además, se creía que el árbol era un puente entre el mundo humano y el de los espíritus.

—Me gusta aún más este sitio. Entonces, solo sabías eso, ¿no? ¡Qué poco!

—Bueno, también existe una leyenda escandinava que cuenta cómo Thor se refugiaba debajo de un serbal durante las tormentas. O sea, por ese lado, también tiene sentido que vengas a refugiarte aquí.

Te miraba y no podía dejar de admirarte. Cada cosa que hacías era más emocionante que la anterior; cada frase que decías, más inteligente. Y lo contabas sin darte importancia, como si fueran cosas que todo el mundo conoce. Sin ser consciente de ello, mientras te contemplaba, se fue dibujando una sonrisa enorme en mi cara.

—¿Qué? —preguntaste al girarte hacia mí.

—Nada —dije en voz baja.

—Oye, no me hagas cobrarte otra *Ranses*.

—Es que te lo he dicho tantas veces hoy...

—No sé de qué me hablas —bromeaste. Ay, ese sentido del humor tan tuyo—. No recuerdo que me hayas dicho nada.

—Te quiero, Sara. Tanto, que me estremezco —por un momento se me pusieron los ojos vidriosos de la emoción—. Nunca imaginé vivir esto contigo. Ayer creía que no podríamos estar juntos nunca y hoy no encuentro la manera en que nos puedan separar.

CAPÍTULO 33

La vida es eso que transcurre entre momentos importantes.

Peñíscola

El día anterior apenas nos hablábamos y esa noche estábamos juntos, abrazados, contemplando las estrellas; en silencio, porque no hacía falta decir nada.

Han pasado muchas cosas desde aquel día, incluso alguna buena. Nadie que indagara en mi vida se podría extrañar de que mis recuerdos vuelvan una y otra vez a aquel instante.

Si a alguien le interesara mi historia lo más mínimo, comprobaría que fue el único momento en que toqué la felicidad con los dedos, el breve paréntesis que me hizo comprender que la vida podría tener sentido.

—Ahora sí es tarde. ¿Qué quieres hacer?

—¡Son las cuatro! —dijiste, sorprendida, tras consultar la hora en el móvil.

—Al motel ya casi ni merece la pena ir. ¿Te apetece que vayamos a la playa?

—¿A la playa? Estamos a más de tres horas.

—Perfecto. Llegaremos cuando esté amaneciendo.

—Me encanta. Si estás cansado, podemos ir otro día.

—Sabes que no suelo tener mucho tiempo para mí. Quiero aprovechar cada segundo contigo.

Acordamos ir alternándonos para conducir, pero no pasaron ni diez minutos y ya roncabas. Detuve el coche en cuanto tuve ocasión, abrí el maletero para buscar una manta y te arrojé con ella. Abriste ligeramente los ojos un segundo; te tapaste, acurrucada en el asiento, y me miraste. Sí, ahí aparecía. Por esa sonrisa valía la pena todo.

Estábamos llegando cuando empezó a amanecer. Aparqué en un mirador. Me daba pena despertarte, así que salí del coche y me detuve un rato a contemplar cómo las olas chocaban con furia contra los acantilados. El sol aparecía como saliendo del mar, inundando el cielo de un naranja intenso.

A veces, la vida nos lleva y nos trae con esa misma furia con que las olas se estrellaban contra las rocas, y no nos permite detenernos a contemplar amaneceres como ese. Es lo bueno de haber sufrido tanto, que nunca me importó que la vida me adelantara por el carril derecho. No merecía la pena lo suficiente como para perseguirla, así que podía pararme a contemplar cada brillo del reflejo del sol en el mar.

Te miré; seguías dormida en el asiento del copiloto. En el maletero llevaba algunas cosas de comer, así que preparé unas tostas. Entré al coche y te desperté con un beso en la frente.

—Me ha parecido un buen sitio para que veamos amanecer.

Poco a poco, fuiste abriendo los ojos. Nos sentamos en el capó, cubiertos con tu manta.

—¡Es precioso! —Apoyaste tu cabeza en mi hombro—. ¿Podemos quedarnos aquí toda la vida?

—¿Sí? ¿No tienes hambre?

—¡Cierto! —dijiste, posándote del capó—. Y el desayuno es la comida más importante del día, así que vamos.

—Ahora bajamos a la playa y buscamos algún bar por allí. De momento...

Te acerqué las tostas que había preparado.

—¡Um! ¿Ya te había dicho que te quiero? —dijiste al probar el primer bocado—. ¡Joder! ¡Te amo!

—Por la comida, solo. ¡Qué bonito!

—Y por el sexo. No te olvides del sexo.

Siempre recordaré siempre tu cara de ilusión cuando viste la fortaleza de Peñíscola a lo lejos. Se tardaba un poco más que ir a otras playas, pero siempre hablabas de lo que te gustaba y de los recuerdos que te traía, así que quería conocer esa ciudad contigo.

—¿En serio? —Me miraste, ilusionada.

—Para que me quieras por algo más que por la cocina y el sexo.

—¡Te como! —exclamaste, tras lo que me diste un beso en la mejilla que resonó con fuerza.

Cuando llegamos, consultaste en el móvil sobre sitios con comida apta para veganos. Diste con una confitería que tenía en carta opciones de pastelería y bollería. Comiste un croissant enorme.

—Puedo, ¿no? —dijiste partiendo un trozo de mi tarta de avellana.

—Eso se pregunta antes de comerlo, creo.

—Son gananciales —respondiste con la boca llena—. ¡Um, está muy buena! Tienes que aprender a hacerla. ¿Les pido la receta?

—No, no —te contesté, pero tú ya estabas en la barra.

—Aquí tienes —dijiste a los dos minutos, entregándome un papel donde traías apuntados todos los detalles—. ¿Cuándo tienes pensado hacerla? ¿Probamos mañana?

Después de desayunar, subimos a la fortaleza. No dejabas de contar anécdotas de ti y de la familia. Te brillaban los ojos cuando hablabas de aquellos tiempos.

—¡Mira! Allí es donde solíamos cenar pizza.

—Podemos consultar si hay algo apto y comer ahí.

—¡Ay, sí! Y al lado, en donde ahora está esa tienda de móviles, había una heladería artesanal. Yo siempre lo comía de chocolate; Fran, de nata y fresa. ¡Muchas gracias por darme esta sorpresa! —dijiste tirándote a abrazarme.

—¡Cuidado, que casi caigo!

Estábamos subiendo una de las cuestas de la fortaleza y casi me tiras hacia atrás del ímpetu con el que te lanzaste hacia mí.

—Seguro que puedes conmigo.

Te subiste a mi espalda y traté de llevarte un rato, pero la cuesta era demasiado empinada y no avancé más de cinco metros.

—¡Baja, baja!

—¡Sigue! ¡Tú puedes! —dijiste mientras te reías, dándome con el talón como si estuvieras montando a caballo.

—¡Me caigo!

No sabes lo cerca que estuve de llevarnos a los dos al suelo. Pude reaccionar y te apoyé en un murete de piedra de menos de un metro. Me agaché y te subí en cuello.

—Así sí, verás.

En cuanto te levanté, me arrepentí. Se me puso la cara roja, pero el orgullo me impedía

bajarte y seguí avanzando. Una familia que subía junto a nosotros se quedó mirando y a ti te empezó a dar la risa. El niño, de unos siete años, nos señalaba. Pasamos junto a la terraza de un bar desde donde se veía la playa, así que aproveché y te senté en una silla.

—Es para tomar algo aquí, con las vistas —dije, sofocado, mientras tú seguías riéndote.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el camarero.

—Nada, gracias —contestaste.

Yo hubiera pedido algo, aunque fuera por vergüenza, pero tú dijiste eso y te levantaste sin dar más explicación.

Llegamos arriba del todo, nos apoyamos en la barandilla y contemplamos el mar. Me rodeaste la cintura con tus brazos.

—¿Qué piensas? —preguntaste.

—Que esto es una maravilla. Si alguna vez me pierdo, buscadme en un sitio con playa. Pero un sitio donde haga calor, ¿eh? A ver si me vas a mandar a los fiordos noruegos o algo así.

—Ja, ja. Ya sé que el frío no es lo tuyo.

—¿Y tú? ¿Qué pensabas?

—¿La verdad?

—Claro.

—Pues que no pasara nada.

—¿Cómo que no pasara nada?

—La vida es eso que transcurre entre momentos importantes; y yo quiero que no pase nada importante en mucho tiempo. Quiero vivir, solo eso; quedarme así, abrazada a ti. No quiero más hitos en mi vida.

—Qué bonito.

—Siempre parece que tienen que vivirse momentos épicos que nos marquen para que nuestra existencia sea plena. Yo, ya no. Quiero aprender a vivir más lento; a tener vivencias insignificantes, como agarrarte por la cintura y ver el mar; pequeñas cosas que me hagan sentir viva.

—¡Cómo no te voy a querer!

—¿Sabes qué decía mi madre?

—¿Qué decía? —pregunté tratando de secarte las mejillas.

—Era muy tonta. Yo, tratando de olvidarte, y ella, diciéndome... —Te detuviste, emocionada—. Diciendo que, si por alguien podía llegar a creer que existía eso del alma gemela, éramos nosotros dos.

Te abracé con fuerza. Comenzaste a sollozar. El recuerdo de tu madre estaba muy vivo aún. Habías dicho que su recuerdo siempre terminaba por sacarte una sonrisa, pero, hasta llegar a ella, seguías sufriendo mucho.

—¿Vamos a comer? —preguntaste cuando te tranquilizaste.

—Sí. Después, hay que irse.

—Jo —protestaste, enfurruñada.

—¿Qué te parece si, en las primeras vacaciones que hagamos juntos, venimos aquí?

—¿En serio? —Me rodeaste con tus brazos por el cuello.

—En serio.

No te dije nada, pero en los últimos meses había podido ahorrar algo; poco, aunque quizás para las vacaciones de Navidad pudiera tener lo suficiente para pasar unos días allí.

—Te quiero —dijiste, y me diste un beso—; te quiero, te quiero. —Me diste un montón de besitos más alrededor de la boca—. Ah, y no sé si te lo había dicho: te quiero. —Me besaste con

fuerza en los labios.

Cuando bajamos de la fortaleza, íbamos a entrar en la pizzería, aunque un cartel de neón verde llamó tu atención: TATTOO.

—Vamos a mirar —dijiste, cruzando de acera—. ¿Tienes algún tatuaje?

—No. Nunca me he planteado hacerme ninguno.

—Yo tampoco. Lo bueno de estos sitios turísticos es que, mira, un domingo por la mañana te encuentras esto abierto. ¿Te gusta alguno?

—No especialmente.

—¿Sería mucha locura si...? —Miraste hacia dentro.

—Sí, mucha.

—¿Quizás... una locura que quieras hacer?

—No, no —contesté después de un par de segundos, lo que interpretaste como indecisión.

—¡No te atreves a decir que sí! Vamos a entrar.

—Solo a mirar, ¿eh?

—Solo a echar un vistazo. Hola —saludaste.

—Hola —respondió la chica que estaba tatuando el brazo a un hombre de unos cuarenta años.

Cotilleaste por las vitrinas, donde había los típicos anillos de calaveras, candelabros, camisetas de grupos de rock, incienso...

—¿Cuánto se tarda en hacer un tatuaje? —preguntaste—. Uno pequeñito.

—Eso varía mucho en función del dibujo que se quiera, del estilo... —contestó sin apartar la vista del brazo que tatuaba.

—Ya.

Entonces lo vi. Había una foto. No me había planteado hacerme un tatuaje, pero en cuanto posé la vista en la vitrina que había frente a la entrada lo supe.

—Tenemos que tatuarnos —te susurré.

—¿¡En serio!? ¿Qué has visto?

—Cierra los ojos. —Los cerraste, pero entreabrías el derecho cada poco—. Vale, ya te los tapo yo.

Te los cubrí con mis manos y te llevé hasta la vitrina. En cuanto retiré mis manos, los ojos se te iluminaron, abiertos, repletos de sorpresa e ilusión. Me miraste y señalaste hacia un ancla, con la boca abierta. Era un tatuaje simple, pero tenía que ser el nuestro.

—Nos lo tatuamos los dos —propuse—. Tú te lo tatúas en el índice de tu mano derecha.

—¡Y tú en la izquierda!

—¿Te gusta?

—¡¡Me encanta!! —exclamaste saltando sobre mí para besarme—. Es tan perfecto y obvio que no sé cómo no se me había ocurrido.

—No nos dará tiempo a comer, eso sí.

—¡Me da lo mismo! —Me agarraste el índice con tu índice.

—¿Estás renunciando a la comida? Imposible negarlo, entonces. Eso sí, hay que preguntar si tienen tinta apta para veganos.

—Sí, mira. —Me señalaste una estantería donde había varios botes de tinte y un cartel que tenía escrito «tinta vegana»—. Me llamó la atención porque no sabía que podía no ser vegana.

—Pueden contener huesos, glicerinas y gelatinas de vacas y otros animales —dijo la chica que tatuaba—, pero, estad tranquilos, que aquí todo es apto.

Aunque nos advirtió que trabajar en el lateral del índice era más complicado que en zonas

más grandes, y que tuviéramos en cuenta que era una zona sensible, en menos de una hora estábamos fuera.

—¡Qué bien! ¡No puedo creérmelo!

—Nuestro índice —dije, contemplando el ancla en tu dedo.

Cruzamos y, al pasar por la pizzería, entraste.

—No nos dará tiempo —te advertí.

—Espera aquí.

No tardaste más de dos minutos en salir cargando con dos pizzas.

—La masa es apta —me informaste—: no lleva ningún lácteo ni huevo. Las he pedido sin queso. Una es pizza vegetal y la otra de tomate, orégano y setas.

—Pero ¿cómo?

—Mientras te hacían tu ancla, he llamado y las he dejado encargadas.

—Cuando creo que ya no puedes sorprenderme...

—Y lo que te falta por conocer —alardeaste, mirándome de reojo—. Venga, vamos para el coche.

—Gracias a tu capacidad de previsión —respondí, mirando la hora—, podemos hasta sentarnos a comerlas.

Atravesamos un pequeño parque frente a la playa que nos quedaba camino del coche. Nos sentamos junto a las letras grandes con el nombre de la ciudad, donde se detenían multitud de turistas a hacerse fotos. A la derecha estaba el peñón de la ciudad antigua, coronado por la fortaleza. Frente a nosotros estaba la playa, que se extendía hacia nuestra izquierda hasta donde me alcanzaba la vista. Nunca me han gustado los lugares con demasiada gente, pero aquel sitio, quizás por conocerlo aquel día, contigo, me enamoró.

—¡Vamos a hacernos una foto! —propusiste, aún con un trozo de pizza en la mano, caminando hacia las letras.

—¿En serio?

—Anda, ven, que pareces un viejo prematuro.

Saqué mi móvil y nos hicimos unos *selfies*.

—Disculpe, ¿nos puede hacer una foto? —pregunté a un hombre que pasaba junto a nosotros.

—El que no quería hacerse ninguna...

—Ya de hacerlas, tener alguna buena.

Tú saliste sacando la lengua mientras yo ponía el símbolo de la victoria con la mano derecha. Tú hacías el payaso y yo te miraba, embelesado, riéndome. Duerma donde duerma, esa foto me acompaña en la mesita desde entonces.

—Ahora con la fortaleza de fondo —dijiste.

—Mira qué fotos te saco yo —comenté—. Esta, encuadrada, de medio cuerpo, donde se te ve preciosa con la fortaleza de fondo. Esta otra, de cuerpo entero.

—No están mal.

—Bien, ¿no? Ahora mira las que tú me has hecho.

—¿Qué tienen?

—Mira ésta, desenfocada. Me cortas las piernas por las rodillas, pero por arriba se ve más cielo que en la *Capilla Sixtina*. Ésta, oscura. Borrosa. Torcida.

—Vale, ya lo pillo. Será que yo salgo bien y tú no. ¡Qué culpa tengo yo!

—Serás caradura.

—Ahora, foto de los *tatus*.

—Perdón —dije a una chica—. ¿Nos sacas una foto?

—Sí, claro.

—Es un poco especial... Queríamos que se nos viera de espaldas con los índices entrelazados, mostrando los tatuajes.

—¡Ay, me encanta! —respondió la chica—. A ver si podéis bajaros un poco el plástico para que no se vea bien.

Después de hacer unas cuantas hasta lograr la foto que nos gustaba, tuvimos que irnos. Me pediste las llaves para conducir tú.

—Así descansas, que no has dormido nada.

Nunca me dormía en el coche y, además, quería estar despierto, hablar contigo, disfrutar de estar a tu lado, pero el cansancio me pudo, así que en menos de media hora me había dormido. Apenas me enteré del viaje hasta que aparcaste frente a tu casa.

—Es pronto —dije, mirando la hora, cuando nos bajamos del coche—. Son las cinco. Y llevo pensando todo el día en que no hemos hecho el amor.

—¿Ah, sí? —Te acercaste y me apoyaste contra el coche—. Podemos entrar.

—¿A tu casa? ¿Estás loca?

—No creo que haya nadie a estas horas. De todas formas, entramos y, si hay alguien, saludas y te vas.

En cuanto abriste la puerta, comenzaste a gritar.

—¡Hola! ¡He vuelto! Nadie.

Me agarraste de la mano y subimos las escaleras. Hicimos el amor y hasta nos dio tiempo a estar tumbados un rato, abrazados. Cuando ya estaba pensando en irme, se oyó la voz de tu padre

—¿Hola? —saludó desde la entrada.

—Bueno, calma —dijiste. Yo ya había saltado de la cama y estaba buscando la ropa—. Otras veces estás en mi habitación, haciendo algún trabajo, estudiando, lo que sea.

—Ya, con la cama deshecha.

—Mira —dijiste tras cubrir la cama con una manta—. Arreglado.

—Desnudos. Con este olor a sudor.

—Se lo decimos.

—No, no, cuéntaselo poco a poco. No conmigo en la cama, por favor.

—Ya, tiene sentido.

Me puse los pantalones lo más rápido que pude, me coloqué la camiseta y abrí la ventana, nervioso.

—¿En serio? ¿Vas a saltar?

—Tú dirás qué hacemos.

—Voy abajo y le llevo a la cocina para hablar con él. Después, tú bajas en silencio y, cuando te haga una seña, te vas.

—¡Sara! —te llamé, susurrando, mientras salías por la puerta. Me miraste—. ¡Te quiero!

—Te adoro.

—Han sido los mejores días de mi vida.

Nos besamos un instante.

—Anda, vete —me despedí, mientras me mordía el labio con deseo.

Esperé un par de minutos y salí despacio de tu habitación. Os oí en la cocina.

—¿Me haces un café, papá?

—Vale.

Me detuve en el penúltimo escalón. Me hiciste señas para que saliera. Bajé, pero vi que tu padre se giraba hacia ti y podría verme, así que me lance al sofá. Al momento, te asomaste al salón, extrañada, porque no me veías. Levanté la cabeza y te llevaste un susto que te hizo saltar hacia atrás con cara de pánico. Me hiciste señas para que me fuera. Empezaste a toser para tapar el ruido que podría hacer al abrir la puerta.

—Te quiero —leí en tus labios. Y me lanzaste un beso.

Te lancé una flecha imaginaria y luego fingí que Cupido me había atravesado el corazón. Simulé caerme mientras hacía gestos exagerados y ponía cara de dolor. Estabas riéndote, tratando de no hacer ruido. Miraste a tu derecha y me alertaste para que me fuera rápido, así que salí en silencio y cerré la puerta.

CAPÍTULO 34

Tenía que elegir entre partirte el corazón o romperte la vida.

Silencio

Aquel hubiera sido un bonito final feliz para nuestra historia. El final que nos merecíamos. Si hubiera sido una película, tras cerrar la puerta esquivando las miradas de tu padre se hubiera pasado a un fundido en negro. Se nos vería años después; tú estarías escribiendo, rodeada de imágenes de las portadas de tus *best-sellers* mientras yo preparaba la cena. Quizás apareciera por ahí el perro que habríamos adoptado.

Llevaba todo el fin de semana en una nube de la que no quería bajarme. Salí de tu casa y, de camino a la mía, en el coche, creí flotar. Respiré profundamente. Llené los pulmones de aire para disfrutar de la plenitud que sentía en mi pecho.

Subí por las escaleras; siempre por las escaleras. Mi madre odiaba el ascensor, así que me acostumbré a no utilizarlo. Estaba derrotado, pero eufórico, así que subía los peldaños de dos en dos. Incluso alguno de tres en tres.

En cuanto pasé del tercero comencé a escuchar golpes y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—No, hoy no —rogué. Quizás fuera en casa de algún vecino—. Hoy sí que no.

Negué con la cabeza y me apresuré a subir, aún más rápido. Abrí la puerta, despacio, porque no sabía qué podía encontrar. En cuanto miré hacia el salón vi a mi padre, de pie. Tenía a mi madre arrodillada y con los brazos en el suelo como si fuera una puta mesa. Le había quitado la parte de arriba del pijama, dejándola con la espalda descubierta.

Mi padre estaba de espaldas a la puerta, así que pasé rápido a mi habitación, intentando no hacer ruido, en busca del bate de béisbol. Ese día no iba a permitir que le hiciera un rasguño a mi madre. Antes tendría que matarme.

Entré en el salón silenciosamente y, cuando mi padre ya estaba preparando su cinturón para azotar a mi madre, le golpeé con el bate en la espalda todo lo fuerte que pude. Mi padre se retorció con el golpe mientras gritaba.

Se giró hacia mí e intenté darle de nuevo, pero detuvo el bate con sus dos manos. Debí de hacerle mucho daño pararlo así, aunque la furia le podía más que el dolor.

Forcejamos y el bate cayó. Me adelanté un paso para intentar levantarlo del suelo; no me di cuenta de que me había puesto por delante de mi padre, quien aprovechó para darme una patada por detrás que me hizo caer.

Yo aún seguía con una rodilla hincada en el suelo cuando él se agachó y recogió el bate. Lo sujetó con fuerza con ambas manos, me lo pasó por encima de la cabeza y me apretó la garganta con él. Fue tirando del bate hacia arriba, aprisionando mi garganta cada vez más, y me fue levantando a la vez que me asfixiaba.

Ya de pie, con mi padre detrás de mí tirando del bate con fuerza hacia atrás, sentía la presión, mientras me afanaba por respirar. Agarré el bate con mis dos manos y tiré de él hacia delante para intentar inhalar una mínima bocanada de aire, pero no conseguí separarlo de mí aunque fuera un milímetro.

Solo veía el ventanal. El sol ya casi no alumbraba. Me asfixiaba. Empecé a notar calor en las mejillas y la cara enrojecida. Pensé que me mataba; te juro que creí que aquel tenue sol del

atardecer era lo último que veía. Mi cuerpo quedó sin fuerza, ya rendido casi por completo.

Entonces sentí que volvía a tener aire. Respiré agitadamente. Mis pulmones intentaban recuperar aliento. ¿Me había soltado? Dejé de sentir la presión en la garganta.

El bate golpeó contra el suelo. Me adelanté y me solté de mi padre sin oposición. Su cuerpo comenzó a desplomarse como un árbol. Sus ojos estaban abiertos, pero parecían sin vida. Se fue hacia delante y comenzó a caer. Detrás de él, vi a mi madre con el atizador de la chimenea en la mano.

Toda la rapidez del momento se detuvo. Estaba viendo a mi padre caer hacia delante como a cámara lenta. Vi a mi madre asustada, detrás de él, con el atizador.

El tiempo parecía detenerse. Su cuerpo se desplomó y la frente de mi padre golpeó con violencia, con estrépito, contra la mesa de mármol.

Ahí se paró el mundo.

Fue como si en mi cabeza hubiera estado sonando a todo volumen una música estridente de tensión y, de repente, se hubiera hecho el silencio. Un silencio sepulcral. El silencio del instante en que sabes que te ha cambiado la vida por completo.

Supe que, después de aquello, mi vida nunca sería igual. Lo supe en cuanto la cabeza de mi padre golpeó contra aquella maldita mesa de mármol. Le tomé el pulso, asustado, rezando para sentir su respiración. Nada. Lo intenté otra vez. ¿Estaba muerto? Mis nervios me impedían asegurarlo, pero sí, todo parecía indicar que sí.

—¡Joder, joder!

Empecé a dar vueltas sobre mí mismo, tapándome la cara con la mano. Mi padre estaba en el suelo, inerte. Mi madre le había matado. ¡Mierda! No sabía si había sido el golpe con el atizador o la caída contra la mesa; lo cierto es que estaba muerto. En defensa propia, o legítima defensa, o como cojones se diga, pero le había matado.

Mi cabeza daba vueltas a la situación, aunque no podía pensar con claridad. Mi madre le había golpeado por detrás. Eso no era bueno para demostrar que había sido en legítima defensa. Mi padre peleaba conmigo y por eso salió en mi ayuda, aunque ¿se podía demostrar?

—¿Cómo se ha enterado de que vivimos aquí? —pregunté. Mi madre agachó la cabeza, en silencio—. ¡Contesta! —le grité. Dio un salto hacia atrás del susto por la voz que di.

—Yo lo he llamado —sollozó.

—Joder —lamenté. Me giré, resoplando, con la mano en la frente—. ¡Joder, joder! ¿De dónde has sacado su número?

—Me lo había aprendido de memoria.

—¡Genial! No te acuerdas de qué has desayunado y recuerdas su número. ¿Cómo nos van a creer si le llamas tú para que venga? Y, mírate, vas de pastillas hasta arriba. ¿Quién se va a imaginar que eres capaz de golpear a nadie si te cuesta mantenerte en pie?

—Pero verán que te estaba defendiendo, ¿no?

—Qué van a ver, mamá —grité, llevándome las manos a la cara y resoplando—. ¡Qué van a ver! ¿Cuántas denuncias le has puesto? ¿Cuántas veces te dije que fuéramos a denunciar y al llegar te echaste para atrás?

—Lo siento, hijo —se disculpó entre sollozos.

—¿Sabes quién sí tiene una denuncia por haberle pegado? Yo. No él. Yo tengo una maldita condena por agredirle. Y ha venido porque le has llamado tú.

Di vueltas en círculos, con las manos en la cabeza, intentando pensar.

—No hay ni una sola prueba de que te haya pegado en todos estos años. Ni ahora de que haya hecho nada. De lo que sí hay pruebas, ¿sabes de qué es? Hay pruebas de que lo has llamado

para que venga. Hay pruebas de que ha llevado un golpe por la espalda. Y hay pruebas de que yo le agredí hace unos meses.

No sabía qué hacer. ¿Podrían juzgar a mi madre por asesinato? ¡Joder! Había sido fortuito. Y para defenderme. Y defenderse. Pero le habíamos golpeado por la espalda. Y no tenía más que la denuncia que yo interpusi. Y ella le había llamado. ¡Jodeer! Cada cosa que se me pasaba por la cabeza me hacía dudar más y cada vez me parecía más complicado demostrar legítima defensa.

Aunque con el tiempo saliese a la luz la verdad, ¿podría entrar en la cárcel? ¿Tal como estaba? No resistiría allí ni cinco minutos. Moriría allí dentro. O peor aún, quisiera estar muerta, pero no la dejarían. No quería pensar en la angustia que sufriría si eso llegara a pasar.

Me dolía la cabeza. Todos esos pensamientos me taladraron en segundos. Necesitaba despejar, pero no había tiempo. No podía arriesgarme a que mi madre fuera a la cárcel.

—Mamá —dije, por fin—. Tú no has hecho nada.

Me miró extrañada. Fui hasta ella, la agarré por los brazos y clavé mis ojos en los suyos.

—Escúchame bien. Tú no has hecho nada. Tú estabas durmiendo y oíste unos golpes. Listo.

—No te entiendo.

—Creerán que he sido yo. Lo van a creer de todas formas. Soy yo quien ha tenido líos con él, así que el primero a por quien vendrán será a por mí, así que dejaremos que lo piensen.

—No, no, no. No puedo hacerte eso.

—Yo voy a estar bien. No voy a ir a la cárcel ni nada de eso. Voy a guardar algunas cosas y me voy. Al huir, les daré más motivos para que piensen que he sido yo. No te preocupes por mí. Iré lejos de aquí y no me encontrarán. Estaré bien. Te lo prometo.

Ella decía que sí, aunque no me quedaba claro si me entendía del todo ni si me iba a hacer caso. De todas formas, confiaba en que, incluso si alguna vez se le ocurría decir la verdad, no la tomarían en serio viendo cómo estaba.

Fui a mi habitación, metí cuatro cosas en una maleta y el portátil. No sabía si la decisión era la adecuada. Quizás era más fácil demostrar la verdad de lo que parecía. Quizás estuviera haciendo una estupidez. No lo sé. Ni lo sabía entonces ni quise planteármelo nunca después de ese día. Lo que tenía claro era que tenía que hacerlo.

Abrí el cajón de mi mesita y guardé el sobre con el poco dinero que tenía ahorrado. Ese dinero tenía que haber sido para irnos a Peñíscola.

Quedé paralizado. No lo había pensado hasta ese momento. ¿Qué iba a hacer contigo?

No podía involucrarte en aquello. Si te contaba la verdad, sabía que te ibas a venir conmigo. No te lo ibas a pensar; vendrías conmigo a donde quiera que fuese.

Recordé tus ojos ilusionados cada vez que hablabas de ser periodista, las ganas con que estabas atenta en todas las clases. Incluso en *Economía*. No podía consentirlo. No me hubiera perdonado ser yo el culpable de tu infelicidad.

Tenía que elegir entre partirte el corazón o romperte la vida.

Debía terminar contigo. No podía decirte nada por mensaje, ni callarme y dejar las cosas en el aire. Debía hablar contigo cara a cara, y que me vieras decidido; hasta cruel. Quería que decidieras odiarme, porque la otra opción era decirte la verdad y que te vinieras conmigo, y eso no era posible.

Esa vez sí que decidí por ti.

Yo

¿Podemos vernos ahora en el parque *San Javier*?

19:22

Sara

¡Qué tonto!

19:22

¿Ya me echas de menos?

19:23

Yo

Rápido, por favor.

19:23

Sara

Vale, voy.

19:23

—Mamá, vete a tu habitación y mete en una maleta lo que vayas a necesitar para unos días. En un rato vuelvo y te llevo con la tía.

Le di un beso. Agachó la cabeza, en silencio, y se fue a su habitación. Limpié el atizador y después lo manoseé por completo para volver a dejarlo en el suelo.

—¡Hijo de puta! —maldije, mirando a mi padre—. Hasta muerto nos vas a joder la vida.

Me acerqué a la nevera, saqué una *Ranses*, me la guardé en la cazadora y salí de casa.

Llegué al parque. No había nadie. Di vueltas de un lado a otro, inquieto. Tenía un maldito cadáver en el salón de mi casa. Te vi venir a los lejos. Me fui a nuestra mesa y me senté en el respaldo, posando los pies en el banco. ¡Cómo iba a ser capaz de dejarte!, me preguntaba mientras te acercabas, sonriente.

—Eso es para sentarse —me reñiste, en broma, como te había reñido yo el día de las hamburguesas—, no para poner los pies.

—Tenemos que hablar —dije, lo más seco y distante que pude.

—¿Qué pasa? —preguntaste con voz suave. Me mató tener que apartar tu brazo cuando intentaste tocarme—. Me estás asustando.

—Lo que ha pasado este fin de semana ha sido un error. —Temía que se me escaparan las lágrimas en cualquier momento—. Lo siento, debí frenarlo. No se puede repetir jamás.

—¿De qué coño estás hablando, Tristán? ¿Es una broma? —Tu voz desgarrada me estaba partiendo el alma—. Es una broma. Ja, me parto. Pues está dejando de tener gracia.

Agaché la cabeza sin decir nada. Sabía que aquello iba a ser muy duro, pero no imaginé que tanto.

—¿Qué estás tratando de decir? —continuaste—. ¿Hoy me estabas jurando amor eterno y ahora me estás dejando? ¿Es eso?

Asentí, tratando de mantenerme distante, pero las lágrimas se agolpaban en mis ojos y hacía esfuerzos para que no comenzaran a caer.

—Lo del fin de semana ha sido un error —logré decir, esperando que no notaras que me estaba hundiendo.

—¿Qué dices, Tristán? No sé a qué viene esto, ¿me lo puedes explicar?

Solo me apetecía abrazarte, decirte que sentía haberte dicho eso, confesarte lo que había pasado, fugarnos juntos. ¡Todo había salido mal!

—¡Dímelo! —gritaste, enfadada, mientras me sujetabas la cara; igual que me la habías sujetado para besarme; igual que me la habías sujetado para mirarme y decirme que me amabas—. ¡Mírame a los ojos y dime que no me quieres!

Me levantaste la vista y, por más que intentara disimular, lloraba. Te quería, claro que te quería. ¡Cómo no hacerlo! Y tú lo notabas.

—¡Dímelo! ¡Atrévete a decírmelo! —No podía hablar. Tenía miedo de romper a llorar—. Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —gritaste—. ¿Por qué no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Por un momento volvió a reinar el silencio, ese silencio sepulcral que parece detener el tiempo.

Logré mantener la calma lo justo para decirlo. Casi me rompo por dentro sabiendo el daño que te estaba provocando. Hice lo posible para que no notaras que era la mayor mentira que había dicho nunca. Intenté ser cruel contigo, por mucho que me doliera, por mucho que te dañara, por mucho que nos rompiera el alma. No quería separarme de ti.

—Hace... ¿cuánto? ¿Una hora? Me decías lo especial que era y lo maravillosos que habían sido estos días. ¿Me estabas mintiendo? ¿Eres un puto mentiroso, Tristán? ¡Contesta! —chillaste, más furiosa—. ¿Por qué no dices nada?

Echaste a correr y te perdí de vista cuando doblaste la esquina. Te vi marchar, angustiada, llorando, y casi me derrumbo yo también, pero no tenía tiempo para hundirme.

Saqué la *Ranses* de la cazadora y la posé junto a una de las patas de nuestra mesa. No había hablado claro, Sara. Te había mentido. Había ocultado cosas.

—Lo siento —dije, mientras lloraba y dejaba el botellín en el suelo.

Arranqué y aceleré a fondo. Tenía que irme. Me había quedado solo. Durante el último año había llegado a construir una vida que me llenaba, y estar contigo era el colofón a todo eso. En un instante todo se vino abajo.

—Mamá, no voy a ir a casa —le dije por teléfono—. No quería decirte nada para no dañarte. Estaré bien. No te preocupes por mí. ¿Estás ahí?

—Sí, hijo. ¡Siento tanto lo que te he hecho!

—En media hora, aproximadamente, te haré una llamada y colgaré. Entonces es cuando tienes que llamar a Rosa y decirle que vaya a buscarte. Recuerda lo que te he dicho: tú estabas en la habitación y te despertaste oyendo golpes, nada más. No sé cuándo podré contactar con vosotras, pero, aunque no sepáis nada de mí, estaré bien. ¡Te quiero, mamá!

—Te quiero, hijo. Cuídate mucho, por favor.

Finalicé la llamada, arrojé el teléfono en el asiento del copiloto y golpeé el volante con rabia.

—¡¡Jodeeer!! —grité para liberar tensión mientras daba manotazos al volante.

Busqué *Experience* en el reproductor. Necesitaba la adrenalina que me aportaba para tomar impulso; no sabía si hacia una nueva vida o hacia el abismo.

Subí por el monte Serbal, aunque sabía que era más rápido ir por la autovía. El ritmo de la música se aceleraba (el *tempo*, me corregiría Fran) y yo con él. Ese día no simulaba ir rápido haciendo rugir el motor más de la cuenta; ese día el motor bramaba porque aceleraba todo lo que podía, con rabia, con impotencia.

Ese día no daba volantazos exagerados; ese día subía furioso, llorando a mares. Te había dejado atrás. Había abandonado lo que más me había importado en la vida. Había roto el corazón a la persona a la que amaría siempre.

—¡Jodeeer! —grité.

Apreté a fondo el acelerador. Involuntariamente invadí el carril contrario en una curva cerrada. Un coche bajaba a gran velocidad. No me importó. Sentí que me cegaban sus luces. Ni me inmuté. Frenó en seco y se tiró al arcén. En ese momento, me era indiferente vivir o morir. De hecho, mejor no me dieras a elegir.

Tenía que escapar, y todo lo que me importaba quedaba atrás. Comencé el descenso. Seguí acelerando. Apenas hay dos kilómetros de bajada desde que se corona el puerto hasta el mirador. La segunda curva a la izquierda es muy cerrada. Aceleré.

Solo el quitamiedos separaba la carretera de un precipicio de más de doscientos metros. El serbal, me habías explicado, era el puente entre el mundo humano y el mundo de los espíritus. Estaba en el lugar indicado para cruzarlo.

Las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Te habías ido, angustiada y llorando. Te había dicho que no te quería. Aceleré. Agarré mis manos con fuerza al volante. No quería frenar. Vi el precipicio. Quería volar y acabar con todo.

En el último momento, el instinto me hizo pisar el freno a fondo mientras giraba las ruedas para derrapar. La parte trasera impactó contra el quitamiedos, aunque no me detuve y seguí hasta llegar al mirador. Salí del coche, dejando la puerta abierta.

—¡¡¡Jodeeeeeer!!! —grité al precipicio mientras caía la noche. El eco repitió mi desesperación por las montañas—. ¡¡¡Jodeeeeeerrr!!!

Comencé a golpear el árbol, enrabiado, aquel árbol que, me contaste, utilizaba Thor para refugiarse en las tempestades. Ni yo era un dios, ni había serbal tan grande que me pudiera cobijar de aquella tormenta.

—¡¡Tenía que habértelo dicho!! —exclamé mientras lo golpeaba—. Tenía que habértelo dicho —continué, ya sin fuerzas, sentándome en la roca en la que, solo un día antes, habíamos estado abrazados—. Tenía que habértelo dicho.

Me lamentaba, pero sabía que hubiera hecho lo mismo cincuenta millones de veces. No podía permitir que mi madre cargara con ninguna culpa. Y no podía robarte tu vida ni tus sueños; no obstante, fue como si me arrancaran un trozo de mí. El más importante.

Desde entonces, estoy tratando de vivir mientras me olvidas. Por mi parte, ya te adelanto, se me da fatal no pensar en ti.

Parte IV

MIENTRAS ME OLVIDAS

CAPÍTULO 35

Únicamente podía pensar en que había tocado la felicidad por primera vez en mi vida y me la habían arrebatado de un solo golpe. Literalmente.

Los pingüinos

Han transcurrido casi nueve años desde aquello y cada día te escribo con el corazón encogido por haberte hecho daño. ¡Han pasado tantas cosas! Incluso alguna buena. Pero hoy nada de lo que ha acontecido, ni bueno ni malo, tiene importancia. Hoy creo que te voy a ver.

Te escribo mientras te veo en el canal de televisión en el que trabajas. Siempre admiro lo inteligente que eres, lo bien que te expresas y lo guapa que estás, todavía con esa coleta entre la que siempre se te enredaba la goma. No obstante, noto un reflejo triste en tu mirada, nada que ver con el brillo de ilusión que iluminaba tu rostro cuando hablabas de periodismo o de literatura. Supongo que el tiempo descubre las miserias de cualquier profesión, incluso de la que amas.

Hoy no das tu opinión, ni presentas ningún reportaje; hoy tú eres la entrevistada, y no porque presentes un nuevo libro. Simplemente, anuncias que te tomarás un tiempo libre, lejos de los medios de comunicación y del mundo literario.

Has triunfado en la vida. Tras *El rencor del almendro*, publicaste *El llanto del sauce*, del que aún guardo la escena que me habías dejado. Tras esa, publicaste cuatro novelas más. Tus protagonistas masculinos, tan refinados, elegantes y discretos me daban a entender cuánto me odiabas y cuánto querías apartarte de mí, porque eran lo más opuesto posible a lo que soy.

Además de tus méritos literarios, tu carrera en el periodismo despegó desde que finalizaste los estudios. Sin embargo, lo único que tienes que saber de mí es que te he echado de menos cada uno de los días en los que hemos estado separados. Había tocado la felicidad con los dedos; la había saboreado y, de pronto, me vi con un cadáver en mi salón y huyendo de una posible orden de búsqueda y captura.

Iba camino del aeropuerto cargado con una maleta y mi mochila, que ya no era una espectacular mochila mágica de la que sacar sándwich que compartir o *Ranses* frías, sino un transporte sobrio para un portátil, documentación y algo de dinero. Mi vida se había vuelto gris de repente.

Yo
Perdóname.

Fue lo último que escribí en nuestra conversación, un perdóname que nunca te envié, un perdóname que voló por los aires en mitad de la autopista de camino al aeropuerto.

Decidí no tomar ningún vuelo desde España por si podían rastrear mi destino, así que conduje hasta el aeropuerto de Perpiñán. Miraba el panel de vuelos con la intención de subirme al primero que despegase.

06:02 — Oslo—Gardermoen

—Venga, bah, tiene que ser una broma.

06:15 — Cancún

No lo pensé; fui a la taquilla y saqué los billetes. Aún faltaban dos horas para el despegue. Sentado en aquella sala de espera, en mitad de la noche, te imaginaba llorando en tu cuarto, destrozada, como yo lo estaría si tú me hubieses dicho que no me querías. ¡Te amaba tanto!

Barajaba una y mil veces las opciones disponibles. Aún podía dar la vuelta y que la vida tomase el rumbo que debiese. Aún podía ir a tu casa y explicártelo todo. Seguro que me entenderías.

—*Les passagers du vol vers Cancún embarquent par la porte 32* —se oyó por megafonía.

El resto del pasaje eran parejas que parecían ir de luna miel y algún grupo de chavales de mi edad dispuestos a disfrutar de las vacaciones de sus vidas. Entré en el avión, casi arrastrando los pies, dejando tras de mí una vida que, por primera vez, tenía sentido.

En una zona tan turística como es Cancún no tardé en encontrar trabajo de camarero en un hotel. De hecho, tuve varias ofertas y me decidí por el *Hotel Alabama*, que, además del mismo sueldo miserable que pagaban todos, me ofrecía alojamiento y comida, así que, al menos, no tenía que buscar dónde vivir ni pagar alquiler.

Cancún es una ciudad llena de vida y color, tanto la zona hotelera, rebosante de actividades para los turistas, como el centro, más tradicional. No obstante, lo recuerdo todo teñido por el filtro gris de la tristeza.

No me apetecía vivir. A alguien que no haya estado dentro de mi piel desde niño puede sonarle exagerado, pero únicamente podía pensar en que había tocado la felicidad por primera vez en mi vida y me la habían arrebatado de un solo golpe. Literalmente.

Todos los días eran iguales. Si me tocaba turno de mañanas, solía pasear por la playa de *Las Perlas* tras finalizar la jornada. Incluso en esos momentos era incapaz de no pensar en ti. Donde fijara la vista, me topaba con una pareja paseando de la mano, o abrazados sobre una toalla en la arena, o jugando en el agua.

Después, volvía a mi habitación en el propio hotel donde trabajaba, una habitación pequeña que compartía con un compañero. Había mucha rotación de personal, así que no tenía que esforzarme por mostrar interés por nadie. De hecho, no hacía nada por relacionarme, ni con compañeros ni con clientes. Si alguien se acercaba demasiado, ya me encargaba de echarlo de mi vida. Siempre se me ha dado bien ser borde.

Me gustaba cuando me tocaba trabajar en la zona de coctelería por la noche. La barra de cócteles estaba en una pequeña construcción de madera con techo de paja que miraba hacia la playa. A veces, cuando terminaba el turno, me sentaba en la arena a contemplar cómo tintineaban en el agua las luces de la ciudad. Evitaba a toda costa preguntarme qué esperaba de la vida, porque sabía la respuesta.

Transcurridos tres meses desde la fuga, llamé a mi madre, aunque no estaba en condiciones de hablar, así que fue mi tía quien contestó.

—Ay, hijo —dijo Rosa—. ¡Matar a alguien, Dios mío! Sé que era un mal hombre, pero tanto como para matarlo...

—Tía, nadie quería matar a nadie.

—Tenías que haberlo pensado bien. Mira ahora, a saber por dónde andas, sin nadie que te

ayude. ¡Ay, madre, madre!

Así pasé dos años, solo y angustiado. Los peores de mi vida. Los peores hasta ese momento. No obstante, la vida sí me tenía preparada una sorpresa agradable.

—¿¡Tristán!? —oí a voces mientras daba un servicio de comidas.

—No puede ser —me dije, reconociendo la voz de Melania.

—¡¡Tristán!!

La vi correr hacia mí. Yo llevaba dos platos en la mano derecha y un tercero en la izquierda, pero no le importó lo más mínimo y se abalanzó sobre mí, tirándolo todo. Me abrazó con fuerza. A mí se me escapó una lágrima. Rodri me abrazó después, más calmado.

Cuando finalicé el turno, me estaban esperando y fuimos a una coctelería que había a pocos metros del hotel.

—De todos los bares de todas las ciudades del mundo, has tenido que entrar en el mío.

—Vale, Rick, no estamos en *Casablanca* —bromeó Melania, reconociendo la cita de la película—. Ni el hotel es tuyo.

—Me hacía ilusión; llevo pensando en decirlo desde que te he visto. ¿Cómo habéis llegado a parar aquí?

—Eh... bueno —respondió Melania—, Cancún no creo que sea un destino demasiado alternativo, ¿no? No es como hacer una escapada a un rincón recóndito de Vietnam o algo así.

—He terminado un máster —contestó Rodri— y, para celebrarlo, nos hemos venido de vacaciones.

—¿La has visto? —pregunté a Melania.

—No, solo el día después de que te fueras.

—¿Qué tal estaba?

—Mal —respondió, agachando la cabeza—. Y yo la hice sentir peor.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Yo estaba rabiada y la culpaba.

—¿Qué culpa iba a tener ella? No lo entiendo.

—Ya lo sé, fue totalmente irracional. Te había perdido. Ella te había alejado de mí, llevándote de mi fiesta de cumpleaños. Y no te iba a volver a ver. Yo necesitaba un culpable, alguien a quien odiar. Y ella pagó los platos rotos.

—¡Joder!

—Lo siento.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Rodri—. Es posible que ni lo recuerde.

—Eso es cierto —contesté—. Quizás ni recuerde lo que vivimos. ¿Y vosotros? Contadme, ¿cómo os ha tratado la vida?

—No te creas que hay muchos cambios. Continúo trabajando en *El Rincón de Marc* y, por allí, después del revuelo por lo que pasó, todo sigue más o menos igual.

—Por cierto, esta *Piña Colada* está asquerosa —señaló Rodri.

—El próximo día os preparo yo una. Se me da bastante bien la coctelería.

—Es algo así como la cocina para un barman, ¿no?

—¡Vaya comparaciones tienes, Rodri! —dije, apretándole el brazo—. ¡Qué alegría veros, de verdad!

—Ay, Tristán —suspiró Melania—. Alegría la mía de haberte encontrado. Pensé que no te vería más.

—Aquí me siento muy solo. Y lo peor es que no me apetece conocer a nadie.

—Ojalá pudiéramos quedarnos contigo. ¿Verdad, Rodri?

Él estaba sorbiendo por la pajita y no se había enterado de que Melania le estaba hablando.

—¡Rodri! —gritó, zarandeándolo.

—¿Qué? —reaccionó, con cara de sorpresa.

—Estás empanado.

—Perdón. El *jet lag*.

Les pedí que pasaran por el hotel dos días después, porque tenía el turno de noche, así que trabajaba en la barra exterior habilitada para cócteles.

—Una *piña colada* —pidió Rodri.

—*Sex on the beach*, por favor —dijo Melania—. Ah, y para beber, una *margarita*.

—Ja, ja, ja. ¡Qué idiota eres! No cambias.

—Cóbrate ahí. —Rodri arrojó un papel encima de la barra.

Miré con mueca de asombro y desplegué la hoja. Era un contrato de trabajo a nombre de Rodrigo Colmenar Salgado. No entendía nada.

—¡Que nos quedamos aquí, Tristán! —gritó Melania.

—¿Qué dices?

—He buscado trabajo —respondió Rodri—. Con tanta oferta turística, no es difícil encontrar empleo de lo mío.

—Perdón... ¿Qué es lo tuyo?

—Marketing.

—Ah, ya. O sea...

—Que sí, Tristán —dijo Rodri—, que he aceptado un trabajo y nos quedaremos una temporada.

—¿Es un amor o no es un amor? —exclamó Melania dándole un beso sonoro en la mejilla.

Salí de la barra y les abracé. Arreglaron todo el papeleo y, en menos de un mes, se instalaron. A Melania le entró el gusanillo por aprender coctelería y encontró trabajo frente a la playa de *Las Perlas* en un local que se llamaba, nadie sabe por qué, *Coctelería Los Pingüinos*. Nunca encontré qué relación podía tener Cancún con esas aves a las que les gusta el frío.

Tenerlos allí me devolvía un poco la alegría. Al terminar mi turno, salvo que estuviera en el de la noche, me dejaba caer por la coctelería donde trabajaba Melania y tomaba algo con Rodri, que no faltaba ningún día. Era un sitio pequeño y coqueto, la típica construcción de madera con techo de paja de muchos bares de la playa.

Este, sin embargo, no estaba en la arena, sino frente a la playa, en el asfalto. Sobre cuatro pilares redondos de hormigón, de unos tres metros de altura, descansaba la estructura de madera del techo, soportada por vigas que se unían en el centro formando una cúpula. No era nada espectacular, pero me gustaba la apariencia de construcción tradicional. Y que estaba frente al mar, claro.

Rodri madrugaba mucho y sobre las dos solía irse. Yo, muchas veces, me quedaba hasta que Melania terminaba, alrededor de las cinco de la madrugada. Era un sitio divertido. De hecho, los dueños eran los que más bebían, e invitaban a los clientes más de la cuenta. Si aún estábamos de humor, nos sentábamos en la arena, contemplando el mar.

—¿Sabes algo de tu madre? ¿Contactas con alguien?

—Intento no llamar mucho. De cuando en cuando y hablo dos minutos con ellas para saber cómo están. Supongo que eso de intervenir teléfonos queda para las series policíacas o para las personas muy importantes.

—Nunca te he preguntado. ¿Cómo fue?

—Melania, es mejor que no sepas nada.

—Eso ha sonado muy a mafia. A ver, sé que tuvo que ser un accidente o algo así. Ese cabrón estaría en casa cuando llegaste, te enfrentarías a él y... un mal golpe, o yo qué sé.

—Han pasado más de dos años y, aun así, prefiero no recordarlo. No por ese hijo de puta, que está bien bajo tierra, sino por lo que tuve que dejar atrás.

—Tendrás que pasar página. No sé, conocer a alguien. Conmigo ya has perdido la oportunidad —bromeó—, pero hay mil mejicanas preciosas. Y turistas. ¿Sabes cuántos grupos de chavalas preguntan por ti?

—No me interesa, Melania.

—Aunque sea un revolcón; algo. No vas a estar solo siempre.

—No puedo, Melania. Mira a nuestro alrededor. Estoy en el puto paraíso. ¿Y me ves feliz? Porque, desde entonces, yo no recuerdo un solo día en el que me haya sentido bien.

—¿Intento contactar con ella? Seguro que alguno de mis amigos, o amigos de amigos, tienen su número.

—¡Déjalo, Melania!

—No me cuesta nada.

—¡Que no! —grité, enfadado—. Ella estará haciendo su vida. Ya está.

—Déjame buscar, voy a hablar con...

—¡¡No!! ¡No te metas en mi vida! ¡Nunca!

Me miró, en silencio, unos segundos. Parecía no ser consciente de lo que le había dicho y lo intentaba procesar. Se puso en pie, con los brazos abiertos.

—¿Que no me meta en tu vida, Tristán? ¿En serio?

No esperó a que contestara y se fue corriendo. Fue la única vez que recuerdo que se enfadara conmigo. Me quedé en la arena, mirando al mar, hasta que vino Rodri y se sentó a mi lado.

—No sé qué le has dicho; nunca la he visto así.

—Soy imbécil, Rodri.

Fui a su casa. Estaba en la cama, a oscuras. Entré en su habitación y ni se giró para mirarme.

—Lo siento —dije mientras me sentaba a su lado. Coloque mi mano en su hombro, pero lo movió sin decir nada para que la quitara—. Sé que estás aquí por mí y no me has dejado solo ni un momento. Te lo agradezco todos los días. Y necesito que te metas en mi vida.

Se incorporó. Tenía los ojos rojos, más de rabia que de tristeza.

—Sé el dolor que tienes, pero no me vuelvas a hablar así. Nunca.

—Lo siento, Melania. Los momentos contigo y con Rodri son los únicos que han merecido la pena desde entonces, pero la vida me agota. Me fui porque ella tiene que hacer su vida; no puedo buscarla, por más que me duela.

—Ya lo sé. Me he puesto un poco pesada.

—Un poco. —Torció la nariz y me abrazó—. Siento haberte hablado así —me disculpé de nuevo.

Melania llevaba trabajando en la coctelería unos cuatro meses cuando los jefes decidieron traspasarla. Viendo que lo gestionaban más como un club particular donde emborracharse que como un negocio, a nadie le extrañó.

—Oye, los dos sabemos de hostelería y de cócteles —reflexionó Melania la noche en que se

lo comunicaron—. ¿Por qué no lo llevamos nosotros?

—¿En serio?

—Sí, por qué no —respondió Rodri.

—No le sigas el rollo con sus locuras. Alguien tiene que ponerle freno.

—Me parece buena idea, en serio. Yo os llevaré el marketing, aunque, mira, aquí, frente a la playa, muy mal hay que hacerlo para no ganar pasta.

—En serio, Tristán. No me digas que no estaría genial trabajar juntos viendo el mar siempre.

—No lo niego. ¿Y el dinero? ¿Cuánto piden? He podido ahorrar un poco, pero, vamos, no para hacerse con un negocio.

—Algo tengo yo también —añadió Melania.

—Si queréis, puedo buscar algún inversor entre los hoteles que gestionamos.

—No, no —respondí—. De montarlo, quiero que lo llevemos a nuestra manera.

—¿Eso es un «sí»?

—Os estáis olvidando de un detalle.

—¿El qué? —preguntó Melania.

—Que soy un prófugo.

—No creo que nadie llame a España para saber de ti —respondió ella.

—No he tenido ningún problema para trabajar hasta ahora, pero, no sé, me da miedo empezar con los trámites de apertura, licencias, y que, con el papeleo, se descubra algo.

—Pues nada, fuera plan —sentenció Rodri.

—No, a ver, yo pongo pasta, pero me contratáis. No quiero aparecer en ningún papel.

—Mi idea era llevarlo a medias —protestó Melania—, no contratarte.

—Sí, será de los dos, aunque yo no puedo constar en ninguna parte.

Ellos se ocuparon de las gestiones y, en cuestión de meses, comenzamos a llevar la coctelería. Era divertido tener nuestro propio negocio, Melania y yo, sin más jefes. Rodri nos ayudaba casi todas las noches, porque, aunque era un local pequeño, de unas doce mesas, cada vez teníamos más clientela.

Fue un año y medio bastante bueno. La mejor época desde que había llegado a Cancún. Incluso entonces, no pasaba un solo día en que no pensara en ti. Mil veces pensé que había hecho mal marchándome y dejándote. Mil veces me imaginé cómo sería la vida junto a ti. Mil veces hubiera hecho lo mismo, por más que me pesara.

—Tu madre está mal —dijo mi tía por teléfono.

—¿Qué le pasa?

—Le cuesta hablar y, a veces, hasta caminar. Hay días en los que no reconoce a nadie.

—Los médicos... ¿qué dicen?

—Puede vivir así años. Lo que tiene mal es la cabeza; y va a peor.

Después de cuatro años, puede que fuera mi única oportunidad de volver a verla. O, al menos, de estar con ella y que me reconociera. Tras tanto tiempo fuera, ¿quién iba a saber ya que existía un prófugo llamado Tristán? Así que decidí ir a verla. Eso sí, para cubrirme las espaldas, me hice con un pasaporte falso gracias a unos clientes.

—¿En serio te vas a ir? —me recriminó Melania—. Nos hemos quedado aquí para estar contigo, ¿y ahora nos dejas?

—Serán unas semanas. Necesito ver a mi madre. ¡Quién sabe podré estar con ella más veces!

—Me da miedo.

—Tendré cuidado.

—Ya, porque esto es como llevar una bandeja con unas copas: con tener cuidado es suficiente.

Le di un beso en la frente. Lloró y se echó contra mí. La rodeé con mis brazos.

—Te voy a echar de menos, Melania. Tengo mucha suerte de haberte conocido.

Guardó silencio. No dijo nada hasta que nos levantamos para irnos.

—Prométeme que volverás.

—¡Joder! No estoy dispuesto a romper una tercera promesa.

—Aunque sea mentira. Necesito oír que volverás.

—Solo puedo decirte que, pase lo que pase, sabrás de mí.

—Supongo que me tendré que conformar con eso.

Después de cuatro años, estaba en el avión, camino a casa. Quizás la vida tenía preparada otra sorpresa para mí y te encontrara. Ya habías terminado la carrera y eras una novelista de éxito. Aun así, quizás no me hubieras olvidado. Quizás tuviera la suerte de tropezarme contigo y que recordaras lo que habías sentido por mí. Quizás, al cerrar los ojos, vieras Peñíscola, como veía yo. Quizás, de cuando en cuando, escucharas nuestra canción y sintieras un escalofrío en el índice.

CAPÍTULO 36

Mi sangre se paralizó, aunque mi corazón, por contradictorio que parezca, bombeaba descontrolado.

Atrapado

Ocho horas en avión dan para pensar mucho. Lo último que sabía de ti era que vivías en Irlanda, pero no descartaba que estuvieras en España de visita. ¿Me atrevería a llamar a la puerta de tu casa para averiguarlo? No tenía ese miedo a romperte la vida porque ya la tenías más que encaminada. Mi único temor era que me odiaras. No sabía qué hacer. Me propuse dejar que los acontecimientos sucedieran sin más y, por una vez, tomar las decisiones sobre la marcha.

Al bajarme del avión y ver el primer control de aduana me puse nervioso. Intenté tranquilizarme lo suficiente para que no se notara mi inquietud. Entregué el pasaporte. El hombre lo observó un buen rato. Me miró.

—Espere un momento, por favor. —Me entró un sudor frío.

—¿Algún problema?

Al instante, se presentaron dos policías nacionales. Consultaron el monitor durante un par de minutos y cuchichearon entre ellos.

—Acompáñenos, por favor —dijo uno de los agentes.

Me puse muy nervioso. ¿Sabrían que estaba en búsqueda y captura? Me llevaron por un pasillo que conducía a una habitación, donde no había más que una mesa y cuatro sillas ocupando el centro, mientras que, a la derecha, se encontraba una mesa alta con un taburete, en el que se sentó uno de los policías en cuanto entramos.

—¿Dónde ha obtenido el pasaporte? —me preguntó el agente que permanecía de pie, a mi lado. Yo estaba concentrado en dejar de temblar.

—No entiendo.

—Podemos ahorrarnos tiempo si nos lo cuenta.

—Ponga aquí la huella —me dijo el agente sentado frente al ordenador, señalando un lector de huellas digital.

El otro policía consultaba el monitor y, al cabo de unos segundos, asintió mirando a su compañero mientras se levantaba.

—Le detengo porque hay una orden de detención en su contra. —Se me encogió el corazón hasta hacerse tan pequeñito como una miguita de pan—. Tiene derecho a guardar silencio y no declarar contra usted mismo. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado que le asista en todo momento, tanto durante la detención como en las diligencias posteriores. —Me tuve que sentar porque me estaba mareando—. Si no tiene abogado, se le asignará uno de oficio. También tiene derecho a comunicar la detención a un familiar o persona que desee. ¿Comprende sus derechos?

Sentado, con la cabeza apoyada en mi mano, con la mirada perdida, asentí.

—Por favor, conteste claramente. ¿Comprende sus derechos?

—Sí, comprendo mis derechos —mentí.

—En ese caso, le ruego que me acompañe a las dependencias policiales para llevar a cabo las diligencias correspondientes.

Sacó las esposas. El otro agente, supongo que, al verme temblar, negó con la cabeza.

—No le vamos a esposar —dijo, guardándolas—, pero no haga tonterías.

La gente me miraba. No estaba esposado, aunque estaba claro que iba detenido. Algunos miraban de reojo, señalando hacia mí con la cabeza. Otros, sin disimulo.

—Melania, me han detenido.

Decidí llamarla a ella, porque confiaba más en la ayuda que me pudiera brindar Melania que en los suspiros y lamentos de Rosa.

—¡Joder! —respondió nerviosa. Se mordió la lengua para no recriminarme el haber vuelto a España—. ¡Joder, joder! —exclamó con preocupación— Vale, vamos para allá.

Tras pasar a disposición judicial, y teniendo en cuenta que ya me había fugado, me decretaron prisión preventiva.

Pensaba que había pasado por experiencias negativas y traumáticas, pero nada es comparable con el momento de entrar en prisión. Ni siquiera ver a mi padre desplomarse y golpear contra la mesa o verlo inerte en el suelo se asemejaban a lo que viví entonces.

Me subieron a lo que parecía un pequeño autobús blindado. Me acompañaba otro preso y nos metieron a cada uno en un pequeño cubículo de los cuatro que había. Esa pequeña celda solo estaba abierta por un respiradero. Me senté en uno de los dos asientos y traté de mirar al suelo. Me daba ansiedad mirar por el respiradero, porque solo se veían nubes. No sabía qué me iba a encontrar al llegar. La angustia por estar detenido se unía a la inquietud de lo desconocido. Demasiado castigo por proteger a mi madre.

El furgón atravesó la primera puerta de seguridad hasta llegar a un patio. No creía que estuviera yo allí, descendiendo de un furgón policial, en una cárcel, esposado. Al bajarme, me quitaron las esposas. Se abrió una verja de rejas metálicas rojas. Avanzamos. A mi espalda se oía el inquietante traqueteo de la puerta corredera al cerrarse.

El chico que iba conmigo echó la cabeza a un lado y vomitó. Estaba tan aterrado como yo. Sentí el golpe seco y metálico de la verja al cerrarse tras de mí y me dio un respingo.

Si pensaba que mi felicidad se había esfumado cuando vi a mi padre desplomarse contra la mesa de mármol, esa puerta cerrándose confirmó que esa vida quedaba clausurada.

Llegamos a la zona de ingreso, donde guardaron nuestras pertenencias y nos explicaron las normas de conducta. Se abrió una puerta blindada, pero esta no era una verja, sino una plancha maciza que no dejaba ver nada al otro lado. Al cruzarla, se cerró tras nosotros emitiendo un «clon» que resonó en todo el pasillo y me taladró hasta los huesos.

Hasta ese momento, no sé qué clase de milagro esperaba, pero no me creía que fuera a entrar en prisión. No obstante, cuando se cerró tras nosotros la puerta de ingreso, fui consciente de que ya estaba en la cárcel. No había vuelta atrás.

Recorrimos un pasillo larguísimo, que, por otra parte, deseaba que no terminara nunca. No quería descubrir lo que me esperaba al final. Caminaba sobre un suelo tan liso que reflejaba la luz. Temblaba. Demasiado castigo cuando toda mi culpa era haber tenido un padre maltratador.

Pasamos dos puertas más hasta que llegamos. Algunos reclusos hablaban entre sí; otros, directamente, gritaban. Unos cuantos nos miraban para infundirnos miedo. No hacía falta. Estaba aterrado.

Ahí, atenazado por el pánico que apenas me permitía moverme, sabía que tenía que levantar la vista y mirar de frente a quien me mirase. No podía demostrar debilidad. En el momento de más pavor de mi vida, tenía que mostrar más seguridad en mí mismo que nunca. Te aseguro que fue el peor momento de mi vida.

En otros países, al entrar en prisión te dan uniforme. Aquí no, aquí cada uno va con su ropa,

así que ya te catalogan en cuanto te ven por cómo vas vestido. Desde ese momento fui *el hippie*. Y no, no era un mote cariñoso. La cárcel no es un sitio muy dado a la poesía. Mi mote, para ellos, significaba que era un muerto de hambre que no tenía quien le defendiera y con el que podrían hacer lo que les diera la gana.

La celda tenía espacio para dos camas y, separado por un murete de un metro, un retrete metálico sin tapa. Esa noche, no quería que mi compañero me oyera llorar, así que me acurruqué en posición fetal mientras mordía la almohada y me apretaba el estómago con las dos manos. Lloraba y temblaba. Sentía verdadero pánico. De vez en cuando, se oía algún lamento desde otra celda o algún grito sin sentido que añadía aún más desesperación a lo que sentía.

Hay gente que, tras ver un documental en el que aparece una prisión con cancha de fútbol, gimnasio y televisión en las habitaciones, se atreve a decir que se está mejor dentro que fuera. En broma (aunque nunca le he encontrado la gracia), dicen que, si se quedan sin trabajo, delinquen y así entran en la cárcel. «Hasta salen con paguita», se les oye decir. Les invito a cada uno de ellos a pasar una semana aquí, solo una semana, para que experimenten qué se siente cuando te privan de libertad.

La sensación de soledad, miedo y angustia, todo ello unido en un único sentimiento, es tan devastadora que es normal que te quiten hasta los cordones de los zapatos, porque de lo único que tienes ganas es de quitarte de en medio.

—Ey —me dijo mi compañero en mitad de la noche—. Todos hemos pasado por eso. Mira yo: pensé que me comía el mundo y el mundo me comió a mí. Parece mentira, pero aprendes a sobrevivir aquí dentro.

Y era cierto. Nunca te puedes acostumbrar a estar allí, pero, poco a poco, me fui haciendo a la rutina de la cárcel. Hay que intentar mantenerse ocupado, tener el menor tiempo posible para pensar, así que me apunté a teatro, jugaba a fútbol sala, iba al gimnasio, echaba partidas de cartas... lo que fuera. No obstante, al final del día, te acuestas mal. Y, cuando empieza el día, te levantas mal.

Convivía con asesinos, pequeños camellos, ladrones y narcotraficantes en el módulo uno. Intentaba pasar desapercibido. Es cierto que la mayoría va a lo suyo, aunque un chico me tenía tomada la medida y siempre me buscaba las cosquillas: el *tuercas*, lo llamaban. Tampoco era un mote cariñoso ni bucólico. Había metido un montón de tuercas gruesas en un pañuelo, había hecho una bola con él y había azotado a un chico en la cabeza hasta hacerle perder el conocimiento. Aun así, él no me asustaba. El grupo con el que andaba, sí.

—¿Qué pasa? ¿Eres idiota? —me insultó un día que le di una patada sin querer jugando al fútbol.

No dije nada; me dio varios empujones para provocarme y que saltara. Como no respondí, me dio un puñetazo en el ojo. La rabia se apoderó de mí, aunque traté de mantener la calma. No sabía si era peor no enfrentarme a él, y que los demás pensaran que podían abusar de mí, o responder y llevarme paliza diaria de aquellos matones. Decidí arriesgarme a parecer cobarde, así que me quedé quieto.

—¡*Pringao!*

Algunos de su grupo le hicieron señas para que no continuara. Una cosa era darme una paliza con la excusa de estar peleándonos y otra diferente era golpearme sin oposición. Eso no podría justificarse y le supondría días en la ratonera, como llamaban a las celdas de castigo.

Incluso entre esa miseria, no podía dejar de pensar en ti. Un día, en la sala común, aparecías en la tele. Te estaban entrevistando porque volvías a España para trabajar en el *Expresión*.

—He convencido a Patrick para venirnos a vivir aquí.

La cámara enfocó a un hombre que sonreía: tu pareja. Él sí era uno de tus protagonistas: alto, distinguido, refinado; un señor. Hay veces en que uno siente como un viento gélido en la cara; otras, en que el estómago se encoge de preocupación hasta convertirse en una canica. En aquel momento en que te vi con otro hombre, sentí todo a la vez y mi sangre se paralizó, aunque mi corazón, por contradictorio que parezca, bombeaba descontrolado. Habían pasado más de cuatro años. Era normal que rehicieras tu vida, decía mi sentido común. Me cayó una lágrima como un puño.

—Una *follada* le metía yo —dijo el *tuercas*, sentado delante de mí.

No lo pensé. Me levanté, le agarré la cabeza por detrás y le estampé la cara contra la mesa. Y otra vez. Y una tercera. Tres golpes secos. En un segundo. En cuanto me senté de nuevo en mi silla, me entró un escalofrío. La había cagado.

CAPÍTULO 37

Mi sueño era compartirlo con la gente a la que amaba, y no tenía a nadie a mi lado.

Green Day

Me había dejado llevar por la rabia sin pensar en las consecuencias y, aunque el *tuercas* se lo merecía, pensé que sus compañeros saltarían a por mí. En el momento en que le estampé la cara contra la mesa no pensé en nada, pero sabía que la había cagado y no estaba preparado para eso.

—Te ha dejado bien el *hippie* —se mofaron de él mientras sangraba por la nariz.

Se reían y se burlaban de él, así que decidí salir de allí lo antes posible. Suponía que desde ese día el *tuercas* me haría la vida imposible, pero ocurrió todo lo contrario. No volvió a meterse conmigo.

Melania venía a verme cada vez que podía viajar desde México. En una de esas visitas trajo buenas noticias. Mi madre aún tenía momentos de lucidez y llegó a enterarse de que yo estaba en prisión. Nunca le pregunté nada a Melania, aunque siempre tuve la sensación de que había sido ella la responsable de que mi madre se enterara de que había entrado en la cárcel.

A mi madre, en sus momentos de lucidez, ya le costaba vivir pensando que yo estaba huyendo para encubirla, así que no pudo cargar con la culpa de verme en prisión y confesó todo; ya no tenía sentido que yo siguiera callando y conté la verdad.

Escucharon ambas declaraciones y ambas coincidían, así que, tras unos meses, a mí me exculparon. Tuve que pagar, eso sí, una multa por ocultación de delito y obstrucción a la justicia, aunque la jueza entendió que, en mi caso, el mayor perjudicado por la ocultación había sido yo mismo, así que la pena fue mínima.

A mi madre la acusaron de homicidio involuntario y la condenaron a un año y tres meses, aunque nunca llegó a entrar en prisión.

—¡Muchas gracias! —agradecí a la abogada que nos había representado. Ella me estrechó la mano—. ¿Usted cree...? Si en aquel entonces...

—¿Si hizo bien en huir? —Asentí—. Es difícil asegurarlo, aunque mi opinión es que hubiera sido complicado demostrar su inocencia o la legítima defensa de su madre.

—¿Y ella...?

—Es de esas situaciones en que todos, incluido el juez, sabemos qué ha pasado, pero las pruebas son las que mandan. Y sí, es probable que su madre hubiera entrado en prisión.

—Gracias.

—Ni quiero imaginar lo que ha sacrificado en la huida —dijo mientras ponía su mano derecha sobre mi brazo—, pero no tenga ninguna duda de que ha sido de gran ayuda para su madre.

Nunca sabré si lo dijo porque lo creía con sinceridad o porque sabía que era lo que necesitaba oír.

Tras pasar allí dentro los peores 7 meses de mi vida, y antes de regresar a Cancún, decidí visitar Peñíscola. Subí a la fortaleza, repasando cada paso que habíamos dado por aquella colina. Me detuve a contemplar el mar. «La vida es eso que transcurre entre momentos importantes», resonó en mi cabeza, apoyado en la misma barandilla.

Bajé con la intención de comer en la pizzería donde cenabas con tus padres durante las vacaciones de tu infancia. «Se traspasa», leí en el cartel del escaparate. No creo en las señales, pero no iba a dejar escapar aquella oportunidad. Mi vida, hasta que llegara el siguiente momento importante, tenía que transcurrir allí.

—He encontrado *Green Day* —informé a Melania por teléfono.

Gracias a ella, tenía dinero ahorrado. Todos los meses me ingresaba la mitad de los beneficios de la coctelería. Ella cobraba un sueldo por trabajar y llevar el negocio, pero, una vez computados los gastos y su sueldo, dividía el resto entre dos.

—¿De qué me hablas?

—He encontrado el local que tiene que ser mi restaurante, Melania.

—¿Estás loco?

—Es una ciudad turística, así que habrá demanda para un restaurante vegano. Está entre la playa y el peñón, o sea que no se me ocurre mejor ubicación. Y es amplio.

—Espera, pongo el manos-libres para que te oiga Rodri.

—Es el restaurante que siempre quise montar. Es el momento y es el lugar.

—No sé —dijo Rodri—. Lo dices con tanto entusiasmo que es difícil negarse.

—Es una pasada. Hay que abrir dos grandes ventanales. El interior tiene que estar decorado con lámparas de cestería y plantas. Muchas plantas. Hay que revestir la barra con listones horizontales de madera. Quiero que tenga todo un ambiente natural.

—Vale, vale. Ya veo que lo tienes claro —respondió Melania.

—Y arándanos. Quiero que haya floreros repletos de arándanos. Que el olor lo impregne todo.

—No sé, iré gestionando el traspaso de la coctelería y nos mudaremos allí.

—Yo puedo teletrabajar una temporada —dijo Rodri—. Después, estoy convencido de que encontraré trabajo por la zona.

—No, chicos. Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí. Vivir con vosotros es lo único que me ha mantenido con algo de ilusión.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Melania—. Ni de broma.

—Os merecéis vivir vuestra relación solos y tranquilos. Es hora de que yo levante cabeza e intente construir este sueño por mi cuenta.

—No te flipes, Tristán —respondió, airada, Melania—. En unos días me embarco para allá.

—No, Melania. Es en serio. Venid a visitarme cuando queráis. Y quizás yo vaya a veros.

—Ojalá se cumpla todo eso que te propones, Tristán —deseó Rodri.

—Que no, que no. No sé qué habéis fumado —dijo Melania, con el tono entrecortado—.

Yo voy a verte ya.

—Adiós, chicos. Os mantendré informados. ¡Os quiero un montonazo!

—Te quiero, tío —contestó Rodri, emocionado.

—Tristán, no me hagas esto —dijo Melania entre lágrimas—. Sabes que no puedes hacerme esto.

—Os veré pronto. Millones de besos.

—¡Eres muy imbécil, que lo sepas! —respondió Melania—. ¡Te quiero mucho! ¡Idiota!

En un par de meses lo tenía todo listo. Aquel local representaba nuestro refugio. Estaba en Peñíscola, junto al mar, en tu pizzería y frente a nuestra tienda de tatuajes, que había pasado a ser un local de apuestas deportivas.

Y todo olía a arándanos. Cuando me encontraba mal, solo tenía que inspirar profundamente y recordar nuestros momentos juntos, desde que nos conocimos y pretendí odiarte hasta que supe que era imposible no amarte.

Fueron dos buenos años. Cuando llegó la temporada alta tuve que contratar a dos ayudantes para que me acompañaran en cocina y a tres camareros. El negocio iba realmente bien. La tortilla era todo un éxito. También tu sándwich. Y la ensalada de garbanzo y aguacate, y la lasaña de espinacas o el cachopo de seitán.

Te echaba de menos. A diario. Ya no me empeñaba en borrar tu recuerdo. Sabía que no podía tenerte, pero tampoco intentaba olvidarte, porque es como dejar de fumar: es imposible no pensar en el tabaco. Hay que ser consciente de que ese recuerdo siempre regresa para estar preparado y afrontarlo.

Habías rehecho tu vida. Me preguntaba si alguna vez te acordarías de mí. Me habías querido. Eso no lo dudaba. Me preguntaba si, en tu vida repleta de éxito, tendrías un huequecito de vez en cuando para acordarte de lo que tuvimos, de lo que pudimos llegar a ser.

Comparado con todo lo que había dejado atrás, fueron dos años que podría llamar felices. El exceso de trabajo me obligaba a concentrarme en el negocio y no dejaba oportunidad para otros pensamientos.

Un día, tras el turno de comidas, salí de la cocina y me encontré con Silvia frente a la barra. Frené en seco al verla. Ella inspiró, pero no parecía sorprendida de verme. Detrás, estaba quien supuse que era el marido junto a su hijo, un mulato precioso de unos tres años.

—Nada más ver el restaurante pensé que podrías tener algo que ver. Esos platos son inconfundibles.

—¿Qué tal estás?

Le di dos besos y, aunque hizo esfuerzos por esconderlo, vi que en el antebrazo tenía tatuado un gatito en tinta azul; pequeño, sencillo, pero se distinguía perfectamente.

—Bien —respondió señalando a su familia.

—Hola —saludé al marido, extendiendo la mano, que él me estrechó con fuerza. Acaricié el pelo al pequeño, quien se escondió rápidamente detrás de su padre.

—Es... un viejo amigo —le dijo Silvia a su marido.

—Vale, amor —le contestó él—. Te esperamos afuera.

—Veo que tienes algún cuadro mío aquí.

—Sí, hay dos que están en la barra y tres en el comedor. Son espectaculares. Mira —señalé *La luz de tus ojos*—, siempre recordaré cuando pintaste ese cuadro y dijiste que reflejaba cómo veías el mundo a través de mí. Me encantó. Eso sí, temía que miraras tanto el mundo a través de mis ojos que no fueras capaz de verlo con los tuyos propios. Por eso me tranquilizó mucho cuando me dijiste que ibas a empezar a quererte por ti misma y comenzarías a trabajar para ser artista.

—También dije que no estaría contigo aunque volvieras a quererme.

—Y mírate, felizmente casada y con un hijo.

—Ya. Siempre has sido inteligente para casi todo. ¿Tú? ¿Estás casado? ¿Tienes pareja?

—No. Desde Sara no he estado con nadie.

De la manera en que abrió los ojos, entendí que no sabía que habíamos estado juntos. No tenía por qué saberlo, en realidad. Para mí era algo tan obvio que ni se me pasó por la cabeza que alguien en el mundo no lo supiera, pero me sentí mal por si aquello le despertaba viejas heridas.

—Bueno, me voy —se despidió, y me dio dos besos—. Me alegra mucho ver que te va todo bien.

No sé si a Silvia aquella conversación le reavivó viejas heridas; a mí me abrió en canal. Nombrarte de nuevo me hizo replantearme mi vida. Se suponía que estaba viviendo mi sueño, pero, cuando me detenía un instante, me sentía vacío. No estaba contigo, ni tenía cerca a Melania, ni siquiera compartía la vida junto a mi madre.

Sentado en la barra, solo, con las luces apagadas, me di cuenta de que aquel no era mi sueño en realidad. Mi sueño era compartirlo con la gente a la que amaba, y no tenía a nadie a mi lado. Me divertía cocinando y la ciudad me encantaba, pero nada me llenaba. No sabía qué necesitaba; lo que sabía era que no estaba en *Green Day*.

CAPÍTULO 38

Al ver tus ojos, me sentí en casa de nuevo.

Reencuentro

El negocio había ido bien, así que, con lo que había ahorrado, decidí viajar por Europa: Amsterdam, Berlín, Praga, Budapest... Me gustaba estar con gente siempre de paso, sin esfuerzos por ser querido, sin pretensiones de que nadie me recordase al día siguiente. Era liberador; en cierto sentido, parecido a cuando estaba en el turno de noches en *El Rincón de Marc*. Me daba la impresión de que habían pasado siglos desde aquello.

Volví a España. Había comprado la entrada para un concierto de Ludovico Einaudi en el teatro romano de Mérida. No podía perderme la experiencia de vivir su música en un marco como ese. Desde la parte alta de la cávea izquierda contemplaba a Einaudi en el escenario, al piano; a su alrededor, algunos instrumentos de cuerda y, tras ellos, el escenario de columnas y figuras escultóricas que se iluminaba con luces que iban alternando de color.

Cuando sonaron las primeras notas de *Divenire* se me puso la piel de gallina. Miraba embobado hacia el escenario mientras la música llenaba todo el teatro. Cerré los ojos, entusiasmado por formar parte de aquel espectáculo. Nos imaginé juntos, de la mano, emocionados. Lo que disfrutarías tú en un concierto así.

Después de unas piezas más, comenzó a sonar *Experience*. El escenario pasó de ser un espectáculo a ser magia pura. Ludovico Einaudi interpretó los primeros compases únicamente con el piano, con tal sutileza que parecía transportar la melancolía por todo el escenario. Recordé tu cara de ilusión cuando me regalaste el teclado. Un violín acompañó al piano, con suavidad, apenas imperceptible. El chelo hizo su aparición con un tañido grave, profundo y desgarrador que parecía rasgar el corazón.

El *tempo*, como diría Fran, se aceleró. Einaudi hacía mover el sombrero de su cabeza al ritmo de la música. Se me empañaron los ojos por la emoción. La sensación de plenitud era enorme, indescriptible. Me vino a la mente tu cara de sorpresa mientras yo tocaba el piano en aquel restaurante, nervioso, para agradecerte todo lo que habías hecho por mí.

El violín empezó a sonar más agudo y a llevar el protagonismo de la pieza hasta que el piano irrumpió de nuevo, acelerando el *tempo*, hasta que todos los instrumentos, todos juntos, hicieron explotar la melodía en un estallido de notas a todo volumen.

Una mujer, en el otro extremo del escenario, descendió las escaleras. ¿Cómo alguien podía irse de allí? Y en ese momento. ¡Con lo que tú lo hubieras disfrutado! Un hombre fue tras ella. Quizás fuera una urgencia. O una discusión de pareja.

Tras la explosión, vino la calma final. La melancolía volvió a inundar el escenario. Entonces recordé cuando te dije que no te quería. ¡Cuánto te hice sufrir! La música volvió a intensificarse. La noche en que hui, subía al Serbal escuchando aquella misma pieza. Con las manos en el volante, te imaginaba llorando por mi culpa, mientras yo tenía que buscarme un futuro sin saber dónde. Te juro que solo pensaba en acelerar. Destrozar el quitamiedos. Volar esos más de doscientos metros. Cuántas veces me maldije por haber frenado.

Es posible que te vaya a ver. Miro la tele y te veo ahí, explicando que llevas escribiendo y trabajando desde antes incluso de terminar la carrera y que necesitas detenerte un tiempo. Quizás sea la última oportunidad de encontrarte, aunque sea en la distancia, porque es posible que ni me atreva a acercarme.

Semanas después del concierto de Einaudi, me avisaron de que mi madre estaba ya muy enferma y que, probablemente, no duraría muchos días. Llegué a tiempo para verla. Quizás ella aguantó hasta verme.

Cuando murió, apoyé mi cabeza en su pecho. Siempre había mantenido la esperanza de volver a sentirme hijo por un rato. No obstante, desde muy niño había tenido que ser el protector y no el protegido. Desde demasiado joven, había mantenido la esperanza de ser hijo de nuevo, aunque fuera un ratito.

Rosa quiso hacer una misa. Nunca he sido de esas cosas, pero, si ella se quedaba tranquila así, a mí no me importaba. De hecho, me parecía una buena manera de despedirnos de ella. Al terminar la ceremonia nos dirigimos al cementerio.

Conduciendo detrás del coche fúnebre, solo podía pensar en que estábamos en la misma ciudad. Incluso el día en que enterraba a mi madre no dejaba de pensar en ti. Me fijaba en cada persona con la esperanza de ver tu rostro. Me sentí culpable. Todo mi dolor debería estar concentrado en mi madre, aunque no podía evitar los nervios de saber que podría verte al doblar cualquier esquina.

El sacerdote rezaba las últimas palabras frente al ataúd de mi madre. Me giraba, inquieto, buscando inconscientemente tu presencia. Quizás te hubieras enterado y estuvieras allí.

Cuando empezaron a bajar el ataúd de mi madre, me giré y, tras los árboles, al fondo, vislumbré una silueta de mujer. Por un segundo, quedé paralizado. No tenía pruebas, y desde esa distancia hablaba más el deseo que la vista, pero sabía que eras tú.

Notaste que me había girado y que te miraba. Saliste de detrás del árbol, como tu protagonista emergió de detrás del almendro para descubrir a los secuestradores, pero en tu caso para escapar de allí. El paso acelerado con el que huiste no hizo más que confirmarme que eras tú.

Tuve la tentación de correr tras de ti, pero estaban descendiendo el féretro de mi madre. Volví la vista de nuevo. No había rastro de ti. Ya no importaba que fueras tú o no. Te habías ido.

Esa noche apenas dormí. No pude dejar de darle vueltas a aquella imagen tuya (o quien mi mente dijo que eras tú) en el cementerio. Con una sonrisa en la boca, repasé mil y una veces cada mirada que nos cruzamos, cada roce que tuvimos, cada beso que nos dimos. Si eras tú, ¿significaba que aún te preocupabas por mí?

Ahora estás en la pantalla del televisor. Y quiero ir a verte. De lejos. En la distancia, como hiciste tú. Miro la tele y te veo ahí, explicando que necesitas detenerte un tiempo.

Aunque no sales en la prensa rosa, se ha comentado que te has separado de Patrick. Es el último día que puedo saber dónde estás. Y necesito verte. Sin acercarme a ti, quizás. Han pasado demasiados años. Estoy nervioso. No sé cómo reaccionarás al verme. Ni cómo reaccionaré yo al verte a ti.

Te he visto.

Me levanté del sofá y corrí hasta el estudio. Me quedé en la acera frente a la entrada, caminando nervioso de un lado a otro. El programa había terminado hacía más de veinte minutos, pero no salías. Cada vez me entraban más dudas. ¿Qué esperaba yendo hasta allí? ¿Tenía pensado hablarte? Ni idea. Solo sabía que aparecerías en cualquier momento y el corazón me iba a mil por hora.

La puerta se abrió y saliste, sonriente, mientras agarrabas del brazo a alguien. ¿Era Jon? Estaba lejos, pero sí, pude distinguirlo. ¿Estabas con Jon? Os reíais, con complicidad, en la distancia. Vestías muy elegante con vestido azul, como el día en que nos conocimos. Tu pelo castaño claro, casi rubio, te caía con gracia sobre los hombros, como aquel día. Y estabas con Jon.

Había estado esperando allí como un idiota. Pero ¿qué pretendía después de ocho años? ¿Que me vieras y salieras corriendo detrás de mí?

Giraste la cabeza hacia donde estaba yo. Me viste. Te miré. Sentí detenerse el tiempo, una vez más. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Cruzamos la mirada, como cuando saliste de *El Rincón de Marc* a darme las gracias el día que celebramos la publicación de tu libro; como cruzamos la mirada cuando llegué a la fiesta de la facultad y te giraste; como nos miramos a los ojos tendidos en el césped sin atrevernos a besarnos; como cuando estabas encima de mí en el motel y nos miramos antes de hacer el amor por primera vez.

Fui consciente, un poco más si era posible, de todo lo que te amaba, de lo que daría por abrazarte, de cuánto deseaba apretarte las manos y besarte.

Agaché la cabeza y comencé a caminar para irme de allí. Estabas con Jon. No tendría que haber ido. Me habías olvidado: era duro suponerlo, pero era insufrible verlo frente a frente.

—¡¡Tristán!! —te oí gritar.

No podías acercarte. No, mientras tuviera los ojos llorosos; no, mientras quisiera desaparecer; no, mientras sintiera que mi corazón se resquebrajaba. Me hice el sordo y seguí caminando.

—¡¡¡Tristán!!! —gritaste más fuerte.

Continué, tratando de no girarme hacia ti. Corriste hacia mí. Ya no podía escapar sin decir nada. Me detuve. Te paraste frente a mí. Me miraste a los ojos sin hablar. Te miré, en silencio.

Desde que había tenido que huir, siempre me había sentido como un extranjero en cualquier parte; incluso aquí, de vuelta en mi ciudad. Al ver tus ojos, me sentí en casa de nuevo.

Ahí te tenía, a menos de un metro. Me temblaba todo. No sabría decir quién se movió primero; nos acercamos, lentamente, el uno hacia el otro. Nos agarramos los dedos, nuestros dedos, y nuestros labios se acercaron, poco a poco, tan despacio que sentí tu respiración dentro de mí, hasta fundirnos en un beso dulce, cálido, repleto de la ternura que acumulamos durante más de ocho años, casi nueve.

Quería que ese beso no acabara nunca. No obstante, a los pocos segundos te separaste de mí y te apartaste.

—¿Por qué me dejaste aquí, Tristán? —preguntaste.

Una lágrima comenzó a descender por tu mejilla. No quería hablar; ya tendríamos tiempo para eso. Solo quería besarte, fundirme en un abrazo contigo, mirarte en silencio.

—No podía arrastrarte conmigo —respondí.

—No sabes cuánto te odié por decirme que no me querías. Y lo culpable que me sentí cuando comprendí por qué. Y cuánto te odié de nuevo por no haberme dejado ir contigo.

—Nada de eso importa ya.

—Lo siento, Tristán —respondiste intentando limpiarte las lágrimas—. Es demasiado

tarde.

Esa frase me heló la sangre. Tuve la misma sensación que cuando sentí tras de mí el golpe seco y metálico de la verja del patio de entrada a prisión.

—Tengo que irme —dijiste—. Esto nunca debió ocurrir.

Esa frase fue como la segunda puerta de la prisión, el «clon» de la plancha de acero que me encerraba en la cárcel.

—¿Cómo? No entiendo nada —dije, cuando reaccioné—. ¿Me sigues odiando por aquello?

—Siempre te he amado —respondiste. Ya te estabas girando. Comenzaste a correr—. No me busques, por favor.

—¡Sara! —grité—. ¡¡Sara!!

Quedé petrificado contemplando cómo te alejabas. No entendía nada. ¿Para qué me habías llamado? ¿Por qué me habías besado? En tus ojos volví a sentir el amor. Eso no se puede fingir. En tu boca me sentí vivo de nuevo. No tenía dudas. Tu mirada me contó que nunca habías dejado de amarme. Lo único que no me decían tus ojos era por qué escapabas de mi lado.

CAPÍTULO 39

A veces se me olvidaba lo tremendamente dulce que eres.

Tus cuadernos

¿Por qué habías huido? ¿Cómo que eso no debió ocurrir? Claro que debía ocurrir. Siempre. Todos los días. Es más, nunca debió dejar de ocurrir. Me recordó a la frase que te dije yo el día que hui. Algo había detrás de esas palabras ambiguas; tenía que encontrarte. Esta vez no iba a irme a ninguna parte.

Entré en el edificio de la cadena donde trabajabas y me acerqué a la recepción.

—Preguntaba por Sara Escudero.

—Ya no trabaja aquí —respondió la chica.

—Sí, lo sé. Se ha pedido una excedencia, pero necesito localizarla. ¿Me puede dar su dirección? ¿Su teléfono?

—Lo siento. No tengo acceso a esa información, aunque, en todo caso, no se la podría facilitar.

—Es muy importante, de verdad —rogué, con los ojos casi empañados.

—Yo lo siento... —se disculpó, arrugando la frente.

—Vale, no se preocupe. La entiendo.

Me giré para salir de allí, aunque me llamó cuando estaba llegando a la puerta de salida.

—¡Espere! —Me volví y me acerqué de nuevo al mostrador—. De verdad que, por política de protección de datos, no tengo acceso a esa información. Lo que sí puede hacer es dejarme su número de teléfono o su dirección y yo, mañana, hablaré con algunos empleados para comprobar si alguien se lo puede hacer llegar.

—¡Oh, genial, muchas gracias!

Supongo que me vio tan desesperado que quiso ayudarme. De mi cartera, saqué una tarjeta del hotel donde me hospedaba y, por el dorso, escribí mi número de teléfono.

—Investigaré a ver quién puede contactar con ella.

—¡Jon! —se me ocurrió—. Pregúntele a Jon. Seguramente, él sabrá cómo dar con Sara. Muchas gracias, de verdad.

No podía quedarme esperando. Quizás vivieras con tu padre después de separarte de Patrick, así que decidí ir a su casa. En todo caso, aunque no vivieras con él, supongo que sería capaz de convencerlo para que me diera tu número de teléfono o me ayudara a contactar contigo de alguna manera.

Una señora de unos setenta años asomó la cabeza por la puerta sin abrirla del todo.

—¿Qué quería?

—Buscaba a Sara —le dije. No se inmutó—. Y a Borja.

—Se ha equivocado.

—Vivían aquí —quise explicarle.

Cerró la puerta sin decir nada más.

Me quedé sin ideas. Mi única opción era ir a nuestros sitios. No tenía fe en encontrar nada,

pero, salvo esperar, no podía hacer otra cosa. Fui al parque *San Javier*. No había cambiado demasiado. A algunos bancos les faltaban tablas y se notaba que no habían hecho muchas reparaciones ni mantenimiento, pero, básicamente, seguía igual.

Subí al monte Serbal. No una, ¡cinco *Ranses* rodeaban el árbol!

—Ya lo sé, Sara —murmuré.

Me senté en la roca, abrí una cerveza y me quedé en silencio contemplando las montañas. Si ya lo tenía claro antes de subir al Serbal, aquello me hizo tomar la decisión de no irme de allí hasta encontrarte. Si era cierto que no querías estar conmigo, lo asumiría y me marcharía, aunque sabía que eso no iba a pasar. Esas *Ranses* me lo confirmaban.

Me pasé el fin de semana dando vueltas a la ciudad, unas veces paseando por el centro y otras en coche, recorriendo la ciudad de punta a punta. Solo podía esperar. ¿Me seguirías odiando por haberte dicho que no te quería? Las cinco *Ranses* alrededor del serbal me parecieron una llamada de auxilio para que te buscara. Pero ¿dónde? No tenía noticias de Jon, aunque tenía esperanza de que le dieran el aviso el lunes y que se pusiera en contacto conmigo.

El lunes salí temprano del hotel. Me angustiaba estar encerrado en aquel cuarto sin otra ocupación que esperar. No volví hasta la tarde. Cuando regresé, vi a Jon levantarse de un sillón de la entrada. Lo miré, sorprendido. Antes de saludarme siquiera, me entregó un cuaderno.

—Tienes que leer esto —dijo, muy serio.

—Hola, ¿qué tal? —saludé.

—Sí, hola, y hace mil años que no nos vemos y bla, bla, bla. Vamos a tu habitación y lee esto —ordenó, tajante.

—Vale, vale.

En el ascensor, abrí la libreta para ojear. Vi mi nombre y me entró un escalofrío. ¡Era un cuaderno tuyo! ¡En el que me hablabas a mí!

—¿Son de...? —pregunté, sin poder creérmelo.

—Sí.

—¿Y por qué...?

Entramos a mi habitación. Iba tan enfrascado con el cuaderno que al cerrar casi le doy con la puerta en la nariz a Jon.

—Lee algunos fragmentos y luego te cuento.

Estaba emocionado, sorprendido y aterrado, todo al mismo tiempo. Narrabas lo que ibas sintiendo sobre mí, contándome nuestra historia como yo te la cuento a ti.

Para mí, quererte es una enfermedad. El problema es que no deseo renunciar a lo que me enferma. Tu recuerdo me asfixia, pero no estoy dispuesta a olvidar lo mejor que me había pasado en la vida.

Cada párrafo en que posaba la vista me ponía la piel de gallina.

Necesito creer. La vida no tendría sentido si no tuviera la esperanza de verte de nuevo para comprobar si sigues manteniendo intacto el tatuaje que ancló nuestros dedos, o si el tiempo ha desgastado la tinta hasta borrar el recuerdo de lo que fuimos.

—Esta es solo la última parte, la que está escribiendo ahora. Yo he leído todo, desde el inicio de vuestra historia. Te ha echado de menos todos y cada uno de los días desde que te fuiste.

—Ahora sí que no entiendo nada, Jon —dije, con los ojos empapados—. Me ha echado de menos. ¿Por qué se ha ido, entonces?

—¿Y tú? ¿La has echado de menos?

—Cada instante, Jon. Nunca me he arrepentido de haberla amado, aunque me partiera el alma cuando tuve que decirle adiós.

—Lee aquí —dijo pasando las páginas casi hasta el final.

De un plumazo, las palabras de aquella doctora borraron todos y cada uno de los trazos escritos en mi pizarra. Mi vida ha pasado a ser un espacio vacío y negro.

—El cáncer ha invadido sus ganglios linfáticos y ha comenzado a extenderse.

Estaba obligada a detenerme y mirarme, frente a frente; comenzar a valorar qué quería escribir en mi vida a partir de entonces.

—Le soy sincera. Hay pocas posibilidades...

No debí llamarte, Tristán. Fui muy egoísta. No debí besarte. Lo sé, pero no pude evitarlo. Quizás era la última oportunidad que tenía de verte, de tocarte, de estar contigo.

—¿Tiene cáncer? —busqué con la vista a Jon, con pánico, esperando que me dijera que no, pero asintió con resignación—. ¿Por eso no quiere estar conmigo? No lo entiendo.

—Pues por lo mismo que tú la dejaste cuando ibas a huir, Tristán. Sara dice que por no hacerte pasar por eso. Yo digo que porque sois idiotas.

—Es diferente. Yo no quería partirle la vida.

—Y ella no quiere que sufras por su culpa. Mira, sois las personas más inteligentes que he conocido en mi vida, pero parecéis tontos, de verdad. Estáis tan preocupados pensando en lo que puede ser mejor para el otro que no os dais cuenta de que lo mejor para Sara es estar contigo y lo mejor para ti es estar con ella. No sé si la vida os dejará ser felices juntos; lo que está claro es que, separados, no lo vais a ser nunca.

—Jon, no sabes cuánto te agradezco lo que acabas de hacer —dije mientras le abrazaba.

—Está en el hospital. El jueves le dan el alta, así que entonces puedes ir a su casa.

—¡Te quiero! —Le di un sonoro beso en la mejilla—. No sabes cuánto —grité ya desde la puerta.

—¿Dónde vas?

—¿En qué habitación? —pregunté, asomando la cabeza.

—Vete el jueves a su casa, que... —Negué. Entendió que no me iba a convencer—. Sección B-C, habitación setecientos cuatro.

Sabía que no te irías a ninguna parte, pero corrí como si fueras a tomar un vuelo al otro extremo de la tierra. Te iba a ver. Y ya no te dejaría nunca. Estaba ansioso por llegar, por verte, por explicarte que no me importaba lo que ocurriera: solo quería estar contigo.

Allí estaba. Frente a la setecientos cuatro. A punto de verte. No sabía cuál sería tu reacción. Quizás me pidieras que me fuera; o quizás me explicaras que ya no querías estar conmigo. Tomé aire y la puerta se abrió. Era tu padre, que salía; quedó petrificado, con los ojos abiertos por completo.

—¿Has venido a...?

—A ver a Sara —contesté sin dejarle terminar la pregunta.

—Mejor ven el jueves. Ahora está descansando. —Negué con la cabeza—. Mira, el jueves le dan el alta. Podrás ir a casa...

—No —respondí—. Lo siento, Borja, no tengo intención de discutir. —El corazón me bombeaba a mil—. Si ella no me quiere aquí, me iré, pero voy a verla.

—Entiende que está cansada y confusa... —Fran, supongo que, al oírnos hablar, salió de la habitación.

—Entiendo todo lo que me cuentas, Borja, pero necesito ver a Sara.

—No te voy a...

—Papá —intervino Fran, agarrándolo por el hombro. Asintió mientras cerraba los ojos.

Tu padre se apartó. Fran entreabrió la puerta e hizo una seña. Al instante, Ángela se levantó y salió. Al pasar a mi lado se le iluminaron los ojos y me dio un beso.

—Hola —susurró.

Estabas echada. Al principio pensé que dormías, porque solo se escuchaba una respiración lenta. Ni te habías dado cuenta de que Fran y Ángela habían salido. Me acerqué unos pasos, en silencio, y comprobé que tenías la mirada perdida en dirección a la ventana.

—Sara —susurré.

Qué escalofrío me entró al decir tu nombre.

—Sara —repetí, un poco más alto.

Te giraste hacia mí y al verme abriste los ojos, ilusionada, con esa sonrisa por la que daría lo que me pidieras; aunque de inmediato rompiste a llorar, esas lágrimas por las que haría lo que necesitaras. Antes de que pudieras incorporarte, fui hacia ti para que no hicieras esfuerzos. Me abrazaste, intentando contener las lágrimas, pero explotaste en llanto.

—Lo siento —dijiste entre sollozos.

A veces se me olvidaba lo tremendamente dulce que eres. Te aparté el pelo de la cara, sequé tus lágrimas y te enseñé el cuaderno para que supieras que lo sabía todo, que ya no tenías que mentir.

—Lo siento mucho —repetiste—. No quería hacerte esto. Media vida buscándote para que me encuentres así.

—No te voy a dejar, Sara. Da igual cómo te pongas

—Tengo miedo, Tristán —dijiste agarrándome las manos—. Mucho miedo.

—Y yo, pero lo pasaremos juntos. Hoy alguien me ha dicho una gran verdad: nos será imposible ser felices si no estamos juntos. Ya bastante difícil nos lo pone la vida, añadiría yo. No te voy a dejar, Sara. No me voy a ir de tu lado.

CAPÍTULO 40

Aún no te había empezado a tener y ya te estaba perdiendo.

Hospital

No podía creer que estuviera contigo. No podía creer que, ocho años después, casi nueve, estuviera a tu lado. Te expliqué que Jon había llegado al hotel con el cuaderno y me había explicado todo.

—¿Sabes? —te dije—. Yo también te he escrito. Mucho. Casi a diario.

—¿En serio? —dijiste, con cara de ilusión—. Vete a buscarlo.

—¿Cómo voy a ir ahora? Además, necesitas descansar y no estás para leer.

—¿Me vas a negar eso?

—Yo me imaginaba, no sé, reconciliarnos, sexo, romanticismo, sexo...

—Lo siento, tendrás que esperar. Culpa tuya. Si no hubieras dicho nada, ahora estaríamos haciendo el amor desafortunadamente.

—¿Cómo echaba de menos ese sentido del humor! —te dije.

—¿Cómo echaba de menos esa risa!

Me aproximé a ti. Tenías los ojos cansados de haber llorado. Acercaste tus labios a los míos. Te di unos besos suaves en la boca. Abriste los labios con dulzura y mi lengua comenzó a jugar con la tuya, despacio, sin prisa. Cerré los ojos. Quería sentir aquel beso como si lo estuviera soñando, aunque estando seguro de que al abrirlos estaría a tu lado.

—¡Uf, Tristán! —suspiraste—. Van a tener que coserme los puntos de nuevo, porque se me está saliendo el corazón del pecho.

Salí de la habitación para ir a buscar lo que te había escrito, pero antes pasé por la sala de espera para avisar a tu padre, por si quería entrar a verte.

—Borja, me voy un rato. Vuelvo en media hora o así.

—Vale —contestó mientras se levantaba.

—Eso sí, hoy me quedaré a dormir en el hospital.

—De ninguna manera. Creo que es tomarse demasiada confianza, Tristán. Yo de noche me voy a quedar con ella.

—Como quieras. Yo te aviso que, en la habitación o en la sala de espera, no me voy a ir de aquí.

—Eso ya se verá —dijo muy serio.

—Papá —se levantó Fran—. Es Tristán, ¿vale? Sara va a querer que se quede con ella.

Tu padre no respondió. Me despedí de todos en general y me fui. Cuando regresé, te dio un beso y salió de la habitación. No dijo nada, pero me echó media sonrisa. Te entregué el archivador con lo que te había escrito.

—Ay, cómo me va a gustar esto.

La doctora entró en la habitación para ver cómo te encontrabas. Te riñó por estar leyendo, porque no podías forzar la postura.

—¡Vaya! Estaba deseando leerlo.

—¿Ves? —te recliné con una mueca de burla.

—Te lo puede leer él —replicó, señalándome.

—Ah, sí, genial —me devolviste la mueca—. Me parece una idea brillante.

La doctora salió de la habitación, todavía riéndose.

—Ya la has oído —dijiste cuando se fue—. Por prescripción médica, tienes que leerme algún pasaje.

—¿Por prescripción médica? Serás caradura.

Comencé por leerte lo que había escrito sobre el día de la fiesta de la facultad, uno de mis días preferidos. Trataba de no emocionarme, aunque recordar todo aquello no era fácil. No sé si es más complicado rememorar los momentos difíciles o los momentos felices que no pudimos continuar viviendo.

Me agarraste la mano con fuerza, aunque, poco a poco, fui notando tu respiración cada vez más pausada y profunda. Te habías dormido. Continué leyendo unos minutos para que un silencio repentino no te despertara. Después, retiré mi mano, que me tenías agarrada con fuerza.

No podía dejar de mirarte. No me creía que te tuviera delante, que te hubieras dormido mientras te leía. No es que pensara que nunca lo fueras a leer; es que nunca me lo había planteado siquiera.

Aunque me habías contado algo y en tu cuaderno hablabas sobre ello, quería conocer más detalles sobre la enfermedad. Tu padre y Fran me habían dado su número de teléfono por si pasaba algo, así que pensé en llamar a alguno de ellos para que me explicaran con detenimiento a qué nos enfrentábamos. Me pareció oportuno hablar con tu padre porque, además de tener más información, podría limar asperezas con él.

—¿Borja? Soy Tristán.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, nervioso.

—No, no, tranquilo. Sara se acaba de dormir. Solo quería hablar contigo.

—No me des estos sustos, Tristán.

—Lo siento. Solo quería... preguntarte... Bueno, Sara me ha contado algo, pero me gustaría que me comentaras en qué punto está la situación. Con sinceridad.

—Pues está mal, Tristán —dijo, emocionado—. Está muy mal.

Se me hizo un nudo en el estómago. Sabía que no mentías cuando decías que era grave, pero tenía la esperanza de que exageraras. Oírlo de boca de otra persona me provocó una angustia en el pecho...

—¡Joder! —exclamé en voz baja—. ¿Cómo de mal?

—Me recuerda tanto a lo que viví con Esther que no quiero ni pensarlo. —Guardó silencio unos segundos—. ¿Sabes? Con mi mujer terminé por asumirlo. No tenía más remedio si quería servir de apoyo a mis hijos. La echo de menos cada día, pero la tranquilidad con la que lo asumí Esther me hizo ser consciente de que era inevitable. Con una hija... —la voz empezó a temblarle — es imposible asumirlo.

—¿Qué opciones hay?

—Van a hacer un tratamiento agresivo combinando quimioterapia y radioterapia. Empieza en dos semanas. Lo normal es esperar cuatro o seis semanas al menos para que haya una buena cicatrización, pero hay que empezar lo antes posible. Como con Esther.

—Siento preguntar tanto, pero quiero conocer todo —dije, mientras me limpiaba las lágrimas—. Quiero estar prevenido para lo que pueda suceder y saber cómo se puede actuar.

—Sé que está en buenas manos contigo, Tristán. Pero hay algo que tienes que saber.

Su tono preocupado me heló la sangre. ¿Podía haber algo más grave que lo que me estaba contando?

—Sara ha dicho que, en cuanto viera que el tratamiento no diera resultados, lo suspendería.

—¿Cómo? —pregunté, sin asimilar lo que oía.

—Dice que no quiere pasar lo que su madre. Si va a vivir dos meses, dice que no los pasará tumbada, cansada y anestesiada por culpa de la quimio.

Me llevé las manos a la boca, sorprendido y asustado.

—Tú la conoces. No dice las cosas por decir. Hay que estar preparado para que suelte la bomba en cualquier momento. Y cuando lo haga no se va a echar atrás.

—Gracias, Borja. Siento haberte hecho pasar este trago de recordar todo.

—Gracias a ti. Eres la alegría que quizás le dé energía para luchar por sobrevivir.

—Mañana nos vemos. Un abrazo.

Me senté en la butaca junto a la cama y te contemplé. Tenía que empezar a asumir que te podías ir. Pero ¿cómo se hace eso? Aún no te había empezado a tener y ya te estaba perdiendo.

Fran había traído tus cuadernos. Los leí desde el principio. En ellos, descubrí cómo te fuiste enamorando de mí, tan poco a poco como yo, negando la evidencia hasta que todo nos estalló en la cara. Comprobé hasta qué punto me habías amado, hasta qué punto me habías echado de menos, hasta qué punto deseabas reencontrarte conmigo.

Busqué lo que habías escrito el día en que te abandoné. Necesitaba comprobar cuánto daño te había hecho. Me dolió leer cómo habías sufrido ante mi frialdad, cómo te habías derrumbado cuando te dije que no te quería.

En cuanto giré la esquina tuve que detenerme. No tenía fuerzas. El llanto me ahogaba. Me apoyé en la pared y traté de tomar aire, pero el sollozo me obligaba a respirar a espasmos. Empezó a llover, o eso creo; quizás solo eran mis lágrimas las que me hacen tener el recuerdo de estar empapada.

Me estremecía comprobar el daño que te había hecho. Cómo me gustaría volver a ese día y huir juntos. Me preguntaba si eran más dolorosos los recuerdos de los momentos tristes o de los momentos felices. Ahora ya lo sé. No hay recuerdo más doloroso que el de aquello que se debería haber vivido.

Necesitaba llorar, que no se enquistara el dolor que sentía al pensar que te podías ir. Tenía que echar fuera todo antes de que despertaras y me vieras contento cuando abrieras los ojos. Pasaríamos momentos muy duros y sufriría contigo, pero ese primer golpe lo tenía que amortiguar solo.

Dormiste toda la noche. Cuando despertaste me encontraste con tus cuadernos.

—¿Qué lees? —preguntaste sin apenas haber abierto los ojos.

—Cuando desparramaste media tortilla por la encimera.

—Ay, es de mis momentos favoritos. Por cierto, me ha encantado que me leyeras. Me parece que ya tengo una nueva afición.

—El caso es abusar de mí. Como aún no podemos tener sexo, con la lectura.

—Ya verás cuando podamos hacer el amor. Vas a desear haberme leído El Quijote.

—Ja, ja, ja. Lo peor es que te creo —respondí mientras acercaba mis labios a los tuyos—. Buenos días, por cierto —te dije al tiempo que te daba besos—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca —susurraste apartando los labios únicamente el tiempo imprescindible.

—Te quiero, Sara. —¿Qué cosquilleo en el estómago sentía cada vez que te lo decía!

El jueves te dieron el alta. No hizo falta decir nada: me fui a tu casa. De hecho, ya había recogido mis cosas del hotel y me había instalado. Era algo tan obvio que ni lo habíamos comentado.

Poco a poco te fuiste encontrando mejor de la operación. Me gustaba estar cocinando y saber que estabas en la habitación, o que me llamaras de pronto para que me acercara a darte un beso, aunque mi momento favorito del día era después de la cena. El primer día me dio por leerte algo de mis folios y tú ya lo estableciste como rutina.

—Un día tienes que leerme la historia de la constelación del pingüino —me pediste—. ¿Te acuerdas?

—Buf, vagamente. Eso fue viendo las estrellas en el Serbal, ¿no?

—¿En serio? Yo lo he releído un montón de veces. Es de mis momentos favoritos. ¿Cómo dices que no te acuerdas?

—Recuerdo lo que me contaste del serbal en las distintas mitologías, eso sí.

—Pues tienes que leer esa parte en mis cuadernos. Y, de paso, cambiar el final.

—No, no. Los finales no se cambian.

—De eso nada; mientras no haya concluido la historia, se puede cambiar el final. Sobre todo, si la historia la escribes tú, claro. Por cierto... —abriste el cajón de la mesita y sacaste una hoja doblada a la mitad—, te debía esto, aunque tampoco lo recordarás. Un día acordamos escribir un símil sobre el amor. Tú tenías que compararlo con el fuego, y yo con el agua. Esto es lo que yo escribí.

Desplegué la hoja y la leí.

A veces el amor llega como un tsunami: repentinamente y arrasándolo todo.

Otras, como una leve llovizna, poco a poco, sin que apenas notes la lluvia hasta que, de pronto, notas que hay tanta agua que te estás ahogando.

Así llegaste a mí, tan poco a poco que no me enteré de que te amaba hasta que descubrí que eras el amor de mi vida.

Ahora, cada noche, sola en mi cama, abrazo a mi almohada y le susurro un «te quiero» mientras me ahogo.

Intenté disimular mis ojos vidriosos acercándome a ti para besarte. Doblé la hoja y la guardé en mi cartera. Quería tenerla siempre cerca de mí.

Un par de noches antes de comenzar el tratamiento, te oí llorar sentada en la cama. 04:17, marcaba el despertador. Llevabas toda la semana sin dormir apenas. Me incorporé y te abracé.

—Tengo mucho miedo, Tristán.

Quedaste en silencio unos segundos, intentando calmarte un poco.

—Estaba viviendo la vida sin detenerme —continuaste— y, de pronto, me dieron ese mazazo tan grande que me obligó a frenar en seco. Miro a mi alrededor y pienso que no puede

estar pasando, que esto no puede ser el final del camino. Sobre todo, ahora. ¡Quiero vivir tantas cosas a tu lado!

—Y yo quiero vivirlas conmigo. —Te besé en la mejilla.

Comprendí que sería inútil intentar que no pensaras en ello, así que lo que intenté fue que pensaras en ello cambiando la perspectiva.

—Vamos a suponer que todo sale bien —te dije—. ¿Cómo te imaginas que sería nuestra vida en unos años?

—Uf, a ver... ¡Esto me va a encantar! —respondiste al tiempo que te limpiabas las lágrimas—. Nos imagino casados.

—¿Casados? —contesté, arrugando la frente.

—Ya, ya sé que, para el señor anti-convenciones sociales, el matrimonio no es más que un papel innecesario, porque no se precisa una firma para saber que nos queremos.

—Claro.

—Aun así, me gustaría. Además, déjame, que es mi imaginación, no la tuya.

—Vale, vale, casados —dije, levantando las manos en señal de rendición.

—Viviríamos en una casita en las afueras de Peñíscola. Nada ostentoso, aunque sí tendríamos un pequeño terreno donde podrías plantar algunas verduritas y especias.

—Me gusta, me gusta.

—Tendríamos una niña.

—¿Una mini Sara? No sé si podría con las dos.

—No entiendo la duda —dijiste en tono juguetón—. Haríamos de ti lo que quisiéramos.

—Ya, tienes razón. Yo intentaría poner algo de orden y, un día, tú me pondrías un puchero, y me convencerías; al siguiente, la mini Sara me diría cualquier palabra dulce y a ceder de nuevo.

—Bueno, el nombre está por decidir. Ahí igual te dejaré opinar.

—Gracias, todo un detalle por tu parte.

—También tendríamos un perro.

—¿Y eso?

—Pues algún perro que habrías rescatado de la perrera y habrías llevado a casa. *Poppi*.

—¿*Poppi*? —protesté, torciendo el gesto con desagrado.

—Bueno, pues *Bala*. —Negué también—. ¿*Rayo*?

—Vale, tú no tienes derecho a opinión para el nombre del perro.

—¿Te lo imaginas, Tristán? —dijiste, apoyada en mi hombro.

Te echaste sobre mi pecho, más relajada, hasta que te quedaste dormida. No obstante, yo no pude conciliar el sueño. Yo también tenía miedo. Pánico. Ignoraba qué nos esperaba.

Había investigado sobre el tratamiento, efectos secundarios, cuidados, dietas que pudieran ser beneficiosas... todo lo que se me había ocurrido. Pero no podíamos conocer cómo iba a responder tu cuerpo. Solo sabía que no quería que sufrieras. Solo sabía que no quería perderte.

CAPÍTULO 41

No hay estrellas que puedan contar cómo nos amamos, Sara.

Cumpleaños

Sabía que el tratamiento iba a ser duro, pero nunca imaginé que tanto. Después de cada sesión de quimioterapia y radioterapia quedabas destrozada. Cada día te costaba más levantarte de la cama, hasta que llegó el punto en que tenías que pedir ayuda para cualquier cosa.

Te veía sufrir, tanto por el dolor físico como por la impotencia que te generaba esa dependencia absoluta para la tarea más insignificante.

A mí no me importaba estar a tu lado constantemente y atenderte en lo que fuera necesario. Lo sabes. Y lo sabías, pero yo sé que te rompía el alma llamarme para ir al baño o, simplemente, para que te apagara la televisión.

Muchas veces, cuando entraba en la habitación, apartabas la vista hacia la ventana, cerrada y con la persiana bajada, porque ya apenas soportabas la luz. Y llorabas. Intentabas esconderte. Era imposible no verte, porque cada lágrima tuya me atravesaba el corazón.

Eres tan mágica, Sara, que hasta cuando estabas inmóvil en la cama iluminabas la habitación.

Resultaba insoportable ver cómo perdías las fuerzas. Muchos días no podías moverte; te quedabas echada, mirando al techo. Buscaba algún libro y te leía, aunque normalmente acababas por pedirme que leyera algún fragmento de lo que yo te había escrito.

Con la única luz de un flexo que apuntaba hacia mis folios, intentaba no emocionarme leyendo lo que habíamos vivido. A veces, te ponías de lado para mirarme mientras leía. Por más momentos que hubiéramos vivido juntos, y con todo lo que estábamos sufriendo, me seguía poniendo nervioso cada vez que me mirabas. No obstante, esos días, intentaba no derrumbarme al contemplar esos ojos tan apagados y tristes, cuando siempre habían estado tan alegres y llenos de vida.

A veces te girabas hacia el otro lado, porque te molestaba hasta la débil luz del flexo. Puede sonar a frase hecha, a decir por decir, pero cada vez que te miraba me parecías mágica.

Tuve que alquilar una silla de ruedas para que pudieras ir a las sesiones de quimio y radioterapia, y contraté a una fisioterapeuta para que viniera a casa y te ayudara a recuperar la fuerza y la movilidad.

Planifiqué una dieta saludable que fuera beneficiosa para el tratamiento. Los domingos nos dábamos el premio de comer tarta de fresa. Sé que algunas veces no tenías ninguna gana de tarta ni de celebraciones, pero, semana tras semana, seguíamos con el ritual. Nos obligábamos a tener algún momento especial, a esforzarnos por sacar un poco de ánimo, hacer alguna broma... porque, a veces, era el único momento en toda la semana en que oía tu voz o te veía sonreír.

Las dos semanas previas a tu cumpleaños habías recuperado un poco de fuerza y de ánimo, así que pensé que te gustaría que preparara algo especial con los de casa. Invité a comer a tu padre, a Fran y Ángela, y a Azu y Marcos.

Desde muy temprano estaba en la cocina preparando la comida. Me pareció que habías despertado, así que, en una bandeja, te preparé un café y un trozo de la tarta de avellana que había aprendido a hacer con la receta que habías pedido en la confitería de Peñíscola.

—¡Felicidades!

Posé la bandeja sobre tus piernas, me diste un beso y salí para volver a la cocina.

—¡Te quiero! —te oí gritar mientras iba por el pasillo.

En la cocina olía a salsa de pimientos del piquillo que estaba cocinándose a fuego lento. Removí la salsa y agregué la soja texturizada que iba a servir de relleno. Jamás he podido soportar más ese olor.

No pasaron dos minutos cuando volví a la habitación por si necesitabas ayuda con algo. Te vi sentada en la cama, cubierta de vómito, paralizada, y, sobre todo, aterrada. Aparté la bandeja para abrazarte, aunque no querías tocarme porque estabas cubierta de vómito.

Retiré la bandeja, abrí la ventana y vestí la cama con ropa limpia. Te ayudé a bañarte y, después, puse sábanas limpias. Sabía que no había sido agradable para ti, pero ya estaba todo limpio y arreglado.

—Diles que no vengán —dijiste, con voz débil, mientras te ayudaba a acostarte de nuevo.

—Solo he avisado a los de casa. ¿No te apetece?

Negaste, sin decir nada. Me eché a tu lado y pasé el brazo por encima de ti.

—¿Quieres que cierre la ventana? —pregunté.

—No, déjala así. Me gusta ver el sol mientras siento el frío.

—Ya, unas cuantas pulmonías sufrí por tu afán de quedar en la terraza.

Al menos te había conseguido arrancar una sonrisa. ¡Cómo echaba de menos tus carcajadas!

—Léeme algo —me pediste—. Me gustaría escuchar la historia que me contaste mirando las estrellas.

—¿La constelación del pingüino?

Busqué el cuaderno donde lo contabas y, cuando estaba a punto de comenzar a leer, me interrumpiste.

—Espera, antes quiero escribir algo.

Te llevé el cuaderno y un boli. No llegaste a escribir una frase entera y tuviste que apartarlo.

—¿Puedes ir escribiendo tú? —preguntaste.

—¿Cómo?

—Yo voy dictando y tú lo vas escribiendo en mi cuaderno.

—Te lo voy a estropear. Tengo una letra muy fea.

—Pues a mí me encanta, así que no pongas excusas.

Comenzaste a dictarme y fui escribiendo lo que decías.

Sé que es irónico dictarte lo que te estoy contando a ti, pero me he acostumbrado a decirte así las cosas, y hoy no puedo hacerlo por mí misma. Me siento paralizada, cansada, sin fuerza.

Y preciosa.

Añadí yo, escribiéndolo en el cuaderno.

—Oye, tú no puedes escribir lo que quieras.

—Oye, tú no puedes escribir lo que quieras.

Lo escribí, como si formara parte del juego en el que me dictabas para que escribiera.

—Si te olvidas de lo obvio, tendré que escribirlo.

—Cíñete a lo que digo.

—Cíñete a lo que digo —gruñe ella, malhumorada.

—¡Oyeee!

—Vaaale. Escribiré solo lo que dictes.

Te adoro. No solo por lo que me cuidas, me das cariño o me haces reír, sino, sobre todo, por cómo me miras. Aunque esté tumbada, apenas pueda levantarme, me agote solo con hablar, tenga ojeras, esté delgada y calva, sigues mirándome con los mismos ojos vibrantes repletos de ternura y pasión de siempre.

Si no fuera porque me haces sentir tan viva, me sentiría muerta en vida.

Con esa frase casi me da un vuelco el corazón. Bebí un poco de agua para intentar reponerme. Una cosa es intuir que puedes sentir algo así y otra muy distinta que lo digas en voz alta.

A mí también me parece que vivimos con la emoción a flor de piel desde hace demasiado tiempo. Ojalá llegue el día en que podamos vivir la rutina. Nada me haría más feliz que aburrirme a tu lado.

El tratamiento no está funcionando.

Intenté quitarle un poco de hierro al asunto y añadí, debajo de la frase que tú habías dicho:

O está funcionando más lento de lo que pensábamos.

—Que no escribas lo que quieras.

Yo seguía apuntando todo lo que decías, para seguir con el juego.

—Que no escribas lo que quieras.

—Oye, tampoco escribas esto de cuando te riño.

—Oye, tampoco escribas esto de cuando te riño.

—Ah, lo siento. Ya no se puede borrar.

Me robaste el cuaderno y escribiste:

Y Tristán cada día es más tonto.

—¡Mírala! ¡Para eso sí tienes fuerzas!

—Ah, lo siento. No se puede borrar.

Sé que aún te hago reír. Y me encanta que te rías con mis tonterías. Sin embargo, la verdadera razón de pedirte que escribas... bueno, hay dos motivos, en realidad. Yo me he acostumbrado a razonar de dos en dos, como tú.

El primer motivo es que quiero que me recuerdes. Si falto, quiero que no te olvides de todo lo que vivimos. Sé que no te gusta que te diga esas cosas, pero tenemos que asumirlo.

No me estaba gustando el juego ya.

Y la segunda razón... es porque no quiero tener esta conversación contigo. Prefiero contarlo al aire y que lo escribas. No puedo mirarte a los ojos. No puedo soportar que me digas que no.

—Quiero suspender el tratamiento —me dijiste. Tuve que posar el cuaderno. Me entró un

escalofrío tremendo.

—No, eso no —contesté.

—Tienes que seguir escribiendo —ordenaste.

Me vi a mí misma paralizada, aterrada, cubierta de vómito, sin fuerzas ni para llamarte.

Mientras escribía, no podía levantar la cabeza del papel. Intentaba darte la mano, aunque tenía que soltarme y quitar mis lágrimas para poder seguir escribiendo.

No me había dado tiempo a procesar que querías dejar el tratamiento. Por eso querías que escribiera, para que lo oyera y no me parara a pensarlo. Empecé a dudar de si en realidad no podías escribir o lo habías hecho por eso.

Sentí la impotencia de luchar hasta sentirme sin fuerzas, de combatir hasta la última gota de sangre, y aun así, desde el suelo, mirar hacia arriba y comprobar que el monstruo que me devora es cada vez más grande, cada vez más fuerte.

Ahí supe que no tirabas la toalla, sino que te habías vaciado y ya no dabas más. No podía juzgarte. ¿Cómo iba a hacerlo? Te entendía, pero eso no lo hacía menos doloroso.

Lloras. Por más que agaches la cabeza, sé que lloras, Tristán. Yo también lo haría en tu lugar. Y tratarás de convencerme con tus dos argumentos de peso. Y los entenderé, pero no hay nada que pueda convencerme.

Terminaste de dictar y me pediste que te leyera la historia de las estrellas. Estabas tumbada boca arriba y cerraste los ojos para descansar. Busqué la parte exacta y comencé a leer lo que habías escrito.

En ese momento te levantaste señalando al cielo.

—Mira, aquella constelación es Casiopea.

—¿Qué dices? —Me levanté y me puse a tu lado.

—¿No es lo que suele pasar en las pelis? En un momento emotivo, el chico mira hacia el firmamento y dice: «Fíjate allí, es Casiopea», y cuenta un hermoso mito griego sobre el amor.

—Ya... El problema es que no te lo puedes inventar porque me gusta mucho la mitología griega. Y soy experta en astronomía. Casiopea es aquella.

—¿Cuál?

—Aquella que tiene como forma de W. Pero cuenta, cuenta la historia.

—No, no. ¡No me atrevo a engañarte!

—No, venga, no quiero chafar tu plan. Invéntate una historia, lo más disparatada posible, y yo hago esfuerzos por creérmela.

—Vale —pensaste un momento mirando las estrellas—. Mira, aquella es la constelación del pingüino. —Solté una carcajada—. ¿Ves que tiene forma de pingüino emperador?

Vi cómo se te escapaba una ligera sonrisa cuando leí esto. No sé qué vi para que se me

ocurriera lo del pingüino. ¿Sabes que posiblemente ese día haya sido el más feliz de mi vida?

—Eh... Sí, sí. —Entorné los ojos hacia arriba con ironía—. Al principio pensé que era una masa informe de estrellas que están a millones de años luz, pero no, fijándome bien, veo que es igualito a un pingüino.

—Hay que fijarse mejor para la próxima. Pues bien —proseguiste señalando hacia el cielo—, Tristófonos, el dios de los tristes, estaba enamorado de la ninfa Sarífone.

—Ja, ja, ja. Tristófonos y Sarífone. Me muero. Y si Tristófonos es el dios de los tristes, ¿la ninfa Sarífone?

Entonces me vino muy claro el recuerdo de aquella noche, de tus carcajadas mientras lo contaba, de tu mirada de admiración. Nunca me he sentido tan amado como contigo.

—Umm —pensaste arrugando la frente—, ¿la ninfa de los saraos?

—Vale, vale —respondí mientras me reía.

—Toximisa, diosa de los gases tóxicos del inframundo, estaba enamorada de Tristófonos. Cuando Tristófonos le regala un anillo a Sarífone como prueba de su amor y se declara a ella, Toximisa, corroída por la envidia —entrecerraste los ojos —, convierte a Sarífone en pingüina.

Ya tenías los ojos completamente cerrados. No movías la boca ni con la mueca de una sonrisa. Tu mano cada vez me apretaba con menos fuerza.

—¡Oye, vaya caradura! ¿Y por qué no a Tristófonos? Es él quien le hace daño.

—Porque Tristófonos es un dios poderoso y a él no puede enfrentarse.

—Ya, ya.

—Yo no pongo las reglas. —Te encogiste de hombros—. El caso es que Tristófonos ama tanto a Sarífone, pero tanto, tanto, que va a hablar con Benévolo, el dios de las buenas causas.

—Ja, ja, ja. No puedo. —Te miraba muerta de risa. De la nada te estabas sacando una historia mitológica totalmente disparatada y a la vez con sentido.

—«Amo a Sarífone», le dijo, «pero Toximisa la ha convertido en pingüina. Y, no sé por qué, las relaciones hombre/pingüina están mal vistas» —declamaste exageradamente como en una tragedia griega—. Era otra época, claro —puntualizaste.

—Pues, oye, cada vez que miro al cielo, cada vez se parece más a un pingüino.

—Claro —respondiste, y continuaste con el relato—. «Te comprendo», le dijo Benévolo. «Yo no puedo deshacer el hechizo de Toximisa, que soy Benévolo, pero no tonto. Por ayudarte a ti, no me voy a arriesgar a que Toximisa me condene a respirar sus gases fétidos durante toda la eternidad». Tristófonos arrugó el entrecejo mirándole con desilusión, a lo que Benévolo dijo: «yo, si quieres, te convierto en pingüino a ti también». Y así fue cómo, por amor, Tristófonos, dios de los tristes, se convirtió en pingüino emperador.

—¡¡Muy bien!! —aplaudí—. Una historia muy romántica —ironicé.

—No, no. Ahí no acaba.

—¡Anda! La historia ya me parecía que quedaba redonda así.

—¡No te vayas, Sara! —pensaba mientras leía.

Te podía estar perdiendo. Esa vez para siempre. Y no podía decirte adiós. La vida no me había dado tregua, pero con esto no iba a poder. Te juro que no.

—«Toximisa no puede sospechar, por lo que te convertiré en pingüino durante los tres meses que pasan en las colonias. Así podrás estar con tu amada. El resto del año, mientras los pingüinos regresan a alta mar, tú volverás a la tierra con tu forma de dios». Tristófonos acepta y se dirige al Polo Norte... ¿o están en el Polo Sur? Siempre me entra la duda.

—En el hemisferio sur —respondí.

—Tristófonos va a la Antártida —continuaste— y recorre todas las playas en busca de Sarífone, llevando consigo la piedra más grande y hermosa que encuentra para ofrecérsela y construir juntos el nido donde incubar el huevo que tendrán. No obstante, todos los pingüinos le parecen iguales y no sabe cómo distinguirla. Él va graznando de playa en playa, caminando con sus ridículas patitas —juntaste las piernas y pegaste los brazos a tu cuerpo, con las palmas abiertas, caminando como un pingüino—. De hecho, como no está acostumbrado, se cae cada poco.

—¿Cómo dices que camina? —Te moviste de un lado a otro imitando a un pingüino—. Ja, ja, ja. Perdón, continúa.

—De entre todos los pingüinos, ve a una pingüina que prueba un sándwich de plancton (porque son pingüinos veganos) y emite un graznido enorme y malsonante. Casi le pareció escuchar un «¡Joder, qué rico!». Tristófonos reconocería ese graznido en cualquier parte: era Sarífone.

—Ja, ja, ja, me meo.

Me dio miedo. Si no te reías con esa parte es que ya no estabas escuchando. Tu mano ya no ejercía ninguna fuerza y se soltó de la mía. Seguí leyendo, era lo único que podía hacer. Si me detenía, quizás nunca más podría hablar contigo, así que seguiría leyendo mientras hubiera historia que contar.

—No me hagas esto, Sara —grité mentalmente.

—Sarífone, sin soltar el sándwich, mira a Tristófonos y lo reconoce. Está a punto de caérsele el bocado, pero lo sujeta con fuerza mientras camina hacia su amado. Tristófonos le ofrece la piedra para su nido y ella acepta.

—¡Precioso! Lo de no soltar el bocado... me ha llegado al alma.

—Cada año, después de construir el nido, aparearse e incubar el huevo juntos, Sarífone regresa a alta mar, mientras Tristófonos vuelve a tierra. Y, así, año tras año, viven su amor como si fuera eterno.

—¡Qué bonito! Aparearse una vez al año no suena bien, pero el resto, precioso.

—No se dan cuenta de que Sarífone ya no es una ninfa inmortal, sino una pingüina, así que, pasados unos años, Sarífone se va apagando, abrazada a

Tristófonos, hasta que muere junto a su amado.

Sentía tu respiración porque veía moverse las sábanas sobre tu pecho, pero con tal ligereza que daba la sensación de que podías dejar de respirar en cualquier momento. Seguí leyendo.

—Tonto —te reñí, con cariño, dándote un manotazo en el brazo—. ¡Ya no me gusta esta historia!

Apenas podía mirarte. ¡Te quería tanto! No me veía capaz de perderte. No iba a resistir la vida sin ti. Contemplaba tu nariz, dulce y redondeada; tus mejillas, esas que se sonrojaban al mínimo contacto; y esa sonrisa, tan plena, tan sincera, tan repleta de amor que me estremecía; tus ojos, demasiado oscuros para decir que fueran verdes y demasiado claros para asegurar que fuesen marrones.

Eso no está en las constelaciones. No hay estrellas que puedan contar cómo nos amamos, Sara.

—Tristófonos dibuja a su amada y le pide a Estréllides que convierta su dibujo en una constelación para poder ver a Sarífone todas las noches. Y ahí está, la constelación del pingüino. De la pingüina, en realidad. Tristófonos, desde cualquier sitio de la tierra en el que esté, sale todas las noches a ver a su amada en el cielo.

No importaba que me escucharas o no, porque, con mi voz quebrada y temblorosa, no habrías entendido nada. Seguí leyendo. No quería parar. No podía. Si dejaba de leerte tu historia quizás se acabara todo. No iba a conformarme con dibujarte en las estrellas para contemplarte.

—Eres muy tonto —protesté con los ojos vidriosos.

Y dejé de leer. Ya no había más historia que contar.

CAPÍTULO 42

Te agarraba con fuerza con una mano, como si así impidiera que tu esencia pudiera escaparse de mi lado.

Paella

No sé si me creerás: aquel día en el que te leí la historia de la constelación del pingüino fue el peor día de mi vida. La impotencia que sentía cuando mi padre maltrataba a mi madre o me pegaba a mí no había sido nada comparado con sentir el sonido de las verjas metálicas de la cárcel cerrándose a mi espalda. Y ese sonido estridente no es comparable al frío que recorrió mi cuerpo cuando terminé la lectura y tuve que enfrentarme a la visión de tu cuerpo inerte sobre la cama.

No podía despedirme de ti. Si te ibas, hasta ahí llegaba yo también. No tenía fuerzas para más. Ya no habría instinto de supervivencia que me pudiera salvar. La vida ya había jugado demasiado conmigo.

Aún respirabas cuando llegó la ambulancia. Te monitorizaron y apenas se oía un hilillo que te aferraba a la vida, una respiración tan sutil que costaba encontrarla y que podía desvanecerse en cualquier momento.

En el hospital, sentado junto a tu cama, escondí la cabeza entre mis brazos, porque no soportaba verte así, inmóvil, casi inerte, con ese fino hilo que te unía a la vida. Me dolían las sienes y sentía una presión enorme en la frente. Te agarraba con fuerza con una mano, como si así impidiera que tu esencia pudiera escaparse de mi lado.

Entonces sentí cómo tu otra mano se posaba sobre las mías. ¡Habías despertado! Alcé la vista y habías abierto los ojos. Quería reír, alegrarme, pero me invadió el llanto.

No podía hablar. No me salían las palabras. Solo podía sujetarte con suavidad la cara y darte besos. No me atrevía a abrazarte; no quería hacerte daño. Estuvimos sin decir nada hasta que la enfermera nos informó de que la doctora había suspendido el tratamiento durante unos días, hasta que te recuperaras un poco.

—No puedo con esto, Tristán —dijiste, con voz débil—. Sigo pensando lo mismo: voy a interrumpir el tratamiento.

Sentí otra puñalada en el pecho. Obviamente, era algo que tenías que decidir por ti misma. No tenía derecho ni siquiera a darte mi opinión. Me puse en pie, nervioso.

—¿Sabes qué? —dije, dudando todavía—. Iba a decir que lo entendía, que te apoyaría y que es una decisión tuya.

Me noté cada vez más alterado. No quería decirlo, pero la angustia que tenía en el pecho aceleraba mi corazón de tal manera que, si no te contaba lo que pasaba por mi cabeza, iba a explotar.

—Mira —continué—, siempre he mirado más por los demás que por mí mismo. Esta vez no puedo. Probablemente, sea el peor momento para ser egoísta, pero necesito serlo. No puedo fingir que todo está bien.

—¿Qué pasa, Tristán? —dijiste con voz suave para intentar tranquilizarme. Acercaste tu mano, aunque me separé de ti y fui hasta la ventana.

—No lo hagas, Sara. He visto cómo te ibas. Te he visto morir. —Me volví hacia ti, entre lágrimas—. Nunca llegaste a dejar de respirar, pero sentí que te había perdido para siempre. Y ha

sido horrible. La vida no me ha dado tregua. A veces he luchado contra toda la mierda que la vida basculaba sobre mí; otras, lo he asumido con resignación; y otras, simplemente, me he dejado llevar hasta que las cosas pasaran intentando que me afectaran lo menos posible. Pero con esto no puedo. Te juro que no puedo.

—No me hagas esto, Tristán —dijiste llorando.

—Te lo pido por favor —respondí, con la voz que me quedaba—. Te lo suplico. Sé que no debería pedirte algo así, pero hazlo por mí.

Tú me verías triste y desencajado, pero no puedes imaginar la desesperación que me atenazaba por dentro. Intenté recobrar la compostura; me senté a tu lado y te di la mano.

—No voy a dejarte ir sin decir nada. Te necesito y te pido... —intenté contener las lágrimas durante un instante—, te pido que luches. Sé que no tengo derecho a pedirte algo así, y que es horrible lo que estás sufriendo —comenzaste a asentir entre sollozos—, pero te pido un último esfuerzo.

Asentías con la cabeza. Me sentía mal por suplicarte algo así, aunque no podía dejarte ir sin más, ni asumir tu pérdida, ni negarme a luchar por lo que más me ha importado en la vida.

—Hazlo por mí —rogué, llorando de nuevo—, por ti. Por nosotros.

—Sí —respondiste sin voz, entre el llanto.

—¿Sí? —quise corroborar—. ¿Lo harás?

Asentías sin poder contestar, así que te abracé y lloramos juntos. Sabía que lo hacías por mí, que tu cuerpo y tu mente lo único que te pedían era descansar y vivir lo que te restara por vivir.

Lo hiciste por mí y es lo más duro y especial que alguien puede hacer por otro, el acto más desprendido y desinteresado que podrías haber hecho por mí. Tu vida ya no te importaba; solo te importaba la mía.

Aunque decidimos seguir con el tratamiento, te lo suspendieron hasta que tu cuerpo pudiera enfrentarse a la quimio de nuevo. En esas semanas recuperaste algo de fuerzas y, con ellas, de ánimo.

Un domingo organizamos una paella con tu padre, Fran y Ángela, y ya lo convertiste en tradición. Al domingo siguiente organizamos una batalla de paellas entre tú y yo. Teníamos que cocinar utilizando los mismos ingredientes y que la presentación fuera lo más parecida posible. La cuestión era comprobar quién preparaba mejor el arroz. El miércoles habías retomado el tratamiento, así que queríamos aprovechar el tiempo lo máximo posible.

—Oye, pero seguro que Sara no se va a reprimir —dije— y si alguien vota por la suya va a soltar alguna palabrota o a dar un salto.

—Que no, que no, que me comporto.

—Tenéis que vendaros los ojos —dijo Fran.

—Ay, sí, ¿tenéis algún pañuelo o algo así? —preguntó Ángela.

—Alguno hay —dijiste, con picardía, mientras me mirabas de reojo.

—¿Cómo votamos? —preguntó tu padre.

—Por debajo de cada paellera hay una G y una J. Lo que se nos ha ocurrido. Después de probarlas, miráis a quién corresponde y lo anotáis.

—¡Madre mía, cuánto protocolo para esto! —protestó Ángela.

—Las cosas, o se hacen bien, o no se hacen —replicó Fran. Ángela lo miró entornando los ojos.

Una vez que tuvimos los ojos cerrados, Fran y Ángela trajeron las dos paelleras de la cocina y fueron probando los arroces.

—Um. Grano suelto —comentó tu padre—, cocción perfecta, sabroso... Un nueve. A ver este otro... ¡Vaya, pensé que no podía estar mejor! Un nueve con cinco.

—Venga, no vamos a poner fracciones —dijo Fran—. Hay que mojarse.

—A ver... —Lo probó de nuevo—. Entonces un diez.

—Ya está. Ya hemos votado los tres —dijo Ángela—. ¿Decimos los resultados?

—Sí, sí —contestaste, nerviosa.

—El G tiene veintiséis puntos sobre treinta —anunció Ángela— y el J... ¡veintinueve sobre treinta!

—Lo siento —dijo Fran—. No puedo poner diez, porque la perfección no existe, pero estaba muy próximo.

—Ay, no, no se vale —protestaste—. Nosotros tenemos que votar. —Todos nos reímos.

—Ya sabemos quién es el G —dijo Fran.

—Venga, dadme a probar.

—Esto tengo que verlo —dije, mientras me quitaba la venda.

Ángela me mostró el dorso de la paellera y vi que te daban a probar el tuyo.

—Um, está en su punto. Riquísimo. El otro, el otro.

—Puntúa este antes —te dijo Fran.

—No, quiero comparar.

—Vale.

—¡Joder, qué bueno! —se te escapó. Todos se rieron—. Déjame probar otro poco. ¡Pero qué co...! —Te destapaste los ojos y me miraste—. Sé que es el tuyo. Me da mucha rabia reconocerlo, pero sé que es el tuyo. ¡Has ganado!

Me diste un beso y te sentaste sobre mis piernas al tiempo que me rodeabas con tus brazos.

—No sé para qué me meto en estas discusiones cuando sé que estoy con el mejor cocinero del mundo.

—¿Porque eres una cabezota, quizás?

—¿Sí? —me dijiste mientras me besabas.

—Ay, me da un poco de vergüenza preguntarlo... —dijo Ángela.

—Pero lo vas a preguntar de todas formas —concluyó la frase Fran. Todos nos reímos. Ángela no podía pensar algo y no decirlo.

—Desde que has empezado con la quimio y eso... ¿habéis podido hacer el amor?

—¡Ángela! —la riñó Fran—. ¿No ves que está mi padre?

—Que, si no, era una pregunta de lo más normal, ¿no? —ironicé yo.

—Todavía no —contestaste mordisqueando el lóbulo de mi oreja—. Pero hoy... comenzaremos con *El Quijote*.

Ángela arrugó la frente y puso cara de extrañada.

—¡Vamos a comer! —intervino tu padre—. Hay cosas que un padre no debe ver.

Después de la comida, pasamos una tarde agradable. Cuando se fueron todos, cerramos la puerta y, aún en el pasillo, comenzaste a provocarme.

—Así que haces el arroz mejor que yo —me dijiste con voz sensual.

—Bueno, creo que el resultado ha sido contundente, así que no hay dudas.

—Ah, ¿no?

Me comenzaste a besar mientras pasabas tus brazos alrededor de mi cuello.

—Bueno, ya no estoy tan convencido.

Me mordisqueaste la oreja mientras suspirabas en mi oído.

—¿Estás seguro de que no quieres que me ponga tan contenta por haber ganado que me apetezca... no sé, otras cosas?

—Estoy pensando... Quizás nos hayamos confundido al poner las letras...

Me acariciaste por dentro de la camiseta mientras me empujabas hacia la habitación.

—¡Qué ganas te tengo, Tristán! —me susurraste.

—Sí, sí, está claro que hubo alguna confusión. Tu arroz está mucho más rico. Sin duda.

Cuando llegamos a la habitación, te aparté un poco.

—Espera un segundo. Quiero decirte algo.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —respondiste.

—Ya te aviso. Es algo especial y romántico, así que intenta no arruinarlo con tu sentido del humor.

—No puedo prometer nada... —dijiste entornando los ojos.

—¿Aún no he empezado y ya estás?

—Vale, vale. ¡¡Romanticismo al poder!! —exclamaste alzando el brazo con el puño cerrado.

—Eres una mujer espectacular. En todo. Cada vez que te observo, me asombro de que exista alguien como tú. Y que, además, quieras compartir la vida conmigo, es algo que me alucina. Por eso... Sara Escudero, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Ostras! ¡Esto sí que no lo veía venir! El Tristán que yo conocía de joven, aquel que luchaba contra las convenciones sociales, diría que eso es solo un papel que no es necesario para declarar que nos queremos.

—Ya, pero es que las cosas cambian...

—Ay, ay. Aquí vienen los dos motivos... —bromeaste.

—Por supuesto. El primero es obvio. Quiero casarme contigo porque te amo, porque siempre te amaré, porque solo puedo imaginarte a ti como compañera de viaje.

—Muy bonito —me diste un besito en la mejilla—, pero eso ya lo sabíamos y lo haremos haya un papel de casados o no. Ya puede ser bueno el segundo motivo.

—El segundo es que cuando hablo de ti, o cuando pienso en ti incluso, referirme a ti como mi pareja, o mi novia, ¡¡se me queda tan pequeño!! ¡¡Cómo voy a decir que eres mi novia si eres mi mundo!! Creo que, a día de hoy, eso de «mi mundo» no se puede registrar en el juzgado, así que quiero que, al menos, al pensar en ti se me venga a la cabeza la palabra ESPOSA, así, en mayúsculas, con letras de neón.

—Ay, Tristán Palacios, sí, quiero ser tu mundo, y sí, quiero que tú seas el mío.

Me rodeaste con los brazos y me besaste.

—Ahora, quítate la ropa, que quiero hacerle el amor a mi futuro esposo.

CAPÍTULO 43

Quiero que escribas el final que deberíamos haber vivido.

Lo que nunca quise escribir

No habíamos hecho el amor desde que habíamos comenzado con el tratamiento. Ese día, después de pedirte matrimonio, creías tener las fuerzas suficientes. Nos desnudamos y nos metimos en la cama, aunque noté que te habías arrepentido en cuanto nos acostamos.

—Lo siento —te disculpaste, avergonzada—. Ahora no...

—No tienes que justificarte.

—Pero te deseo, eso tenlo claro.

—Lo sé.

—Y cuando tenga fuerzas...

—Sí, preferiría haberte leído *El Quijote*.

Te di un beso, y respondiste besándome y jugando con tu lengua dentro de mi boca. Me miraste con deseo, esa mirada que me ponía el vello de punta. Y tus labios. Cómo me besaban. El deseo parecía haberte dado fuerzas de nuevo, pero, casi inmediatamente, te incorporaste entre arcadas y corriste hacia el baño.

En aquellas semanas sin tratamiento parecía que podrías volver a una vida más o menos normal, pero, aquel mismo domingo, solo tres días después de retomarlo, todo volvió al punto de partida.

Volvías a estar postrada en la cama. Te oía llorar y se me partía el alma. Había sido muy egoísta. Había tenido la esperanza de que hubieras tocado fondo y tu cuerpo no tuviera otra opción que ir hacia delante. Me equivoqué. El fondo se hacía más profundo cada día. Tú ya habías asumido tu destino; solo luchabas porque yo te lo había pedido.

—Sara —te dije uno de esos días mientras te limpiaba las lágrimas—, quiero que suspendas el tratamiento.

Pensaba que responderías que lo intentarías una última vez y que esperarías unas semanas a ver cómo respondía tu cuerpo. Me agarraste con fuerza la mano que tenía en tu mejilla y me diste un beso en ella.

—Gracias —fue lo único que susurraste entre lágrimas.

No tenías fuerza para más. Si me quedaba alguna duda, se me disipó con ese hilillo de voz agradeciendo que no te pidiera luchar por más tiempo. Te apoyaste en mi pecho y estuvimos en silencio unos minutos.

—Espero que tengamos tiempo para un último fin de semana en Peñíscola —fue lo único que añadiste, después de un rato.

Al suspender el tratamiento, lo inevitable era cuestión de un mes, nos dijeron. Dos, como mucho. Así que, a las tres semanas, en cuanto te sentiste con un mínimo de fuerzas, decidimos no perder el tiempo y emprendimos viaje hacia Peñíscola. Nuestro último fin de semana juntos.

En cuanto subimos al coche, buscaste una canción en *Spotify* y sincronizaste tu móvil al

reproductor. Tras unos silbidos y una guitarra que le daban a la canción un toque *hippie* que rememoraba la música *folk* estadounidense, sonaba la voz de una chica. En la siguiente estrofa cantaba un chico, y se iban intercalando.

—Me encanta esta canción —dijiste, moviendo la cabeza al ritmo de la música—. Siempre que la escucho, nos imagino a nosotros cantándola.

—No la conozco.

—¿No la recuerdas? Fue la que bailamos... bueno, con la que hicimos el tonto en el pub nuestra primera noche juntos, después de tu nefasta confesión de amor.

—¡Es verdad! No la había oído más desde entonces.

—Escucha. —Subiste el volumen—. La chica le dice al chico todo lo que le gusta en el mundo, pero que nada es comparable a lo que siente por él. El chico responde. Y ahora entran los dos a coro.

Oh, home, let me come home
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hogar
Mi hogar es donde quiera que esté contigo

—Quiero que este fin de semana sea como esta canción —dijiste—: bonita y alegre. Ya hemos sufrido bastante.

—Está bien. Lo intentaré, aunque no será fácil.

—Eso sí, antes quiero que me prometas algo.

—¿En serio? ¿Otra promesa?

—Ésta seguro que la cumples. —Te giraste hacia mí—. Prométeme que terminarás mi historia. —Te miré, extrañado—. Yo no tendré tiempo. Escribe tú mis últimos capítulos.

—Sara, no me pidas eso. No sé si seré capaz.

—No, no quiero que escribas la realidad de lo que suceda de aquí hasta el final. Al contrario. Quiero que escribas el final que deberíamos haber vivido. Quiero un final bonito, hermoso. Como esta canción. Un final en el que nos casemos, y vivamos juntos y felices.

—En una casita en las afueras de Peñíscola —continué yo.

—Un final en el que podamos disfrutar y tener tiempo hasta para aburrirnos. Y en el que tengamos una niña —propusiste—; sé que siempre has preferido niña.

—Esther.

—¿Qué?

—Esther —respondí, agarrándote la mano—. Desde el día en que comentaste que querías tener una hija, decidí que teníamos que llamarla Esther. Por eso prefería que fuera una niña.

—No aprendo —dijiste mientras sonreías y una lágrima de emoción descendía por tu mejilla—. Cuando pienso que ya no me puedes sorprender, ¡zas!, a llorar otra vez. ¿Lo vas a hacer? —preguntaste, cabizbaja—. ¿Escribirás el final de mi historia?

—Te prometo que escribiré tus últimos capítulos; unos capítulos felices y hermosos.

—Me toca conducir a mí —dijiste al poco.

—¿Estás segura?

—Sí, tengo que aprovechar las últimas veces de todo.

A las dos horas de trayecto, tomaste una carretera comarcal y te detuviste en una colina donde no había más que prados, resecos tras todo el verano.

—Creí que íbamos a parar a comer —te dije.

—Claro.

Te acercaste a mí y me diste un beso. Después, abriste el maletero. Quedé asombrado de todo lo que había allí

—A ver si piensas que solo existe tu mochila mágica.

—¿En serio? ¿Una cesta de mimbre como las de picnic del oso yogui?

—Ya ves. Una, que está preparada. Tú, lleva la bolsa con el pan.

Llegamos a una explanada y sacaste un mantel blanco.

—Flipas, ¿verdad? Esta vez te voy a sorprender yo.

Me agarraste por la camiseta y me acercaste a ti para darme un beso. Sonreías, pletórica. Te miraba y no me creía que toda esa energía que desprendías tuviera fecha de caducidad, que esa alegría se estuviera desvaneciendo a cada segundo, que esa sonrisa se fuera a apagar en pocos días.

—Ya puedes cerrar la boca —bromeaste.

—No, no puedo.

—Extiende —dijiste mientras sacudías el mantel por dos esquinas. Agarré las otras dos y lo colocamos sobre la hierba.

—¿Qué más tienes? —pregunté, asomándome a la cesta.

—Chts, no se mira.

Sacaste una botella de vino y, con un abridor que también guardabas en la cesta, la descorchaste.

—¿Vamos a beberlo a morro?

—¿Un *Cune imperial* del 2014? No, estás muy confundido. Tú, al final, nunca llevaste las copas de balón, así que he tenido que traerlas yo.

Sacaste dos copas grandes de la cesta y me serviste para brindar.

—Por nosotros —dije.

—Y por este fin de semana.

—Um, qué rico —comenté después de probarlo—. Perdón, perdón, creo que no me he expresado correctamente. ¡Joder, pero qué coño es esta mierda tan jodidamente buena!

—Ja, ja, ja. Creo que te ha faltado un «hostia» por algún lado, pero lo doy por válido.

Nos sentamos sobre el mantel y comenzaste a sacar comida.

—Vete colocando: hummus de aguacate y unos picos para dipear, coca de trampó (sin manteca de cerdo, claro), focaccia con tomates cherry y romero... ¿Así está bien?

—Vaya si está bien. Esto es un festival.

—Pues mira, aquí tienes una tabla de quesos veganos: hierbas provenzales —ibas nombrando a la vez que los iba sacando de la cesta—, queso de anacardos, de pimentón dulce ahumado con nueces y pimienta rosa.

—¿Te puedo hacer el amor ya? —pregunté—. ¿O esperamos a después de comer?

—Bueno, ahora encima de todo esto va a ser un poco incómodo.

—Se puede apartar —dije moviendo el mantel con cuidado—. ¿Ves que fácil?

Fue hasta ti gateando y te besé. Tú te levantaste y escapaste.

—Atrápame si puedes. Siempre quise hacer como en las pelis: escapar entre la hierba hasta que me atrapes.

Corrí detrás de ti, aunque al momento me paré y me llevé la mano al pecho. Te detuviste,

alarmada, y viniste hacia mí. Cuando estabas lo suficientemente cerca, te agarré por la cintura y te tiré al suelo.

—Idiota, me habías preocupado.

—¿Sí? —pregunté mientras te besaba—. Sabes que soy un poco bobo.

—Y botarate, no te olvides.

—Y mequetrefe —susurré, y te besé en los labios.

—Y pazguato.

—Y un poco borde —añadí yo mientras te quitaba el pantalón.

—Un poco, dice —suspirste, mientras comenzamos a hacer el amor.

—¡Qué bueno está este queso! ¿Cómo has podido encargarte de todo esto?

—Sigo teniendo mis trucos.

—¡Me encanta! Menudo picnic.

—Y a mí me encanta haber hecho el amor contigo aquí —te acercaste a mí, melosa, y te echaste sobre mis piernas—. Es la primera vez que hago el amor en medio de una pradera. Espero que no sea un fin de semana solo de últimas veces, sino también de hacer cosas por primera vez. Y por cierto, ¿sabes algo que nunca he hecho? —te pusiste en pie y tiraste de mí para que me levantara—. Nunca he aprendido a bailar. Enséñame algunos pasos.

—¿En serio?

—No seas perezoso.

—No es pereza, es salvaguardar mi integridad. Ya me pisas cuando haces el tonto, no quiero imaginar bailando.

—Ya verás cómo lo hago genial. —Me carcajeé—. Un poco de confianza, ¿no?

Me acerqué al coche y busqué «Héctor Acosta, bachata» y, cuando comenzó a sonar la primera canción, me puse frente a ti y entrelacé mis manos con las tuyas.

—Mira, es fácil, vamos a seguir este ritmo: un, dos, tres, cua. Avanzamos un pasito con cada uno y con el «cua» damos con el talón y comenzamos la cuenta yendo hacia atrás.

Aunque estabas agarrotada, conseguimos hacer un par de idas y vueltas.

—Mira, ahora lo mismo, pero en vez de ir hacia adelante y hacia atrás vamos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Lograste llevar el ritmo dos o tres veces también de lado, así que empezamos a combinar las direcciones. Comenzamos hacia delante, fuimos hacia la derecha, después atrás y después a la izquierda para terminar en el lugar de inicio y empezar de nuevo.

—¡Estoy bailando! No me lo creo. ¡Y sin caerme! ¡¡Estoy bailando!!

—Vale, si quieres también puedes probar a mover un poco la cadera y no parecer un bloque de hormigón.

—Ya pides demasiado.

—Ahora aprovechamos una cuenta para dar una vuelta.

Te levanté los brazos y los crucé intentando que giraras, pero no te moviste.

—¡Ahora para dónde!

Tu brazo derecho chocó con el izquierdo y ambos se enredaron con los míos. Estabas tiesa como si fueras mármol. Me reí y tú te reíste también, echándote a mis brazos. Nos miramos unos segundos entre carcajadas.

—No quiero que esto se acabe nunca, Tristán.

Se me heló la sangre. Mientras nos divertíamos no era consciente de que aquel iba a ser nuestro último fin de semana juntos. Continuamos bailando, abrazados, con tu cabeza apoyada en mi hombro. Sonaba bachata, pero nosotros nos movíamos con suavidad, como si estuviéramos bailando una canción lenta, balanceándonos de un lado a otro tratando de encontrar consuelo en nuestro abrazo.

—Tristán, quiero que escribas mis últimos capítulos, pero como si lo escribiera yo —me susurraste—. Me conoces tan bien que sabes lo que contaría y cómo lo escribiría.

—Lo intentaré.

—Eso sí... no es por criticar —cambiaste a un tono juguetón—, pero ten en cuenta que existen más verbos para los diálogos que el «decir» —DIJISTE, con ese sentido del humor tan tuyo.

—Soy de la vieja escuela —repliqué—. Creo que más allá de un «dijo», «preguntó» y «respondió» es distraer al lector.

—Lo que no vas a hacer es rellenarlo todo de «dijos». Si quieres no distraer a lector, lo que tienes que hacer es ir variándolo, porque yo no vería texto, solo vería «dijo», «dije», «dijeron».

—A mí lo que me saca de la historia es leer un «intervino», «inquirió», «cuestionó» ... Me hace ser consciente de que hay alguien escribiendo, porque nadie por la calle cuenta una historia con un «inquirió Pedro».

—¿Y tus «no obstante»? Vale, tú sí los utilizas...

—Está bien, nada de «dijos». Utilizaré de «inquirió» para arriba —te reíste y apoyaste la cabeza en mi hombro de nuevo, mientras nos abrazábamos y bailábamos.

—Ahora en serio, quiero que imagines que te hablo, que te estoy contando yo el final. Quiero que tengas tu refugio en mi historia; que, cada vez que no le encuentres sentido a la vida, vayas a leer ese final, porque es lo que en realidad vivimos en nuestros corazones. Nuestro amor solo se entiende así, en la eternidad, aunque ahora se vaya a terminar. Quiero ser tu último refugio, por tantas veces que tú has sido el mío.

—¿Y puedes ser mi refugio ahora también? —pregunté empapado en lágrimas. Me abrazaste y escondí mi cabeza en tu pecho mientras lloraba.

Llegamos a Peñíscola a media tarde. Dimos un paseo junto a la playa mientras ya se ocultaba el sol por el horizonte. Estábamos en otoño y se notaba que los días eran más cortos.

—¡Mira! —exclamaste, señalando hacia el mar—. Otra cosa que me apetece hacer por primera vez.

—¿Montar en moto acuática? Te puedo enseñar.

—¿En serio?

—Sí, aprendí en Cancún. Hoy habrán cerrado ya, pero mañana, si quieres, alquilamos una.

—¡¡Ay, qué bien!! —celebraste, aplaudiendo.

—¿Te apetece que vayamos hasta el *Green Day* a ver cómo está?

Aceptaste y nos acercamos hasta allí. El local se mantenía prácticamente igual. Me alegró ver a Yolanda, la encargada, tras la barra, quien salió nada más verme para darme un abrazo.

—¡Tristán! Me alegro de verte. Y de verte tan bien —añadió, sonriéndote—. ¿Qué os trae por aquí?

—Quería encargar algo de comida para llevar. Una tortilla y dos sándwiches de calabacín.

—Se han ido muchos empleados desde que te fuiste y han cambiado la carta. No todo el

mundo trata a la gente como tú. Va de borde —te susurró—, pero se le toma mucho cariño.

—¿Qué me vas a contar! —respondiste, sonriendo.

—Vaya —me lamenté—. Me has chafado la idea. Quería pedir algo para llevar y cenar en la playa.

—Aún no hay nadie en cocina. ¿Por qué no pasáis y lo preparáis vosotros?

—¡Vamos! —dije, agarrándote por el brazo y tirando de ti.

—Yo pelo patatas —respondiste—. No esperes otra cosa de mí, ya lo sabes.

Abrí las cámaras hasta dar con un balde.

—Has tenido suerte, ya están peladas.

—Ahora no tendré nada que hacer. Bueno, puedo echarlas a la freidora.

—No, no. Nada de freidora. Échalas en una sartén con un poquito de ajo. Prepara otra sartén y vete troceando cebolla.

Mientras la partías, yo preparé la mantequilla de aguacate, mezclé el agua con la harina de garbanzo para el *no-huevo* y puse a calentar aceite en una sartén con un par de ajos.

—¿Qué? —pregunté al notar que me mirabas.

—Nada. —Me sonreías.

—¿Por qué me miras así?

—¡Te como! —Te acercaste a mí, me agarraste la cara y me diste un beso muy sonoro.

—Me estás dando miedo. No empieces guerra de comida, ¿eh?

—Ja, ja, ja. No era eso. No sé si te lo he dicho alguna vez, pero ¡para algunas cosas eres más tonto!

—Algo me han comentado.

—Te adoro tanto que verte tan feliz como te veo aquí me llena el alma.

No quería emocionarme. Nada de cosas tristes ese fin de semana, así que aparté la vista y te mostré el bol con las patatas y la cebolla ya pochadas.

—¿Te vas a atrever a prepararla?

—No cambies de tema. Este es tu sitio, entre fogones.

—No cambies tú el tema —continué tras acercarme y darte un beso—, ¿te atreves o no?

—¡Quién dijo miedo! —exclamaste.

—Yo, yo digo miedo —respondí.

Basculaste las patatas y la cebolla del bol a la sartén y me miraste con una mueca de suficiencia.

—No cantes victoria. Ahora viene lo complicado. Dale la vuelta.

—Echo un poco de aceite en un plato...

—¿Aún lo recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo? —respondiste, acercándote a darme un beso.

—¡La tortilla! —interrumpí—. A ver si se quema.

—Vaaale —contestaste, encogiéndote de hombros—. Concentración... Mira si estoy segura de mí misma que ni me coloco sobre la encimera.

Me llevé la mano a la cara para no verlo. Le diste la vuelta y cayó casi todo fuera del plato, una parte sobre los fogones y otra al suelo. Me entró la risa y no podía parar. Tuve que agacharme y apretarme el estómago, porque me dolía de tanto reírme.

—Oye, no te rías y ayúdame.

Intentabas recoger un poco de la pasta de tortilla que había caído en la cocina, pero estaba pegajoso y ponías cara de asco cada vez que lo tocabas. Yo seguía agachado, muerto de la risa.

—Gracias por tu ayuda —reprochaste con sarcasmo.

—Déjalo, eso ya no tiene arreglo. Tendremos que conformarnos con los sándwiches.

Aparté la sartén y te agarré hacia mí rodeándote con mis brazos.

—Además —añadí mientras te besaba—, de lo que tengo hambre es de ti.

—¡Me encanta cuando te pones tan ñoño!

Al salir, Yolanda vino hacia nosotros y me dio un abrazo enorme.

—Me encanta verte tan feliz —me dijo—. Y me encanta que lo hagas tan feliz —se dirigió a ti—. No sabía que podía reírse; ni que podía ser hasta gracioso. Si montáis un restaurante, a ver si me lleváis con vosotros.

—No lo dudes —le respondiste, con una sonrisa.

Se hizo de noche. Nos descalzamos y entramos en la playa hasta llegar casi a la orilla del mar. Te echaste y yo me tumbé de lado para apoyar la cabeza en tu barriga. Apenas había nubes; la luna estaba casi llena y su luz blanca se reflejaba en la arena. Sacamos los sándwiches y dos cervezas, con las que brindamos.

—¡Qué recuerdos! —rememoraste—. En aquellos primeros días en el parque *San Javier* me moría de vergüenza con solo mirarte.

—¿En serio?

—Mmmm... ¡Joder! No recordaba lo bueno que estaba este sándwich. ¿El qué? Ah, sí, lo del amor y eso.

—Estaba tan a gusto contigo que no quería irme nunca a casa —continué yo—. Cuando no estábamos juntos, no dejaba de pensar en ti.

Te acercaste a mí y me diste un beso.

—Por cierto... —cambiaste a tu tono pícaro previo a hacer alguna travesura.

—¡Qué miedo!

—¿Sabes otra cosa que no he hecho nunca? Jamás he hecho el amor en el mar.

—Ni lo sueñes. Aún hay gente paseando.

—Vale. —Te levantaste, me diste un beso y te despojaste del pañuelo de la cabeza—. Yo me voy a bañar.

El mar ya mojaba tus pies. Te quitaste el pantalón y me lo lanzaste. Después, la blusa. Fuiste adentrándote en el mar y, cuando el agua te estaba llegando por la cintura, me lanzaste el tanga.

—Espera —dije mientras recogía todo. Extendí mi camiseta y amontoné el resto, doblado, encima de ella, para que nada más se llenara de arena—. Estás loca. —Me desabroché los pantalones—. Muy loca.

Entré en el agua, mientras tú te zambulliste alejándote más de la orilla.

—¡Está fría! —protesté. Te acercaste a mí y me salpicaste—. No, no. ¡Que me voy, eh!

—Perdone, señor, ¿le he molestado? —te burlaste—. Luego le acompaño a disfrutar de su partida de petanca.

Corrí hacia ti y te hundí la cabeza en el agua. Saltaste sobre mí, rodeándome con tus piernas mientras te besaba.

—Loquísima.

—Sí. Me vuelves loca, Tristán.

Estabas guapísima desnuda, en el agua, con la luna emitiendo reflejos sobre tu cuerpo mojado.

—Vale, muy romántico todo —dije cuando salimos del agua—. ¿Y ahora? No podemos vestirnos. No tenemos con qué secarnos...

—Ya. Esta parte no aparece en las películas. Pues nada, nos sentaremos hasta que sequemos lo suficiente para poder vestirnos.

Estuvimos un buen rato allí, frente al mar, bajo la luna y las estrellas, sentados en ropa interior.

—Lo más probable es que sea la última vez que me bañe en el mar —dijiste, apoyando tu cabeza en mi hombro.

—Habíamos quedado en que, este fin de semana, nada triste.

—Ya. Lo siento. Aunque me voy feliz, Tristán. Si no nos hubiéramos reencontrado, tendría un vacío en el pecho constantemente, aunque hubiera vivido mil años. ¿Preferiría que esto no hubiera ocurrido? Por supuesto. Sin embargo, hemos vivido un montón de cosas juntos y, con ellas, hemos recuperado las que habíamos compartido, incluso las que vivimos cuando se suponía que no éramos pareja.

—Pero no es justo.

—La justicia no tiene nada que ver en estos casos.

—Oye, no me robes la frase —protesté entre lágrimas.

—Hace tiempo que tengo asumido que el camino ha llegado a su fin; me tomo estos últimos días contigo como un regalo de despedida.

—Ya, vale, pero vamos a vestirnos —me levanté, intentando reponerme—. No quiero que esos últimos días los pasemos en la cama... —Me miraste con picardía—; al menos, no con gripe.

Fuimos al hotel. Nada más entrar, no me dejaste encender la lámpara, así que intuía tu cuerpo únicamente por la luz de la luna que entraba por el balcón que daba al mar. Me besaste mientras te desnudabas. Me echaste en la cama y me quitaste la ropa. Los dos sabíamos que era la última vez que íbamos a hacer el amor.

Te echaste encima de mí. Nuestras bocas se besaban descontroladas, porque se estaban despidiendo. Mis manos recorrían todo tu cuerpo mientras te movías encima de mí; querían memorizar cada centímetro de tu piel. Cerré los ojos para atrapar la sensación de aquel momento y no olvidarla nunca.

—Te deseo, Tristán —susurraste.

Tus manos acariciaban mi torso, con delicadeza, con dulzura, como quien saca del cajón su juguete favorito de la infancia. Me mirabas con deseo, sin dejar de moverte, a la vez que te mordías el labio. No quería que aquello terminara nunca.

Entrelazamos nuestras manos, dedo a dedo. Te movías cada vez más rápido y apretamos las manos para sentirnos con cada parte de nuestro cuerpo. Veía cómo te retorcías bajo la tenue y azulada luz de la noche. Quería disfrutar del roce de tu cuerpo y sentirte para siempre. Por última vez.

A la mañana siguiente nos levantamos. Queríamos dar un paseo por la playa, subir a la fortaleza, hacernos fotos junto a las letras de PEÑÍSCOLA, pero, a los diez minutos de salir del hotel, te apoyaste en una pared.

—¿Podemos volver? Estoy cansada.

—¿Quieres que pregunte por los horarios de las motos acuáticas y volvemos después?

—No, me refiero a regresar a casa. Lo siento, pero no tengo fuerza.

Durante el camino de vuelta, contemplabas el paisaje con la mirada perdida. Reconocí esos ojos marchitos. Sonó la canción de nuevo. Ya no era alegre. No había motivo para estar feliz.

Oh, home, let me come home
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hogar
Mi hogar es donde quiera que esté contigo

El sol se filtraba a través de la ventana, acariciando tu rostro, resaltando cada surco de tu piel, blanca por los meses en casa. Las ojeras envolvían esos ojos cansados que miraban las montañas con el ansia con que se mira algo por primera vez, pero con la desesperanza de saber que será la última. Bajaste el volumen del reproductor, pero lo dejaste sonar. El suave murmullo del motor se mezclaba con la música, construyendo una banda sonora llena de ternura y nostalgia.

Sentía la necesidad de detener el tiempo, de quedarnos suspendidos en ese momento, aunque sabía que querías descansar y abandonar ese sufrimiento que te atenazaba. El final del viaje se acercaba, un viaje desgarrador que, sin embargo, no quería que terminara nunca.

CAPÍTULO 44

Voy a ser feliz; todo lo feliz que pueda ser sin tenerte a mi lado.

Fin

—No es de noche, así que no veremos las estrellas, pero quiero visitar el Serbal —dijiste cuando estábamos llegando a casa. Asentí mientras intentaba limpiarme las lágrimas, y te acaricié la mano.

Nos sentamos junto al serbal en silencio durante más de una hora. Ya no era un fin de semana divertido ni alegre. El sol comenzó a ocultarse entre las nubes hasta que quedó escondido tras las montañas. Aún no se veían las estrellas porque no era de noche, pero tampoco había sol que nos alumbrara.

—Quiero que traigáis aquí mis cenizas —dijiste, rompiendo el silencio y quebrándome el alma—. Quizás así pueda convertirme en la constelación y puedas contemplarme allí arriba.

—Hablaré a las estrellas cada vez que quiera contarte algo.

—Para ser un fin de semana feliz, ¡vaya cómo estamos llorando! —intentaste bromear, con lágrimas en los ojos.

—Oye, no pienses que se me ha olvidado —te dije mientras intentaba encontrar ánimo para dibujar una sonrisa—. Aún me debes una boda.

—¿En serio? Tú lo que quieres es convertirte en un viudo interesante. —Torcí la boca en una mueca de reproche y te miré de reojo—. Vale, vale, mi sentido del humor, ya sabes.

—Podemos avisar a Melania.

—¿A Melania?

—En Cancún se sacó la licencia para officiar bodas. Dijo que siempre llegaban al bar parejas que querían casarse, tipo Las Vegas. Y, de hecho, alguna tiene oficiado.

—¿Y eso aquí tiene validez?

—¿Acaso importa?

—Ay, sí, ¡¡me encanta!! ¡¡Melania oficiando nuestra boda!! No le vendrá mal para el embarazo, ¿no?

—¿Embarazo?

—Ah, que no te había dicho nada, es verdad.

—Genial. Mi mejor amiga y mi futura esposa confabulando contra mí.

—Que no, lo que pasa es que ella quería darte la sorpresa y pedirte que fueras el padrino.

—Ya, ya, disculpas. Bueno, la aviso y organizamos algo rápido para el sábado. Podemos pedirles a Azu y Marcos que nos presten el jardín de su casa.

—Avísalos para mañana.

Entendí el porqué de la urgencia. Melania y Rodri habían regresado a España en cuanto les conté que querías suspender el tratamiento, así que los avisé. Después, hablé con Azu y Marcos. Llamaron a sus trabajos para pedir libre ese lunes y acordaron encargarse de las flores y la decoración de su jardín. Fran y Ángela no habían vuelto a Berlín desde que habías decidido abandonar el tratamiento, así que, junto a tu padre, vendrían también. Pensé mucho sobre si debía avisar a mi tía. Era la única familia que me quedaba, por lo que, finalmente, la llamé.

—Ay, hijo, si no fuera tan precipitado... pero mañana...

—Ya. Lo entiendo —respondí, sin ninguna gana de continuar aquella conversación.

En cuanto despertaste, te costó un esfuerzo enorme llegar al baño. Comprendí que lo poco que nos había dado tiempo a organizar no iba a servir de nada.

—Lo siento —dijiste con pena—, habrá que olvidarse de la boda.

—No, no vamos a cancelarla.

—No me puedo levantar, Tristán.

—Es lo mismo, Sara. Yo lo que quiero es casarme contigo. —Te apreté la mano—. Si fuera al borde de un acantilado con tu vestido blanco al viento sería genial, pero si es con pijama y en la cama va a ser igual de bonito para mí. Eres mi familia y eres mi hogar. Y casarnos es una manera de ponerle nombre a todo eso.

—¿Ves? —dijiste emocionada—. Otra vez que me confío y, zas, a llorar de nuevo.

Avisé a todos y, poco a poco, fueron apareciendo en casa. Los últimos en llegar fueron Azu y Marcos.

—¡Traéis las flores! —les agradecí.

—Sí, por eso hemos llegado un poco tarde —contestó Marcos mirando el reloj.

Coloqué unos cojines en el cabecero de la cama para que pudieras incorporarte un poco y me senté en el sillón junto a ti, agarrados de la mano. A los pies de la cama se situó Melania y, sentados en las sillas que había llevado de la mesa de la cocina, se sentaron los demás. Azu y Marcos fueron decorando la habitación con las flores.

Estaba nervioso e ilusionado, como si fuera la primera vez que mis ojos se hubieran cruzado con los tuyos. «Esta va a ser mi esposa», pensé, repleto de admiración. Al cruzar la mirada contigo me sentí tan pleno que sonreí y tus ojos brillaron de ilusión.

—Desde que os vi juntos por primera vez —comenzó a officiar Melania, a la que se le notaba mucho el embarazo— supe que erais el uno para el otro. La mayoría de nosotros tenemos que luchar cada día por construir una relación, por afianzar nuestros lazos, por encajar nuestras prioridades. Estos cabrones, no —sonreímos—. No tienen que hacer el más mínimo esfuerzo por llevarse bien, por entenderse, por quererse. —Hizo una pausa, intentando no emocionarse—. Bueno, y en el sexo, no quiero imaginar el rollo que tendrán en la cama.

Todo el mundo se carcajeó. Bueno, a tu padre preferí no mirarlo.

—Hacéis que lo vuestro sea tan fácil y fluya con tanta naturalidad que parece que enfadasteis al destino. Ha hecho todo lo posible por separaros —se le hizo un nudo en la garganta—, pero habéis conseguido burlaros de él y estar juntos. Y eso —respiró profundamente y se limpió los ojos— hace que lo vuestro sea eterno. ¡¡Os amo!! ¡¡Os necesito en mi vida!!

Le tiraste un beso. Melania hizo una pausa intentando enjugar las lágrimas, y se llevó la mano a la barriga. Rodri le acercó un vaso de agua al instante. Tomó un trago y continuó. Todos nos miraban, emocionados, con lágrimas en los ojos.

—Pero esto hoy no va de lo que os amo; no va de mí ni de que Rodri aún no me haya pedido matrimonio. —Rodri abrió los ojos, sorprendido, ante las risas de los demás—. Esto va de estas dos personas maravillosas que estarán unidas para siempre, por mucho que el destino se empeñe en otra cosa. Tristán —dijo, con solemnidad—, ¿quieres ser el mundo de Sara?

—Sí, quiero.

—¿Y quieres que Sara sea tu mundo?

—Más que nada —respondiste.

—Limítate a un «sí, quiero», por favor.

—Sí, quiero.

—Y tú, Sara...

—¡¡Sí, quiero!! —respondiste gritando, ilusionada, acercándote a mí.

—Eh, no seas impaciente —te riñó.
—Perdón, perdón —te disculpaste.
—Tú, Sara, ¿quieres ser el mundo de Tristán?
—Sí, quiero —respondí.
—¿Y quieres que Tristán sea tu mundo?
—Sí, sí, ¡¡¡y mil veces sí!!! —dijiste, echándote sobre mí para besarme.
—Eh, eh, un momento. —Se acercó a nosotros y nos separó—. Por el poder que se me ha otorgado —volvió al tono solemne—, Tristán, yo te declaro «el mundo» de Sara. Sara, te declaro «el mundo» de Tristán. Hala, ¡¡ja morrearse!!

—Llévame al hospital —me pediste, con tranquilidad, pocas horas después de la boda.
Tu serenidad me ayudaba a sobrellevar el momento. Parecía que habías resistido hasta pasar ese último fin de semana juntos. Después, como te había pedido que nos casáramos, aguantaste hasta después de la boda.
En el hospital, te despediste de los amigos y, a continuación, de tu padre y Fran, quienes fueron los últimos en abandonar la habitación, hasta que, finalmente, nos dejaron a solas.
—Agárrame la mano. No me sueltes —dijiste mientras te acurrucabas en mi pecho—. Solo quiero quedarme aquí, como Sarífone, hasta que me duerma. Lo que no me habías dicho era lo plena que se sentía esa pingüina por haber vivido su amor junto a Tristófonos.
—No podía saberlo.
—Pues ya lo sabes. Pero, ya que vas a escribir mi final, busca la manera de cambiarles el final a ellos también. Déjalos vivir su amor. En la vida real no podemos cambiar nuestro destino, así que aprovechemos que esa historia la escribes tú, y sí puedes decidir cómo quieres que termine.
—Sara —quise despedirme. Mis ojos se llenaron de lágrimas al instante.
—No hace falta decir nada más, Tristán. Ya nos lo hemos dicho todo.
—Sara —volví a intentarlo, pero no salían las palabras—. Voy a ser feliz; todo lo feliz que pueda ser sin tenerte a mi lado. Voy a intentarlo. Por ti. Sé que la única preocupación que te impide irte tranquila es saber que me dejas aquí; te inquieta saber cómo sobrellevaré tu ausencia.
Me abrazaste y no pude contener el chorro de lágrimas. No pude hablar durante minutos.
—Te prometo que lo intentaré con toda el alma —añadí, cuando recobré la voz—. Eso sí, tienes que prometerme tú algo.
—Lo que quieras. —Te incorporaste y me miraste a los ojos. Tu ternura y tu serenidad me infundieron fuerzas para continuar.
—Espérame. —Arrugaste las cejas, sin entender del todo. Las lágrimas regresaron a mis ojos—. Espérame, Sara. No sé lo que habrá al otro lado, pero, haya lo que haya, espera por mí, tiéndeme la mano en cuanto llegue. Soñaré con ese momento desde hoy.
Te abalanzaste sobre mí y me abrazaste con fuerza.
—Te esperaré. Si hay cielo e infierno, donde me corresponda. Si hay reencarnación, te buscaré en cuanto nazca otra vez, aunque me toque ser cucaracha —bromeaste—. Y si solo somos cuerpo, si lo único que queda de nosotros es el polvo, te esperaré revoloteando en el Serbal hasta que tus cenizas y las mías se entremezclen y caigan, unidas, a la tierra, para que, quizás, de ellas brote un serbal tan bonito como la manera en que nos amamos.
—Te quiero, Sara.

—Te quiero, Tristán.

Con tu mano derecha rozaste mi mano izquierda, dorso con dorso. Con tu índice buscaste mi índice y lo apretaste con fuerza.

—Ay, cuéntame la historia de las estrellas otra vez —rogaste.

—Te aprovechas de mí. ¡Qué suerte tienes de que sea un poco bobo!

—Y botarate, no te olvides.

Me abrazaste y me diste un beso suave en la mejilla. Clavaste tus ojos en los míos y casi se me sale el corazón del pecho.

—Y mequetrefe —susurré, y te besé en los labios.

—Y pazguato.

—Y un poco borde —añadí yo.

—Un poco, dice.

Tus labios rozaron los míos con delicadeza: nuestro último beso.

Comencé a contarte la historia mientras te acurrucabas en mi pecho, aún abrazados con los índices. Te dormiste a los pocos minutos. Tu corazón seguía latiendo. Eso indicaba el monitor de constantes. Pero tú ya no estabas. Tu esencia ya flotaba buscando el serbal donde esperarme.

CAPÍTULO 45

¿¿Te he dicho que te quiero?? ¡¡¡Te quiero!!!

La carta

Unas semanas después de tu marcha, me llegó un paquete a casa. La caja contenía unas llaves, un montón de papeles y una nota. Las llaves las reconocí al instante.

Hola, Tristán.

En cuanto desplegué la hoja y vi tu letra me eché a llorar.

Esta vez he sido yo quien ha decidido por ti. Le he pedido a Fran que usara todo el dinero necesario para que recuperara Green Day para ti... para nosotros. Sé que te has casado conmigo por mi herencia, pero lo siento, ya no podrás ser el viudo rico e interesante que pretendías.

Aparté la hoja un instante, sonriendo entre lágrimas.

Nunca te he visto tan feliz como cocinando (bueno, sin tener en cuenta los momentos en que estabas conmigo, obviamente). Y yo estaré a tu lado. Cada vez que cocines yo estaré ahí, robando un poco de salsa para probarla. Me verás en la entrada, calculando cuántos comensales hay en el comedor. Me oirás exclamando «¡joder, qué rico!» en cada expresión de satisfacción que haga cualquier cliente al probar tu sándwich.

Estaba emocionado, pero siempre conseguías hacerme reír.

Esto no es una carta de despedida, ni de consejos para el futuro, ni nada similar. Ya nos lo hemos dicho todo. Solo quiero recordarte lo has dicho alguna vez: tu sueño no es Green Day, sino compartirlo con la gente a la que amas. Rodéate de ellos. Yo siempre estaré contigo.

Te quiero,

Sara.

P.D. ¡¡Te quiero!!

P.D.2 ¿¿Te he dicho que te quiero?? ¡¡¡Te quiero!!!

Me limpié las lágrimas, guardé la carta y me acerqué a casa de tu padre. Estaba en el salón, viendo las noticias, donde hablaban de ti.

—*Nuestra compañera, Sara Escudero, a la que, tristemente, se ha llevado el cáncer, nos ha dejado catorce obras, con títulos como El rencor del almendro o El llanto del sauce. Sin embargo, su legado no ha concluido todavía. Su marido ha anunciado que, en los próximos*

meses, saldrá a la luz un relato autobiográfico de la escritora. Bajo el título de Hasta que te odié, Sara da su versión más íntima y personal sobre la relación que vivió desde joven con quien se casara horas antes de fallecer.

Me senté y apagué la tele.

—Quiero que vengas a Peñíscola conmigo —le dije a tu padre—. Fran y Ángela están poco por aquí, así que Sara hubiera querido que estuvieras cerca de mí... y de ella. Y yo también quiero que estés a mi lado.

—Ya he alquilado un piso en Peñíscola con Fran —anunció—. Cuando estén en España, ese será el piso de Fran y Ángela también.

Y aquí está, constantemente en el restaurante, como si fuera parte de la decoración. Viene en cada turno de comidas, en cada turno de cenas. Recoge mesas, coloca manteles; hasta ha aprendido a hacer cafés y nos echa una mano cuando hay mucho apuro. Ayuda en lo que puede. Es su manera de estar a tu lado.

Green Day está básicamente igual, excepto por algunas ramas de serbal con las que he decorado algunas paredes. Bueno, tengo que confesar que he quitado los cuadros de Silvia y los he donado. Entiendo que se pudiera sentir incómoda viéndonos juntos; incluso que eso le despertara viejos fantasmas. No obstante, eso eran chiquilladas comparado con lo que vivimos; debería haber contactado contigo, aunque fuera una vez.

No pasaron ni dos semanas desde que había abierto de nuevo el restaurante cuando aparecieron Melania y Rodri en la puerta, con las maletas en la mano. Me sonrió al entrar mientras se limpiaba las lágrimas.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—Busco trabajo.

—Ya tengo encargada —respondí señalando a Yolanda.

—Sé fregar platos.

Nos fundimos en un abrazo. No tengo vidas suficientes para agradecerle a Melania todo lo que ha hecho por mí.

Fran y Ángela apenas se mueven de Peñíscola y, los domingos, después del servicio de comidas, nos reunimos alrededor de una paella con tu padre, Melania y Rodri. Algunas veces vienen incluso Azu y Marcos. Es inevitable no tenerte presente, no acordarme de ti a cada instante, no imaginarme esa sonrisa radiante que se dibujaba en tu rostro cuando me mirabas. Estoy feliz, como te prometí; todo lo feliz que puedo estar sin ti. Comparto mi vida con la gente a la que quiero. Y tú estás conmigo todo el tiempo.

Cada noche, tras cerrar el restaurante, me acerco hasta la playa a contemplar las estrellas y contarte cómo ha ido el día. Cuántas veces tu final ha sido mi refugio. Tenías razón. Como siempre. En ocasiones, lo leo con la esperanza de que es lo que aún tenemos por vivir y, en otras, imaginando que son recuerdos de lo que hemos vivido.

Por eso quise exponer tu historia al mundo. Sabes que nunca me ha gustado airear mi intimidad, pero sé que tú hubieras querido gritar a los cuatro vientos cuánto nos amamos. Y eres un ejemplo de tantas cosas que quiero que todo el mundo sepa lo generosa, fuerte, empática, noble y maravillosa que eres.

Nació el bebé de Melania y Rodri, mi ahijado, al que llamaron Tristán. Dos años después, tuviste una sobrina, mi ahijada. Adivinarás que Fran y Ángela quisieron llamarla Sara, así que hay unos pequeños Tristán y Sara tirándose arena en la playa de Peñíscola. ¡Quién sabe! Quizás el día de mañana se enamoren en un *enemies to lovers* épico.

Hoy, seis años después de que te fueras, he regresado al Serbal. No había vuelto desde que volaste entre estas montañas. He querido cerrar aquí mi historia. «Te da urticaria si no le pones fin, ¿no?», me hubieras dicho. En parte sí, pero, después de estos años, hay gente que quiere conocer la realidad de lo que sucedió. No sé para qué.

Voy a ponerle punto final a esta historia que comencé a escribir cuando estábamos cada uno en un extremo del mundo y, por eso, la llamaré *Mientras me olvidas*, porque, tonto de mí, pensaba que ya no me recordarías.

Haberte amado (seguir amándote), encontrarte de nuevo y saber cuánto me amabas (cuánto me amas), me hace sentir pleno. Te echo de menos. Cada día. Cada minuto. No obstante, no intento dejar de pensar en ti. Tu recuerdo me reconforta. La tristeza por habernos separado nunca se irá, pero tampoco se borrará, jamás, la felicidad de habernos tenido.

- Fin -

*A veces, solo a veces,
es preferible conocer una única versión aunque no
lleguemos a comprender la historia por completo.*

*Es posible que esta
sea una de esas veces.*